

René Barjavel

# Destrucción



Lectulandia

Estamos en el año 2052.

Campesino del Sudeste de Francia, donde aún se cultiva «al aire libre», Francisco Deschamps viaja a París para terminar sus estudios. Tiene veintidós años, un sólido sentido común y un profundo amor por la Naturaleza. Por ello se siente incómodo en la gran ciudad de veinticinco millones de habitantes, desde donde unos aparatos permiten dar la vuelta al Mundo en veinte minutos, donde las máquinas han reemplazado a los hombres.

Un día de junio se produce el apagón. El apagón estúpido, increíble: la electricidad desaparece, dejando a la supermecanizada comunidad desamparada y presa de pánico.

Con extraño vigor y humor negro, Barjavel cuenta la historia de ese cataclismo del siglo XXI y la epopeya del joven Francisco Deschamps, que lucha desesperadamente para retornar a las fuentes y encontrar de nuevo la sabiduría de la Naturaleza.

Un libro en verdad apasionante.

**Lectulandia**

René Barjavel

# **Destrucción**

**ePub r1.1**

**Mezki 04.06.13**

Título original: *Ravage*  
René Barjavel, 1943  
Traducción: Cora Belloni de Zaldívar  
Retoque de portada: Mezki

Editor digital: Mezki  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A la memoria  
de mis abuelos,  
unos campesinos.

# PRIMERA PARTE

## Los tiempos nuevos

*¿Sus rascacielos? ¡Son bien chiquitos!*

—Declaración de Le Corbusier a unos periodistas neoyorquinos.

Francisco Deschamps suspiró de gusto y desplegó sus largas piernas bajo la mesa.

Para franquear los doscientos kilómetros que lo separaban de Marsella, había errado más de una hora por una vía secundaria y soportado el ardor del sol en el vagón íntegramente de acero de un antiguo convoy terrestre. Gozaba ahora de la frescura del quiosco de bebidas de la estación Saint-Charles. A lo largo de las paredes, detrás de los tabiques transparentes, bajaban cortinados de agua oscura y helada. Vibradores corpusculares mantenían en la sala perfumes alternados de menta y de limón. En las ventanas, capas de ondas filtrantes retenían parte de la luz del día. En la penumbra, los consumidores hablaban poco, hablaban bajo, embotados por un bienestar que cualquier frase pronunciada demasiado fuerte hubiera turbado.

En el techo, el tablero luminoso indicaba, con tintes discretos, las horas de salida. Para París, unas automotrices salían cada cinco minutos. Francisco sabía que necesitaría apenas un poco más de una hora para llegar a la capital. Le sobraba tiempo. Frente a él, la cajera, con los ojos semicerrados, perseguía su sueño.

Sobre cada mesa una canilla, un cuadrante parecido al del antiguo teléfono automático, una ranura para recibir la moneda, un distribuidor de vasos de plástico, y un orificio neumático que los absorbía después de usados, reemplazaban a los antiguos «mozos».

Nadie turbaba la quietud de los consumidores, ni metía el dedo en su vaso.

Sin embargo, para evitar que los cafés tomaran el aspecto de casas abandonadas, para conservarles un alma, los dueños habían conservado a las cajeras. Encaramadas ante sus altas cajas vacías, ya no cobraban más. No hablaban. Se movían poco. No tenían nada que hacer. Estaban presentes. Engordaban. La que miraba Francisco Deschamps era gorda y rosada. Tenía los rasgos reposados y esa edad indefinida de las mujeres a quienes las satisfacciones del amor conservan durante mucho tiempo la treintena. Estaba semidormida y sonriente. De un tiesto de cobre puesto sobre la caja salía una planta verde adornada con una planta granate desteñida. Las hojas brillantes encuadraban con su propia inmovilidad la inmovilidad de su rostro. Encima de ella y colgando de un hilo, imperceptiblemente, se balanceaba el cuadrante de un reloj perpetuo. Las cifras luminosas daban a sus cabellos un reflejo verde agua, y recordaban a los viajeros distraídos que ese día, 3 de junio de 2052, se acercaba a las siete de la tarde, y que la luna iba a cambiar.

Francisco Deschamps se dio cuenta que se iba a dormir a su vez si seguía contemplando a la dama rubia. Bostezó, pasó los dedos separados por sus cabellos negros cortados en cepillo, se levantó, tomó su valija y salió.

En la puerta, el calor lo golpeó de la cabeza a los pies.

Una automotriz a suspensión aérea entró lentamente en la estación, y vino a detenerse a la altura del panel que decía: Dirección Lyon-París. Recordaba por su forma esbelta a los antiguos submarinos.

Francisco encontró un asiento libre en la parte delantera del vehículo. Los artefactos de aire acondicionado mantenían en el vagón una temperatura agradable.

A través del tabique transparente los viajeros que acababan de sentarse miraban con satisfacción a los que acababan de salir y que se apuraban, trotaban, se dispersaban hacia la salida, hacia el quiosco de refrescos, hacia las combinaciones; huían del calor que reinaba en el hall de la estación.

Una sirena ululó suavemente: las hélices delanteras y traseras arrancaron juntas, la automotriz despegó del andén, aceleró, y estuvo en tres segundos fuera de la estación.

Francisco había comprado los diarios marseleses de la noche, cerveza en un recipiente refrigerado y una novela policial.

En la ventanilla había recibido al mismo tiempo que su boleto, un folleto lujosamente impreso. La Compañía Euroasiática de Transportes celebraba el trigésimo aniversario de las «Tres Gloriosas del Reemplazo».

Con sus veintidós años, Francisco Deschamps no había vivido la fiebre de esos tres días. Se había enterado de todos los detalles en el colegio, en donde los maestros enseñaban una nueva historia, sin conquistas ni revoluciones, ilustrada de rostros de sabios, jalonada por las fechas de los descubrimientos y de las hazañas técnicas. Esas «tres gloriosas» podían ser consideradas, para la época, como una hazaña poco común.

Constituían de alguna manera el eje de la era atómica, marcaban el momento en que los hombres, sobresaturados de velocidad, resueltamente se habían vuelto hacia una forma de vida más humana. Se habían dado cuenta de que no era ni agradable ni en el fondo útil para nadie dar la vuelta al mundo en veinte minutos a quinientos kilómetros de altitud. Y que era mucho más divertido, e incluso más práctico, pasear al ras de los montículos de tierra a dos o tres kilómetros por hora.

También habían abandonado casi de golpe, por lo menos en lo que concernía a la vida civil, los bólidos a reacción atómica, para volver a los confortables aviones a hélice envolvente. Al mismo tiempo habían redescubierto los ferrocarriles, sobre los que todavía circulaban trenes con ruedas y a propulsión deflagrante, cargados de carbón o de minerales.

Para responder al deseo de las poblaciones hubo que acondicionar las vías férreas,

reemplazar los rieles por vigas huecas, y los convoyes rodantes por trenes suspendidos. Porque si se había decidido que no resultaba agradable andar demasiado rápido, si se clamaba por «subir al tren» como lo había hecho el abuelo, no se hubiera aceptado de todos modos el sentarse en una carretilla asmática arrastrándose sobre el vientre a trescientos kilómetros por hora.

Sobre la línea Nantes-Vladivostok, los planos de reemplazo habían previsto la construcción, en donde fuere posible, de la vía aérea sobre el mismo emplazamiento del antiguo ferrocarril, con el fin de utilizar su infraestructura.

Por otra parte había que evitar una larga interrupción del tráfico, que hubiera perturbado la vida de los dos continentes. Los ingenieros hicieron pues forjar por adelantado millares de kilómetros de una enorme viga hueca por la que debían rodar las poleas de suspensión; hicieron ensamblar las piezas de millones de pescantes destinados a sostenerla; imaginaron y construyeron para cada túnel, y cada viaducto, unos dispositivos especiales de fijación de la viga conductora. El todo fue transportado al lugar. Equipos de obreros especialistas en montaje rodeados de multitudes de peones se entrenaron durante seis meses en hacer los gestos necesarios.

Cuando ya no faltó ni un tornillo, cuando cada obrero supo exactamente cuál sería su trabajo de hormiga en la gigantesca tarea, unas vías de garaje absorbieron todos los trenes «a ruedas», que así cumplieron su último viaje.

A lo largo de la inmensa cinta que atravesaba Europa y Asia, en el mismo segundo, millares de hombres pusieron manos a la obra.

Dirigidos por nubes de ingenieros; crispados sobre miles de clases distintas de rabiosas herramientas; ayudados por gigantescas máquinas, desmenuzadoras de rocas, masticadoras de acero; animados por altoparlantes que les lanzaban exhortaciones e himnos; iluminados durante la noche por reflectores que continuaban la luz del sol; rodeados de nubes de vapor y de polvo; ensordecidos por el batucque: golpes, cantos, estridores, ronroneos, aullidos de los motores, gritos lanzados en veinte lenguas diferentes por las poblaciones que acudieron, arrancaron, plantaron, abulonaron, soldaron, acabaron en tres días la edificación del ferrocarril suspendido, la novena maravilla del mundo, que uniría a Nantes y Marsella con Vladivostok.

Durante esa hazaña se bebieron, a lo largo de la vía, desde el Atlántico al mar del Japón, veinte millones de hectolitros de vino. Una quinta parte fue absorbida por los trabajadores, el resto por los espectadores. De eso, el folleto no decía nada.

Ministros de todas las naciones por donde atravesaba inauguraron la línea, a seiscientos kilómetros por hora. El tráfico normal se instauró a continuación.

Esas fueron las tres gloriosas jornadas de principios del siglo XXI, el cual, sobrepasados sus cincuenta años, parecía merecer definitivamente el nombre, que a menudo se le daba, de siglo I de la Era de la Razón.

Sin embargo, arrastrado a gran velocidad, sin sacudidas, sin otro ruido que el

zumbido de las hélices y el rozar del aire sobre las paredes del vagón, Francisco Deschamps no se sentía del todo a gusto. Activo de temperamento, le gustaba usar sus músculos, tenía ganas de intervenir en todo cada vez que podía hacerlo de manera útil, y alimentaba la ambición de dirigir su vida, en lugar de dejarse arrastrar por los acontecimientos. Encerrado en ese bólido, se sentía reducido a un papel ridículo, demasiado pasivo. Cada vez que tomaba el tren o el avión sentía la misma impresión de abdicar parte de su voluntad y de su fuerza viril. A su alrededor se conjugaban fuerzas tan considerables, que él se sentía más bien su presa que su amo. Que un pescante cediera, que la viga se quebrara y ¿qué podría hacer él, incluso qué podría hacer el ingeniero que manejaba la máquina? Por cierto no sentía el más mínimo miedo, pero sí un desagradable sentimiento de impotencia.

Un enorme sol, extrañamente achatado, rodaba a una velocidad loca sobre el horizonte. Unos techos dentados lo mellaron. Una colina lo atrapó de un bocado. Reapareció, a medias carcomido, en una garganta, atropelló una chimenea, y naufragó.

El color rojo del poniente inundó el vehículo. Éste estaba hecho de una sola pieza de plastec, moldeada a presión. Este material reemplazaba casi en todos lados al vidrio, la madera, el acero y el cemento. Trasparente, libraba a las miradas de los viajeros todo el cielo y la tierra. Duro y elástico a la vez, reducía al mínimo los riesgos de accidente.

Unos meses antes había dado prueba de sus cualidades. Entre París y Berlín, un coche se desenganchó durante un viraje, chocó contra una usina, derribó cinco paredes, rebotó y se plantó, con la punta al aire sobre un techo.

A los viajeros que retiraron de ahí no les quedaba ni un hueso sano. Algunos de los que se salvaron se hicieron poner huesos de plastec.

El vagón no había sufrido ni rotura ni deformación, lo que demostraba la excelencia de su fabricación. No era culpa de la Compañía si los contenidos habían resultado de menos resistencia que el continente.

Francisco desplegó un diario. Los títulos gritaban:

## **LA GUERRA DE LAS DOS AMÉRICAS**

### **¿Pasarán los americanos del sur a la ofensiva?**

Río de Janeiro (*de nuestro corresponsal especial*). —El emperador negro Robinson, soberano de América del Sur, acaba de efectuar un viaje circular por sus estados. A pesar de la discreción de los medios oficiales, creemos poder afirmar que el emperador negro, en el trascurso de ese viaje, habría inspeccionado las bases de lanzamiento de una ofensiva destinada a poner fin a la «guerra larvada» que opone su país a la América del Norte.

Se ignora de qué manera se desencadenará esa ofensiva, pero, de fuentes

generalmente bien informadas, nos enteramos que el emperador Robinson habría declarado, de retorno de su viaje, que «el mundo sería azotado por el terror».

N.D.L.R. —Nuestro corresponsal en Washington señala que en la capital se muestran muy escépticos con respecto a la pretendida ofensiva negra. El país cuenta con sus formidables medios de defensa. El jefe de los Estados del Norte partió a pasar el fin de semana en su propiedad de Alaska.

Debajo de ese artículo, un revoltijo de líneas y de puntos multicolores parecía desafiar el ojo del lector. Francisco Deschamps sacó de su bolsillo la pequeña lupa bifocal que los diarios ofrecían a sus lectores para Año Nuevo, y la clavó sobre el extraño rompecabezas.

Ante sus ojos aparecieron entonces, destacándose en relieve sobre la página, el emperador negro, drapeado en una túnica de mallas de oro rojo, ceñido por una corona engastada de rubíes.

El joven guardó su lupa, y el emperador negro volvió al caos. Francisco dio vuelta la página del diario. Otro artículo llamó su atención:

## **EL PROFESOR PORTIN EXPLICA LOS TRASTORNOS ELÉCTRICOS**

París. —El eminente presidente de la Academia de Ciencias, el profesor Portin, acaba de comunicar a la docta Asamblea el resultado de sus trabajos sobre las causas de los trastornos eléctricos que se han manifestado durante el último invierno, más exactamente el 23 de diciembre de 2051 y el 7 de enero de 2052.

Se sabe que en esos dos días, la primera vez a las 21:30, la tensión de la corriente eléctrica, cualquiera haya sido la forma en que se produjo, bajó en toda la superficie del globo durante cerca de diez minutos. Esta baja, casi insensible en Francia, fue sentida especialmente a la altura del Ecuador.

El profesor Portin declaró a sus eminentes colegas que después de seis meses de investigaciones, y luego de haber tomado conocimiento de los trabajos similares llevados a cabo en todos los puntos del globo sobre el mismo tema, había llegado a la siguiente conclusión: esa crisis de la electricidad que semejaba traducir una verdadera alteración, felizmente momentánea, del equilibrio interior de los átomos, era debida a una recrudescencia de las manchas solares. Las manchas solares, agregó el distinguido sabio, son igualmente la causa del notable aumento de temperatura que el globo padece desde hace varios años, y de la

excepcional ola de calor que el mundo entero sufre desde el mes de abril... La noche cercaba por todos lados las últimas llamaradas del Oeste. Francisco sacó del respaldo de su asiento el lector eléctrico y se puso el auricular. La Compañía Euroasiática de Transportes había instalado uno de esos aparatos en cada asiento, para permitir a los viajeros leer por la noche sin molestar a aquellos vecinos suyos que preferían quedar a oscuras.

Una placa extensible, que cada cual podía agrandar o achicar al formato de su libro, se aplicaba sobre la página y, en el auricular, una voz leía el texto impreso. Esa voz no solamente leía a Goethe, Dante, Mistral o Celine en el texto, con el acento de origen, sino que repetía enseguida, si así se deseaba, desde el principio de cada página, dando la traducción en cualquier idioma. Poseía un gran registro de tonos: se hacía doctoral para las obras de filosofía, seco para las matemáticas, tierno para las novelas de amor, untuoso para las recetas de cocina. Leía las narraciones de batalla con una voz de coronel, y con voz de hada los cuentos para chicos. En la última palabra de la última línea, con un discreto «hum, hum», revelaba que era el momento de cambiar la placa de página.

Este aparato no hubiera dejado de parecer maravilloso a un viajero del siglo xx, perdido en ese vehículo del XXI. No obstante, su funcionamiento era muy sencillo. La placa, sensible a la tinta de imprenta, estaba conectada con un minúsculo puesto transmisor de televisión instalado en el respaldo de cada asiento. Ese puesto transmitía automáticamente la imagen de la página desde el Centro de Lectura de la Compañía Euroasiática de Transportes, en las afueras de Viena.

Tabiques insonoros dividían el inmueble del Centro en una decena de miles de minúsculas cabinas. En esas diez mil cabinas, delante de diez mil pantallas iguales, estaban encerrados diez mil lectores y lectoras de todas las edades y de todas las nacionalidades.

Unos estandaristas políglotas clasificaban los pedidos por idiomas, y los conectaban a unos subestándares que de inmediato los distribuían por género literario. No hacían falta más que unos pocos segundos para que la imagen de la página llegara al lector competente, que enseguida se ponía a leer en el tono en que era especialista. Uno lloriqueaba durante ocho horas sobre las obras sentimentales. El otro sonreía todo el santo día en su soledad para leer con gracia consejos de belleza.

Era, en resumidas cuentas, una perfecta pero trivial instalación de telelectura, como otras diez más o menos que existían en Europa, para uso de los ancianos cuya vista se debilitaba, de los ciegos, y de los solitarios que querían regalarse a la vez con la compañía de un libro amigo y con una voz humana.

Francisco Deschamps dispuso la placa sobre su novela policial y giró, sobre el auricular, un minúsculo botón que ponía el aparato en marcha. Una voz dramática

murmuró en su oído:

—Capítulo primero. El inspector Walter derribó la puerta con una trompada y se detuvo estupefacto: de un clavo del techo pendía, intacto, con el mentón levantado por la cuerda, el cadáver del señor Lecourtois, a quien él había descubierto, el día anterior, decapitado...

El joven renunció a conocer la explicación de ese misterio. Se sacó el auricular y se durmió. El tren entraba en la estación de Lyon-Perrache.

Los estudios de Radio-300 estaban instalados en el piso 96 de la Ciudad Radiante, una de las cuatro Ciudades Altas construidas por Le Cornemusier para descongestionar a París. La Ciudad Radiante se levantaba sobre el emplazamiento del antiguo barrio de Haut-Vaugirard; la Ciudad Roja sobre el antiguo bosque de Bolonia; la Ciudad Azul sobre el antiguo bosque de Vincennes, y la Ciudad de Oro sobre la Butte-Montmartre.

De los edificios que antaño cubrían a esta última sólo había sido conservado el Sagrado Corazón, ese espécimen tan particular de los principios del siglo xx, obra maestra de originalidad y de buen gusto. Delicadamente y respetuosamente recogido, se vio transportado en su totalidad a un pequeño rincón de la terraza del rascacielos. Posado al borde del abismo, dominaba la capital desde una altura de medio kilómetro. Los aviones zumbaban alrededor de sus cúpulas, y aterrizaban a sus pies. El primero y el último rayo de sol doraban sus piedras grises. A menudo las nubes desdibujaban sus formas, lo separaban de la tierra y lo aislaban en pleno cielo, su verdadera patria. Parecía tanto más lindo cuanto más las neblinas lo disimulaban.

Algunos eruditos, enamorados del viejo París, se han interesado en los recuerdos del Montmartre desaparecido y nos han dicho lo que fue ese extraño barrio de la capital. En el mismo lugar desde donde más tarde debía elevarse hacia el cenit la masa dorada de la Ciudad Alta, un amontonamiento de tugurios cobijaba antaño una muy pintoresca población.

Ese barrio sucio, malsano, superpoblado, resultaba ser, paradójicamente, el «lugar artístico» por excelencia de Occidente.

Los jóvenes que, en Valladolid, Munich, Génova o Savigny-sur-Braye, sentían despertar en ellos la pasión por las Bellas Artes, sabían que existía una sola ciudad en el mundo, y en esta ciudad un solo barrio —Montmartre—, donde pudieran tener alguna posibilidad de desenvolver su talento en plenitud.

Y ahí acudían, sacrificando consideración y comodidad, al amor de la arcilla o del color. Vivían en unos talleres, especies de cobertizos o de desvanes cuyos vidrios rotos reemplazaban una pared, a veces un techo. Alrededor de ellos se amontonaban cuadros inconclusos, telas rotas, tubos vacíos, papeles arrugados, jirones de ropa y toda suerte de desechos. Esos desgraciados artistas no se apartaban del desorden y de la mugre más que para precipitarse a los despachos de bebidas. El hambre y el

alcohol entretejían en ellos el delirio artístico. En los cafés, en las calles encajonadas donde reinaban olores medievales, se codeaban con malhechores y mujeres de mala vida, quienes constituían la otra mitad de la población de Montmartre. Como semillas mezcladas entre la porquería, la mayoría de entre ellos se pudría, pero algunos parecían extraer de esa misma infección un alimento fabuloso y florecían en obras maestras que los coleccionistas venían a recoger al cabo de sus libretas de cheques.

Ese viejo barrio fue arrasado. Un pueblo de arquitectos y de compañeros edificó la Ciudad de Oro. Al mismo tiempo, un gobierno amigo del Arte y del Orden daba un estatuto a los artistas tan largamente abandonados a la anarquía.

El piso superior de la Ciudad de Oro fue reservado, y unos departamentos provistos del mayor confort puestos a su disposición. Para instalarse ahí, para recibir con profusión telas, colores, arcilla, bastaba con pasar un examen ante un jurado compuesto de los más eminentes artistas de las diversas Academias de Europa.

Aquellos que pasaban el examen se instalaban en la Ciudad de Oro y recibían durante seis años una confortable renta. Los artistas, liberados de las preocupaciones materiales, conocieron por fin esa tranquilidad de espíritu indispensable para todo trabajo serio. Manejaron pincel y cincel con mano calma, reconocieron a los verdaderos maestros, renunciaron a las búsquedas inútiles, no discutieron más las sanas tradiciones académicas.

Los pintores abandonaban la Ciudad de Oro después de haber pasado un nuevo examen. Éste les daba derecho a inscribir sus títulos sobre una placa, en su puerta: «Ex interno de la Ciudad de Oro. Diplomado por el Gobierno».

Al mismo tiempo que organizaban en común la institución parisina, los gobiernos de Europa se habían dedicado a una intensa propaganda del Arte entre el grueso de sus pueblos. Los pintores diplomados que se establecían en un barrio burgués, obrero o comerciante veían acudir la clientela. No existía una familia que no quisiera tener en su comedor una naturaleza muerta, una marina sobre la cabecera de su cama y el retrato del recién nacido entre las dos ventanas del salón. Para evitar toda especulación, la corporación de los pintores fijaba el precio de venta de los cuadros de acuerdo con sus dimensiones.

Las nuevas obras de arte ya no se veían encerradas estúpidamente en los museos, lejos de las miradas de la muchedumbre. El Arte se había vuelto popular. Un cuadro garantizado por el gobierno no costaba más que un par de sábanas.

Los pintores no diplomados conservaban el derecho de pintar, pero no el de vender. Algunos se arriesgaban a hacerlo. La corporación los perseguía por ejercicio ilegal de la pintura.

El último reducto de esos disidentes, condenados a morir de hambre, vivía en Montparnasse. La Ciudad Radiante dominaba ese barrio con su masa blanca. Su último piso abrigaba todas las emisoras de la capital.

El señor Pedro-Juan Seita se había aprovechado de ello para bautizar a la suya Radio-300, porque dominaba los techos de París desde una altura de trescientos metros. Los malévolos pretendían que 300 representaba el número de millones que esa emisora redituaba cada mes a su propietario. El mundo entero captaba sus programas de televisión en relieve y colores naturales, y su presupuesto de publicidad llegaba a sumas tan considerables que con toda seguridad los malévolos estaban muy por debajo de la verdad.

Pedro-Juan Seita había nombrado a su hijo Jerónimo director artístico de Radio-300. Jerónimo poseía un departamento pegado a su estudio, y su aeródromo personal sobre el techo de la Ciudad Radiante.

Esa noche, sentado completamente solo en su despacho privado, Jerónimo asistía al ensayo general de la función de gala que la emisora preparaba para el lanzamiento de una nueva estrella.

La pantalla ocupaba toda la superficie de una de las paredes del despacho. La segunda parte del espectáculo iba a empezar. La pared se puso traslúcida, transparente, aérea, desapareció. Un perfume de heno recién cortado invadió la pieza. Una perspectiva de jardines a la francesa se extendió hasta el horizonte. Era el parque de Versalles, cuya arquitectura secular se veía embellecida por las ciento veintisiete estatuas de doce metros de alto recientemente ubicadas entre los árboles recortados y sus avenidas. Esas estatuas, debidas al genio del maestro Petitbois, representaban otras tantas glorias de la ciencia. Vaciadas en plastec camaleón, cambiaban de color según la hora del día o el ángulo bajo el cual se las miraba, y armonizaban por entero con el paisaje. Ya no era posible soportar, después de haberlas visto, el reflejo pálido de los mármoles en medio del verde de los cuadros de césped y del azul cielo de los estanques. Las antiguas estatuas fueron arrancadas. La técnica del plastec había permitido llevar muy lejos la imitación de la naturaleza, supremo objeto del Arte. El escultor no se limitaba más a reproducir las formas exteriores. Al acercarse a una de esas obras maestras, el ojo podía ver, en la materia traslúcida, todo el esqueleto, las redes sanguínea y nerviosa, la enroscadura intestinal. La más bella de las estatuas, dos veces más alta que las demás, representaba a la Inteligencia. Abría los brazos hacia el horizonte, parecía poder apretar contra sus senos de un metro de radio a todos esos hombres a quienes ella había animado. Un sistema de ondas ultracortas hacía vivir su sistema nervioso y su tubo digestivo. Si una golondrina rozaba al pasar sus majestuosos encantos, las mejillas de la estatua se cubrían de rubor. Dos veces por día, un funcionario, montado sobre una escalera, introducía en su gigantesca boca veinte kilos de pan, cincuenta kilos de carne y un hectolitro de vino tinto. Todos podían seguir en el interior de esta maravilla del Arte y de la Ciencia todo el trabajo de la digestión, desde el esófago hasta el ciego.

Una vez caída la noche y el jardín cerrado, un equipo de cuidadores arrastrando

un barril y armado de mangueras, venía a hacerle hacer sus necesidades y limpiar las partes bajas de la Inteligencia.

Jerónimo Seita chasqueó los dedos. El espectáculo comenzó. En medio de una inmensa vibración de la orquesta, enormes copos blancos y rosas nevaron del cielo. Eran unos angelotes de tupidas alas. Se pusieron a bailar, a revolotear, innumerables, por entre los cuadros de césped y los bosquecillos. Bailarinas con sus tutús brotaron de los espejos de agua. Un tropel de faunos en levita surgió de los zócalos de las estatuas corriendo hacia las bailarinas, que huyeron gritando y riendo.

En medio de ese animado paisaje avanzaban por la gran avenida, de a dos y tomados del dedo meñique, mil cortesanos de peluca y otras tantas marquesas empolvadas. Bailaban en gracioso conjunto tres pasos de minué, se detenían, se inclinaban, volvían a empezar. El aire olía a bergamotas y a cuero de Rusia. Con un acorde decidido de la orquesta, las parejas desaparecieron a cada lado de la avenida.

Del fondo del horizonte llegó un carro romano arrastrado por treinta y seis caballos blancos. El carro trasportaba una inmensa peluca que despedía una luz eneguedora. Las marquesas le tiraban besos con las puntas de sus dedos rosas, y los marqueses, desenvainando sus espadines, los blandieron hacia el cielo, gritando todos a la vez: «¡Viva el Rey Sol!»

Al punto los marqueses se encontraron transformados en calvos ancianos, vestidos con traje de chaqueta gris. Su mano derecha, en lugar del espadín, blandía una hoja de papel. Las marquesas habían desaparecido. Los ancianos, cabeza erguida, la barbita apuntando hacia adelante, acompasaban un coro hablado:

Nosotros acabamos de elegir Al presidente de la República.

Un olor a cigarro viejo y a naftalina reemplazaba al de bergamotas.

Los caballos blancos se habían vuelto negros, y la peluca-sol había cedido su lugar a una inmensa galera. El carro avanzaba entre las dos filas de ancianos, y el sombrero saludaba, se inclinaba a la izquierda, se indinaba a la derecha...

Después de otros números no menos simbólicos, que debían trasportar al espectador a través de todas las épocas del genio francés, el espectáculo terminaba con una retrospectiva de los desfiles militares. Detrás del lejano Arco de Triunfo, la masa de la Ciudad Azul se destacaba sobre un cielo púrpura. El sol iluminaba los Campos Elíseos, por donde desfilaban tropas vestidas con todos los uniformes del ejército francés. Estaban los bigotudos guerreros de Vercingétorix, los cruzados de la máscara de hierro, los veteranos de Napoleón, el ejército en pantalones rojos de 1914, y, por fin, resplandecientes bajo el sol, los soldados del ejército moderno, portando orgullosamente la cota de mallas antirrayos y el casco con antenas.

Cada tropa descendía por la avenida al son de una marcha heroica, salía de la pared con un redoblar de tambores y se fundía en lo invisible. Dejaba tras de sí, en medio del despacho, el olor embriagador de la pólvora.

Los últimos comenzaron, a mitad de camino, con gestos perfectamente sincronizados, a deshacerse de las piezas de su uniforme. Llegados a unos pocos metros ya no les quedaba más que el casco y una hoja de parra. Esos valerosos soldados se habían transformado en unas espléndidas muchachas. Continuaron avanzando, se desplegaron en fila. La ilusión de su presencia era tan fuerte que Seita tendió la mano para acariciar una suave cadera. Pero sus dedos pasaron a través.

Perfectamente al unísono, las *girls* dieron media vuelta y mostraron sus nalgas pintadas de tricolor. Fue la apoteosis.

La televisión en relieve y colores naturales paseaba así, todas las noches, en todos los hogares del mundo, algunas lindas chicas desnudas. Esos espectáculos apuraban el crecimiento de los adolescentes, favorecían las relaciones conyugales y prolongaban la vida a los octogenarios.

Jerónimo Seita se levantó, hizo una señal. Los vividos colores palidieron, el horizonte se acercó y se pegó a la pared, en donde se apagó. La superficie mate de la pantalla se materializó mientras que, sin ruido, un cortinado de terciopelo verde pálido descendía del techo.

La pieza estaba totalmente tapizada del mismo terciopelo, amueblada con un macizo escritorio de plastec opaco de color caoba, tres sillones granates y una mesa ratona. Sobre la mesa, un ramo de rosas oscuras brotaba de un vaso de Venecia. La luz caía del techo, por entero luminoso. La pared de la izquierda, de espeso vidrio, se abría sobre el infinito. Muy abajo hormigueaban las luces de París. Cada cuarto de hora, un relámpago rodeaba la ciudad: la señal horaria emitida por la Ciudad Roja.

Jerónimo Seita vino a sentarse frente a su escritorio. Llevaba un traje de una tela de ázoe, liviano como el aire del que había sido extraído. La evolución que había hecho abandonar, poco a poco durante el trascurso de los siglos, todos los inútiles ornamentos de la vestimenta, parecía haber llevado a ésta a la perfección dentro de la simplicidad. Las formas de la ropa femenina y masculina se habían acercado hasta confundirse. No más chaquetas, ni polleras, ni cordones, ni tiradores, ni ridículos portaligas, ni blusas, ni frágiles medias. Desde la suela en semi-plastec elástico e imposible de desgastar con el uso hasta el escote que encerraba el cuello o dejaba ver el pecho, según la moda, la vestimenta de los tiempos nuevos, sin un centímetro cuadrado de tela inútil, se pegaba al cuerpo, al que envolvía como una vaina.

Un cierre relámpago, uno de los pocos inventos del siglo xx al que el XXI no tuvo necesidad de aportar mejoras, permitía ponerla y sacarla en un segundo. El cierre magnético era igualmente muy empleado: los bordes de las telas, recubiertos por una capa de acero imantado, se adherían el uno al otro cuando se los acercaba.

Hombres y mujeres, vestidos con las mismas prácticas combinaciones, se distinguían por los colores. Sin duda para obedecer a esa ley de la naturaleza que siempre adorna a los machos mucho más que a las hembras —que hace al gallo

rutilante y a la gallina gris—, una costumbre poco a poco se había establecido: la de emplear colores vivos para la ropa del hombre y colores oscuros para las de la mujer. Jerónimo Seita llevaba esa noche una combinación de un rojo brillante que se adornaba en el escote, sobre el pecho, en la cintura y a lo largo de los muslos hasta los tobillos, con aplicaciones verde claro, debajo de las que se disimulaban los cierres magnéticos.

Sentado a su escritorio, lo sobrepasaba con su delgado busto. Los macizos muebles que llenaban la pieza no parecían hechos a su escala. Era un hombre de poca estatura. Sentado o de pie, erguía la cabeza con un aplomo que nunca decaía. Estaba peinado y afeitado de acuerdo a la moda inspirada por una reciente retrospectiva del cine norteamericano: una raya al medio separaba sus cabellos muy negros, pegados, y bajo su nariz puntiaguda un bigote filiforme dibujaba una delgada llave.

Su boca de labios delgados sonreía rara vez. La sonrisa pertenece a los niños, y a los hombres que se les asemejan. Para aquellos cuyo espíritu está ocupado por cosas importantes, la sonrisa es tiempo perdido.

Sus ojos redondos y su frente lisa hubieran podido hacer creer que había en él una cierta ingenuidad, pero su voz tensa así como sus músculos dorsales rápidamente hacían olvidar la cándida apariencia de la parte superior de su rostro.

Llamó:

—¡Dubois!

Una voz sumisa le contestó.

—¿Señor?

—Dígale a la señorita Rouget que venga a verme.

El chasquido seco de un timbre de madera indicó que el invisible secretario había escuchado la orden y la ejecutaba.

Unos minutos después el timbre crepitó.

—¿Sí? —dijo Seita.

—La señorita Rouget está aquí, señor.

—Hágala entrar.

Se abrió una puerta. Una muchacha entró. La primavera entraba con ella.

Seita se apresuró hacia su visitante, le tomó las dos manos, y sin decir una palabra, las besó.

Tenía aún su traje de escena, un traje del año 2000: pollera corta, pantalón de seda amplio ajustado en los tobillos, blusa muy escotada. Se había sacado rápidamente el maquillaje. Sus mejillas, acaloradas por el ardor del ensayo, resplandecían de emoción y de salud. Era rubia, rosa y dorada de piel, como una niña que ha jugado mucho al sol. Sus grandes ojos azules brillaban de alegría. Sus cabellos trenzados y enroscados la coronaban de oro.

Seita la condujo hasta un sillón y le rogó se sentara.

—La he hecho venir —dijo—, para hacerle saber lo satisfecho que estoy.

Hablaba con ese tono un poco demasiado agudo que empleaba siempre, ya se dirigiera a su ayuda de cámara, a veinte colaboradores reunidos o a algún ministro. Camina de un lado para otro, con una mano a la espalda, acariciándose con la otra la barbilla, o subrayando con tres dedos en el aire una palabra.

—Estoy persuadido de que su lanzamiento va a ser sensacional. Me felicito por haberla descubierto. Jamás la radio habrá conocido semejante estrella. Canta como un ruiseñor, baila como una diosa y es todavía más linda en la pantalla que al natural... por más que eso parezca inverosímil —agregó inclinándose levemente.

Se detuvo delante de ella, con las dos manos a la espalda, e inquirió:

—Me imagino que usted no está demasiado cansada por el ensayo.

—Un poco, pero... ¡estoy tan contenta!

La voz de la joven era luminosa y cálida como esa alegría que expresaba. Seita cayó bajo el encanto. Una sonrisa se dibujó bajo el arabesco de su bigote. Se acercó, y se inclinó hacia el sillón donde su nueva estrella reposaba como en un estuche.

—Gracias a usted —dijo en voz más baja—, Radio-300 va a conocer un nuevo triunfo...

De los hombros desnudos, de los redondos brazos de la adolescente subía una luz y un perfume de cosecha. En su nido de encajes, sus pechos parecían dos palomas acurrucadas.

Seita hizo un esfuerzo para incorporarse, alejarse un paso, las venas de la frente un poco hinchadas, las sienas palpitantes. Se aclaró la garganta, prosiguió:

—Creo que su seudónimo va a gustar. Blanca Rouget no era en realidad un nombre posible para una estrella. ¡En cambio, Regina Vox! Eso tiene ritmo, y desde hace dos semanas pronunciamos ese nombre en todos los oídos del mundo. Usted será la reina del éter... Para festejar su bautismo la llevo mañana por la noche a cenar a Escocia. ¿Qué le parece?

Ella se levantó. Le llevaba media cabeza. Él tuvo unas ganas terribles de agarrar entre sus dos manos su cintura fina. Apenas escuchaba lo que ella decía. Se la comía con los ojos, se llenaba el cuerpo con su imagen. Ella estaba en esa edad de la floración del brote en la que ya se dibujan las formas plenas de la mujer en quien toda la carne se ha formado y en la que el vientre chato, la cintura frágil, los muslos duros recuerdan todavía a la niña danzarina.

—Estoy desolada, señor Seita —decía—, pero mañana a la noche será imposible. Tengo que comer con Francisco Deschamps, un amigo de la infancia que llega esta noche de mi pueblo, de nuestro pueblo.

—Lo siento... Es una lástima... Pero veamos, ¿pasado mañana tal vez usted esté libre?

—¿Pasado mañana? Sí.

—Bueno, entonces, digamos pasado mañana. ¿De acuerdo?

—Pasado mañana, perfecto.

Con aire indiferente, Seita preguntó:

—¿Qué hace su amigo? Cómo se llama... Francisco, ¿Francisco cómo?

—Francisco Deschamps. Se ha presentado hace dos meses al examen de ingreso en la Escuela Superior de Química Agrícola. Eran más de dos mil candidatos para trescientas plazas. Los resultados van a ser proclamados dentro de unos días. Justamente Francisco viene a París para saberlos. A pesar de la gran competencia, espera poder entrar. Después del examen fue a pasar un tiempo en casa, en Provenza, y me va a dar noticias frescas de mis padres. Tengo apuro por verlo. No sabe nada de mi entrada en lo de usted. Cree que sigo con mis cursos de la Escuela Nacional Femenina. Espero que no se enojará. Es un poco como si fuera mi hermano mayor. Tiene cinco años más que yo...

—¿Sus padres tampoco saben nada?

—No, pero creo que todo el mundo estará muy contento con mi éxito.

—De eso puede estar segura. El éxito lo hace perdonar todo. Desgraciadamente, no tengo tiempo para acompañarla —agregó—. Le ruego que me disculpe.

La acompañó hasta la puerta y volvió derecho a su escritorio.

—Dubois —dijo—, esta noche llega de Provenza un tal Francisco Deschamps, estudiante. Vive en Montparnasse. Tiene veintidós años. Quiero, mañana a la mañana, saber exactamente todo lo que sea posible saber sobre ese muchacho.

Un chasquido seco del timbre le respondió.

Blanca, ya vestida con su traje de calle, de un gris claro adornado con azul celeste, tomó el ascensor rápido y se detuvo en el primer piso, a la altura de la autopista sobre pilotes. La planta baja y el suelo estaban reservados a los peatones y a los jardines.

Subió a un electrobús, el 259, que llevaba al Barrio Latino, y bajó en la esquina de la calle del Four. Ocupaba ahí, en el segundo piso de una de las viejas casas en piedra labrada que en gran número subsistían en ese barrio, una pequeña pieza amueblada a lo antiguo, con una cama de hierro, un ropero de nogal, tres sillas de caña y un adorable escritorio 1930 de madera blanca, del más puro estilo Prisunic<sup>[1]</sup>. Había agregado a ese encantador decorado algunas chucherías pasadas de moda: un despertador a resorte, una lámpara de mesa de luz con bombilla de vidrio, un termómetro a mercurio, y en las paredes tres viejas fotos chatas y grises. Representaban una a su abuela, la segunda a un gasómetro, la tercera al acorazado Estrasburgo.

Al entrar a su pieza, la campanilla del teléfono la recibió. Corrió hacia su escritorio, apretó un botón blanco. Un espejo con marco de rocalla, colocado al lado de sus libros, se iluminó. El rostro de Francisco Deschamps apareció en él, los ojos se

posaron sobre ella y una gran sonrisa descubrió unos dientes resplandecientes.

—Y bueno, mi Blanquita —dijo él—, ¿de dónde vienes? ¡Hace cinco minutos que estoy llamando! Todavía sin acostarte, a semejante hora. Veo que ya era tiempo de volver. ¡Empiezas a perder la vergüenza!

—Eh... Oye tú, el gran gendarme, harías mejor en darme noticias de casa. ¿Adónde estás? ¿Recién llegas?

—Sí, te hablo de la estación. Allá todo el mundo bien. Todos te mandan besos. Toma... —Avanzó los labios e hizo un ruido de besos. Luego prosiguió—: Entonces, ¿te espero mañana a la noche, en casa, a las siete? ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Buenas noches, mi Blanquita.

—Buenas noches.

El espejo se apagó. La imagen que acababa de borrarse seguía vivida en los ojos de la joven. La gran frente abombada coronada de unos cabellos negros muy cortos, tiesos como una caña, los ojos brillantes color avellana, la nariz recta, de ventanas muy abiertas, la boca grande, el mentón sólido, todo se desplazaba con su mirada, se paseaba por las paredes, entre los muebles, por el techo.

Blanca le dirigió una gentil sonrisa y empezó a desvestirse.

La Estación Central, cavada debajo del Jardín de las Tullerías y del Palacio del Louvre, ponía en comunicación todas las líneas. Francisco subió en el ascensor del Arco de Triunfo del Carrousel. El estómago vacío le gritaba que urgía sentarse delante de algún alimento. Decidió comer al paso en la Cervecería 13, en el bulevar Saint-Germain. No tenía más que cruzar el Sena. Tomó la pasarela que permitía a los peatones cruzar por encima de los muelles, reservados a los autos.

Una enorme corriente de autos rodaba sobre la calzada luminosa. El plastec luminiscente, que reemplazaba los adoquines y el asfalto triste, despedía con suave brillo la luz que había absorbido durante el día. Los autos circulaban con los faros apagados sobre esa vía clara. Desde lo alto de la pasarela, Francisco veía sus siluetas negras dejarse atrás, cruzarse, sobre el piso de color de luna.

La temperatura había bajado apenas. Francisco transpiraba. La valija le pesaba al extremo de su brazo. Innumerables barquitas de paseo, a motor eléctrico, ronroneaban sobre el Sena. Sus linternas de adorno y sus luces de posición componían un ballet multicolor cuyo reflejo temblaba en el agua.

El bulevar Saint-Germain era un río de fuego. Prohibido a los autos, ofrecía a los paseantes la tentación de miles de negocios iluminados. Restaurantes, cines, salas de televisión, tiendas de venta de todas las mercaderías se sucedían en un diluvio de luces fijas o palpitantes. Como todas las noches, un pueblo denso andaba lentamente de una luz a otra, llenaba el bulevar con un ruido espeso y con esa mezcla de mil olores que es el olor de la muchedumbre.

Francisco empujó la puerta de la Cervecería 13, encontró una mesa vacía al lado de una palmera enana y se sentó. Surgió un mozo, y de manera imperativa puso frente a él un plato humeante. Era tradición, en ese establecimiento, comer un bife con papas fritas, y todo cliente automáticamente se veía servir una generosa porción.

Francisco comió con buen apetito. Hijo de campesinos, prefería los alimentos naturales. Pero ¿cómo vivir en París sin acostumbrarse a la carne química, a las legumbres industriales?

La humanidad no cultivaba ya casi nada en la tierra. Legumbres, cereales, flores, todo eso crecía en una fábrica, en unas cubetas. Los vegetales encontraban ahí, en el agua adicionada de los necesarios productos químicos, un alimento mucho más rico y más fácil de asimilar que el dispensado con parquedad por la madrastra Naturaleza. Ondas y luces de colores de intensidad calculada, atmósferas acondicionadas, aceleraban el crecimiento de las plantas y permitían obtener, al abrigo de las intemperies estacionales, continuas cosechas, desde el primero de enero al treinta y uno de diciembre.

La cría, ese horror, había desaparecido igualmente. Criar, encariñarse con los animales para entregarlos después al cuchillo del carnicero, eran costumbres dignas de los bárbaros del siglo xx. El «ganado» no existía más. La carne era «cultivada» bajo la dirección de químicos especialistas y según los métodos, puestos a punto e industrializados, del genial precursor Carrel, cuyo inmortal corazón de pollo vivía aún en el Museo de la Sociedad Protectora de Animales. El producto de esta fabricación era una carne perfecta, tierna, sin tendones ni pellejo ni grasa, y de una gran variedad de gustos. No solamente la industria ofrecía al consumidor carnes con gusto a buey, ternero, corzo, faisán, paloma, jilguero, antílope, jirafa, pata de elefante, oso, camello, conejo, pato, pollo, león y mil otras variedades, presentadas en tajadas gruesas y sangrantes a pedir de boca, sino que además unas firmas especializadas, a la vanguardia de la gastronomía, producían carnes extraordinarias las que, cocidas en agua o asadas con el solo aditamento de una pizca de sal, hacían recordar por su sabor y su aroma a las más famosas preparaciones de la cocina tradicional, desde el sencillo puchero hasta el pastel de liebre a la Royale.

Para los refinados, una célebre casa fabricaba carnes con gusto a fruta o confitura, con perfume de flores. La Asociación Cristiana de los Abstinentes, que había tomado como lema «Hay que comer para vivir y no vivir para comer», poseía su propia fábrica. Con el fin de ayudar a sus miembros a evitar el pecado de la gula, cultivaba en ella una carne sin gusto.

La Cervecería 13 no era más que una de las sucursales de la célebre fábrica Bifes con Papas Fritas, que gozaba de una gran prosperidad. No había una sola carnicería parisina que no vendiera su plato popular. El subsuelo de la Cervecería cobijaba la inmensa probeta con suero donde estaba sumergida la «madre», bloque de carne de

alrededor de quinientas toneladas.

Un dispositivo automático la cortaba en forma de cubo, y a cada hora le tronchaba una gigantesca tajada de cada lado. Seguía reproduciéndose indefinidamente. Una galería circundaba la cubeta; cada domingo, el honrado pueblo consumidor era admitido a circular por ella. Éste echaba una mirada enternecida a la «madre» y subía luego a la cervecería a saborear el trozo, guarnecido de gigantes granos de soja cortados en rebanadas y fritos en aceite de hulla. La famosa Cerveza 13, sacada de la arcilla, corría a raudales.

Francisco, una vez terminado su bife, se hizo servir una tortilla y un dulce de leche.

No se les hubiera ocurrido a los europeos del siglo xx comer fetos de oveja o terneros muertos al nacer. Sin embargo, devoraban huevos de gallinas. Buena parte de su alimentación dependía del trasero de esas volátiles. Un procedimiento análogo al de la fabricación de las carnes liberó a la humanidad de esa sujeción. Unas fábricas entregaron la yema y la clara de huevo, separadas, en frascos. No se ordenaba ya una tortilla de seis huevos sino de medio litro.

En cuanto a la leche, su producción química se había hecho tan abundante que cada hogar la recibía a domicilio, junto con el agua caliente, el agua fría y el agua helada, por cañerías. Bastaba con adaptar a la canilla de leche un precioso instrumento cromado para obtener en pocos minutos un pan de excelente manteca. Toda instalación implicaba también una canilla a baja altura, munida de un dispositivo que entibiaba y al cual se ajustaba una tetina. Las madres alimentaban con ella a sus queridos lactantes.

Francisco Deschamps, ya restaurado, tomó el camino de su domicilio. Montparnasse dormitaba, acunado por un océano de ruidos. El aire, el suelo, las paredes vibraban con un ruido continuo, ruido de las cien mil fábricas que trabajaban día y noche, de los millones de autos, de los innumerables aviones que recorrían el cielo, de los vociferantes carteles de la publicidad parlante, de las emisoras de radio que derramaban por todas las ventanas abiertas sus canciones, su música y la voz inflada de los locutores. Todo eso configuraba un fragor enorme y confuso al cual los oídos se acostumbraban con rapidez, y que cubría los sencillos ruidos de vida, de amor y de muerte de los veinticinco millones de seres humanos amontonados en las casas y en las calles.

Veinticinco millones, esa era la cifra dada por el último censo de la población de la capital. El desarrollo del cultivo en las fábricas había arruinado al campo y atraído a todos los campesinos hacia las ciudades, que no paraban de crecer. París sufría una crisis de alojamiento que la construcción de las cuatro Ciudades Altas no había conjurado. El Consejo de la ciudad había decidido construir otras diez iguales.

Durante los últimos cincuenta años, las ciudades habían desbordado de esos

límites redondos que se veían en los mapas del siglo xx. Se habían deformado, estirado a lo largo de las vías férreas, de las autopistas, de las corrientes de agua. Habían acabado por juntarse y no formaban más que una aglomeración en forma de puntilla, una inmensa red de fábricas, de depósitos, de ciudades obreras, de casas burguesas, de inmuebles como hongos.

Las antiguas ciudades colocadas en la encrucijada de esta ciudad-serpiente conservaban sus antiguos nombres. Las ciudades nuevas, divididas en trozos de igual longitud, habían recibido en bautismo un número cuya cifra era determinada por su situación geográfica.

Entre estas ciudades-arterias, la naturaleza había vuelto a su estado salvaje. Un mar de matorrales había invadido las campiñas abandonadas, obstruido los senderos, recubierto las ruinas de las viejas viviendas incómodas. En medio de esta selva subsistían algunos oasis de campos cultivados, a los cuales se aferraban unos obstinados campesinos.

Una parte de Francia había escapado a esta evolución. En efecto, una planta seguía aún rebelde al cultivo en cubetas: la vid. Asimismo, la etapa de la técnica no permitía aún cultivar los árboles frutales en fábrica. Así pues, el Mediodía de Francia se había convertido en un inmenso vergel y producía frutas para el resto del continente. El valle del Ródano se había cubierto de invernáculos calentados e iluminados eléctricamente, en donde maduraban todos los frutos en todas las estaciones. Por el contrario, la Provenza del sudeste, remisa en dejarse penetrar por el progreso, cultivaba todavía al aire libre. Los campesinos se aprovechaban de eso para hacer crecer a la moda de antes, al mismo tiempo que la pera y la cereza, el trigo y otros cereales. Ellos mismos amasaban su pan, criaban gallinas, vacas y cerdos; sencillamente se aferraban al pasado, porque preferían gastar mucho trabajo más bien que un poco de dinero.

Del Ródano al Atlántico, el sudoeste se había revestido de una película brillante, hecha de innumerables invernáculos bajo los cuales unas viñas forzadas daban tres vendimias por año. De allí, un océano de vino corría sobre Europa.

Aparte de esas regiones, en las cuales el progreso no había aún liberado a los habitantes, la campaña estaba totalmente desierta. Y en los claros de la Ciudad Puntilla, la selva virgen renacía.

Francisco Deschamps y Blanca Rouget habían nacido ambos en Vaux, una de esas pequeñas aldeas de la Alta Provenza obstinadamente aferradas a perimidas tradiciones. Sus padres todavía araban con carretas tiradas por caballos, y esperaban pasivamente a que el sol madurara las almendras y las aceitunas —aquellas que el granizo, la helada, el viento y los insectos habían tenido a bien dejar de lado— para recoger una magra cosecha. Por eso habían soñado para sus hijos un destino diferente al de ellos. La presencia en París de Blanca y de Francisco era el resultado de esas

ambiciones paternas. Francisco llegaba al término de difíciles estudios. Blanca había pasado por todas las ramificaciones de la enseñanza femenina y seguía desde hacía seis meses los cursos de la Escuela Nacional Femenina, que preparaba física, moral e intelectualmente a madres de familia de élite.

En ausencia de su amigo de la infancia, Blanca se había divertido participando en el concurso de Radio-300. Había bailado, cantado, sonreído, hablado, se había desvestido, estirado, puesto en cuclillas, acostado, delante de un jurado compuesto de ojos eléctricos, micrófonos seleccionadores, pisos ritmógrafos y otros veinte incorruptibles aparatos más. Esos jueces íntegros la habían estimado superior en todos los puntos a una muchedumbre de concursantes. Seita la había contratado enseguida. El espectáculo estaba listo, no esperaba más que por ella. Ensayaba desde hacía dos semanas. Todo había sucedido tan rápido que apenas podía creer en ello, y no se había atrevido a informar ni a sus padres ni a Francisco.

Sus relaciones con el muchacho eran todavía fraternas. ¡Hacía tan poco tiempo que Blanca había perdido sus mejillas hundidas y su pecho chato de chiquilina! Pero sus padres y la aldea los consideraban comprometidos entre ellos. Ellos mismos nunca habían hablado de eso.

Francisco se acostó esa noche con el corazón impaciente. Había experimentado una gran alegría al volver a encontrar la cara de su Blanquita en el espejo del teléfono. Tenía apuro por volver a verla en carne y hueso.

Una foto en relieve de la joven colgaba de la pared, al lado de su cama. Mandó un beso a esos labios rosas, apagó la luz y se tendió en el lecho. Era un viejo diván de una plaza; los pies de Francisco sobresalían de la punta.

A la mañana siguiente, el sol se levantó aun más caliente que el día anterior. Hacía más de dos meses que París no había recibido una gota de lluvia. A la tarde era tal el calor que subía del suelo que los parisinos trataban de no salir, salvo si se veían obligados a ello. La capital vivía detrás de sus persianas.

Las Ciudades Altas no sufrían el efecto de esta canícula. Las paredes de las fachadas eran de vidrio, pero cerradas, sin ventanas. En el interior circulaba un aire sin polvo, oxigenado, cuya temperatura variaba según el deseo de cada locatario. Bastaba con desplazar una manivela en un minúsculo cuadrante para pasar en unos pocos segundos del calor del ecuador a la frescura de un banco de hielo.

Jerónimo Seita, con la frente en la pared transparente de su despacho, contemplaba París. Por todos lados, hasta el chato fondo del horizonte, trepaba el infinito rebaño de las casas. La ciudad parecía aplastada en el suelo, laminada por el peso de la tristeza y del humo de los siglos. Sus techos formaban una costra escamosa cortada por las calles y las avenidas como por unas cicatrices. El humo ascendía, caía lentamente, se mezclaba en una neblina que acolchaba la capital.

Los viejos autogiros del Servicio de la Atmósfera comenzaban a circular. Se

paraban en las esquinas, sobre las manzanas de casas, escupían una nubecita de vapores antisépticos, arrancaban de nuevo, y empezaban cien metros más lejos.

Más arriba estaba la intensa circulación aérea, que una mano de giro obligatorio hacía dar vueltas encima de París como un vuelo de rapaces. Un decreto prohibía a los vehículos volar sobre la capital a menos de ocho mil metros, salvo para aterrizar. Pero a cada instante se los veía descender como arañas al cabo de su hilo, para llegar a las terrazas de aterrizaje, en tanto que otros levantaban vuelo como unas alondras.

Los bólidos azules de la policía del aire circulaban en todos sentidos, apuntando a los aviones que se rezagaban a baja altitud la doble antena emisora de su aparato para contravenciones.

Jerónimo Seita adelantó los labios, y alisó con el extremo del índice su hilo de bigote. A pasitos rápidos se acercó a su escritorio, chasqueó los dedos y preguntó:

—Dubois, ¿tiene los datos que le pedí?

—Sí, señor —contestó la voz del secretario.

—Lo escucho.

Seita sacó de su bolsillo una diminuta libretita y tomó nota con una lapicera gruesa como un fósforo.

—Francisco Deschamps —decía la voz indiferente de Dubois— es hijo de cultivadores. Sus padres son vecinos de los de la señorita Rouget, pero más pobres. Su propiedad les alcanza nada más que para vivir. Su hijo habita por el momento en un viejo taller de pintor en la calle Jeanne, una especie de centro de artesanos abandonado del que él es casi el único inquilino. Se presentó al concurso de ingreso de la Escuela Superior de Química Agrícola. Los resultados serán hechos públicos dentro de dos días, pero conseguí saberlos por el presidente del jurado, el señor Laprune, director de la escuela. Francisco Deschamps salió primero. Sus padres esperan que al salir de la escuela entre como ingeniero en una usina agrícola, pero él no oculta a sus amigos su intención de tomar más bien la dirección de una gran explotación rural en Provenza, y de tratar de aplicar a la tierra algunos de los métodos de la industria agrícola. Mide un metro ochenta y cinco, pesa en proporción. No hace deportes, pero pasa todos los años varios meses en la granja, donde trabaja con su padre. Es morocho, no demasiado lindo. Debe dinero a la Compañía de Electricidad. Está atrasado en los pagos, que son mensuales, y debe las facturas del agua y de la leche. Se lleva bien con su portera.

—Le agradezco, Dubois. Arréglese para que de aquí a tres días, le hayan cortado el agua, la leche y la electricidad. Cite aquí, para las dieciséis, al señor Laprune. Y quiero estar siempre al corriente de los hechos y gestos de ese señor Deschamps. Eso es todo.

El timbre puso punto final a la conversación. Jerónimo Seita cerró su libretita, la puso en su bolsillo, se levantó y se fue, como cada mañana, a hacer una visita a sus

antepasados.

Los progresos de la técnica habían permitido abandonar esa horrible costumbre que consistía en enterrar a los muertos y en abandonarlos a la putrefacción.

Todo apartamento confortable comprendía, además del baño, del asimilador de basuras, la calefacción urbana, los tapices absorbentes, los techos luminosos y las paredes insonoras, una pieza que llamaban el Conservatorio. Estaba formada por dobles tabiques de vidrio, entre los que se había hecho el vacío. En el interior de esta habitación reinaba un frío de treinta grados bajo cero. Las familias conservaban ahí a sus muertos, vestidos con su ropa preferida, instalados, de pie o sentados, en actitudes familiares que el frío perpetuaba.

Los primeros Conservatorios habían sido construidos hacia el año 2000. La mayoría de ellos contenían ya dos generaciones. Los bisnietos del año 2050 podían, gracias a dicha invención, conocer a sus bisabuelos. El culto de la familia ganaba con ello. La autoridad de un padre ya no desaparecía con él. Ya no se podía escamotear al difunto desde su último suspiro. Con un índice tendido por toda la eternidad, seguía mostrando a sus hijos el camino recto.

Artistas especializados se encargaban de dar a los finados todas las apariencias de la vida, y a los Conservatorios un aspecto familiar de cuartos habitados. Después de haber hecho la primera puesta en escena, venían todas las semanas a verificar la instalación, reavivar con la ayuda de afeites especiales los colores de los personajes, y hacer desaparecer, con la aspiradora, el polvo de las ropas y de los decorados. Las familias pagaban por esos cuidados una pequeña cuota mensual a la CPD (Compañía de Preservación de los Difuntos).

En general, el Conservatorio ocupaba en el departamento una situación central. Cada una de sus paredes de vidrio se abría sobre una pieza diferente. Los días de recepción, el ama de casa ponía una flor en el ojal del abuelo, enderezaba su bigote. Los muertos tomaban parte en la reunión. Los invitados les dirigían al llegar un cortés saludo y felicitaban a los hijos por su buen aspecto.

En el comedor, la mesa estaba frente a ellos. El dueño de casa rompía el pan después de habérselos presentado. El humo de los platos ascendía hacia sus narices de vidrio.

Cuando el señor iba al encuentro de la señora en su dormitorio, se tomaba el trabajo de correr la cortina sobre la pared de vidrio para no chocar a la abuela.

La continua presencia de los difuntos daba a la vida íntima de las parejas una dignidad y un tono con demasiada frecuencia desconocidos hasta entonces. Las mujeres ya no andaban más por ahí en salto de cama hasta el almuerzo. Los hombres se abstendían de maldecir y de romper la vajilla. Los matrimonios que se hubieran dejado llevar a una pelea, incluso a golpearse delante de los hijos, no se animaban a hacerlo bajo la mirada fija de sus ascendientes.

Un padre honesto en conservación desviaba a su hijo del camino hacia la canallada. Una madre virtuosa evitaba a su hija el pecado de adulterio. Las más disolutas de las mujeres no se atrevían a recibir a sus amantes en sus casas, ni siquiera con la cortina corrida.

A fin de evitar las disputas y los procesos, una ley había restablecido, en ese dominio, el derecho de progeneración. A menos de mediar amistosos arreglos, el antepasado pertenecía al mayor de los herederos.

El amontonamiento que amenazaba reinar en los Conservatorios al cabo de algunas generaciones había sido previsto. Los laboratorios de la CPD estaban dando los últimos toques a un procedimiento que iba a permitir, por inmersión en un baño de sales químicas, la reducción de los difuntos a una veinteava parte, más o menos, de su tamaño primitivo. Una ley, anticipándose su aplicación, prohibía su uso antes de la cuarta generación. No se podría reducir más que a los abuelos. Pero algunos de los ilustres difuntos escaparían al baño, reservándose el Estado el clasificarlos como antepasados históricos.

Un químico, que veía lejos, buscaba un procedimiento de reducción más radical. «Tenemos que pensar en nuestros descendientes del año 10.000», declaró en la radio. «Si queremos llegar hasta ellos, hasta a los del año 100.000, nosotros y nuestros bisnietos y nuestros innumerables descendientes, tenemos que poder ocupar el mínimo de espacio».

Quería reducir a los antepasados a medio centímetro, aplastarlos con una prensa, deslizarlos en un sobre de celofán y pegarlos en un álbum. «Más tarde», señalaba, «otros sabios harán mejor todavía: reunirán mil generaciones sobre una placa de microscopio. Entonces, el asunto del lugar no se planteará más».

Gracias a esos procedimientos, las familias conservarían durante siglos de siglos sus miembros muertos en medio de los miembros vivos, los más cercanos de tamaño natural, los demás reduciéndose en el pasado. Con esta perspectiva, los vivos encaraban a la muerte con más cariño. El gran espanto de la podredumbre había desaparecido. La maldición: «Te convertirás en polvo», parecía perimida. El hombre sabía que no desaparecería más, que seguiría en medio de sus hijos, y de sus lejanos sobrinos nietos, honrado y querido por ellos. Petrificado, laminado, microscópico, pero presente. Ya no tenía más miedo de servir de presa a los gusanos, o a desaparecer completamente dentro de la gran Naturaleza indiferente. Así pues, el progreso material había conseguido vencer el terror a la muerte que, desde el comienzo de los siglos, curvaba las espaldas de la humanidad.

Los legisladores se habían aprovechado de esas circunstancias para agravar el castigo que pesaba sobre los asesinos. El condenado, después de haber sufrido el rayo K que lo hacía pasar sin dolor de vida a muerte, era sumergido por el verdugo en un baño de ácido que lo disolvía. Convertido en papilla, iba a la cloaca. Así le era

negada esa constante presencia, sucedánea de la eternidad, que tranquilizaba a los mortales. El crimen no resistió al instituto de la disolución *post mortem*. El número de los asesinados, en el año que siguió a su aplicación, se redujo en un sesenta y tres por ciento. Los matadores profesionales abandonaron. Solamente se continuó matando por amor.

Por supuesto, los alojamientos obreros eran demasiado chicos para contener Conservatorios particulares. Así, pues, el Estado había dispuesto, en el subsuelo de las ciudades, unos Conservatorios comunes, que reemplazaban los antiguos pudrideros llamados cementerios. A Cada familia le era atribuido gratuitamente su alojamiento particular. Las visitas eran autorizadas dos veces por semana, el domingo y el jueves. Para evitar que la ciudad mortuoria fuera habitada por un pueblo demasiado mal vestido, el Estado daba un traje nuevo a cada difunto. Ese uniforme era, para los hombres, el antiguo «traje» de los elegantes del siglo xx, negro, con faldones, y, para las mujeres, un sencillo vestido llamado «campesino», de florecillas azules sobre fondo rosa.

En el Conservatorio de Seita se encontraban solamente cuatro personas: los abuelos de Jerónimo, muertos hacia el primer cuarto del siglo. Sentados sobre antiguos sillones, las dos parejas se enfrentaban, con trajes abotonados. Habían llegado a una edad avanzada, los dos hombres resecaos por el fuego de los negocios, las dos mujeres engrosadas por la ociosidad.

Jerónimo encontraba todos sus rasgos en los de su abuela materna. Bajita y redonda, miraba a su nieto con expresión de ternura, con sus manos abiertas sobre sus rodillas, sus pies reposando sobre un ventrudo almohadón. Todos los días Jerónimo no dejaba de contestarle su mirada afectuosa; pero era con un infinito respeto que observaba a los dos hombres de rostro severo: lívido el uno, las mejillas enjutas, los labios delgados, la nariz larga; el otro tostado, la mirada negra, los rasgos cortados por profundas arrugas. Habían transmitido a su padre el doble poder de la banca y de la industria. De ese poder, él, Jerónimo, resultaba ser el último heredero. Prometía a sus muertos, cada mañana, no dejarlo decaer.

El viejo despertador de Blanca dejó oír un ruido de latas. La joven abrió un ojo, se desperezó, bostezó, se dio vuelta y se volvió a dormir. Había tomado la precaución de conectar su aparato con el emisor «A su servicio», que se encargaba, entre mil otras cosas más, de despertar a sus abonados a la hora que deseaban.

A las ocho, el espejo de rocalla se iluminó. Una doncella de comedia del siglo xviii, de seis centímetros de alto, apareció e hizo unos pasos en el aire; abrió —sobre el vacío entre el escritorio y la mesa de luz— una ventana del tamaño de la mano por donde entró un rayo de sol ficticio, se dio vuelta hacia la cama, y dijo con una voz de gigante: «Señora, son las ocho».

Blanca se sobresaltó. Todo se extinguió; luego el espejo se iluminó nuevamente,

la misma doncella salió de él, hizo los mismos pasos, abrió la misma virtual ventana, pronunció la misma frase con su voz de trueno. En la pared, las fotos temblaron.

Blanca se apuró a saltar de la cama y a correr a su escritorio para cerrar el aparato antes de que la señorita Barie Mell, de la Comedia Francesa, de la que había reconocido la voz, recomenzara por tercera vez a anunciarle la hora.

Había dormido mal, atormentada por el calor. Abrió una puerta baja en la pared, agarró una manija y desenvolvió su bañadera plegadiza. Mientras el agua de su baño corría, Blanca fue al ropero-cocina e hizo calentar un bol de leche en el que tiró una pastilla de café y una píldora de azúcar. Abrió la ventana para tomar las tres medialunas calientes envueltas en papel de seda térmico que el panadero-volante de la esquina le depositaba en el reborde todas las mañanas.

Desayunó; se sacó el camión y se sumergió en el agua muy caliente. Cuando salió la temperatura de la pieza le pareció más soportable. En el momento en que se envolvía en su bata de baño el teléfono zumbó.

Tuvo el cuidado de cortar la emisión de la imagen y apoyó sobre el botón de admisión. El espejo se iluminó. Y apareció Seita, sentado a su escritorio, con algunos papeles delante de él. Pasaba un dedo sobre su bigote y se acariciaba la punta de la nariz con el pulgar y el índice.

—Hola... ¿Señorita Rouget?

—Sí, buen día, señor Seita.

—Buen día, señorita. ¿Por qué se esconde usted?

Blanca lo vio sonreír, fijar en el vacío una mirada de ciego.

—Me escondo porque no estoy en estado de mostrarme —dijo ella—. Mi pieza no está hecha y acabo de salir del baño.

—Oh, le pido que me disculpe. Me permito molestarla tan temprano para pedirle que verdaderamente cambie su salida con su amigo, ¿cómo se llama... Deschamps?, para otro día. Me acaban de llamar de Melbourne. Tengo que partir mañana y estaré ausente dos días. Quiero llevarla esta noche a comer a algún lado al fresco. Podrá ver a su amigo mañana...

—Pero, le he prometido...

—Una mujer, vamos, no está obligada a cumplir una promesa.

Sonrió, se levantó, avanzó tres pasos fuera del espejo.

Blanca instintivamente retrocedió. Se pisó el borde de la bata, que se deslizó de sus hombros. Se encontró desnuda. La imagen del hombre, minúscula, venía recta hacia ella, se deslizaba en el vacío hacia su vientre blanco. Pegó un gritito de susto, trató de esconderse toda entera detrás de sus dos manos, se agachó para recoger su bata. No lo conseguía, seguía pisándola. Corrió hacia su cama, se metió bajo la sábana, jadeante.

—¡Por favor, señor Seita, retírese!

Él se detuvo, sorprendido, girando hacia la izquierda su cabeza del tamaño de una nuez.

Volvió sobre sus pasos, atravesó el respaldo de un sillón, entró de nuevo al espejo, se acercó a su escritorio, tendió la mano. El espejo se apagó, se convirtió en un simple espejo de opaco azogue, mientras la voz de Seita proseguía:

—Por otra parte, acabo de preparar su contrato. Lo tengo aquí, delante de mí. Me gustaría que usted pasara por el estudio alrededor de las once para firmarlo, y recibir un pequeño adelanto. Por último, le informo que vengo de alquilar para usted un departamento en La Ciudad Radiante, cerca del estudio. En realidad, al lado del mío.

—Pero...

Se sentó en la cama, subió la sábana hasta los hombros.

—Sí —la interrumpió él—, es necesario que usted esté siempre cerca de la emisora. Podemos necesitarla en cualquier momento. Me encargo de la instalación. Ya he ordenado los muebles. Dubois le buscará el servicio. Podrá, creo, inaugurar la casa dentro de unos quince días...

—Pero, señor Seita...

—Por supuesto Radio-300 cargará con el alquiler. Entonces, de acuerdo, la espero dentro de un rato, ¡y esta noche comeremos juntos! Hasta luego, señorita, discúlpeme por haber entrado en su casa tan temprano... Hasta luego.

Blanca dejó caer la sábana. Se sonrió de su susto. Su pudor se había alarmado ante una mirada ciega.

Miró alrededor de ella con ojos nuevos. Su pieza le pareció minúscula, atestada, fea.

Hasta ese día no había conocido más que las rústicas comodidades de la casa de sus padres y de esa piecita. Se había sentido feliz en ellas porque no podía hacer comparaciones. Habitar un departamento en la Ciudad Radiante, con unos lindos muebles dispuestos en grandes espacios, dar órdenes a la servidumbre, ser servida como una reina, eso se le aparecía como del dominio de lo irreal. Estaba como una chica que entrara del todo despierta en un cuento de hadas. Pensó en el placer que sentiría a la noche, sola, con todas las puertas cerradas, en correr descalza sobre las espesas alfombras a través de las vastas habitaciones.

Se rió, se levantó, se puso a bailar, cantar, a girar alrededor de la cama, de su escritorio, de su bañera, con los brazos levantados por encima de la cabeza, feliz, inocente y desnuda.

En los ratos perdidos, Francisco Deschamps pintaba. De vuelta de sus vacaciones, había encontrado sobre su caballete una tela que había dado por terminada. Se ocupaba ahora en corregir las imperfecciones que le habían aparecido al volver a verla con nuevos ojos. Desde dos horas antes del mediodía, el sol atravesaba las cortinas blancas que cubrían el techo de vidrio y llenaba el estudio de una luz y un

calor africanos.

Francisco se levantó de su taburete, se alejó unos pasos y miró su tela. Representaba una Virgen con el Niño, un busto de mujer con el pequeño en sus brazos. El personaje se destacaba sobre un paisaje minuciosamente pintado, en colores muy vivos. Era una montaña de la que colgaba un caserío, y a la que bañaba un río.

Esa aldea era la suya, ese río era aquel en que se había dado los primeros baños, esa montaña era aquella por donde había bajado la pendiente miles de veces. En cuanto al rostro radiante que la Virgen inclinaba sobre el niño, era el de Blanca Rouget. Pero esa parte de la tela disgustaba a Francisco. No podía conseguir transmitir a la imagen toda la luz con que su amiga brillaba en su corazón. Esa Virgen le parecía opaca, de madera.

Volvió al caballete, aplastó con el pulgar una pizca de color, se limpió el dedo en el blusón, gritó «Entre» y dio vuelta la cabeza hacia la puerta. Ésta se abrió y Blanca apareció en el umbral.

Francisco lanzó una exclamación de alegría y avanzó hacia ella con los brazos tendidos. La tomó por debajo de los brazos, la alzó y la besó en las dos mejillas:

—¡Buen día, mi Blanquita! ¿Sabes que te estás poniendo linda?

—No eres el único que me lo dice, gran salvaje. ¡Tú estás negro como un moro! Cuidado, me vas a manchar con tu sucia pintura.

Se reían, plenamente felices de volverse a encontrar. Nunca habían estado demasiado tiempo sin verse como para que la agradable intimidad de su infancia se convirtiera en malestar cuando la vida los volvía a reunir nuevamente.

—Pero ¿qué hora es? —prosiguió él—. No te esperaba tan temprano. —Apretó el botón de su reloj-pulsera y lo acercó a la oreja. «Dieciocho horas, un minuto», murmuró el reloj—. ¡Llegaste una hora antes! ¡Qué suerte, qué suerte! Hacía tanto tiempo que no te veía...

Y agregó suavemente, tomándola de las dos manos:

—¿Sabes que tengo necesidad de ti, ahora? Estas últimas semanas ya no podía aguantar el saberte tan lejos.

Esas palabras causaron a Blanca más malestar que alegría.

¡Estaba tan segura, desde siempre, del sólido afecto de Francisco! ¿Se iba a volver sentimental? Ella misma no lo era para nada. Todavía tenía el espíritu y el corazón puestos más en el juego que en el amor. Seguía siendo muy joven, como un durazno de piel dorada, que parece maduro pero no lo está del todo.

Se sonrojó. Tenía calor. Sentía la transpiración atravesar poco a poco su ropa interior, atacar su vestido. Una gota se formó entre sus hombros y corrió de un trazo todo a lo largo de la espalda. Se estremeció.

—Me parece... —siguió Francisco.

—Cállate. Te aburrías lejos de París, sencillamente. La prueba es que a mí no se me hizo largo el tiempo...

—¡Ah, bueno, eso sí que es amable! —dijo riendo—. Tienes razón. Ya tendremos tiempo para ser serios.

Sacó de la mesa todos los libros y papeles que la atestaban, haciendo con ellos una pila en el suelo que al instante se derrumbó.

—Siéntate. Si quieres, vamos a comer enseguida. Y después iremos a dar una vueltita en barco por el Sena, ¿eh? ¡Vamos a comer aquí con productos de casa! Tengo aceitunas del Serre rojo, un pastel de liebre del Charamallet, un panal de miel del Dévès, mermelada de higo, y pan hecho por tu madre, pan verdadero con harina verdadera de verdadero trigo y verdadera levadura.

—Escucha, Francisco, justamente vine antes para decirte que no comería contigo. Estoy muy cansada. Me siento mal. Voy a ir a acostarme en cuanto me vaya de aquí. Vine nada más que para darte un abrazo...

Para pronunciar esas últimas palabras había puesto una voz débil, una voz de chica cariñosa. Él se sintió conmovido, se puso de rodillas frente a la silla en donde ella estaba sentada. En esa posición todavía era casi tan alto como ella. Puso sus dos manos sobre las rodillas de la joven:

—Pero... mi Blanquita, no hacía falta que vinieras. Tenías que acostarte y mandarme una nota, o ni siquiera eso. Te hubiera telefoneado... Por lo menos, ¿no es nada serio, mi chiquita?

—Oh, no, un poco de cansancio, mucha necesidad de dormir. Llámame mañana. Si ando mejor, nos citaremos otra vez.

Mentía sin vergüenza. Seguía siendo un juego. Tenía apuro en volver a la Ciudad Radiante, a su atmósfera templada, a la exquisita amabilidad de Seita. Se preguntaba qué temperatura podría hacer en Escocia. Por encima del hombro de Francisco veía, sobre el piso, en un rincón, la cacerola sin asa adonde caía, en época de lluvia, el agua que atravesaba el techo. En el fondo del recipiente herrumbrado reposaban tres moscas muertas, patas al aire.

Se levantó con una mueca de cansancio muy bien imitada, besó a su amigo y le dio una palmadita en la mejilla.

—¡Eh, picas!

Él se pasó el dorso de la mano por el mentón y sonrió:

—Maldita barba, crece más rápido que el trigo. ¡Por lo menos, toma un taxi para volver a casa! ¿Tienes plata? ¿Quieres un poco?

—Gracias, gracias, tengo lo que necesito...

Ese fue su único momento de vergüenza. Pensaba en el contrato que había firmado por la mañana, en la remuneración fabulosa que le aseguraba, en el primer cheque que había cobrado.

«Tendré sin embargo que decirle todo», pensaba, mientras bajaba la escalera. «¿Cómo lo tomará? ¡Bah, ya lo veremos!»

En la calle, dio algunos pasos canturreando, paró una «pulga» y dio la dirección de la Ciudad Radiante.

Francisco se sentó con cierta melancolía delante de su pastel de liebre. Se había prometido tanta felicidad esa noche... Su decepción le mostraba claramente cuáles eran sus sentimientos para con la joven. A la camaradería, al cariño protector del hermano mayor por una traviesa hermanita, se había agregado, sin destruirlo, un poderoso amor de hombre sólido por la mujer adorable en que ella se había convertido.

—Y bueno, ¡mejor! —dijo en voz alta.

Cortó una gran tajada de pastel.

—Dubois... por favor, haga preparar la Renault azul. Salimos dentro de cinco minutos para Edimburgo.

Por el ascensor privado, Jerónimo Seita y su invitada llegaron al techo de la Ciudad Radiante. Gastón, el piloto particular del director de Radio-300, los esperaba en la puerta con la gorra en la mano. El cielo, encima de la inmensa terraza, zumbaba. Cientos de aparatos de todos colores soltaban vuelo, descendían, se cruzaban según las estrictas reglas del código aéreo.

Los constructores desde hacía mucho tiempo habían abandonado, para la navegación aérea, el sistema de la superficie sustentadora, que no permitía alcanzar más que una velocidad limitada. Alas y cola habían desaparecido. De los antiguos aviones no subsistía más que el nombre y la hélice. Ésta había adquirido una enorme importancia. Ya no era la simple hélice compuesta de dos, tres o cuatro palas girando en el mismo sentido. Ampliada, estirada en forma de tornillo sin fin, se había vuelto lo esencial del aparato. Todo el resto de la máquina se situaba en medio de sus espiras.

Los aviones que esperaban, sobre la terraza, el momento de levantar vuelo, tenían casi todos la misma forma: la de un limón con la punta hacia arriba. Alrededor de ese ovoide, desde la punta al ras del suelo, se enrollaba el ancho paso de rosca de la hélice.

Gastón condujo a su patrón y a su invitada junto al aparato que debía llevarlos a Escocia. A través de su fuselaje en plastec transparente, levemente azulado, veían encima del motor la cabina redonda, encerrada en ese huevo gigantesco como la yema en un huevo de gallina. Un «culo de plomo» giroscópico le permitía conservar siempre la misma posición, cualquiera fuese la inclinación del aparato. Encima, una cabina parecida, pero más chica, estaba destinada al piloto. Desde ahí este último hacía todas las maniobras, por medio de unos pocos botones sobre un teclado de onda corta. Una vez las puertas herméticamente cerradas, el avión entraba como un tornillo

en el aire sin el freno de ninguna superficie plana y decolaba verticalmente. Ya decolado podía ponerse, a voluntad del piloto, en cualquier inclinación y volar recto hacia adelante, en subida o en bajada en el ángulo deseado, u horizontalmente.

Blanca nunca había subido hasta la terraza de una de las cuatro Ciudades Altas. En pocos segundos se sintió sofocada por la intensidad del movimiento, por los zumbidos de los cambios, por el olor a éter de los motores a quintaesencia, por el perfume a cuero caliente de los motores eléctricos, por el deslumbramiento del sol sobre este enjambre de pompas de cristal.

Los autobuses rojos de la línea París-Madrid-Casablanca-Atenas-Berlín-Londres-París, y los otros, verdes, del circuito inverso, aparecían cada dos minutos. Descendían verticalmente, a una velocidad vertiginosa, frenaban en pocos metros y se posaban con la liviandad de un copo delante del refugio donde los viajeros esperaban, con su número de llamada en la mano. Después de unos segundos de detención, al timbrado del receptor, las treinta toneladas levantaban vuelo como si nada.

La terraza tocaba el cielo por todos lados, forjaba en pleno azur un horizonte de cemento plano. El suelo, los peatones, los autos, las calles, las casas, todo ese mundo parecía ahora tan extraño y subterráneo como el de las hormigas. Blanca acababa de entrar en otro universo, el de la materia sin peso.

Jerónimo la miraba sonriente. Le tocó el brazo.

—Regina, cuando usted quiera...

Penetraron en la cabina del avión. La puerta golpeó. La hélice se puso en marcha, formó una bruma alrededor de la cabina, que luego la velocidad hizo desaparecer. Sin una sacudida, el aparato se elevaba. Aceleró hacia el cielo, agujereó una leve nube. Habiendo alcanzado la altitud reglamentaria, se acostó. Gastón, que recién estaba sentado encima de la cabeza de los pasajeros, se encontraba ahora delante de ellos. A la velocidad de un obús el avión se clavó en dirección al norte.

Volvieron poco después de medianoche. París se les apareció como una puntilla de luces colocada sobre el terciopelo mate de las tinieblas. Los grandes bulevares, las estrechas calles de los barrios céntricos, reservadas a las tiendas y a los lugares de esparcimiento, palpitaban con mil colores cambiantes, componían una red de fuego ligeramente velada por una bruma luminosa. De los techos vivamente iluminados de las cuatro Ciudades Altas subían hacia el cielo haces multicolores. Los aviones que volaban de noche debían conservar sus cabinas iluminadas y eran otras tantas burbujas rosas, azules, verdes, blancas, doradas, lisas, del tamaño de puntos luminosos en el momento de partir, que subían agrandándose hacia el cielo nocturno.

Gastón se abrió camino en medio de la intensa circulación nocturna; luego vino el descenso vertical. En cuanto pusieron el pie sobre la terraza, los dos hombres y la joven se encontraron de nuevo metidos en el horno. Blanca se sentía liviana, lista para volar como esos globos de colores que subían en la noche, a unirse con ellos en

el inmenso carrusel luminoso que se arremolinaba sobre la ciudad y que le escondía las estrellas. Jerónimo la acompañó hasta abajo, la hizo llevar por un auto del estudio.

Ella se recostó con un suspiro de gusto en la profunda banqueteta y cerró los ojos. Estaba ligeramente ebria. Pensaba en el hombre que acababa de dejar. No lo encontraba ni lindo, ni muy simpático, ni de ninguna manera atrayente. Pero todo el mundo le pertenecía.

En el trascurso de esa comida en un viejo castillo de Escocia transformado en restaurante, se había mostrado más que educado solícito, lleno de atenciones, y al mismo tiempo distraído. Se olvidaba de comer para mirarla.

Lo sentía profundamente enamorado, aunque no hubiera dicho una palabra que lo dejara traslucir. Pero sólo dependía de ella convertirse en la dueña de todo aquello de lo que él era dueño.

Para eso, tendría que soportarlo con su pequeña cabeza y sus manos fofas...

Por oposición, la imagen de Francisco reemplazó en su mente a la de Jerónimo Seita. Sonrió con cariño al muchacho. Pero volvió a ver alrededor de él el tórrido taller, las moscas muertas en la cacerola. Casarse con Francisco era renunciar a su carrera de artista, a esa vida tan divertida. Lo conocía muy bien. Sabía que él no soportaría que su mujer fuera independiente. No quería una socia sino una esposa, apegada a su hogar, a sus hijos, a su marido.

Casarse con él era pues —y a condición de que ganara el concurso— condenarse a una estrecha vida de mujer de ingeniero. Sin duda haría carrera, sería algún día jefe de una empresa, tal vez un célebre inventor de nuevos métodos de cultivo. Pero... ¿dentro de cuánto tiempo? ¿Durante cuántos años tendría ella que soportar la mediocridad?

El dinero llegaría cuando ella fuera vieja. No habría disfrutado de nada, no se habría divertido...

Ponía una trompita encantadora. Se enfurruñaba.

*Mi Blanquita,*

*Al recibir tu carta esta mañana suponía muy bien que ibas a darme la explicación de tu silencio, y que por fin iba a saber qué te había pasado en estos tres días, por qué tu teléfono estaba sordo y tu puerta cerrada. Pero la explicación es de tal modo inesperada, que me he quedado sin aliento. Entonces, ¿eres tú esa Regina Vox, de la que se oye clamar el nombre en todas las esquinas, y que un mundo de curiosos espera como a un cometa? Mentiría si te dijera que estoy muy contento con tu cambio de situación. Cierto, vas a ganar más plata que un ministro, pero practicando un oficio que no me gusta.*

*Espero que no pierdas la cabeza por todas esas felicidades que desde este*

*momento se te ofrecen. Sigue siendo una Blanquita simpática. Evita convertirte en esas artistas que no son más que sonrisas tontas y voces de cotorras. No te olvides que la nueva vida que comienzas es muy artificial; no dejes que te embriague. El hecho de que te baste apretar un botón para obtener lo que deseas no hace de ti un hada. Y tus piernas no serán más lindas cuando bailes ante todas las pantallas de la Tierra que cuando era yo el único en amarlas. Sigue siendo tú misma, ama tu oficio. Trata de tener éxito en él brillantemente. Pero no saques de ello ninguna vanidad. Una sola cosa cuenta, una sola cosa es bella: el esfuerzo.*

*Iré para tu presentación a lo de Legrand, un antiguo compañero de la facultad, un ricacho que vive en los bulevares. Sé que tiene un receptor ultraperfeccionado.*

*Por mi parte, estoy desde esta mañana tan desprovisto como en los tiempos primitivos. Me han cortado a la vez el agua, la electricidad y la leche. Por suerte había conservado mi viejo calentador a alcohol, que me permitirá seguir cocinándome alguna cosita. Me las arreglaré para iluminarme con una vela, o me acostaré con los gorriones. Lo que más me molesta es no poder seguir baldeando el piso. Hace tal calor en mi taller que me siento como melón bajo campana de vidrio.*

*Pero todo esto no es grave. Lo que lo es mucho más es que los resultados del concurso de ingreso a la Escuela Superior de Química Agrícola acaban de ser publicados, y yo no figuro entre los recibidos. Estoy muy asombrado, porque aunque algunos concursantes recomendados podían impedirme acceder a uno de los primeros lugares, no por eso estaba menos seguro de ser recibido. Sé lo que valgo y lo que he hecho. No creas que es vanidad de mi parte, sino simplemente una justa conciencia de mi valer comparado con el de la mayoría de los concurrentes. Sospecho alguna sórdida intriga, algún enemigo desconocido y todopoderoso en la escuela o la incuria de algún corrector que ni siquiera habrá leído mi examen. Voy a intentar saber qué es lo que ha pasado. De todas maneras es un año perdido, y rabio, porque detesto perder el tiempo.*

*Ya te aburrí bastante, mi Blanquita. Me consuelo diciendo que la suerte, que me es hostil, en compensación te favorece. Pero ¿qué se han hecho los queridos proyectos para el futuro de los que quería hablarte? Pareciera que la vida quiere separarnos, alejarnos al uno del otro. No se lo voy a permitir...*

Blanca, que había leído distraída todo el principio de la carta, frunció el entrecejo ante esta última frase, y golpeó con el pie.

—¡Es el colmo, no es posible que se imagine que es mi dueño! ¡Ya no soy una

chiquilina! ¿Y qué le va a pasar si lo «bochan» de nuevo el año que viene? ¿Cree que lo voy a esperar eternamente? ¿O que voy a volver a plantar repollos con él, en Vaux? ¿Por quién me toma?

Esa misma noche la voz de Durand leía a Jerónimo Seita la carta de Francisco, y tres borradores irritados de la respuesta de Blanca, que por fin ella no había mandado.

Seita sonrió, y encargó por teléfono al joyero más elegante de París su mejor anillo, ornado del brillante más puro.

Dos días después, en el momento en que terminaba de comer, Francisco recibía de Blanca un telegrama por el cual le anunciaba su compromiso con el director de Radio-300.

Por un momento se sintió abrumado.

Se sentó en la cama, con la cabeza entre sus manos crispadas, pero se levantó enseguida, furioso. No era de temperamento de dejarse llevar por la pena. Después de todo, ella no era más que una niña: se había dejado seducir por la vida fácil que le prometía ese mequetrefe que ni los diarios a sus órdenes conseguían publicar una foto en la que tuviera aspecto de hombre. ¿Blanca, esa chica tan sana, tan linda, en la cama de esa larva? Era evidente que ella no se daba cuenta. No veía más que el lujo; sencillamente, se olvidaba del marido.

Francisco le pegó una patada a la cacerola de las moscas, que atravesó un vidrio y cayó en el patio en medio de ruido a lata y a vidrio roto.

«Y bueno, voy a impedir eso. Le romperé la cara a Seita, y si hace falta le daré una paliza a la chiquilina, pero le evitaré esa desgracia, aunque tenga que llevarla de nuevo a Vaux de las orejas. ¡Ese casamiento no se hará, porque yo lo voy a impedir!»

Eso le pareció muy simple, y tal decisión le devolvió la calma y el buen humor. Desde hacía algunos días nadaba entre la duda y la melancolía, corría de una decepción a otra, acusaba al destino. Acababa de encontrar el remedio: pasar a la acción. El destino pide ser forzado.

Un secretario de la Escuela de Química que él conocía le había comunicado una primer lista de los resultados, en la cual figuraba. Incluso era el primero. Esa lista había sido rehecha a última hora. Estaba decidido a poner en claro esa historia.

Todo eso le prometía llenar su tiempo con creces. Se frotó las manos, y llevó su reloj a la oreja. Tenía el tiempo justo para ir a lo de Legrand y asistir a la función de lanzamiento de Blanca.

—¡Ah, maldita chiquilina! ¡Ya me voy a encargar de ponerte de nuevo en el buen camino!

Salió pegando un portazo, y se fue con paso decidido.

## SEGUNDA PARTE

### La caída de las ciudades

*“...y las ciudades de las naciones cayeron, y Dios se acordó de Babilonia la grande, para entregarle la copa de vino de su ardiente cólera”.*

Apocalipsis de San Juan.

Legrand vivía en el bulevar Montparnasse. Los antiguos bulevares habían sido ensanchados. En su lugar, se alargaban vastas avenidas, cubiertas de ininterrumpidas filas de coches. Los peatones que deseaban cruzar tenían que tomar los pasajes subterráneos. Pero ya no había más peatones. Un auto se compraba a crédito, pagadero en varios años, y los elevados salarios de los obreros les permitían darse ese lujo y algunos más. La fábrica los mataba a los cincuenta años, pero, por lo menos, hasta ese momento habían vivido bien.

Francisco, que vivía de unos magros subsidios y de las provisiones que le enviaban sus padres, fue a pie a lo de Legrand. Detestaba el subterráneo, y los taxis eran demasiado caros para su peculio. Desdeñó los servicios del ascensor y subió a grandes zancadas los cuatro pisos. Una doncellita de delantal blanco, simpática, vino a abrirle. Francisco le devolvió la sonrisa y le acarició la mejilla con un dedo. Ella lo acompañó, sonrojada, al salón adonde Legrand lo esperaba.

Era un alegre muchacho, redondo de cara, de vientre y de muslos, ya un poco pelado y de aliento corto.

—¡Viejo —dijo—, qué contento estoy de verte! Tu telegrama me dio una agradable sorpresa. ¡Hace por lo menos tres meses que no nos vemos!

—¿Tres meses? ¡Querrás decir un año! Y lo aprovechaste para engordar más. ¿No te da vergüenza? Tendrías que cuidarte.

—No te inquietes por mi barriga, hermano. Más bien siéntate.

Antes de obedecer a la invitación de su amigo, Francisco fue a la ventana y se asomó al bulevar. El río de autos corría con rapidez por las dos manos, en filas ininterrumpidas sobre el suelo luminiscente. Encaramados sobre unos miradores, los agentes de tránsito, vestidos con mamelucos rojos luminosos, cumplían, impasibles, sus funciones de semáforos.

Bajo los ojos de Francisco rodaban los más diversos autos. Magníficos coches de amos, en forma de huevo con carrocería de vivo color, con puertas y ruedas disimuladas que parecían deslizarse por la calzada por efecto de algún milagro; unas viejas cafeteras pasadas de moda, los famosos «cigarros» con acumuladores atómicos que habían sido durante algunos años los vehículos más populares de Francia, porque fueron los primeros que alcanzaron los cuatrocientos kilómetros por hora como

velocidad normal sobre la autopista, y cuyo aspecto, cuya forma, hoy daban risa; los coches de alta velocidad, ultrachatos, aplastados contra el suelo, ronroneando de impaciencia en medio del embotellamiento; y muchos otros. Los más numerosos eran los nuevos taxis eléctricos, hemisféricos, de tres ruedas, con carrocería trasparente, que los parisinos habían bautizado «pulgas» a causa de su modo de arrancar a toda velocidad, detenerse igual, girar en redondo, cambiar bruscamente de dirección, y meterse por todos lados. Los enamorados seguían, en cambio, prefiriendo esos autos desenvueltos, pero sin misterio, los antiguos «avispas», cuyo chofer se encontraba solo, adelante, en una cabina-guía de una rueda, independiente de la carrocería de atrás, a la que se unía sólo por una especie de pedúnculo por donde pasaban los comandos.

A pesar de la sorda oposición de los grandes fabricantes de energía atómica, aumentaba sin cesar la cantidad de autos a quintaesencia y el motor a combustible estaba haciendo desaparecer por completo los motores atómicos a turbina o a acumuladores. La quintaesencia, obtenida por la fermentación y destilación del agua de mar, permitía recorrer mil kilómetros con medio litro de carburante. Pero exigía una gran cantidad de oxígeno. El aire de las ciudades era el que salía perdiendo. Por eso los autogiros del Servicio de la Atmósfera pulverizaban en el aire varias veces por día oxígeno líquido perfumado con aromas campestres.

Aunque cada motor teóricamente era «silencioso», en conjunto no dejaba de resultar un enorme batifondo. Sobre las calles que separaban las diversas filas de autos se alzaban grandes carteles verticales hechos de cemento, de un blanco virgen. A intervalos regulares cada uno de esos carteles se iluminaba bruscamente, una rápida escena se representaba mientras las atronadoras voces de los actores lanzaban lemas publicitarios sobre el Préstamo del Estado, sobre las suelas a oruga, sobre la última marca de carne, acompañados de fuertes acordes de orquesta.

Gritos de los carteles, ronroneo de los motores, chirrido de los frenos, campanas de los agentes componían un ruido continuo al que paredes, puertas y ventanas eran impotentes para mantener fuera. Habitaba en las casas con sus ocupantes.

La doncella trajo una bandeja de licores. Francisco se instaló en un sillón, calentando entre sus manos un precioso aguardiente de Armagnac.

Todos los muebles del salón, los grandes sillones, la biblioteca, la mesa de juego, el diván, la mesa ratona que soportaba los cigarrillos y las flores, los marcos de los cuadros, habían sido tallados en un plastec marrón claro, semitraslúcido, por un ebanista de fama. Como artista, Francisco apreció sus armoniosas líneas y las variadas tonalidades que tomaba su material de acuerdo a la cantidad y a la calidad de luz que recibía.

No por eso dejaba de pensar que a ese material le faltaba nobleza, y añoraba los tiempos en que los muebles se fabricaban de madera.

—Mientras esperamos tu famosa función —dijo Legrand— vamos, si quieres, a escuchar noticias...

Cerró las ventanas. El ruido decreció. Los nervios de Francisco se acostumbraron a él pero sentían su presencia como la de un ladrón detrás de un cortinado.

Se estaba bien en la amplia habitación. Capas de aire fresco bajaban del techo, acariciaban los rostros de los dos hombres.

—Mira, aquí está Radio-Informaciones.

En la pared que había frente a las ventanas, una ancha pantalla diáfana acababa de iluminarse de un rojo violento.

—¡Sensacional! ¡Sensacional! —gritaba un altoparlante invisible—. Sigán sintonizando: ¡Sensacional! Nuestro enviado especial a Río de Janeiro, Bertrand Binel, nos comunica que el emperador Robinson acaba de convocar de urgencia a los representantes de la prensa mundial para hacerles una declaración. ¡No dejen de escuchar, dentro de pocos instantes vamos a retransmitir la entrevista!

El rojo de la pantalla palpitaba como un corazón. Bruscamente palideció, desapareció como si fuera un humo soplado por el viento, descubrió entonces una gran habitación, que el procedimiento del relieve hacía presente. Parecía como si en la pared del salón un gran ventanal se hubiera abierto hacia otra pieza del departamento. Esa pieza, vivamente iluminada, tapizada de pesados cortinajes rojos, no contenía más que un solo mueble: un enorme trono, de ébano macizo, tallado en un bloque e incrustado de enormes diamantes que brillaban. Sobre ese trono un hombre estaba sentado, un negro, con un traje sencillo y vistoso que las revistas ilustradas y la televisión habían hecho familiar al mundo entero: la túnica de mallas de oro, brillando en la roja habitación como un sol en un cielo de fuego. Debía ser un traje de un peso terrible, pero el hombre era un gigante a quien uno veía capaz de soportar muchas otras cargas. En su rostro se leía una diabólica excitación. Era un negro de raza pura, de enormes labios y nariz chata. Pero sus ojos brillaban con una inteligencia excepcional.

Se puso de pie. Avanzó algunos pasos, lentamente. La pieza se desplazó, retrocedió hacia la pared, se agrandó. Un pesado escritorio de ébano salió de lo invisible. El emperador negro fue hasta ese escritorio y se puso detrás, de pie, apoyándose en él con los dos puños. Sobre la superficie brillante del mueble no había nada más que esos dos enormes puños, de un negro mate, y la horrorosa máscara tallada en madera roja por algún brujo de África del Dios Reencontrado, de quien el emperador había impuesto el culto a sus pueblos.

La mancha sangrante de la máscara y la llama de la túnica se reflejaban en ondas turbias sobre la superficie tenebrosa del escritorio.

—Bertrand Binel va a traducir para ustedes, poco a poco, las palabras pronunciadas por el emperador negro —anunció el altoparlante.

Y Su Majestad Robinson habló.

Hablaba en el dialecto musical del pueblo africano del cual descendía, y que se había convertido en la lengua de los altos dignatarios de sus Estados. El mundo entero sabía que había hecho la promesa de no pronunciar jamás una palabra en otra lengua. Su voz se debilitó, se convirtió en ruido de fondo. Otra voz, anhelante, tradujo en francés:

—En el momento en que hablo, de todos los puntos de nuestro territorio, un millar de torpedos aéreos levantan vuelo, dirigidos hacia metas precisas. Ningún radar podrá descubrirlos, ningún contra-cohete alcanzarlos, ningún rayo destruirlos. Cada torpedo caerá, dentro del radio de un metro del objetivo al que es destinado. Ya los primeros han llegado, creando en torno a ellos el desierto. Al alba, nuestro ejército aéreo desembarcará en territorio enemigo. Está compuesto de cien mil aviones, que transportan diez millones de guerreros. Cada aparato, una vez en tierra, se convierte en una fortaleza capaz de desplazarse a gran velocidad sobre todos los terrenos. Pero nuestros valientes soldados no tendrán que combatir, porque el terrorífico poderío de nuestros torpedos, antes, habrán borrado toda traza de vida.

»Desembarcarán en un país limpio de hombres. Hasta las ciudades subterráneas habrán sido desenterradas como trufas y pulverizadas por nuestros torpedos excavadores atómicos. Esa hora marcará el fin de nuestra guerra con la nación que nos ha provocado, y pondrá término al reino del hombre blanco sobre este continente. Así será borrado un largo pasado de humillación y de sufrimiento. Nuestros antepasados vivían en paz en sus selvas natales. El abrigo de las selvas ha sido violado, nuestros ascendientes fueron arrancados a nuestra madre África, transportados a miles de kilómetros de su suelo natal, golpeados, tratados como perros por los vanidosos blancos. Después de siglos de esclavitud, nuestros antepasados consiguieron liberarse, pidieron su lugar bajo el sol.

»Sin embargo los hombres blancos no dejaron de considerarlos como animales. Les reservaron los trabajos más sucios, los más humillantes, hasta el día en que juzgando que esos «sucios negros» se hacían demasiado numerosos, hacían competencia con la mano de obra nacional y amenazaban la seguridad interior, quisieron desembarazarse de esos hombres a quienes no necesitaban más. Esa fue la tragedia de 1978, los inmensos convoyes de navíos transportando un pueblo arrancado otra vez a sus hogares hasta estos países del sur cuya población debió, bajo la amenaza de los cañones, aceptar lo que se dio en llamar la «invasión negra».

»De los invasores obligados, cerca de la mitad murió de hambre. Pero Dios el Reencontrado velaba sobre su pueblo. Permitted que algunos hombres se elevaran, los que habían tomado de los blancos lo mejor de sus ciencias. Sociólogos, ingenieros, sabios, médicos, organizaron metódicamente el desmonte de la selva virgen, hicieron de este continente inhabitable en sus tres cuartas partes un sitio habitable. En menos

de un siglo, bajo un clima que nos conviene perfectamente, nuestra población ha aumentado en la proporción de uno a cien. Ciudades inmensas han sido edificadas, fábricas construidas y la técnica ha sido llevada en todos los dominios al más alto grado de perfección.

»Entonces, nuestros antiguos perseguidores se llenaron de miedo otra vez y he aquí que han declarado la guerra a los descendientes de aquellos esclavos traídos de África en las bodegas. A esta guerra, nosotros la sabíamos inevitable. Hace veinte años que nos estamos preparando para ella. La ganaremos. Qué digo: ya la hemos ganado.

Al hablar, el emperador negro se había animado poco a poco. Una alegría feroz había invadido su rostro sudoroso. De golpe agarró la máscara roja, y se adelantó a grandes pasos. Se agrandó, salió de la pantalla, se detuvo en medio del salón, con su pie derecho plantado sobre el ramo de hortensias. Iluminaba toda la pieza con la irradiación dorada de su túnica. Los dos hombres, aplastados en el fondo de los sillones, lo miraban, inmenso, blandir por encima de sus cabezas la mueca de su dios.

—Mañana, América, del norte al sur, será totalmente negra. Que el Reencontrado sea con nosotros. ¡Nuestra misión no hace más que empezar!

Su brillo palideció de pronto. En un instante, el gigante desapareció. La pieza roja se borró como él. En la pared del salón, una ventana se abría ahora sobre una plaza donde una multitud de mujeres, de niños, de ancianos negros, vestidos con ropas de violentos colores, gritaban su alegría. Una mujer gorda se puso a patalear, los brazos alzados al cielo. Chillaba una oración. Se rasgó las ropas. Sus senos, como enormes odres medio vacíos, rodaban sobre su vientre, de una cadera a la otra. Se dejó caer en tierra, los muslos separados, los ojos en blanco, la boca espumosa. Seguía gritando. Su grito perforaba el batucque de la multitud.

A su alrededor, la histeria se propagaba en remolino. Hombres y mujeres se revolcaban por el suelo, desgarraban sus vestimentas, se arañaban el rostro, se contraían y se distendían en salvajes brincos. Muy pronto la plaza no fue más que un mar de cuerpos retorcidos y hormigueantes, en medio de lo cual los inocentes niños jugaban. Una hediondez caliente, el olor mezclado de todas las mucosidades, brotaba de esas carnes relucientes.

Legrand se levantó y apagó el aparato. El olor desapareció al mismo tiempo que los gritos y la imagen, pero las narices de los dos hombres seguían impregnadas de él. Francisco chupó furiosamente su pipa. Legrand pasó por su cara un pañuelo perfumado con agua de rosas.

Ninguno de los dos habló. Estaban aterrados.

Legrand se recobró primero.

—Es espantoso —dijo—. Mañana el mundo entero va a movilizar...

Francisco se encogió de hombros. El aspecto dramático de los acontecimientos a

los cuales venía de asistir lo había conmovido mucho más que las noticias en sí, a las que de algún modo estaba esperando.

—Todo esto —dijo— es culpa nuestra. Los hombres han liberado las terribles fuerzas que la naturaleza por precaución tenía encerradas. Creyeron haberse convertido en sus amos. Le llamaron a eso Progreso. Es un progreso acelerado hacia la muerte. Durante algún tiempo emplean sus fuerzas en construir; después, un buen día, porque los hombres son hombres, es decir, seres en quienes el mal domina al bien, porque el progreso moral de esos hombres está lejos de haber sido tan rápido como el progreso de su ciencia, dirigen a ésta hacia la destrucción. Esta vez son los negros los que empiezan. Sólo Dios sabe quien terminará. Negros o blancos, tengo la impresión de que no serán muy numerosos.

»Mientras tanto —terminó con un suspiro—, tratemos de olvidar durante algunos minutos las inminentes catástrofes. Pon un poco de música...

Un aire anticuado, melancólico, un aire de jazz, derramó en la pieza su gracia pretérita. Los dulces gemidos de la trompeta, los suspiros del saxofón, los ingenuos redobles de la batería evocaban un lejano pasado y su dulzura de vivir. Sobre la pantalla una serie de escenas se proyectaban: extractos de películas de la época, preciosos documentos, testimonios irrecusables de un tiempo ido. Sobre la pista de un *dancing*, unas mujeres vestidas de largo, muy escotadas, evolucionaban entre los brazos de hombres en frac. Alrededor de ellos, sentados ante unas mesitas, otras parejas vaciaban botellas de champaña.

Después, una serie de primeros planos mostraba a unos adolescentes intercambiando largos besos en distintos decorados, mientras las voces de cantores de la época susurraban canciones que hablaban de amor, de orillas del agua, de merenderos, de cascadas, de jardines, y más y más de amor. Siempre.

—¡Ah, eran los buenos tiempos! —suspiró Legrand.

La voz del locutor le respondió:

—Ustedes acaban de asistir a una retrospectiva, *La vida en París en 1939*.

Francisco, tranquilizado, cargaba su pipa. De pronto, la luz de la pantalla palideció, se puso gris, se apagó casi, al mismo tiempo que amenguaba el sonido. La luz de la pieza disminuyó. El ruido de la calle se hizo más sordo, como ahogado entre algodones. Eso duró diez segundos, después todo volvió a la normalidad.

—Más trastornos eléctricos —dijo Legrand—, pero esta vez fue más notorio que este invierno.

—Pon *Ultimo Momento*. Si es eso, lo van a comentar.

—...ha ganado la carrera aérea de la vuelta al mundo, Casablanca-Casablanca sin escalas, con una marca de 10 horas, 37 minutos, 13 segundos. Ha declarado que esperaba mejorarla la próxima vez...

»¡Aquí, *Ultimo Momento*! ¡Hola, hola! La declaración del emperador negro ha

provocado la más viva emoción en el mundo entero. El Gran Consejo Europeo ha sido convocado inmediatamente. Por su parte, el Emperador de Asia ha hecho llamar a los jefes de sus gobiernos. Se esperan medidas generales de movilización para mañana por la mañana. No se tiene absolutamente ninguna noticia de América del Norte. Todas las comunicaciones cablegráficas están cortadas. En cuanto a las emisoras de radio, han detenido las transmisiones casi todas a la vez. Se ignora si es para evitar ser descubiertas o si es porque ya han sido destruidas. Las emisoras negras han cesado toda transmisión en claro, y dan, minuto a minuto, mensajes sonoros incomprensibles.

»¡Aquí, *Ultimo Momento!* ¡Hola, hola! El ministerio de Defensa Nacional y Continental comunica: «A partir de la publicación del presente aviso está prohibido a todos los franceses, entre las edades de catorce a sesenta años, alejarse de su domicilio o de su lugar habitual de trabajo». ¡Hola, hola! Repetimos...

—¿Ves?, ya empieza —dijo Legrand.

—Sí, va a ser el gran ballet, la coreografía con vales de ciudades y remolinos de montañas.

—¡Shhht!

—¡Aquí, *Ultimo Momento!* ¿Está nervioso, inquieto? ¡Es porque su hígado no anda bien! Tome píldoras W 3. ¡Aquí, *Ultimo Momento!* Radio-300 ruega a los oyentes estar a la escucha. La gran función de gala del lanzamiento de la nueva estrella Regina Vox va a comenzar a las 21 horas. Al cuarto top serán exactamente las 20 horas 58 minutos. Top... Top... Top...

—Vamos, viejo, da vuelta el botón.

—¿Así que esta famosa Regina Vox, cuyo nombre corre por las ondas desde hace tres semanas, es aquella pequeña Blanquita, esa chiquilina con las pantorrillas al aire de la que una vez me mostraste la foto con paisajes de tu tierra?

—¡Y sí! Ya ves, creció y se abrió camino.

La pantalla se puso luminiscente, luego mil relámpagos la atravesaron al mismo tiempo que el altoparlante iniciaba una charanga triunfal. Soles, espirales, ondas de colores nacían, crecían, se pulverizaban en una lluvia de rutilantes joyas, se mezclaban, se combinaban, se oponían, se fundían en tintes suaves en medio de los cuales estallaban nuevos meteoros. Era toda la gama de los verdes, de los azules como no se ven más que en el arco iris, rojos de ascuas, amarillos de limón bajo el cielo tropical, violetas profundos como abismos.

Los perfumes de Chipre, de sándalo, de lavanda, de clavel, de melón, de jazmín, de incienso, de durazno en sazón, de rosa, de banana, de lila, de la serrería, de lis, de lirio de los valles, de pan, de la violeta, del mar, del yaro, del cuero, se sucedían, breves, violentos o discretos, sin mezclarse jamás.

Radio-300 preludiaba.

Un olor reemplazó a todos los demás y persistió. Olía a pared de viejas piedras asoleadas, en las que crecen el alhelí y la clavelina.

Los colores parecieron obedecer a una orden misteriosa: se dispusieron en la profundidad de la pantalla, palidieron, se volvieron normales, humanos, y poco a poco la imagen se transformó en un rostro resplandeciente.

—¡Blanquita! —murmuró Francisco.

—¡Regina Vox! —respondió el aparato—. Regina Vox: el mundo entero la espera, el mundo entero está a la escucha. Millones de hombres la miran, esperan su voz milagrosa. ¡Regina Vox, cante!

Los labios se entreabrieron, descubrieron unos dientes perfectos.

Francisco crispó sus manos sobre el brazo del sofá. El tubo de su pipa rechinó.

Y de un solo golpe, como una piedra, la oscuridad cayó. El aparato, las luces del techo, todo a la vez se apagó.

—¡Cuernos, mi disyuntor ha saltado, justo en el momento! —maldijo Legrand.

Se levantó. Se puso a andar a tuestas, chocando contra los muebles.

—¡Cállate! —dijo Francisco—. Escucha...

Había algo anormal en el aire. Parecía como que la luz se hubiera llevado, al desaparecer, todo el mundo exterior. Francisco y su huésped se sentían como aislados en la cumbre de alguna montaña, en el inmenso silencio vacío del cielo.

—La calle... —resopló Francisco.

Alcanzó la ventana, corrió el cortinado y la abrió, se asomó, y al punto Legrand estaba a su lado. La oscuridad inundaba la ciudad. Y todo ruido había muerto.

Los dos amigos divisaban las siluetas inmóviles de los autos recortarse sobre el plastec luminiscente, y las sombras chinescas de sus ocupantes que abrían las portezuelas, bajaban, se inclinaban sobre los motores, alzaban los brazos al cielo. Rápidamente el brillo del plastec disminuyó y la calzada se oscureció del todo. Ya nada luchaba contra la noche más que la pobre luz de la luna en cuarto creciente, y los fugitivos relámpagos de algunos encendedores.

A sus oídos, que ya no aturdíán más los zumbidos de los motores, llegaban ruidos inesperados, ruidos humanos. Un hombre maldecía, una mujer gritaba. Escuchaban las estupefactas exclamaciones de la gente, su pataleo sobre la vereda.

—¿Ves? No es tu disyuntor el que ha fallado. No hay una sola luz en la ciudad.

—Y todos los autos están parados.

—Mira, las luces de señalización están apagadas.

—Pero... ¿qué será, qué es lo que pasa?

—Supongo —dijo Francisco— que es otra vez la electricidad que hace de las tuyas, como hace un rato. Pero esta vez parece cosa seria. El plastec luminiscente está apagado. Hasta los fenómenos de radiactividad han sido afectados. Prueba el teléfono...

Prendió un fósforo.

Legrand llegó a la pared, apretó el botón, pidió uno después de otros tres números, se puso nervioso, le pegó unas trompadas al micro disimulado en el tabique, pero no respondió.

—Nada. ¡Está muerto!

—¡Ya lo ves! Voy a la calle a ver de más cerca. ¿Vienes?

—¡Vamos!

En la escalera reinaba una negrura de tinta.

En los rellanos, unas puertas se abrían, unos encendedores aparecían iluminando rostros inquietos. Entre el primer y segundo piso, dos hombres gritaban dentro del ascensor bloqueado. La cerradura eléctrica se negó a funcionar. Entraron a lo del portero. Lo encontraron en calzoncillos, instalando sobre su mesa un cirio encendido de medio metro de alto. Dijo, lloriqueando:

—Por suerte había guardado el cirio de cuando mi pobre mujer murió. Son recuerdos, pero a veces sirven...

Abrió la ventana de su portería. Los dos jóvenes la escalaron y bajaron en la vereda, en medio de un denso gentío.

Los cafés, los cines, las salas de televisión, los teatros de los bulevares se vaciaban de sus ocupantes. Algunas personas, abandonadas por sus ropas de cierre magnético, se habían encontrado de golpe medio desnudas. Trataban en vano, sin entender el motivo, de juntar las piezas de tela que no querían saber nada del asunto. Con pasmo se miraba a esos noctámbulos en paños menores, que la luna en cuarto creciente en un cielo extremadamente puro iluminaba con luz pálida. La realidad cotidiana había desaparecido, dejando paso al absurdo.

Una mujer se creyó loca porque de un solo golpe sus vestidos se le cayeron a los pies. No se hubieran conducido de ese modo en un mundo razonable. Se rió al verse tan blanca, desnuda, bajo la luna de ensueño. Tomó sus pechos entre sus palmas y los ofreció a un hombre en camisa, quien la miró aterrado. Tenía sus buenos setenta años.

Otra huía, gritando ante el agresor invisible que no le había dejado más que su aparato para la hernia. Corría unos pasos, chocaba contra las paredes, la gente, los autos, se hundía en el espanto. El pánico, poco a poco, invadía a todo el mundo. Hombres, mujeres, se pusieron a correr en todos sentidos, y todos murmuraban o gritaban sin esperar respuesta a la pregunta hecha hacía unos instantes por Legrand:

—¿Qué pasa? ¿Qué hay? ¿Qué sucede? ¿Qué nos está pasando?

Las mentes no podían comprenderlo todavía, ni siquiera imaginar el turbador cambio que acababa de producirse en el seno de la naturaleza, y formulaban para ellos mismos una respuesta tranquilizadora, la única que les parecía lógica:

—De todos modos, esto no puede durar. Todo va a volver como antes, en unos instantes, enseguida...

Pero los instantes pasaban y la luz no volvía. La angustia apretaba los corazones. Si las mentes no comprendían el fenómeno, los nervios sí que sentían su gravedad.

Era necesario, sin embargo, que esa muchedumbre nutrida de lógica y de ciencia encontrara una explicación.

—Es un golpe de los negros. Nos paran los motores con los rayos K de largo alcance —gritó un fiel oyente de la radio.

—Es el gobierno que para todo, para evitar que seamos descubiertos —dijo un señor que tenía confianza en las autoridades.

—Es la revolución —gimió un pequeño comerciante.

Con variantes, todas esas explicaciones corrían como reguero por las veredas. Francisco se encogió de hombros, bajó a la calle y se acercó a un chofer quien, encendedor en mano, revisaba el motor.

—¿Qué es lo que no anda?

—No sé, no hay nada roto, pero ni una gota de líquido en los acumuladores, ni una chispa en los interruptores. Y lo mismo en los de todos los compañeros. Hasta los atómicos están listos, secos como esponjas... —Mostró con un gesto el rebaño inmóvil de los autos detenidos en pleno trayecto—. ¡Ahí están todos los cacharros, convertidos en patines de ruedas!

Una sombra cruzó la luna y se abatió con estrépito en medio del bulevar. Acababa de caer un avión, frenado por su paracaídas. Éste inundaba la acera y la calzada, sobre unos treinta metros, con una ola casi fosforescente de pura blancura. Cincuenta personas se encontraron presas entre sus pliegues y bajo esa trampa que les tiraba el cielo, perdían la cabeza, gritaban, mordían y arañaban la tela, se debatían y se enredaban cada vez más.

Del lado de la puerta Saint-Martin llegó el ruido de un enorme choque y el suelo tembló. Luego en medio de la noche se escucharon otros iguales un poco por todos lados, a los que le sucedían gritos, que corrían a lo largo de las calles. El espanto sucedía a la angustia. Toda la ciudad, en la noche, gritaba su miedo.

—¡Los aviones se caen!

—¡Nos bombardean!

—¡Son los torpedos de los negros!

—¡Es un temblor de tierra!

Con los motores parados como los de los autos, los miles de aviones que sobrevolaban París estaban volviendo al suelo por el camino más corto. Ya no obedecían más que a la sencilla ley de la gravedad. Aquellos cuyo paracaídas no pudo abrirse o cuyo impulso no los llevaba hasta el campo lejano, caían como piedras.

La muchedumbre huía en todos sentidos, con el pánico en el vientre; el suelo temblaba, unas casas se derrumbaban.

Francisco pensó de pronto que del otro lado del océano, el espantoso despegue de

los torpedos aéreos había debido detenerse de una vez y que gran cantidad de ellos habían debido caer en el mismo país negro. Tal vez la desaparición de la electricidad los había vuelto inofensivos. Tal vez sólo su propulsor se había detenido, en plena trayectoria, y la muerte se había abatido sobre aquellos mismos que los destinaban a sus vecinos.

Apretó el brazo de Legrand:

—La naturaleza está en camino de poner otra vez todo en orden —dijo.

—¿De qué habla? —le respondió una voz malhumorada.

Francisco levantó la cabeza. Se dio cuenta de que había agarrado el brazo a un desconocido. Legrand había desaparecido, tragado por la muchedumbre y la oscuridad.

Francisco soltó al desconocido, se encogió de hombros. Por otra parte, todo eso no tenía ya ninguna importancia. La súbita muerte de los motores devolvía al hombre y al globo terrestre sus respectivas dimensiones. En un segundo, América, recién tan cerca, acababa de volver a su antiguo sitio: el otro extremo del orbe. Si ese estado de cosas perduraba, nadie sabría antes de muchísimos años lo que había sucedido allá esta noche. Todos se iban a encontrar en un universo a la medida de la acuidad de sus sentidos naturales, de la longitud de sus miembros, de la fuerza de sus músculos. El emperador Robinson pasaba a ser leyenda. La realidad, para cada parisino, se limitaba desde ahora en adelante a su casa, a su calle, a su ciudad.

Francisco decidió volver rápidamente a su taller. Se puso a correr hacia la Opera. Un clamor brotaba de la plaza. A medida que se acercaba tenía que luchar contra terribles atropelladas.

Una mujer desgredada se tiró contra su pecho, gritando:

—Se pelean en el subterráneo, señor, se pelean como ratas. Lléveme, señor, lléveme con usted.

Separó los brazos que habían rodeado su cuello y los cerró sobre otro transeúnte.

De las entradas del subterráneo subía un sordo fragor. Francisco, que se sintió presa de una apasionada curiosidad por todos los detalles del sorprendente acontecimiento, consiguió acercarse ahí. Todos subían tropezando por las escaleras de salida, y una vez llegados al aire libre se ponían a correr.

Un hombre, que llevaba sus manos delante de él como a un paquete, cayó a los pies de Francisco. Éste lo tomó por las manos para levantarlo. El hombre gritó.

—¡No me toque las manos!

Francisco lo agarró por abajo de los brazos y lo sentó sobre la balaustrada de mármol.

—Pero, vamos, ¿qué pasa en el subte? ¿Qué hay ahí?

El hombre jadeaba.

—No sé. Yo venía de Versalles a Vincennes, donde vivo. Había tomado el tren

directo, en el quinto subsuelo. Hacía dos minutos que andábamos cuando las luces se apagaron. El tren disminuyó la velocidad y se paró. Esperamos mucho tiempo; la luz no volvía. Entonces bajamos a las vías, en la oscuridad. Seguimos los rieles. Chocamos en la oscuridad con otra gente que venía de otras vías. Seguimos caminando, pero seguían llegando más y más grupos. Estábamos apretados, apretados, y después ya no pudimos avanzar más porque empujaban de todos lados. Nos ahogábamos y cada minuto que pasaba estábamos más y más apretados.

»Entonces algunos gritaron. Unos hombres y unas mujeres cayeron. Los pisamos. Y después otros hombres quisieron prender fuego dentro de un coche con unos diarios y pedazos de las banquetas, para ver algo. Y el motor del tren se incendió. La grasa, el aceite, no sé. Y los que estaban apretados, rodeándolo, se empezaron a asar como salchichas. Comencé a luchar, me trepé a unas espaldas, caminé sobre cabezas, me caí en el fuego, ya ni sé...

»Encontré una escalera, subí, subí, a medias llevado, a medias aplastado... Y aquí estoy... mis pobres manos... todas quemadas... Pero ¿y aquí, qué pasa? ¿Por qué está todo apagado? Los autos parados... ¿Qué pasa? ¡Ay, allí dentro es el infierno!

Lanzó un gemido y se desmayó. Francisco lo acostó en el suelo, dio unos pasos atrás y se alejó de la muchedumbre cruzando los bulevares y el Sena.

Por todas partes la gente corría hacia su casa o hacia los refugios, porque, con un estruendo de cataclismo los aviones seguían cayendo sobre las casas a las cuales pulverizaban; sobre las calles, donde aplastaban peatones y vehículos.

Francisco se apuraba hacia Montparnasse. Se repetía:

—No puedo hacer nada por ella, nada por ella, ahora. Hay que esperar a mañana...

No había dejado de pensar en Blanca. Se preguntaba qué le habría pasado. Hubiera querido volar en su ayuda. Pero mientras durara la noche nada podría hacer.

Llegó a su casa, se acostó. Quería dormir enseguida, para encontrarse descansado en cuanto saliera el sol, pero su mente no lo dejaba en paz. Daba vueltas en la cama, repasaba los acontecimientos de la tarde, consideraba el futuro, se levantaba para caminar a paso largo, de tal manera la prodigiosa aventura lo excitaba. El silencio había vuelto. No debía quedar ni un avión en el aire. Francisco se volvía a acostar, dormitaba algunos minutos. La intensidad del interés que ponía en el acontecimiento lo despertaba poco después. El alba lo encontró levantado, desperezándose ruidosamente al pie de su cama. No había dormido ni dos horas.

A la función de gala del lanzamiento de Regina Vox, Jerónimo Seita había convidado una selecta concurrencia. El *Tout-París*, la élite de la sociedad seria y de la alegre, del periodismo, del arte, de la literatura, del cine, de la radio y de los negocios, había ocupado su sitio en los suntuosos sillones de la sala de presentación. Los hombres estaban vestidos de uniforme combinación de gala, todo blanco, con

cierre de plata o de oro. Las mujeres vestían, como era lo debido, de azul oscuro. La mujer de un banquero, una morocha alta y delgada, se hacía ver con una ojerosa adolescente. Las dos se habían puesto —provocación que unos murmullos reprobaban— unas combinaciones de un celeste tan claro que parecía blanco.

En un palco, al lado de Jerónimo Seita, el viejo ministro de la Radio dirigía su mirada a la escena, separada de la sala por una hermética pared de plástico. Detrás de esa pantalla trasparente iba a desarrollarse el espectáculo transmitido a toda la tierra por las antenas de Radio-300.

Cuando la oscuridad, de golpe, cayó sobre la escena y la sala, estallaron algunas risas, y los buenos amigos de Seita se alegraron del incidente.

Menuiset, el redactor social de *Paris al Minuto*, a quien sus colegas habían apodado «La última barba» tanto por su estilo como por su anacrónico apéndice piloso, se rió sarcásticamente y dijo en voz alta:

—¡El mono se olvidó de prender la linterna!

Se armó un pequeño escándalo. Se empujaban el codo. Se oyeron unos «¡Oh! ¡Oh!». Se divertían mucho.

Ante las primeras llamas de los encendedores, algunos gritos de sorpresa; después, de nuevo estallaron las risas. El demasiado elegante cronista del «Diario de la Moda», que pretendía estar siempre a la vanguardia de los progresos de la indumentaria, había venido vestido con una combinación mosaico en las que innumerables piezas se unían con cierres magnéticos. La sucesión de éstos formaba un precioso arabesco de acero brillante que se destacaba sobre el blanco mate de la tela. A la concurrencia le había llamado mucho la atención ese traje, y he aquí que el pobre hombre, pasmado, se veía en calzoncillos a la luz de los encendedores, con todas las piezas del traje a sus pies. Nadie sabía, y él menos que nadie, quién le había jugado esa mala pasada, pero todos la encontraron muy divertida.

Apenas la luz se apagó, Jerónimo se había precipitado a la escalera que, desde su palco, llevaba a los bastidores.

A tientas llegó a la sala de dirección de la emisora y en la oscuridad gritó, furioso:

—Lemâitre, ¿está ahí?

—Aquí estoy, señor —contestó la voz del ingeniero en jefe.

—Pero... ¿está loco? ¿Qué espera para conectarnos con nuestro equipo electrógeno?

—Está descompuesto, señor.

—¿Y el equipo atómico?

—¡Está descargado!

—¿Y los acumuladores?

—¡Vacíos!

—¿Y las pilas?

—¡Muertas!

Era la catástrofe. Seita trató de comprender. No vio más que una explicación:

—Es un complot. —La rabia lo embargó—. ¡Canallas! ¡Me las van a pagar! Lemâitre, llame a la jefatura de policía.

—El teléfono no anda, señor. Intenté en vano llamar al despacho del Sector.

—¿También sabotearon el teléfono? Es increíble. Y bueno, baje hasta el puesto de policía de la planta baja y traiga a un comisario. ¡Pero apúrese, vamos!

—El ascensor está bloqueado, señor.

—¿El ascensor?

No tuvo fuerzas para decir más. La voz tranquila de Lemâitre continuó:

—Le quiero hacer notar, señor, que el desperfecto parece general, y que si existe un complot, no está dirigido únicamente contra nuestra emisora. Si quiere echar una ojeada por aquí...

Jerónimo Seita se acercó a la pared de la fachada, que se recortaba en una luz muy pálida contra la oscuridad de la pieza. Pegó la cara contra el espeso vidrio. Lo que vio lo llevó al colmo del desconcierto.

París había desaparecido. Un abismo negro reemplazaba el habitual hormigueo de las luces.

El presentimiento de una enorme desgracia le apretó el pecho. Después se sintió consolado: Radio-300 no era responsable de su fiasco. Todo parecía detenido en la capital. Sería fácil disculparse ante los espectadores, dentro de un rato, cuando la vida volviera. Se echó hacia atrás como para hacer frente a los detractores, y pasó el dedo por su bigote; pero un enorme choque le dobló las piernas y lo tiró al suelo.

En la pieza todos los muebles se dieron vuelta y cayeron. Ingenieros, mecánicos, maquinistas rodaron por el piso. Cuando se levantaban, un segundo choque, casi tan violento como el primero, los aplastó de nuevo contra el parquet.

—¡Maldición!... ¡Nuestros aparatos! —exclamó Lemâitre.

Accionó su encendedor y, seguido de Seita, franqueó la puerta del laboratorio de emisión. Vio un caos de hilos, de lámparas, de delicados aparatos volteados, enmarañados, en medio de los cuales se debatían algunos hombres, presos bajo los escombros. Pidió socorro y se puso a sacar a sus colaboradores, mientras que su patrón retomaba el camino de la sala de espectáculos.

Ahí reinaba la mayor de las confusiones. El personal de la sala había comenzado a hacer circular improvisados medios de iluminación cuando se produjo el primer choque que había apagado velas y encendedores, y conmocionado a la concurrencia. Todos se habían levantado de sus asientos, para verse precipitados a ellos al punto por la segunda sacudida. Otras más se habían producido después, y en la oscuridad, que otra vez volvían a horadar unas temblorosas llamas, las preguntas y respuestas que se entrecruzaban demostraban el desconcierto de todos.

Jerónimo se dirigió a la concurrencia desde su palco, rogando a los invitados que se volvieran a sentar y tuvieran paciencia.

—Seguramente todo va a volver a la normalidad de un momento a otro —dijo—. Desgraciadamente, la representación de nuestra función de gala no podrá continuar: nuestros aparatos están hechos pedazos. Pero les aconsejo esperar a que la corriente sea restablecida para que se vayan, porque los ascensores no funcionan.

—¡Oh! —dijo la concurrencia.

—En cuanto al motivo de este desperfecto general de la electricidad, y de esos choques que han conmovido a toda la Ciudad Radiante, no lo conozco mejor que ustedes.

Apenas había acabado de hablar cuando un choque más violento todavía que los dos primeros hizo saltar en su sitio a los pesados sillones. Pedazos de techo cayeron sobre la concurrencia. El ministro, cuya frente sangraba, se levantó.

—¡Vámonos! ¡Vámonos! —chilló con una voz aguda—. Yo me vuelvo al lado de mi mujer. Vámonos...

—Tendrá que bajar a pie los noventa y seis pisos —le previno Seita.

—¡Paciencia, paciencia, vámonos, vámonos!

En medio de una algarabía de voces asustadas, o indignadas, todos los espectadores se levantaron y retomaron en coro la última frase del ministro:

—¡Vámonos!

Jerónimo Seita, encendedor en mano, señalaba el camino de la escalera. Al extremo de un corredor abrió una gran puerta y se encontró en el descanso.

—Por suerte —dijo el viejo ministro frotándose las manos—, por suerte vivo aquí, en el piso treinta y siete. ¡No tendré que bajar hasta el final!

La escalera se abría, ancha, negra, y llena de extraños ruidos. Las llamitas esgrimidas por algunos hombres iluminaban los primeros escalones. Los siguientes desaparecían en la oscuridad de donde surgían, en ecos multiplicados, exclamaciones y murmullos.

Jerónimo Seita se hizo a un lado. Después de algunos segundos de vacilación, los invitados empezaron a bajar. La alfombra ensordecía el ruido de sus pasos. Las mujeres se colgaban de los hombres, que gruñían. Algunas velas se apagaron; el tropel, al principio compacto, se fue estirando. De todas las puertas salían personas inquietas que se ponían a bajar. Ninguna ventana se abría sobre la escalera. La noche la llenaba, apenas combatida por las vacilantes llamas de los encendedores.

El ministro viejito, pálido, había comenzado contando los descansos. Se detuvo, angustiado. ¿Cuántos había pasado ya? ¿Era éste el diecisiete? Le parecía que ya había contado diecisiete en el descanso anterior. Vamos, ¿sería el diecisiete o el dieciocho? ¡Qué terrible problema! Detenerse más tiempo no lo resolvería. «Voy a contarle como diecisiete», pensó, «y si no encuentro mi departamento bajaré un piso

más». Siguió, aliviado.

A su alrededor el ruido aumentaba. Los parientes, los amigos, de golpe no se encontraban más y se llamaban a gritos repercutidos por el eco, acompañados por el sordo redoble de mil pies sobre la alfombra. El cansancio y la nerviosidad se propalaban. Parecía que nunca, nunca se llegaría abajo.

—¿Un piso más? No, vamos, un piso menos... Voy a tener que volver a subir.

¿Que suba otra vez o que baje?

El pequeño ministro viejito, blanquito, se detuvo de nuevo, siguió, dudó, pasó, en su desconcierto, un nuevo descanso sin contarle, se dio cuenta de ello diez escalones más abajo, tuvo miedo de haber pasado varios de la misma manera, se puso a llorar como un chico, completamente descorazonado, bajó escalón tras escalón sorbiéndose y mascullando, perdió completamente el hilo de su cuenta, siguió bajando de todos modos, sin saber a ciencia cierta adónde iba, porque sus rodillas se doblaban, porque todo el mundo bajaba, porque lo empujaban, porque había que bajar a alguna parte.

Alguien, en la penumbra, pensó que convenía aprovechar tal providencial oscuridad. Un hombre tropezó contra otro hombre que se había parado en seco en un escalón. Quiso pasar por un costado. Pero el importuno siguió pegado a él y se desplazó hacia el mismo lado, al mismo tiempo que él.

—¡Vamos, señor, deje sitio! ¡Déjeme pasar!

El hombre sintió que su irritación se mudaba en terror. El desconocido acababa de anudar alrededor de su cuello una enorme mano. La otra mano revisaba sus bolsillos. Consiguió soltarse, retomó el aliento, empujó a su agresor y arremetió en la oscuridad, gritando:

—¡Al asesino!

Una atropellada sacudió al tropel. Unos cuerpos cayeron, rodaron por los escalones. Unos hombres se zambullían con los puños adelante, unas mujeres se apretaban contra los rincones de los descansos, gritaban, abrían desmesuradamente los ojos, pedían «luz» a los alaridos, y el fin de esa oscuridad.

—¡Vamos, Andrés, no se ocupe de los demás! —rechinó una voz muy en lo alto—. Sosténgame. ¡Un muchacho como usted tiene que tener la suficiente fuerza como para ayudar a un pobre viejo a bajar unos pocos pisos!

—Apóyese en mí, tío...

—¡Pero vaya del lado de la rampa, Andrés! ¿En qué está pensando? ¡Siempre el mismo atolondrado! ¡Ah, ah! —reía sarcásticamente la voz cascada, en la noche—. ¡Siempre pensando en mi herencia! ¡Le hace perder la cabeza! ¡Piensa demasiado en eso! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! Pero... ¿qué hace? ¿Quiere llevarme alzado? ¡Qué de atenciones para un viejo tío! Pero... Andrééés...

Cuando hubo tirado a su tío por encima de la rampa, el joven se encontró muy liviano. Se frotó las manos, y bajó tres escalones bailando. Ya el alarido de agonía del

anciano estaba muy por debajo de sus pies, pasaba al lado de todos como una bengala de arriba para abajo, caía, caía, siempre más abajo, más lejos, infinitamente. Nada lo detenía.

El grito de horror encontró su eco en todas las gargantas. No subsistió más, de arriba a abajo, la más mínima sangre fría. Cada uno luchaba contra todo lo que encontraba por delante, caía, se levantaba, caía de nuevo, gritaba, jadeaba, sudaba de miedo. La atropellada había apagado todas las llamas. De arriba abajo de la interminable escalera, no era, en una oscuridad total, más que una avalancha de demencia y de terror.

Algunos hombres llegaron hasta abajo, pero nada indicaba el descanso de la planta baja. Bajaron diez pisos del subsuelo, se encontraron con el final de los escalones, chocaron en la oscuridad contra silenciosas máquinas, todavía tibias, pasearon sus temblorosas manos sobre los aceros inmóviles, se perdieron en las salas de esa desmesurada usina, buscaron la escalera para volver a subir, no la encontraron más, dieron vueltas en la noche, llamaron, no despertaron más que otras voces perdidas y unos lejanos ecos, caminaron hasta el agotamiento de su esperanza, se desplomaron en algunos de los rincones de ese laberinto de tinieblas, enloquecidos de asombro y de horror. No querían intentar nada más, no podían más. Esperaban o la luz o la muerte.

Como una paja por un huracán, el pequeño ministro todo blanco, fue arrastrado hasta lo más abajo del descenso. Roto por mil golpes, la carne dolorida, la mente perdida, llegó por fin —eso apenas parecía creíble— a un lugar en donde «no se bajaba más». Cada vez que ponía el pie delante de él, encontraba el piso a la misma altura que bajo su otro pie. Probaba otra vez, y el piso siempre se encontraba ahí, bien chato, fiel.

El anciano y pequeño ministro siguió así, con las manos por delante y una sonrisa de éxtasis en los labios, para aprovechar bien este piso por fin todo al mismo nivel. Caminó mucho tiempo. Daba vuelta a la derecha, a la izquierda, para ver si por todos lados era igual, no encontraba ningún obstáculo. Por fin sus manos se posaron sobre una pared. Empujó. La pared cedió. Era una puerta. Y detrás de esa puerta, oh milagro, brillaba la luz.

Entró, se encontró en una importante calle. De cada lado de la calle, detrás de espesas vitrinas, unos hombres de traje negro, unas mujeres de vestidos rosas con flores azules lo miraban pasar. Unos estaban sentados, otros estaban de pie, todos vestidos de la misma manera. Su nombre estaba escrito en la parte superior del vidrio. El viejo ministro avanzó. Otras importantes calles cortaban a la primera y se extendían hasta el infinito en medio de un gran silencio. En cada esquina, una lámpara llena de aceite perfumado colgaba del techo y ardía con una suave llama.

Después de esa atropellada, el viejo y pequeño ministro se sintió feliz de

encontrarse entre gentes tan perfectamente inmóviles. Se sintió muy cansado. Se acercó a una vitrina detrás de la cual sonreía una joven, sola. Tenía ojos muy grandes, color de estanque, y la luz de una lámpara doraba sus pálidas mejillas. Leyó su nombre en el vidrio, se acostó a sus pies, y cerró los ojos suspirando:

—Alicia... —y se durmió en medio de los muertos quienes, imperceptiblemente, comenzaban a calentarse.

Después de que su último invitado hubiera partido, Jerónimo Seita, tristemente, había cerrado la puerta y de prisa se había ido para el escenario. Pensaba en Regina. La encontró sentada, tranquila. A su alrededor, actores, maquinistas, autores, técnicos, discutían en pequeños grupos, rodeando unas pobres luces.

Interrogaron a Seita. Esperaban conseguir de él alguna seguridad.

—¿Lo que pasa? No lo sé mejor que ustedes. ¿Lo que tienen que hacer? Les aconsejo que se queden aquí hasta que todo vuelva a la normalidad. Este estado de cosas no puede durar, ustedes lo saben muy bien. Los poderes públicos con toda seguridad están tomando ya las medidas necesarias. No se inquieten. No pueden dejar durante mucho tiempo una ciudad privada de energía y de luz.

»En cuanto a los aparatos, evidentemente están muy estropeados. Pero desde mañana a la mañana pondremos para repararlos o reemplazarlos la cantidad de obreros que sea necesaria, y proseguiremos con las emisiones mañana a la noche...

Hablando se tranquilizaba. Dio órdenes para que cada uno estuviera en su puesto a la primera hora. Encargó a Lemâitre que pusiera en condiciones la emisora. Dictó doce mensajes telefónicos a una vieja secretaria de la redacción, que se encontraba ahí por casualidad. Ella los anotó al dorso de su programa, a la luz de una vela, con su lápiz de cejas. Previendo así la vuelta de todo lo que acababa de desaparecer, Seita tenía la impresión de apurar esa vuelta. Volvió con Blanca.

—Por el momento, usted no puede volver a su piecita del Barrio Latino —le dijo—. Siento mucho que su departamento de aquí no esté del todo listo. Le aconsejo que venga a descansar un rato a casa...

Tomó a la joven del brazo y la condujo a su departamento.

Fueron derecho a la pared de cristal y asomaron sus miradas sobre París. Muy lejos, al norte, un incendio teñía de rojo oscuro un rinconcito de cielo. En todo lo demás, la oscuridad era total. De nuevo, Seita se sintió embargado por la angustia de lo inexplicable. Cosas graves estaban sucediendo. Pero... ¿cuáles?

Se irguió. Después de todo, ¿acaso él no estaba al abrigo de todo? ¿La guerra? Sería movilizad*o in situ* por el ministro de la Propaganda. ¡Qué bellas transmisiones, dramáticas, sensacionales, podría montar!

¿La revolución? Su avión estratosférico de carrera, construido especialmente para él, lo llevaría en poco tiempo sin peligro de persecución hasta las antípodas, si fuera necesario. Fuera adonde fuere, encontraría una cuenta de banco a su nombre.

Tranquilizado, se puso a reír.

—Pase lo que pase —dijo a la joven—, tal vez sea molesto, pero en el fondo sin gran importancia. Arreglaremos todo eso. Usted se va a recostar en mi cama. Velaré a su lado, y si mañana por la mañana no se ha puesto todo en orden, si hay el menor peligro para usted en seguir aquí, tomaremos el avión e iremos a esperar, tal vez en mi castillo de Turena, tal vez en mis posesiones de Pompeya, tal vez en otra parte, no importa dónde, a que todo haya vuelto a la normalidad.

Ella respondió con un suspiro. Ya no se sentía ni con fuerzas ni con valor. Lo que pasara mañana no le interesaba. Su futuro, fue esa misma noche que hubiera debido jugarse. El destino no lo había permitido. Apenas había abierto la boca cuando una pared negra se había cerrado alrededor de ella como una prisión. Todo había terminado. No se malogra impunemente tamaña ocasión. No sería nunca una estrella. Eso había fracasado.

Seita se acercó a ella y quiso tomarla en sus brazos. Ella se soltó:

—Déjeme.

—Regina, mi pequeña, vamos... No tiene que dejarse afectar así. Mañana...

—¡No soy Regina! No seré nunca Regina...

Se tiró sobre un diván que los sacudimientos sufridos por la ciudad habían desplazado casi hasta el medio de la habitación, y se puso a sollozar. ¡Mañana! ¡Para qué le hablaba él de mañana! Ella no necesitaba explicaciones. Sabía muy bien que su brillante porvenir se había borrado como la luz. Mañana, sería la vuelta al pasado. Mañana ella volvería a ser Blanca Rouget. Todo esto no había sido más que un sueño. Acababa de despertarse, en plena noche.

Tenía puesto un vestido blanco bordado de lentejuelas de colores; sus sollozos hacían bailar por las paredes y el techo pálidas chispas. Poco a poco se calmó. Se sentía terriblemente cansada. La decepción la había quebrado como lo haría una caída. Resopló, suspiró, abandonó toda esperanza y todo pesar para dejarse sumergir por la fatiga como por la marea. Se durmió.

Seita extendió sobre ella una manta. Luego dio una vuelta por el departamento. Probó todos los teléfonos, tocó todos los botones, giró todas las manivelas. Nada obedeció. Todo estaba silencioso, inmóvil...

Francisco se sentó en el borde de la cama, reflexionó algunos minutos y preparó rápidamente un plan de acción. Puso en una mochila algunos objetos, se la aseguró a la espalda y salió.

Se detuvo para escuchar a la capital. Un enorme silencio pesaba sobre ella. Oyó a alguien que caminaba por una calle vecina; el ruido de los pasos de ese transeúnte madrugador inundó la calle, el barrio, toda la ciudad. En una cercana plazoleta algunos pájaros saludaban al día piando. Los oía jugar entre las hojas.

Francisco meneó la cabeza, y partió a grandes zancadas en dirección a la Ciudad

Radiante. La temperatura había bajado apenas durante la noche, pero el aire era más liviano, libre de los desechos de combustión de los motores. A lo largo de las calles, los autos abandonados ya tenían aspecto de chatarra. Francisco pasó sin detenerse frente a una manzana de casas sobre la cual había caído un enorme avión carguero. En un radio de doscientos metros, todos los inmuebles habían sido aplastados. De las casas y del avión no quedaban más que unos restos irreconocibles. Al despuntar el día los bomberos intentaban encontrar, en medio de ese montón, a algunas víctimas.

A medida que Francisco se acercaba a la Ciudad Radiante se encontraba con más y más personas que se iban de allí, valijas o paquetes en mano, con aire despavorido.

Llegó por fin a los pilotes que sostenían las autopistas y al colosal edificio. Cerca de los pilares centrales, agujereados por seis gigantescas puertas, hombres y mujeres iban, venían, corrían, volvían sobre sus pasos, desamparados, como si fueran hormigas a las que, a talonazos, les hubieran pisoteado el hormiguero.

Francisco tomó una de las escaleras y subió hasta el recibidor, que se encontraba al nivel de las autopistas. La inmensa plaza interior, grande como la plaza de la Concordia, rodeada de negocios de lujo, de cafés elegantes, de restaurantes, de salas de cine, de teatro, de televisión, generalmente brillando con mil fuegos bajo su cúpula del color del cielo, estaba esa mañana sumergida en la penumbra. Un día lívido alcanzaba a entrar por las paredes de vidrio que se abrían sobre las autopistas, al norte, al sur, al este y al oeste.

Sin vacilar, Francisco, que conocía muy bien esos lugares, cita y paseo del *Tout-París*, llegó hasta el centro de la plaza. Allí, una columna truncada, hexagonal, de una altura de casi veinte metros y tallada en un solo bloque de mármol blanco, tenía en sus seis caras el plano de las oficinas y departamentos comunicados por los ciento veintiséis ascensores y las sesenta y tres escaleras.

Al pie de la columna, bajo la letra R, encontró, escrito en letras de acero cromado, lo que buscaba: «Radio-300, 3 – 96 – 17». Eso significaba: ala 3, piso 96, corredor 17. Sobre la cara 2 de la columna, Francisco vio que el corredor 17 del ala 3 estaba comunicado por la escalera 31 – 2. A sus pies, sobre el piso, un mosaico le indicó la dirección que tenía que tomar para encontrar la puerta y la escalera que le interesaban.

A la misma hora, en la sala de Asesoramiento del Ministerio del Aire, bajo la presidencia del ministro del Aire, jefe del gobierno, se celebraba el más extraño Consejo que las viejas paredes hubieran visto efectuar nunca jamás.

Los ujieres habían partido durante la noche, unos a pie, otros en bicicleta, a todos los rincones de París para convocar a los ministros. Estos habían llegado despiertos a medias, con las barbas del día anterior. Ya no tenían costumbre de caminar. Y la estupefacción, tanto como la fatiga, les cortaba el aliento. Llegaban a la sala donde en los candelabros, que volvían a encontrar su utilidad dejada de lado, ardían unas velas

cuya cera manchaba ya el parquet.

Su Excelencia Tapinier, jefe de gobierno, entró cuando ya había amanecido. Era un hombre joven, de modales bruscos. Tomó enseguida la palabra:

—Señores. Aunque no estemos todos, abro la sesión, porque ahora es inútil esperar a nuestros colegas ausentes. El ministro de Trabajos Públicos viaja por las provincias; el ministro de la Radio debe estar todavía en el piso noventa y seis de la Ciudad Radiante; el ujier no ha podido entrar en la casa de nuestro colega de Comercio, cuyas puertas eléctricas estaban bloqueadas. El ministro de Deportes se ha sentido incapaz de venir a pie desde Passy. En cuanto al ministro de Guerra, no sabemos qué le ha sucedido.

»Tengo que hacerles saber que he mandado llamar a Paul Portin, el venerable presidente de la Academia de Ciencias, el físico de reputación mundial. Esperando su llegada, tengo tristes novedades que comunicarles...

El ministro de Telecomunicaciones lo interrumpió bruscamente. Era un hombre congestivo, rechoncho, que respondía al apellido bien francés de Dufour. Dio un puñetazo sobre la mesa y se levantó. Estaba escarlata.

—Mi estimado Tapinier... para empezar, lo que usted tiene que decirnos es la verdad. ¿Quién nos ha cortado la electricidad? ¡Si es un golpe de la reacción, declaro solemnemente en nombre del pueblo a quien represento que los obreros no se dejarán así no más quitar de la boca el trabajo y el pan de sus hijos!

Esta intervención provocó una explosión de gritos, de protestas o de aprobaciones violentas.

Los treinta y un ministros presentes se levantaron y se pusieron a hablar todos a la vez. El más excitado de todos, el barón de Boumaud, ministro de Progreso Social, uno de los tres parisinos que todavía se vestían a la usanza del último siglo, con pantalón, chaleco y saco, chilló blandiendo su monóculo:

—¿La reacción? Pero... ¿cómo me viene con eso, señor Dufour? Diga más bien que esto es obra de los incendiarios y de los matones de sus sindicatos de extrema izquierda, que quieren así prolongar los tres meses de vacaciones pagas que les otorgan sus desgraciados patrones. ¡A esto es a lo que nos conduce la cobardía de la élite ante las exigencias siempre crecientes de la chusma! Pero esta maniobra no apagará las luces de la cultura y de la tradición francesas y, aunque tengamos que morir bajo el cuchillo de los brutos borrachos, las defenderemos hasta la última gota de nuestra sangre.

—¡Dufour tiene razón! —exclamó el ministro de Instrucción Pública, Su Excelencia Lavoine, un muchachote moreno, barbudo hasta los ojos—. No es difícil reconocer en esto la mano viperina de los curas, que buscan volver a hundir al pueblo en las tinieblas de la Edad Media.

—Dios mío, perdónalo, no sabe lo que dice —murmuró el abate Legrain, redondo

y rosado ministro de la Salud Moral—. A menos que nos quiera engañar, y defender a sus amigos los masones...

—¡Señores, señores, por favor! —La voz tonitronante de Tapinier devolvió la tranquilidad—. ¡Señores..., qué diría el país si los viera, el país que tiene el derecho de contar, hoy, más que nunca, con su gobierno de Unión Nacional, para mantener firme, en medio de los arrecifes y las tempestades creados por la nueva situación, el timón de la Nación!

»Hagan callar sus resentimientos. No se trata de un complot. El acontecimiento es mucho más grave. Las actuales circunstancias que voy a exponer ahora van a demandar a los hombres del poder, a ustedes, a mí, mis queridos colegas, una cantidad poco común de trabajo, de desvelo por la cosa pública y de abnegación ante los intereses de la patria. Estoy seguro de poder contar con cada uno de vosotros. Les pido que respondan «Presente» ¡Viva Francia!

Galvanizados por la sobria elocuencia del jefe de gobierno, los ministros gritaron a coro «¡Viva Francia!» y, después de algunos segundos de silencio, volvieron a ocupar sus lugares en los sillones.

—Como acabo de decirles —continuó Tapinier—, no se trata de un complot, sino de un acontecimiento de orden científico, tal como resulta del primer informe que me ha hecho llegar Paul Portin, quien va a venir él mismo, dentro de poco, a exponer delante de ustedes el resultado de sus observaciones. Varias veces, durante el curso del invierno pasado, ya se habían producido trastornos eléctricos; y ayer, a primera hora de la noche, los aparatos del mundo entero habían señalado una nueva bajada de tensión. Poco después, desaparecía por completo. Todo nos permite pensar que el fenómeno es mundial. Sobre toda la Tierra, los motores, ya sean atómicos o a combustión, se han detenido. Todos los aviones en vuelo han caído. Me estremezco al pensar lo que habrá sucedido con los trenes eléctricos lanzados a toda velocidad, sin frenos, sobre vías cuyas agujas fueron bruscamente descompuestas.

»Pero hablemos de Francia, puesto que es Francia la que nos ha confiado su destino. En todos los rincones de nuestro país terribles catástrofes han debido producirse. Igualmente tenemos que deplorar numerosos accidentes en las usinas, en las que funcionaban dispositivos de reglaje y de seguridad eléctricos. En el subterráneo los accidentes fueron numerosos, y el pánico terrible.

»En resumen, señores: nuestros pobres medios de información, ya que radio, teléfono, telégrafo, nada funciona ya, nos hacen temer que este brusco capricho de la naturaleza haya producido ya entre nosotros decenas de miles de víctimas...

En ese momento la puerta de la sala del Consejo se abrió con estruendo, y el general Morblanc, ministro de Guerra, apareció en el umbral. Estaba de civil, con un traje de un rojo resplandeciente; pero todo en su aspecto denunciaba al militar. Sus blancos bigotes enhiestos temblaban. Sus piernas, torcidas en forma de paréntesis —

lo que dejaba adivinar que había hecho su carrera en la eterna arma de élite, la caballería—, piafaban *in situ*. Alzó hacia el techo las dos manos, de la cual una apretaba una fusta, y exclamó:

—¡Señores, acabo de salvar a Francia!

Esta frase causó sensación.

—¡Dios lo oiga! —dijo el abate Legrain.

—Mi estimado general, explíquese —requirió el jefe de gobierno.

El general Morblanc se acercó a un extremo de la mesa, posó ruidosamente su fusta y comenzó su exposición.

—Señores —dijo—, a un viejo general encanecido en el oficio no se le viene con esos cuentos raros. Esas historias de negros no me gustaban para nada... para nada. A un kilómetro olían a mentira. Pero yo vigilaba. Así pues, cuando ayer a la noche se cortó la electricidad, me bastaron tres segundos... tres segundos, para adivinar en ello una maniobra del enemigo hereditario.

Lo interrumpió un concierto de exclamaciones.

—Mi estimado general —hizo notar cortésmente Tapinier—, parece olvidar que Francia ha hecho la paz con el resto de Europa desde hace un siglo, y que mantiene las mejores relaciones con los otros continentes...

El ministro de Guerra se había puesto rojo ladrillo. Golpeó sobre la mesa.

—¡O usted es un idiota, o un vendido! —gritó—. Francia ha tenido siempre un enemigo hereditario, ya sea al este, al norte o al sur. Ahí está el ejército para combatirlo. ¡No flaqueará ante su deber!

Tapinier no quiso contestar a la injuria, hizo un gesto resignado con la mano, y dejó hablar al general.

—El enemigo ha creído desarmarnos —proseguía éste—. Pero no lo conseguirá. Tengo que decirles exactamente lo que pasa. Anoche, en el stand subterráneo de Plessis-Robinson, una compañía de guardias nacionales efectuaba un tiro de obús trazador con el cañón ametrallador. Señores, todos los cañones ametralladores explotaron. Explotaron. Los cañones hechos polvo... hechos polvo. Los hombres con graves quemaduras. El capitán que comandaba el tiro hizo al punto ensayar una ametralladora. ¡Explotó! Un fusil, una metralleta, un revólver. ¡Explotaron! El coronel, advertido, me mandó una estafeta a caballo.

»En el stand de tiro de un cuartel de París hice efectuar inmediatamente, a la luz de unas velas, ejercicios de tiro con las armas más antiguas y las más nuevas. Todas explotaron. ¡Y no en pedazos, señores: polvo, nada más que polvo! Lo que hace que hasta las granadas resulten inofensivas. ¡En cuanto a las armas a motor, volantes, rampantes o cavadoras, no quieren arrancar!

El general se rió con sarcasmo.

—¡No más rayos K, no más armas de fuego! El enemigo tal vez creía que íbamos

a entregarnos de pies y manos a sus bárbaras hordas. Pero por suerte para Francia, en las horas graves la Providencia le envía siempre a los hombres que le hacen falta. Señores, desde que estoy en el Ministerio de Guerra he hecho fabricar secretamente, y esconder en todos los rincones del país, enormes cantidades de bayonetas modelo 1892, modificadas a 1916. Señores, la bayoneta es el arma tradicional del soldado francés. Sabía que su hora había de volver... y ha llegado. ¡El enemigo puede venir, aquí lo esperamos a pie firme! Voy, ahora mismo, a hacer distribuir las bayonetas a la tropa. ¡Una vez más, Rosalía salvará a Francia!

El ministro de Guerra miró al jefe de gobierno con aire de desafío, recogió su fusta, dio una brusca media vuelta, y salió.

—Señores —dijo Tapinier—, les ruego que no retengan de esta intervención más que el hecho de que las armas de fuego son desde ahora inutilizables. Sin duda, al mismo tiempo que desaparecía la electricidad, los metales han sufrido una transformación que los ha convertido en incapaces de resistir el choque de la explosión.

—Puedo decirles algo preciso al respecto —intervino Su Excelencia Meunier, ministro de la Producción y de la Coordinación—. En numerosas fábricas las calderas han explotado. Parecería que fuera la conjunción de una temperatura elevada y de una fuerte presión lo que vuelve frágiles a ciertos metales, porque unos depósitos de gas comprimido y unas calderas de cobre han resultado intactas, mientras que todas las calderas de metales ferrosos se han pulverizado. Desgraciadamente, alrededor de ellas quedaron muchos muertos y heridos. En todo caso, nos vemos privados ahora de fábricas y de medios de transporte. Señor jefe de gobierno, ya no tengo razón de ser. Le ruego acepte mi renuncia.

El ministro de Finanzas, Su Excelencia el banquero Colastier, se incorporó de golpe como si su sillón se hubiera erizado de espinas.

—Señores, señores —exclamó—, se me acaba de cruzar una idea terrible: sin electricidad nos quedamos igualmente sin oro. El nuevo sistema de defensa de la Banca de Francia, inaugurado el año pasado, es totalmente eléctrico. Los sótanos en donde duerme nuestra reserva están bloqueados por cuatro puertas sucesivas, de níquel macizo y tres metros de espesor, con cerraduras a onda corta y accionadas por tornos eléctricos. Nada en el mundo podrá hacerlas mover...

Entonces el doctor Martin, ministro de la Medicina Gratuita y Obligatoria, se puso de pie. Su rostro estaba pálido, sus ojos parecían fijos en algún abominable espectáculo. Abrió la boca. Todos sus colegas, vueltos hacia él, se callaron, respirando con dificultad.

—Mis estimados colegas —dijo con voz baja—, acaban de oír terribles noticias. Pero son sin importancia al lado de la que les voy a dar a conocer. La población urbana de Francia está compuesta por ciento cincuenta millones...

—Pero, mi estimado doctor, usted se equivoca —interrumpió el jefe de gobierno.

—Déjeme terminar, por favor. Bien digo, ciento cincuenta millones de habitantes, de los cuales son ochenta millones de vivos y setenta millones de muertos, tiernamente conservados en el seno de las familias, o en los subsuelos de las ciudades. Ahora bien, si la electricidad no vuelve rápidamente, los muertos van a poner a los vivos en la puerta. ¡Señores, los muertos están en camino de descongelarse!

Sobre la vasta Plaza del Proceso, delante del Ministerio del Aire, comenzaba a juntarse la multitud. Privados a la vez de subterráneos, de autobuses, de taxis, de trabajo, de diarios y de radio, los parisinos, desorientados, buscaban noticias. Confusamente adivinaban, sin conocerla todavía, toda la extensión del desastre, y se acercaban a la Autoridad. Burgueses, obreros, funcionarios, comerciantes se volvían solidarios ante la desgracia. Se sentían despojados de sus diferencias sociales. Se dirigían la palabra sin conocerse, en ese tono cordial, ligeramente emocionado, que se toma para hablar entre miembros de una familia afectada. La amenaza de una gran desgracia los predisponía a olvidar por un instante sus pequeños problemas. Estaban listos a perdonárselo todo. Cada uno pensaba que quizá tendría necesidad del vecino, y se sentía dispuesto en tal caso a hacerle un favor.

El sol al levantarse pintaba de rosa lo alto de las casas. Un remolino se produjo en la multitud: un extraño atalaje acababa de llegar a la plaza y trataba de cruzarla. Dos ujieres, vestidos con sus trajes típicos, en calzón y la cadena al cuello, tiraban de una antigua, bamboleante carretilla. Sobre la carretilla se encontraba atado un sillón, y en el sillón, un anciano sentado. La multitud lo reconoció. Mil veces había visto, por radio, el rostro enmarcado en canas de Paul Portin, el casi centenario presidente de la Academia de Ciencias. El Comité Popular de Difusión de la Ciencia había puesto sus trabajos sobre los átomos en conocimiento de todos. El tendero, el obrero, incluso la gente de edad que no tenía gran instrucción, sabía confusamente que los átomos eran unas especies de bólidos minúsculos, movidos a electricidad, que se desplazaban a una velocidad vertiginosa, y que tanto la carne del hombre, como la madera de la mesa, como el aire, como la piedra de la pared, estaban rellenos de esos átomos. Ante la brusca muerte de la electricidad, la gente se preguntaba si sus átomos igualmente habían desaparecido, y si podrían vivir mucho tiempo sin ellos.

La multitud se apretó alrededor del vehículo portado en andas. Se sentía tranquilizada por la presencia de ese hombre que conocía los secretos de la naturaleza. Cada uno tenía la impresión de estar ante la misma Ciencia, la Ciencia que lo explica todo y que todo lo puede.

Un señor delgado se posesionó de un balde de hierro que llevaba un ama de casa, lo puso en tierra al revés, se subió encima, y con una voz de gallo ronco, habló:

—Señores, señoras, conciudadanos...

—Hou... hou... —contestó la multitud.

—No quiero ponerme a hacer discursos; solamente me propongo pedir en vuestro nombre al eminente sabio que en este momento se encuentra entre nosotros que nos haga aclaraciones sobre el fenómeno que acaba de trastornar nuestra vida. Yo...

—¡Viva Portin! La palabra a Portin. ¡Por-tin! ¡Por-tin! ¡Por-tin!

El sabio temblaba emocionado en su sillón y hacía con la mano gestos negativos. Entonces, un gigantesco obrero se abrió paso entre los grupos y llegó hasta la carretilla. Era un metalúrgico, un veterano del oficio con la piel recocida, un viejo compañero que había resistido a treinta años de fábrica. Su mano derecha, con la cual en el taller daba cada dos segundos el mismo golpe de martillo sobre remaches siempre iguales, seguía cerrada sobre un mango imaginario.

—Escuche, señor Portin: nosotros estamos acá, no sabemos, y queremos saber. Usted, usted sabe, la Ciencia... tiene que decirnos. ¿Qué pasa? ¿Cuándo va a acabar esto?

El anciano, penosamente, se levantó de su sillón. Temblaba.

—Mis buenos amigos... —dijo.

Su voz temblequeante no llegaba ni a diez metros.

—Mis buenos amigos, no les puedo decir nada, no sé nada. Nunca se ha visto esto. Nuestra ciencia es una ciencia experimental. Ahora bien, el fenómeno que acaba de producirse no se corresponde con nada de lo que sabemos. La electricidad ha desaparecido, violando todas las leyes de la naturaleza y de la lógica. Y, muerta la electricidad, es más inverosímil aún que estemos vivos. Todo esto es una locura. Es una pesadilla anticientífica, antirrational. Todas nuestras teorías, todas nuestras leyes son barridas. Ver esto al término de mi vida de sabio...

Pesadamente se dejó caer en su sillón. Las primeras filas de la multitud vieron gruesas lágrimas correr desde sus ojos a su bigote blanco. Pero la gente que se encontraba más lejos, inquieta, curiosa, quiso también oír. Los altos se alzaban sobre la punta de los pies, los bajos se agarraban a los altos. Unos chicos se trepaban al fuste de los faroles. De fila en fila se pasaban fragmentos de frase:

—Dijo que la electricidad estaba muerta.

—Hombre, ha dicho que él no comprendía nada.

—Ha dicho que era la guerra.

—Dijo que él lo iba a arreglar todo.

La multitud quiso saber más. De todos lados a la vez empujó hacia el centro. Diez mil pechos hicieron presión. La multitud no fue más que una masa compacta, un solo músculo contraído. Hubo alboroto, remolinos, ropas arrancadas, costillas fracturadas, pantalones sucios. El vehículo del señor Paul Portin dio tres vueltas sobre sí mismo, se partió y desapareció. El viejo sabio se encontró proyectado en el aire y volvió a caer sobre unas espaldas. Flotó allí durante unos instantes, luego se hundió.

Alguien, desde una ventana, gritó una frase corta. Repetida de boca en boca, murmurada, gritada, disoció a la multitud como un ácido. Por todas las calles, hombres y mujeres se fueron corriendo, apurados por el miedo de no llegar a su casa a tiempo. No quedaron sobre la plaza más que dos mujeres tendidas, inmóviles, aplastadas, y el señor Paul Portin, posado sobre el suelo en un montoncito, con la barbilla en la espalda y la barba roja.

Un chico atravesó la gran plaza vacía. Perseguía a patadas una piedra redonda y repetía con una alegre entonación las palabras que acababa de oír gritar:

—Va a faltar el agua, va a faltar el agua...

Francisco se había prometido subir lentamente los innumerables peldaños de la escalera para evitar el jadeo. En los rellanos, unas puertas de un lechoso plastec macizo se abrían sobre los pasillos. Éstos, anchos como avenidas, comunicaban los departamentos y terminaban en una pared de vidrio. Por más largos que fuesen, llevaban sin embargo la suficiente luz del día hacia la escalera como para poder andar por ella. Y sobre cada puerta se destacaban en negro los números del piso y de los pasillos.

Cubrían los peldaños cantidad de desechos, restos de ropas en los que los pies de Francisco se enganchaban, valijas abandonadas, sombreros. Unos hombres, unas mujeres bajaban embrutecidos por la interminable sucesión de los escalones, sin ver, sin pensar, automáticos, llevados hacia abajo por su propio peso y el de sus paquetes. Francisco, violentamente atropellado por personas que no intentaban disculparse, que ni siquiera parecían haberse dado cuenta del encuentro, estuvo a punto de caer varias veces. Tomó el partido de caminar pegado a la pared del lado exterior de la escalera y detenerse cada vez que adivinaba, en la penumbra, por encima de él, una sombra más densa.

Encontró un bastón, lo recogió y lo sostuvo horizontalmente, con la punta hacia adelante, el puño apretado bajo su axila. Algunos hombres se vieron desviados por este chuzo a cincuenta centímetros de su pecho. A otros, el choque les cortaba el aliento. Luego se dejaban de nuevo arrastrar por la gravedad, con las rodillas flaqueándoles y la cabeza vacía. Una mujer que bajaba corriendo fue prácticamente ensartada. Francisco la recibió desmayada o muerta en sus brazos. Era tibia y blanda como un conejo acabado de matar. Tenía olor a su propio sudor mezclado con agua de Chipre. La depositó en un escalón y retomó su ascenso. Iba menos rápido de lo que había calculado. Estaba subiendo desde hacía veinte minutos, y no estaba aun más que en el piso veinticinco.

Con Blanca ya dormida, y después de haber dado vueltas con nerviosismo por la pieza, Seita había terminado por tenderse directamente sobre la alfombra. Cuando despertó, su primer cuidado fue ir al teléfono. Mudo. Apoyó el dedo sobre el botón que lo ponía en comunicación con su ayuda de cámara y no obtuvo ninguna

respuesta. Ni mejor resultado con la línea de su secretario. El ascensor privado seguía bloqueado. El techo luminoso continuaba oscuro. La extraña anomalía se prolongaba.

Blanca despertaba. Se sentó al borde del diván. Estaba preciosa con los cabellos enmarañados, los ojos un poco ojerosos, la boca haciendo pucheros.

—Espero que haya descansado, mi querida —dijo Seita—. No sé lo que le ha sucedido a los criados. Yo mismo le voy a preparar un baño.

Desapareció por una puerta, pero volvió al punto, desconcertado.

—No hay más agua —dijo—. A la altura en que estamos se la subía por medio de bombas eléctricas. Deben estar paradas, como todo el resto. Por otra parte, a toda la ciudad le va a faltar, porque las estaciones de bombeo y de depuración que alimentan París tienen equipos totalmente eléctricos... —Se detuvo un instante y concluyó—: Escuche, hay que partir lo antes posible, es absolutamente necesario. Dentro de un rato tomaremos uno de mis aviones y nos llegaremos hasta mi propiedad en Turena. Esperaremos allá hasta que el gobierno haya restablecido el orden. No sé todavía si tenemos que vérnoslas con un sabotaje, una huelga, un acto de guerra o un accidente. De todas maneras, lo mejor para nosotros será alejarnos hasta que todo haya vuelto a la normalidad.

Acompañó a Blanca hasta el baño. Ella se frotó vigorosamente con agua de colonia. La mordedura del alcohol barrió con las últimas brumas del sueño. Su desaliento del día anterior había desaparecido; unas pocas horas de descanso habían bastado para devolverle el optimismo propio de su edad. Desde hacía algunas semanas era mimada por el destino. Su éxito en el concurso de Radio-300, su compromiso, la formidable preparación publicitaria de su primera aparición televisiva, su fracasado lanzamiento, esta extraña aventura en la Ciudad Radiante paralizada bruscamente, esta sucesión de acontecimientos no tenían en realidad nada de mediocres. Tenía la sensación de asistir como espectadora al desenvolvimiento de una película extraordinaria, en la que al mismo tiempo ella se encontraba siendo la estrella. Y eso era un doble placer. ¿Qué iría a sucederle ahora? Ya lo vería. Sin duda, nada trivial.

Empezó a peinarse mientras tarareaba la romanza que hubiera debido cantar el día anterior, delante del micrófono. Cuando dejó el peine le pareció que el espejo se velaba y que su imagen, frente a ella, se le hacía extraña y la consideraba con curiosidad. Entonces, un zumbido le llenó los oídos, el baño se puso a girar lentamente, luego se tumbó. Blanca se agarró con las dos manos del borde de la bañera y cerró los ojos con fuerza, y los volvió a abrir. Todo se había vuelto normal. Sólo un simple mareo. Se lo achacó a su cansancio, anudó sus cabellos y salió.

Seita se fue a revisar su guardarropa, en busca de ropa interior y trajes de recambio; pero, sin su ayuda de cámara, no sabía dónde encontrar lo que buscaba. Su

guardarropa, casi tan grande como su dormitorio, contenía, colgados en filas, trajes de todos los colores y de todas las telas imaginables. Trajes de verano, livianos como ceniza de papel; trajes de invierno de fibras térmicas, cuya temperatura se elevaba a medida que el frío aumentaba, y hasta algunos pesados e incómodos trajes de lana natural, anacrónicas fantasías de un riquísimo esnob.

Seita echaba pestes, perdido en su propia abundancia. Se puso furioso contra las mangas y las piernas que le golpeaban la cara, estuvo a punto de perecer ahogado bajo una avalancha provocada por sus nerviosos gestos, acabó por encontrar dos combinaciones de deporte con cierre relámpago, le dio la amarilla a Blanca y se quedó con la anaranjada.

Mientras la joven se vestía en el dormitorio, él hizo lo propio en el baño, de donde salió violentamente perfumado. Con sus afeitadoras eléctricas inmovilizadas, había tenido que conservar la barba del día anterior, que le hundía las mejillas y daba a su oscura tez unos reflejos verdosos.

—Ahora —dijo—, si a usted le parece bien, vamos a partir. Desayunaremos al llegar...

Por la escalera privada llegaron al garaje que cobijaba los doce aviones de Seita, construido sobre el techo del inmueble.

Los útiles, las máquinas, los depósitos de quintaesencia habían sido proyectados un poco por todas partes, en desorden, y los aviones catapultados unos dentro de los otros. La mayoría estaba visiblemente fuera de uso. Sin embargo, el pequeño aparato azul que había llevado a los jóvenes hasta Escocia parecía intacto.

Jerónimo, seguido de Blanca, se dirigió hacia la máquina voladora. Cuando abrió la puerta, un gruñido salió de adentro. Gastón hurgaba en el motor.

A la vista de su patrón, se incorporó y dijo con tono furioso:

—Desde hace una hora trato de comprender lo que pasa, sin conseguirlo. Ni una gota de corriente por ninguna parte, no más en éste que en ningún otro...

—Pero... ¿qué pasa, Gastón? ¿No funciona el motor? —preguntó Seita inquieto.

El piloto miró al patrón con asombro.

—¿No sabe lo que ha pasado? Todos los motores de los aviones se detuvieron ayer a la misma hora, justo en el momento en que la corriente flaqueaba en todas partes. Todos los que habían empezado el descenso para aparcar sobre la terraza cayeron como granizo. ¿No oyeron nada, ahí abajo? Fue un milagro que no me hayan aplastado a mí, en mi departamento al lado del garaje. Cuando cayó el autobús de la línea 2, salté hasta el techo como un panqueque...

»¡Vayan a mirar un poco afuera, y van a ver lo que es bueno! Por suerte los arquitectos habían previsto esta clase de accidentes, y la terraza y el edificio están contruidos a prueba de choques de este tipo, porque si no los ómnibus ya lo creo que hubieran bajado, ¡pero a través de los techos, hasta la planta baja! Pero por qué todos

estos motores se han parado, y por qué éste no quiere arrancar, eso es lo que trato de adivinar...

Seita comprendió entonces el origen de los choques que habían sacudido a la Ciudad Radiante, y perdió al mismo tiempo toda esperanza de partir por vía aérea. Intentó sin embargo luchar contra la evidencia. Ya no estaba más solo. Estaba de nuevo tratando con uno de sus subordinados. Podía de nuevo ordenar. La presencia de Gastón lo liberaba en parte de esa terrible sensación de impotente soledad que lo oprimía desde su despertar.

Se enderezó, acarició con dos dedos la áspera punta de su barbilla y reencontró su voz decidida para mandar:

—Mientras nosotros vamos a ver lo que ha pasado afuera, revise usted el motor una vez más. Es nuevo. No ha sufrido ningún accidente. Es inadmisibile, si usted conoce su oficio, que no consiga hacerlo caminar.

—Averiguaré lo que tiene en la barriga —prometió Gastón.

Jerónimo y Blanca alcanzaron la puerta del garaje. Un sol enorme subía en el horizonte justo frente a ellos y derramaba una luz rojiza sobre la devastada terraza.

Una treintena de aviones de todos los tamaños y tres ómnibus se habían aplastado sobre la superficie, y habían explotado como granadas. El choque había proyectado los pedazos y los restos triturados de sus ocupantes en todas direcciones. El plastec, menos espeso que el de los vagones suspendidos, no había resistido. Los pocos edificios en superestructura que se erigían sobre la inmensa superficie plana casi no habían sufrido; sólo la estación de los aerobuses estaba totalmente deshecha. En lugar del vasto edificio, los jóvenes no vieron más que un montón de escombros, cemento, hierro y fragmentos de plastec mezclados y teñidos de un color de incendio por la extraña luz del sol.

Algunas centenares de personas buscaban en vano sobrevivientes entre las ruinas.

Los jóvenes, trastornados, volvieron con Gastón. Éste había renunciado a hacer marchar el motor. Lo visto en la terraza había convencido por fin a Seita de la gravedad de la situación. Acababa de comprender que no había que contar más con las máquinas.

Pero, entonces, ¿qué sería de él? Si ese estado de cosas se prolongaba, toda la civilización se desplomaría. Para Seita era más que el fin de una era, era verdaderamente el fin del mundo, de su mundo. Se sentía como un viajero abandonado, desnudo en medio del desierto. ¿Qué iba a ser de él, que no se desplazaba nunca sino con ayuda de los motores, que de buena gana recorría varios miles de kilómetros por día, pero a quien quinientos metros parecían una terrorífica distancia si trataba de hacerla a pie? Nunca había hecho nada con sus manos. Para responder a sus necesidades siempre había tenido un ejército de subordinados y de aparatos perfeccionados. Su impecable servicio le parecía tan natural como el buen

funcionamiento de los órganos de su cuerpo. Y de un solo golpe, todo eso desaparecía a su alrededor, lo amputaba de mil miembros y lo dejaba solo consigo mismo por todo servidor.

Blanca se colgó del hombro de Jerónimo; sentía que sus piernas temblaban. Él la hizo sentar en un banco, le palmeó las manos:

—Bueno, mi chiquita, ¿qué pasa?

—No sé, me da vueltas un poco la cabeza. No será nada...

Gastón fue a buscar a su casa una botella de ron y le sirvió un vaso a la joven, quien lo bebió, se atoró, se puso escarlata.

—Gracias, me siento mejor ahora...

—Entonces —intervino Seita—, vamos a poder empezar a bajar.

—Tengo miedo de no poder llegar muy lejos —suspiró ella—. Me parece que todo es inestable a mi alrededor, y que la Ciudad Radiante va a darse vuelta en cuanto me levante. Tal vez si pudiera comer algo se me pasaría. No comí anoche, para estar más cómoda para cantar. Supongo que esa es la causa de mi debilidad.

Seita la tomó de la cintura y la llevó de nuevo al departamento. Blanca se recostó en el diván. Sus sienes latían, sus oídos zumbaban como vagones de subterráneo.

Seita trajo lo que había encontrado en la cocina: una rama de cerezas con frutas sin carozo, y un durazno grande como un melón. Mientras Blanca comía algunas cerezas, volvió a la cocina y apareció con un enorme y puntiagudo cuchillo para cortar el durazno, pero se las arregló tan mal que el cuchillo resbaló y le cortó la palma de la mano izquierda.

A la vista de la sangre que manaba mezclada con el jugo de la fruta, Blanca pegó un grito, llevó la mano a sus ojos que se nublaban y perdió el conocimiento.

Seita largó una maldición, tiró el durazno a la otra punta de la pieza, envolvió su mano con un pañuelo y vino a inclinarse sobre la joven. Unas grandes ojeras azules subrayaban sus ojos cerrados.

Le frotó las sienes con agua de colonia. Ella no se movía. Nervioso, le dio unas palmadas en las manos, después en las mejillas. Ella suspiró, volvió a abrir los ojos.

—¿Cómo se siente, Regina? ¿Qué le duele?

Ella trató de sonreír y dijo con voz muy débil:

—No sé, siento como si hubiera recibido mil golpes en la cabeza y en el vientre.

Él le tomó el pulso. Latía rápido e irregular, denunciando la fiebre.

Detrás de las paredes de vidrio, el calor proveniente del sol se acumulaba. Imposible airear. El arquitecto lo había previsto todo para suprimir el más mínimo contacto entre la atmósfera exterior y la que los habitantes condicionaban a sus deseos en el interior de las Ciudades Altas.

Seita se enjugó la frente, en la que perlaba el sudor. Blanca, con los ojos cerrados, comenzaba a gemir dulcemente.

Él fue de una pieza a la otra, buscando un tubo de comprimidos calmantes que no encontró. En su mano izquierda apretaba el pañuelo, rojo de sangre. Traspiraba. Se acercó a la cama de Blanca y, de nuevo, le tomó el pulso. La fiebre parecía haber aumentado. Millares de finas gotas de sudor perlaban su frente y todo el rostro.

—Regina... —llamó Seita—. ¡Regina, contésteme!

Ella no se movía.

Él dejó desbordar su irritación y se la tomó con todos esos familiares instrumentos que, desde la noche anterior, se burlaban de él y se negaban a servirlo. Le dio unas cuantas patadas al mudo teléfono, a los botones que no llamaban ya a nadie, y llegó, en su cólera contra el mundo inerte, hasta a clavar el cuchillo de cocina en la pantalla de su aparato de cabecera.

El calor aumentaba. Parecía que nunca el sol se hubiera mostrado tan ardiente. Al tiempo que se le hubo calmado la crisis nerviosa, Seita se acercó al diván una vez más. El sudor corría por el rostro de Blanca. Su nariz se había achicado, su respiración silbaba, pero había dejado de gemir.

—Escuche, Regina, voy a buscar un médico. Hay alguno en este edificio. Quédese tranquila, descanse, enseguida vuelvo.

Como ella no parecía haberlo oído, repitió esas pocas palabras en una hoja de papel que dejó entre los dedos de la enferma, para que no se sintiera abandonada si recuperaba el conocimiento.

Seita sabía que el profesor Leroy, el gran sabio, el inventor de la píldora polivalente que todo ciudadano tomaba regularmente una vez al mes para prevenir una cantidad de enfermedades, vivía en el piso cuarenta y ocho de la Ciudad Radiante. Decidió tratar de buscarlo. En toda su vida, no se acordaba de haber subido más de un piso a pie. ¿Podría subir los cuarenta? No había más remedio que intentarlo...

Después de haberse permitido varias pausas, Francisco llegó al piso sesenta y cinco en una hora y cuarto, y se sentó de nuevo algunos minutos en un escalón.

En el momento en que se levantaba para proseguir su ascenso un hombre cayó desde tres escalones más arriba y aterrizó en su vientre. Los dos rodaron juntos hasta el rellano. Francisco echó sapos y culebras; había perdido su bastón. Raspó un fósforo, pero de pronto lo largó para agarrar una pierna del hombre que lo había hecho caer y que se aprestaba, después de haberse levantado, a seguir su camino. Bajo la llama del fósforo había reconocido a Jerónimo Seita.

A raíz del lanzamiento de Regina Vox, los diarios habían publicado numerosas fotografías del joven director de Radio-300 y Francisco las había examinado con una curiosidad teñida de rencor. Cada detalle de ese delgado rostro se había grabado para siempre en su memoria de pintor. Acababa de reconocerlo bajo sus cabellos en desorden, detrás de la sangre en que estaba embadurnado. Con una voz llena de

angustia le preguntó:

—¿Dónde está Blanca?

Los dos estaban ahora de pie en la penumbra, y Francisco había puesto sus manazas sobre los hombros de Seita.

—Escuche, yo soy Francisco Deschamps, el amigo de la infancia de Blanquita. Pensé que tendría necesidad de mí. He venido a buscarla. Pero... ¿dónde está? ¿Qué ha hecho con ella? ¿Me va a contestar?

Seita, impresionado, volvió en sí.

—Ah, usted es el señor Deschamps. Sí, ella me ha hablado de usted... — Recuperaba su voz mundana—. Está un poco fatigada. Justamente yo bajaba algunos pisos, a buscar un doctor...

Francisco consiguió sacarle algunos detalles, y se puso a gruñir como un dogo:

—¿Y usted se imagina que el médico, en las actuales circunstancias, aceptará subir más de treinta pisos para ir a cuidar a una desconocida? Sabe perfectamente que no. Pero... no es más que un pretexto. Ella está enferma, no puede caminar, entonces usted la deja sola, ¿eh? ¡Se las toma! Y bueno, ahora va a subir conmigo, y si le ha sucedido alguna desgracia, ¡cuidado con su pellejo!

Agarró a Seita por el cuello, y lo empujó delante de él. La cólera y la inquietud multiplicaban sus fuerzas. En menos de media hora llegaron a la meta y Francisco proyectó, con un último empujón, a Seita vacilante dentro de su departamento.

Estuvieron a punto de dar marcha atrás, sofocados por el calor. Blanca ni se había movido. Chorreaba. La transpiración había traspasado su ropa. Respiraba rápidamente con los ojos cerrados. Su pulso latía muy deprisa.

—Vaya a buscarme unas toallas —ordenó Francisco.

Dulcemente secó la frente de su amiga, y le habló:

—Blanca, mi Blanquita, soy yo quien está a tu lado, el grande de Francisco. He venido a buscarte. Voy a llevarte a tu casa, con tu madre. No te inquietes, todo anda bien.

Por ningún signo ella manifestó haber oído algo.

El primer cuidado de Francisco fue correr los cortinados de terciopelo para velar el brillo del sol; Seita se había derrumbado en una silla. Deschamps se puso a caminar de un lado a otro por la pieza, con las manos en los bolsillos, la cabeza gacha, la frente preocupada. Se preguntaba cómo bajar a la joven. ¿En sus brazos, sobre su espalda? Después del esfuerzo que acababa de realizar, tenía miedo de verse obligado a detenerse con demasiada frecuencia para descansar. Ahora bien, con toda urgencia había que llevarla a un sitio en donde pudiera ser atendida.

Seita lo vio de pronto inclinarse, medir la separación de las patas de un sillón con un pedazo de cordel sacado del bolsillo, salir, y volver casi enseguida.

—Todo anda bien. El ancho de la rampa coincide con la distancia entre las patas

del sillón. Vamos a sentar a Blanca en el sillón y vamos a hacerlo deslizar a caballo sobre la rampa. ¿Tiene alguna cuerda en su departamento?

—No creo, yo...

—No importa, nos arreglaremos sin eso. Busque solamente unas tijeras.

Seita se levantó penosamente y al rato volvió con lo que Francisco le pedía. Éste cortó en tiras las sábanas y las frazadas de la cama. Ató a Blanca al sillón y aseguró a cada uno de los brazos de éste dos cuerdas hechas de tiras de sábana trenzadas, atando juntas las dos más cortas.

—Me las pasaré alrededor de la cintura —dijo a Seita—. Usted hará lo mismo con las más largas. Caminará entonces detrás de mí. Estará ahí nada más que para relevarme en caso de accidente. Si pierdo pie, tendrá que retener a Blanca e impedirle que se vaya a estrellar abajo. ¿Se siente capaz de eso?

Seita se estremeció, pero hizo un gran esfuerzo sobre sí mismo y contestó:

—Puede contar conmigo.

El sillón fue instalado a horcajadas sobre la rampa de las escaleras, con el respaldo hacia abajo, y el descenso comenzó. Francisco, por detrás y con la cuerda en la cintura, colocaba con precaución el pie en cada escalón para evitar el tropezar con alguno de los restos abandonados en su huida por la población de la Ciudad Radiante. Aprovechaba que en cada rellano la rampa se ponía horizontal para detenerse un segundo y verificar con la mano los nudos. Luego la lenta zambullida recomenzaba.

Seita, con todo su amor propio y su voluntad en tensión, se esforzaba por resistir el mareo. Su cuerpo, que nunca había sentido tan presente, comprobaba ahora el peso de su carne y de su sangre. A cada choque de sus tacos sobre el escalón los músculos parecían querer arrancarse de los huesos, las vísceras daban golpes de ariete contra sus costillas y contra la piel de su vientre, sus rodillas buscaban plegarse, ceder a ese peso que lo aplastaba, toda su carne pedía escapar al control de su espíritu para obedecer por fin, libremente, a la fuerza que la solicitaba.

Le parecía que, si se abandonaba por el espacio de un suspiro, su cuerpo se iba a deshacer en una multitud de alegres bolitas que iban a ponerse a rodar, a brincar interminablemente, cayendo en cascada hasta el centro de la Tierra.

Francisco ignoraba lo que pasaba detrás de él, y a sus lados. Sus ojos y toda su atención seguían fijos en el asiento donde descansaba la enferma. Divisaba siluetas confusas, oía quejas, llamadas, y sobre todo el fuelle múltiple de las respiraciones..., pero proseguía sin inmutarse con su oficio de guía y de freno. Las precarias cuerdas lo tenían sujeto por la cintura y tiraban de él hacia abajo. Con todo su peso se echaba para atrás.

De pronto puso el pie sobre un objeto cilíndrico, un frasco sin duda, que rodó bajo de él. Trastabilló, y erró dos escalones. Por milagro se encontró de pie, pero Seita, que había recibido el choque de su cuerda bruscamente tendida, no pudo

resistirlo y cayó entre las piernas de Francisco, quien, esta vez, sí cayó. Mientras los dos hombres rodaban escaleras abajo, el sillón se deslizaba sin freno. Francisco había intentado volver a agarrar las cuerdas que se le habían bajado hasta las piernas, sin conseguirlo. Mientras su cuerpo hacía los gestos necesarios para recuperar el equilibrio, su mente, loca de horror, seguía al sillón en su loca carrera y acechaba en las sombras el ruido de su caída.

El sonido que oyó le devolvió la esperanza. Era el de un choque cercano, un grito de hombre y denuestos. De un salto bajó los pocos escalones que lo separaban del rellano siguiente. En la curva, el sillón había saltado hacia afuera, casi matado a dos hombres y volcado sobre un costado. Blanca, bien atada, no se había movido del centro del asiento. Francisco enderezó el sillón, y loco de alegría después de haber vivido la peor de las angustias, besó a Blanca siempre desmayada, la desató y la apretó entre sus brazos.

Después volvió a subir para buscar a Seita. Lo encontró sentado, con los codos sobre las rodillas, la cara entre las manos, gimiendo:

—Estoy roto, no puedo más. No pude retener a la pobre Regina. No hubiera debido aceptar ayudarlo a usted. No soy fuerte. No estoy acostumbrado...

Entre cada frase gemía. Parecía haber perdido la cabeza. Francisco lo hizo levantar.

—Consuélese, Blanca está bien. Pero pasé demasiado miedo. No quiero seguir bajándola así. Voy a cargarla. Usted me ayudará, hay que atarla a mi espalda...

Instaló a la joven sin conocimiento a horcajadas sobre su ancha espalda y consiguió estibarla sólidamente.

—Ahora —dijo a Seita—, camine usted por delante. No quiero rodar de nuevo sobre alguna porquería. Pase adelante y despeje el camino.

A paso pesado reemprendió la bajada. La cabeza de Blanca reposaba sobre su hombro. Sus traspiraciones se mezclaron. Con sus rodillas empujaba delante de él a un Seita tambaleante.

Llegaron por fin al piso de los autos.

—Vamos a seguir bajando —dijo Francisco— hasta los jardines. El jefe de los jardineros tiene un coche a caballo en el que habitualmente pasea a los niños. Tendrá que alquilárnoslo.

Desataron a Blanca. Francisco la tomó en sus brazos y bajó así el último piso.

Desembocaron en los jardines que los constructores de la Ciudad Radiante habían dibujado entre los caminos reservados a los peatones, justo debajo del rascacielos, entre los pilotes. En esa perpetua penumbra, el césped adquiría una tonalidad nueva, intermedia entre el verde y el amarillo, y los jardineros cultivaban enormes flores, casi sin tallo, de colores pálidos. El jardín se continuaba más lejos, rodeando todo el vasto inmueble.

Sobre un pequeño lago artificial se deslizaban cisnes rojos, cisnes azules y cisnes negros a puntos blancos. Unos cisnes blancos de tres o cinco cabezas desplegaban con una gracia multiplicada su ramo de cuellos. Sus reflejos se paseaban por el agua límpida por entre los peces-ruedas, los peces-echarpes, los peces de mil colas, los peces zancudos, los ballets de anguilas arco-iris, y los relucientes arriates de medusas de agua dulce. Todos esos animales, creados para el placer de la vista, provenían de los Laboratorios de Animales de Adorno. Unos biólogos provocaban el nacimiento de esos admirables monstruos por intervención química y física en el mismo núcleo del huevo.

Al borde del lago se levantaba, como un hongo, la casa del jefe de los jardineros, construida sobre un pedúnculo. Ese estilo arquitectónico respondía al doble propósito de dejar el suelo libre para la circulación y de alzar las piezas para habitación hacia la luz. La casa podía girar sobre su tallo y presentar al sol tal o cual de sus caras, según el deseo de sus habitantes. El pedúnculo contenía el ascensor, la escalera y el incinerador de basuras.

Una ciudad obrera de cien mil hogares había sido construida al oeste de París según esos principios. Para evitar la monotonía, el arquitecto jefe había dejado toda libertad a sus colaboradores en lo que concernía al estilo del núcleo mismo de las habitaciones. Por lo que sobre cien mil pilares de cemento absolutamente iguales y alineados a la cuerda se veían casas de aspecto infinitamente variado, desde el chalet suizo, el castillito Renacimiento, el pabellón de caza, la choza normanda y la casita de suburbios de 1930, hasta el cilindro de cromo, el cubo de plastec, la esfera de cemento y el cono truncado de acero.

El inmueble más logrado y el más perfeccionado era el que albergaba a la alcaldía de la ciudad. Tenía la forma de una galleta, pero cada mañana se desarrollaba y tomaba altura, como una galera de copa. A la noche, una vez que los empleados habían partido, el portero apretaba un botón, los escritorios se encajaban unos dentro de los otros, los muebles se achataban, los techos se juntaban con los pisos, y el inmueble se reducía a la décima parte de su altura.

Casi enteramente liberados por la ascensión de los edificios, los urbanistas a ras del suelo habían dispuesto jardines, plantado árboles y hecho correr múltiples pequeñas corrientes de agua pobladas por ávidos peces. Los obreros, de vuelta de la fábrica, podían entregarse al solaz de la pesca con caña debajo mismo de las patas de la mesa de su comedor o de su diván cama. Gozaban al ver patalear al extremo de su sedal las brecas y las truchas, con un placer gratuito y de esencia puramente estética. No era cuestión, en efecto, de comer esos minúsculos animales llenos de espinas, ya que diversas fábricas surtían filetes de lenguado más gruesos que ballenas o, para freír, fideos de pescado con gusto a gobio, absolutamente exquisitos y, por supuesto, sin espinas.

Contra la casa del jefe de los jardineros, posado como un sapo al lado de una cigüeña, se encontraba un edificio bajo que oficiaba de establo de su caballo y cobertizo de su coche y enseres.

En el momento en que los jóvenes llegaban al cobertizo, el coche salía tirado por el magnífico caballo blanco y negro bien conocido de los niños. Sobre el coche de dos ruedas, de madera lustrada, estaba sentado el jardinero, rodeado de tres enormes valijas. No cabían dudas, se mudaba.

Seita se precipitó delante del caballo. La vista de ese vehículo, que tal vez le permitiera huir hacia lugares más hospitalarios, le había dado un poco de energía. El jardinero, un hombre de unos cincuenta años, con un grueso bigote gris, tiró de las riendas, detuvo al animal y preguntó con voz ruda:

—¿Qué quieren?

—Señor, como ya lo ve usted tenemos con nosotros a una joven enferma. Tenga la gentileza de conducirnos hasta lo de un amigo mío, en Montparnasse, en su coche...

—¡No tengo tiempo! ¿Acaso no saben lo que está pasando? ¡Ya no anda nada en esta ciudad! Yo me voy de aquí. ¡Vamos, dejen pasar! Y arréglenselas.

Seita sonrió. Pensaba en la omnipotencia que portaba en él, y a la cual nada ni nadie se había resistido jamás. Con una mano se colgó de la rienda del caballo y con la otra se revisó uno de los bolsillos. Sacó de él un puñado de billetes.

—Tome —dijo—, le doy esto. Cinco mil francos por un pequeño desvío. ¡Está de todos modos bien pagado!

—¡Me río de su plata!

—Le compro el caballo. ¡Al precio que quiera! Cincuenta mil, cien mil, doscientos, quinientos...

A cada cifra, el guardián decía que no con la cabeza. Seita, asombrado por el rechazo, se obstinaba, ofrecía siempre más. Por fin, el hombre no aguantó más y se levantó, furioso.

—Mi caballo vale más que todos sus billetes. ¡Vamos, déjeme pasar!

Pero como Seita seguía colgado, el guardián se inclinó hacia adelante y, al voleo, lo golpeó en la cabeza con el mango de su látigo. Seita se desplomó. El caballo y el vehículo le pasaron sobre el cuerpo.

Francisco depositó a Blanca sobre el pasto y echó a correr. Cortó en diagonal por los cuadros de césped, alcanzó el coche en una vuelta, se prendió de los ollares del caballo que trotaba y se dejó arrastrar. El jardinero se había incorporado en su asiento y hacía llover golpes con el mango del látigo sobre el muchacho y sobre el animal. Éste, enloquecido por los golpes, saltaba con los cuatro cascos, y sacudía la cabeza, tratando de deshacerse del puño de hierro que le cortaba la respiración. Pero tuvo que detenerse con los pulmones vacíos.

Francisco lo soltó entonces, puso el pie sobre el cubo de una de las ruedas y de un salto estuvo en el coche. El hombre, loco de rabia, trató de golpearlo con los dos puños en la cara. Francisco esquivó el golpe, tomó a su adversario por el cuello y el fundillo de los pantalones, lo levantó con las dos manos por encima de su cabeza y lo arrojó al suelo. Como intentara levantarse, a medias aturdido, Francisco le saltó encima, cayó con los dos pies sobre su pecho, le levantó la cabeza por los cabellos y, con un puñetazo en el mentón, lo desmayó.

Tiró las valijas al lado del hombre inanimado, tranquilizó al caballo que temblaba sobre sus patas y condujo de nuevo el coche hacia el chalet.

Seita seguía tendido a través del camino. Francisco se inclinó sobre él. Un casco del caballo le había deshecho el cuello. Estaba muerto. Lo acostó sobre el pasto, le revisó los bolsillos. Encontró tres libretas de cheques y una fortuna en billetes de cinco mil, diez mil y cincuenta mil francos. Volvió a poner todo ese papelerío en los bolsillos del muerto.

—Desde este momento —dijo en voz baja— vamos a necesitar valores más sólidos.

Cuando tomaba a Blanca en sus brazos para acostarla en el coche, un reflejo brilló en el dedo de la joven. Llevaba en el anular un anillo ornado de un enorme brillante. Lo sacó suavemente, admiró la pureza de la piedra y lo mandó rodando por el pasto al lado del cuerpo de Seita. Puso un beso sobre la mano que acababa de despojar, bajó del coche, agarró la brida del caballo y tomó el camino de Montparnasse.

La escena se había desarrollado ante numerosos testigos, pero a cada uno le importaba poco lo que pudiera hacer su vecino; los transeúntes no se ocupaban más que de su propia suerte.

El caballo, sin embargo, era posible que suscitara muchas envidias. Francisco enrolló la tira de cuero del látigo a su mano y, ostensiblemente, puso el pesado mango sobre el hombro.

Al salir de la sombra del rascacielos fue preso del repentino calor del sol. El cielo, de un azul profundo, se volvía casi negro al ras del horizonte. Con un gesto maquinal Francisco se llevó el reloj al oído, después se encogió de hombros, desprendió el reloj, lo tiró. Estaba decidido a despojarse de todos los objetos ahora inútiles, de todas las costumbres y de todos los escrúpulos que el acontecimiento convertía en caducos. Calculó la hora como durante sus estadas en la granja: por la altura del sol. No debían ser más de las nueve. Le parecía, sin embargo, haberse puesto en camino más de medio día atrás.

Decidido a no llamar demasiado la atención sobre su vehículo, tomó por las calles menos frecuentadas. Cuando pasaba por una minúscula plazoleta con un tilo, un farol y un mingitorio, vio un viejo café con el escaparate polvoriento. Despertó al patrón calvo quien, fuera del mundo, fuera del tiempo, dormitaba detrás de su mostrador, y

compró un cajón de agua mineral que subió al coche. Con este bagaje llegó a la puerta de su casa.

Una puerta cochera abría a un sombrío corredor. Éste desembocaba en un gran patio adoquinado, alrededor del cual estaban dispuestas pequeñas construcciones mugrientas, de un piso casi en ruinas, que había albergado talleres de artesanos. Una de esas construcciones tenía encima una especie de joroba de vidrio, taller de pintor construido a destiempo por algún propietario caprichoso y al que conducía una escalera exterior. Era ahí donde vivía Francisco. Se había quedado maravillado de conseguir un sitio tan calmo, y totalmente seducido por un castaño que en medio del patio erigía su copa de espesa verdura toda temblorosa de gorriones. Ahí se había instalado, sin otro vecino que su portera.

Los talleres fuera de uso servían en su mayoría de depósitos a unos comerciantes en muebles. Su portera, la señora Velin, vivía en una única pieza sin ventana cuya puerta de vidrio se abría sobre el corredor. Seguía vistiéndose toda de negro, a la moda del siglo pasado, y cubría su cráneo calvo con una peluca rojiza que tanto se deslizaba hacia la nuca, descubriéndole una enorme frente, como le tapaba un ojo.

Cuando vio llegar a Francisco en ese inesperado vehículo, alzó los brazos al cielo.

—Y bueno, señor Deschamps, ¿de dónde viene así? ¿Y sabe algo de lo que pasa? ¡Dios mío, la pobre señorita! ¡Pero si es la señorita Blanca! Pero ¿qué le ha pasado? ¡Y con eso de que no hay más electricidad, ni agua, ni leche! ¿Usted comprende algo, señor Deschamps, usted que es instruido? En mis tiempos no se hubiera visto nada parecido. ¡Es la anarquía! Y ese animal que usted maneja, ¿es un caballo, dígame? ¡Pero sí, si es verdaderamente un caballo! Los vi cuando era chica; hace algunos años también los hicieron desfilar en los Campos Elíseos, en la revista del primero de mayo. Pero ¿de dónde sacó éste? Y esa pobre señorita, pero... ¿qué tiene, pues, esa preciosa?

—Está enferma, señora Velin. No se la puede dejar sola en su casa. La voy a acostar en la mía.

Ató el caballo a un barrote de la ventana, tomó suavemente en sus brazos a la joven y subió a su casa. Tendió a Blanca en la cama, volvió a bajar, desenganchó el caballo y, ante el inmenso asombro de la señora Velin, se metió con él por el corredor del inmueble. Ella trotaba detrás:

—Pero... ¿adonde va a poner a ese animal, señor Deschamps? Me imagino que no lo hará subir la escalera... ¡Le va a romper una pata! Y ¿qué le va a dar de comer a ese pobre querido? ¿Le gustará la leche? Podría hacerle un pastelito. Pero Dios mío, si es verdad que no hay más leche. ¿Qué les voy a dar a mis pobres gatitos?

Sin tomarse el trabajo de contestar a la vieja charlatana, Francisco llevó el caballo a una de las construcciones de la planta baja, una antigua cerrajería. Le dio una gavilla de pasto que encontró en el coche. Le bastaría con eso para tres o cuatro días.

Ya alojado el caballo, volvió al vehículo, lo desmontó con ayuda de unas llaves encontradas en el cofre, y el coche, en piezas separadas, fue a parar adonde el caballo. Entonces volvió al lado de Blanca, la friccionó, le puso uno de sus pijamas —en el que hubiera cabido tres veces—, la acostó entre sábanas limpias y salió en busca de un médico.

Encontró en su casa al doctor Fauque, un lionés alto, morocho, barbudo y conversador a quien tenía por buen hombre y por práctico facultativo. El doctor lo acompañó, meneó la cabeza a la vista de la enferma y la auscultó largamente.

—Mi querido muchacho —dijo incorporándose—, éste es el duodécimo caso de este tipo que asisto en esta noche. Lo que es, para decirlo claro, no lo sé.

Hundió una mano en su barba y se sentó con familiaridad en el borde de la cama.

—Y me he encontrado con dos de mis colegas que han visto más o menos tantos enfermos como yo, atacados por este extraño mal. Digo muy extraño, porque no ataca ni a los hombres, ni a los niños, ni a las mujeres casadas, sino solamente a las muchachas o a las chicas que acaban de ser púberes. En una palabra, a las vírgenes...

—¿Está seguro de eso, doctor?

—Oh, seguro, sabe usted... —prosiguió el médico con una vacilación en la voz—, es difícil mostrarse afirmativo en tan delicado asunto. Le diré, por otra parte, y con mucha franqueza, que, cuando volvía de mi décima visita esta mañana, y había arribado a la conclusión que acabo de decirle, esperaba encontrarme a mi hija enferma. Ahora bien, está perfectamente sana... De donde concluyo, o que mi teoría no se queda en pie, o que he cuidado mal de mi hija desde que su pobre madre murió... Pero ¡ay! Desgraciadamente creo, pensándolo mejor, que ese caso particular no haga más que corroborar mi hipótesis.

—Pero ¿qué hacer, doctor, cómo curar a las enfermas?

El doctor Fauque alzó los brazos al cielo:

—¿Qué quiere que le diga? No sé nada. Ciertamente no es una afección de origen microbiano, sino más bien un desarreglo relacionado con el fenómeno eléctrico al que asistimos. Es de creer que la virginidad, a la cual desde el principio del mundo todas las civilizaciones han atribuido tanta importancia, es algo más que un simple sello carnal: es más bien un estado general particular caracterizado sin duda por algún misterioso equilibrio eléctrico que acaba de ser destruido de una manera anormal, lo que todas estas chicas pagan. Bah, cuando digo chicas... Vi una, hace un rato, que tiene cuarenta años y que es casada, sí, señor, casada con una especie de individuo grasiento... ¡Pobre mujer!

—Entonces, ¿a usted le parece que esta enfermedad se debe a la desaparición de la electricidad?

—Pero la electricidad no ha desaparecido, mi joven amigo. Si hubiera desaparecido no existiríamos más, hubiéramos retornado a la nada, nosotros y el

universo. Nosotros y esta mesa y esta piedrita, todo esto no son más que combinaciones maravillosas de fuerzas. La materia y la energía no son más que una sola. Nada puede desaparecer, o todo desaparecerá al mismo tiempo. Lo que está pasando aquí es un cambio en las manifestaciones del fluido eléctrico. Un cambio que nos trastorna, que demuele todo el edificio de ciencia que habíamos construido, pero que no tiene sin duda ni más ni menos importancia para el universo que el aleteo de una mariposa.

»Es evidente que ciertos materiales, como los metales, que poseían la propiedad de captar, de conducir, de guardar prisionero a este fluido, de golpe han perdido esa facultad. ¿Capricho de la naturaleza, advertencia de Dios? Vivimos en un universo que creemos inmutable porque siempre lo hemos visto obedecer a las mismas leyes, pero nada impide que todo bruscamente se ponga a cambiar, que el azúcar se vuelva amarga, el plomo liviano, y que la piedra vuele en lugar de caer cuando la mano la suelta. No somos nada, mi joven amigo, no sabemos nada...

El doctor Fauque lanzó un suspiro, se levantó.

—En cuanto a esta pequeña, vamos a alimentarla con inyecciones mientras dure su sueño. Es todo lo que podemos hacer. No se preocupe. Tal vez todo esto vuelva a la normalidad un día u otro —dijo, con esa voz de bondad del médico, que los pacientes creen optimista y que en verdad es indiferente.

Garabateó una receta y se fue. El muchacho corrió a una farmacia cercana a buscar las ampollas prescritas. Un viento caliente comenzaba a soplar y levantaba a ras de tierra pequeños remolinos de polvo y de papeles. Un vago rumor llenaba las calles. La gente se preguntaba de puerta a puerta, confrontaba sus angustias, sus incertidumbres. La mayoría de los negocios habían dejado la cortina de hierro baja.

Francisco vino a dar a Blanca su primera inyección y decidió ir en busca de noticias.

Bajó hacia la estación de Montparnasse después de haber confiado a Blanca a la señora Velin. Andaba a la sombra de las casas. Al sol, veía el aire subir en ondas transparentes desde el suelo recalentado. El viento, que venía del sur, parecía haber rodado sobre inmensidades incandescentes; hurgaba, con sus manos en ascuas, en los más mínimos rincones de sombra; secaba, de un revés, el sudor sobre las frentes.

En la plaza de la estación una multitud enloquecida daba vueltas sin parar. Mucha gente había acudido ahí con la esperanza de tomar el tren, para ir a cualquier otra ciudad que se imaginaban a salvo de la calamidad. Pero, sobre las puertas cerradas, un cartel escrito a mano anunciaba que nada funcionaba ya.

Los hombres arrastraban a toda su familia endomingada, la madre y todos los hijos llenos de paquetes. Llegaban a la estación, tropezaban con las puertas cerradas, leían el aviso, y volvían a tomar, pasmados, el camino de su casa. ¿Qué hacer, adonde ir, cómo salir de la capital donde pronto no encontrarían qué comer, y sobre todo qué

beber? Algunos, descorazonados, se sentaban sobre sus valijas y mezclaban sus lágrimas al sudor que corría por sus rostros.

Gritos de niños, llantos, maldiciones, llamados, y el triste ruido de mil pies cansados rastrillando el suelo se elevaban de los lentos remolinos de la multitud.

En la puerta de todos los cafés se alargaban interminables colas.

De golpe, precedidos por un ruido de galope, cuatro guardias nacionales desembocaron por la calle Rennes. Vestidos con la coraza de guerra hecha en una tela metálica antirrayos, cubiertos con el casco de antenas, se parecían a esos simulacros de insectos, en plata, que las mujeres del siglo xx prendían en sus blusas. Pero sus cortas antenas se erguían ahora inútilmente hacia el cielo: ninguna orden les llegaba ya sobre el ala de las ondas desaparecidas.

Se detuvieron en medio de la plaza, y fueron inmediatamente rodeados por un pueblo contento de ver manifestarse, de una manera cualquiera, a la autoridad. Uno de ellos llevó a la boca una trompeta y sopló. De todas las calles la gente acudía. En un instante, la plaza se puso negra de gente.

De un talego atado a su montura, el mismo guardia sacó un papel que desplegó y leyó en medio del silencio. Hablaba con lentitud, con fuerza. Casi gritaba, pronunciando marcadamente las erres. Todos podían escucharlo.

Era un aviso del gobierno que pedía a la población mantuviera cerradas las canillas y utilizara el agua únicamente para beber.

—¡A buena hora! ¡Ahora que ya no hay más!

—¡Siempre pasa lo mismo!

—¡Cállense, dejen oír!

El aviso informaba a los parisinos que podían consumir agua del Sena a condición de agregarle unas gotas de agua de Javel, y terminaba así:

—El gobierno y el Consejo Municipal de París ruegan encarecidamente a la población que conserve la calma. Todas las medidas van a ser tomadas para asegurar su abastecimiento en víveres y agua potable. Serán puestas en conocimiento del público por medio de proclamas en las esquinas.

A este aviso siguió otro. Más breve, anunciaba que era proclamada la ley marcial, que el gobierno militar estaba encargado de hacer reinar el orden, y que todo acto de pillaje sería castigado con la muerte.

El guardia nacional plegó entonces sus papeles, los acomodó en su talego y seguido de los otros tres jinetes surcó la pasiva multitud usando el pecho del caballo. Cuando se vieron libres, se pusieron al galope y desaparecieron en dirección a los Inválidos.

Al mismo momento, llegaba un pelotón de agentes motorizados. Habían cambiado sus paralizadas motos eléctricas por unas viejas bicicletas, salidas de algún polvoriento depósito de la Jefatura de Policía. Les costaba muchísimo empujar los

pedales.

Se repartieron por pequeños grupos delante de los cafés y los negocios, y comenzaron a hacerlos cerrar y a dispersar las colas. Pero a la multitud, si el calor le hacía olvidar que iba a tener hambre, sentía por el contrario y cada vez con más crueldad la sed.

Las personas que estaban más cerca de las puertas que les iban a cerrar en las narices protestaron violentamente. Se sucedieron empujones. Los agentes, al ser golpeados, contestaron. Algunos, enloquecidos, quisieron, a pesar de las instrucciones recibidas, usar sus metralletas. Les explotaron en las manos.

Fueron sumergidos, pisados, muertos. La multitud se lanzó sobre las bicicletas. Arrancadas, retorcidas, tironeadas de todos lados, fueron reducidas a pedazos sin provecho para nadie.

Las vidrieras y las puertas de los cafés fueron derribadas: los hombres saltaron por encima de las mesas, sobre los mostradores, se abalanzaron sobre las botellas multicolores, se las disputaban como los lobos se disputan un cordero, y se partían dos por la cabeza para conseguir una tercera. De las canillas abiertas, el vino y la cerveza corrieron hacia recipientes al punto volcados por el tropel.

Los primeros saqueadores que bajaron a los sótanos no pudieron volver a subir: perecieron aplastados en la húmeda oscuridad, en medio de los barriles reventados y los pedazos de botellas, bajo el peso de los que llegaron después. Las suelas resbalaban sobre los licores derramados. Los desgraciados que caían se destripaban contra los cascos de las botellas. Unos pies les revolvían el vientre, se enganchaban en sus entrañas, les hundían en la boca sus gritos de angustia. De la mezcolanza negra subían olores entremezclados de sangre fresca, de alcoholes destilados y de mugre.

Algunos favorecidos por la suerte se escapaban con un litro en cada mano. Los blandían como cachiporras. Un hombre llegó corriendo al lado de Francisco; tenía entre las dos manos una única botella. Se paró, la miró y maldijo. Francisco vio la etiqueta: jarabe para mezclar. El hombre la tiró lejos con un gesto de rabia y volvió a partir hacia la batalla.

Ya había visto lo suficiente. La ley de la jungla se iba a convertir en la ley de la ciudad.

A su regreso, lo esperaba una gran alegría: Blanca había vuelto en sí. Todavía muy débil, dio vuelta la cabeza hacia él y le dirigió una pálida sonrisa. Él cayó de rodillas junto al diván y aplicó dos sonoros besos en las mejillas de la joven.

—¡Mi Blanquita, qué susto me has dado! ¿Cómo te sientes ahora?

—Muy cansada. Me duele todo el cuerpo, como si me hubieran golpeado por todos lados. Me duele cada músculo. Hasta la punta de los dedos. Pero ¿qué me ha pasado? La señora Velin dijo que me habías traído aquí en un coche a caballo...

Francisco le contó los acontecimientos de la mañana. Pasó en silencio la muerte

de Seita; para evitarle cualquier emoción a la enferma le declaró que éste se había perdido entre la multitud, pero ella no manifestó ninguna inquietud al respecto.

Blanca se sentía aún demasiado débil como para permitirse una preocupación. Se abandonaba al sentimiento de seguridad que le procuraba la presencia de Francisco. Aunque fuera la prometida de Seita, éste no era para ella más que un extraño, en tanto que sabía que con el bueno de Francisco se podía contar en cualquier circunstancia.

Pensó que tal vez sería más decente disimular su anillo de compromiso. Quiso poner el engaste hacia adentro, y se dio cuenta que su dedo estaba desnudo. Francisco, quien había sorprendido su gesto, sonrió. Ella lo miró, se puso colorada, adivinó que algo había debido pasar que Francisco no le había dicho, abrió la boca para preguntarle, luego se calló. Estaba verdaderamente demasiado cansada.

Su amigo se inclinó hacia ella y le preguntó suavemente:

—¿Tienes hambre? ¿Quieres algo de beber?

Ella negó con la cabeza y suspiró:

—Creo que voy a dormir...

—Duerme, mi Blanquita. Y si necesitas lo que sea, pídemelo.

Francisco invitó a la señora Velin a compartir su comida. Comió con buen apetito, mientras ella pellizcaba a su lado. Blanca se había dormido y respiraba tranquila.

A pesar de las cortinas cerradas, el calor aumentaba de minuto en minuto. La señora Velin estaba sin aliento. En cuanto tragó el último bocado salió pitando de ahí. El sol brillaba ahora en el cenit, y a través del techo de vidrio recalentaba la habitación. Por las ventanas abiertas, el viento ardiente sacudía las cortinas.

Francisco fue a hacerle una visita a su caballo. Este golpeaba violentamente el piso con sus cascos.

—¿Tienes sed, mi pobre viejo? ¿Qué puedo hacer? No puedo de todos modos darte agua mineral...

Se le ocurrió una idea. Se puso a hurgar entre el montón de objetos que se herrumbraban en el fondo del taller y acabó por encontrar un viejo balde agujereado. Tapó el agujero con un pedazo de madera que talló a la medida y envolvió en una tira de tela y se encaminó hacia la plazoleta cercana. La gente había abandonado las calles, cuyo revestimiento quemaba los pies a través de las suelas. Con las persianas cerradas, atacados de torpor, esperaban encerrados en sus departamentos la puesta del sol.

Llegado a la plazoleta, Francisco se dio cuenta de que otros habían tenido la misma idea que él. El estanque, donde los chicos del barrio tenían por costumbre hacer navegar sus flotillas, estaba casi en seco. Todos habían venido a sacar agua de ahí. No quedaba más que una delgada capa de agua nauseabunda mezclada con barro, en el fondo.

No por eso dejó Francisco de llenar su recipiente y retornó a ofrecérselo al

caballo, al que había decidido bautizar «Precioso». Pero el animal olisqueó con desconfianza el contenido del balde, resopló, meneó la cabeza y no quiso beber ni gota.

Francisco volvió a hurgar en el fondo del taller, encontró tres grandes pipas metálicas, las llenó con el maloliente líquido rascado del fondo del estanque, y emprendió la tarea de fabricar un alambique. Limpió una pequeña damajuana en la que había traído aceite de su pueblo, le sacó la envoltura de paja, agujereó el corcho y adaptó un tubo que arrancó de la cañería de la leche.

En las pipas el agua se había decantado algo. Precioso se dignó a beber.

Blanca se había despertado. Estaba rosada y sonreía. Su pulso latía con ritmo normal. No parecía haber conservado de su enfermedad más que un gran cansancio y agujetas en todos los músculos. Comió ligeramente. Francisco juzgó que estaba en estado de soportar la verdad y le contó la muerte de Seita.

—Puse a su lado el anillo que te había regalado —le dijo—. Era el primer pago de tu precio de compra. Como el contrato ha quedado roto, era normal que el comprador fuera reembolsado...

Blanca se irguió indignada:

—¡Mi precio de compra! ¡Qué coraje el tuyo, insultar a una enferma y a un muerto!

Él se sonrió, tomó la barbilla de Blanca con dos dedos, y posó sobre sus labios un rápido beso:

—Muerto o vivo, no me creas celoso de ese hombrecito. Si los acontecimientos no se hubieran metido en esto, hubiera impedido el casamiento de ustedes. Tú eres mi Blanquita propia, ni te imagines que hubiera dejado a cualquiera venir a llevarte.

Ella se encogió de hombros, se volvió a acostar y le dio la espalda. Francisco decidió descansar para estar dispuesto para la noche siguiente; extendió una frazada en un rincón del estudio y se tendió sobre ella.

Cuando lo oyó dormir, Blanca se dio vuelta hacia su lado y le sonrió con cariño. Veía el sudor brotar en la frente del muchachote. Quiso levantarse para secárselo suavemente, y tal vez devolverle ese beso tan breve. Pero las piernas se le aflojaron, y cayó al lado de la cama.

Francisco se despertó sobresaltado, la volvió a acostar y la retó. Ella lloraba, decepcionada y molesta, y también un poco asustada por haberse sentido tan débil. No quiso decir por nada para qué se había levantado. Francisco, que sospechaba prosaicas razones, bajó, corrió a la farmacia, volvió con un gran paquete que deshizo en la portería, y mandó a la señora Velin munida de una escupidera a que fuera con Blanca.

El viento soplaba ahora en tromba, con un soplar continuo, sin retomar aliento. Arrancaba y llevaba las pizarras un poco sueltas, despojaba los carteles que volaban

de pronto más arriba que las casas, bajaban, remontaban, se despleaban, se replegaban, como enormes mariposas. En unas obras en construcción los andamios se desplomaron. Sobre todas las ventanas que daban al sur la ardiente cerviz del viento pesaba, hacía crujir la madera, gemir al hierro.

En el Bulevar de los Italianos, un guardia nacional portador de un sobre se apuraba. Rasaba las paredes para evitar el viento y el sol ardientes. Se detuvo un corto instante al abrigo de una puerta cochera y encendió un cigarrillo. Estaba de servicio y con su uniforme; no hubiera debido fumar. Era contrario al reglamento. Pero en medio de la conmoción, una tan pequeña infracción a la regla verdaderamente no tenía ya importancia.

Delante de él, una continua cinta de autos abandonados cortaba cada carril del bulevar. Los coches se tocaban. De a cinco o seis de frente, de una punta a la otra de París, del este al oeste, de Versalles a Vincennes, así deberían continuarse, sin un hiato.

El viento hacía golpear algunas portezuelas que habían quedado abiertas, como las puertas de una casa vacía. Unos saqueadores, a pesar del atroz calor, a pesar de la tromba, se deslizaban de aquí para allá por entre los autos, sacudían las puertas, las abrían cuando podían, levantaban los almohadones, las alfombras, en busca de algún objeto precioso abandonado. De tanto en tanto un ruido de disputa se dejaba oír.

El guardia nacional casi había terminado su cigarrillo y decidió continuar su camino. Tenía que cruzar el tórrido bulevar. Suspiró y partió, escurriéndose rápidamente por entre los autos. Un fuerte olor a carburante le apretó la garganta. Tosió y tiró la colilla. Brotó una llamarada, en medio de un ruido como de paño que flamea al viento. El guardia giró tres veces sobre sí mismo y se desplomó chisporroteando entre cuatro autos que ardían. Ese fue el final de su misión.

El viento se puso a jugar con las llamas. Las retorció, las acostaba, las arrancaba como a flores y las tiraba por el aire. Los tanques de los autos vecinos explotaron en grandes haces, sembraron el fuego danzante a cincuenta metros a la redonda. Hacia el este y hacia el oeste, la llama corrió de un auto a otro. La quintaesencia llameante corría por la calzada. Arroyos de fuego caían a las cloacas.

Rojas cabelleras crepitantes se acostaron en el viento, vinieron a acariciar las puertas de los negocios que se retorcieron, de las vidrieras que estallaron. Todo un lado del bulevar ardió, y el viento empujó la llama hacia el norte. Al mismo tiempo se propagaba auto por auto hacia el este y el oeste. La plaza de la Concordia no fue al punto más que una hoguera de mil autos. Todas las llamas se unían en una única llamarada que el viento aplastaba bruscamente sobre las manzanas de casas, adonde se quedaba prendida.

Rugientes llamaradas se sepultaban en los corredores, subían de un solo golpe hasta los tejados, hacían volar las vigas, surgían, triunfales, a través de las

techumbres, y saltaban hasta los techos vecinos, que las recibían crujiendo.

Una multitud huía por las calles, pegando alaridos: huía hacia el norte, huía corrida por el infierno. Ya no había ni respeto ni amor ni familia. Cada uno corría por su pellejo. Los tenderos habían dejado el dinero en los cajones, las madres abandonaban a sus bebés en las cunas. Todos los que podían correr corrían bajo el viento, que acarrea humo y olor a asado. Y los incendios brotaban por todos lados. Por más que los fugitivos corrieran, se reventaran el corazón y los pulmones, de golpe veían por encima de sus cabezas entre un remolino de humo negro pasar una inmensa luz roja. Los esperaba en las esquinas. Ellos buscaban caminos indirectos y por todas partes chocaban con la pared de fuego, retrocedían, buscaban por otra parte, llamaban a los alaridos a Dios.

Muchos creyeron encontrar un refugio en las plazoletas, sobre el césped. Allí fueron rodeadas por el fuego, cocidos desde lejos, resecaos y ahumados.

Todas las campanas de la zona de París salvada del incendio tocaban a rebato. Pero no quedaba más agua en los conductos, y las bombas rotativas eléctricas y las antiguas bombas montadas sobre vehículos a nafta no eran más que objetos inútiles. En cuanto a las bombas manuales, no quedaba más que un ejemplar en el Museo de Artes y Oficios.

Entonces, espontáneamente, una, diez, cien cadenas se organizaron desde el Sena hasta el fuego. Decenas de miles de parisinos se pasaron los baldes llenos y los baldes vacíos, durante horas: se olvidaron de sus propios problemas, de sus angustias personales, para tratar de luchar contra la calamidad que asolaba a la ciudad. Pero hubo que abandonar toda esperanza y retroceder ante el enorme calor despedido por el incendio.

Solamente otra calamidad, algún diluvio, hubiera sido capaz de apagar ese mar de fuego. Pero el cielo seguía de una pureza serena, bloqueada solamente en el norte por una pared de humo y de ceniza.

Francisco, despertado por la alarma, corrió al fuego y tomó su lugar en una cadena. Volvió de ahí deshecho, negro de humo y con el horror en la mirada. A Blanca, que le pedía detalles, apenas pudo contestarle. Se lavó, y descendió a poner su alambique en marcha bajo la chimenea de la forja del cerrajero.

En la cadena había encontrado a un muchacho de su barrio, mecánico, encargado del mantenimiento en las usinas de alimentación de Montrouge. Ese obrero, Pedro Durillot, bajo, flaco y rubio, siempre sonriente, se distraía pintando en sus horas de descanso y venía a veces a mostrar sus telas a Francisco, quien le daba consejos.

En la cadena, pese a su baja estatura, Durillot se había demostrado infatigable y no había renunciado, al igual que Francisco, más que ante la evidencia de la inutilidad de todo esfuerzo. Los dos hombres volvieron juntos y Francisco propuso a su compañero coordinar sus esfuerzos para subsistir y salir de París. Pedro aceptó con

alegría. Casado hacía un año, esperaba un hijo. Se sentía lleno de angustia por el futuro y se declaró listo a obedecer a Francisco a quien sentía más fuerte y más decidido que él. Por su lado, a Francisco lo puso contento el no encontrarse ya solo.

—¿Tienes dinero? —le preguntó.

—No mucho. Unas pocas economías.

—A mí me quedan unos pocos centavos. Dentro de dos o tres días, a lo mejor dentro de unas horas, todo eso no valdrá nada. Es cuestión de usarlos mientras sea tiempo, si es que todavía es tiempo. Toma, ésta es toda mi fortuna. Vas a ir a tu casa a buscar la tuya, y te las vas a arreglar para conseguir antes de esta noche, a cualquier precio, lo que voy a indicarte.

Pedro volvió al caer la noche con bolsos tiroleses, mapas de carreteras, cantidades de cajas de fósforos y otros variados implementos de los que ni siquiera había intentado conocer su utilidad. Siguiendo las instrucciones de su camarada, había procurado no mezclarse al pillaje de los comercios de alimentos y bebidas. Subió sus adquisiciones al taller y vino a encontrarse con Francisco. Éste, con el rostro iluminado por las llamas, le mostró el alambique.

—Con esto y el Sena tendremos agua potable a voluntad. Con esta agua no solamente beberemos hasta hartarnos, sino que podremos conseguir lo que queramos. Esto constituirá nuestra inestimable moneda de trueque. Y Precioso nos suministrará la carne.

—¿Precioso?

—Sí, mira en el fondo del taller.

—¡Oh, pero hay que ver, un caballo! ¡Es lo que nos hace falta para largarnos de aquí!

—Sí, eso es lo que había pensado en un principio, tanto más cuanto que también tengo el coche, en piezas separadas. Pero me temo que el estado de salud de Blanca impida ponernos en camino antes de unos diez días. De aquí a entonces, Precioso habrá muerto de hambre.

—Lo llevaré a comer al césped de la plazoleta...

—Sí, y te harás matar y robar el caballo. Por otra parte, es un medio de transporte demasiado voluminoso y llamativo. No podremos pasar por todos lados con un coche. Y nos arriesgamos a ser atacados veinte veces antes de haber hecho la mitad del camino necesario para salir de París. No hay nada más vulnerable que un caballo: un simple navajazo lo puede poner fuera de uso y dejarnos de a pie. Además del problema de la bebida; un animal como ése bebe demasiado. He decidido sacrificarlo. Pero tendremos que encontrar bicicletas para reemplazarlo. Ese es el trabajo para mañana. Esta noche tenemos que resolver un problema más urgente: encontrar qué comer... ¿Conoces muy bien las usinas de alimentos de Montrouge en donde trabajabas?

—Como la palma de mi mano.

—Trataremos de entrar ahí y traer provisiones para quince días o un mes. ¿Qué cultivaban allá?

—Un poco de todo, pero sobre todo soja, trigo y legumbres verdes.

—Muy bien, me voy a poner a buscar una carretilla para trasportar lo que podamos encontrar.

—No te preocupes, tengo lo necesario: el cochecito de mi chico.

Y ante la asombrada mirada de Francisco, Pedrito aclaró con voz enternecida:

—Por supuesto que no ha nacido todavía, hasta faltan cuatro meses, pero las mujeres, ya sabes lo que es eso... La mía ha comprado el coche desde hace seis semanas. Lo ha adornado, acolchado, acariciado. Tuve que subirlo al comedor, ¡y todos los días lo pasea alrededor de la mesa como si el chico estuviera ya adentro! Bajaré el coche dentro de un rato, y será más cómodo que una carretilla.

Después de la caída del sol el viento se había calmado un poco. Ya no soplaba más que en espaciadas ráfagas. Se lo oía venir de lejos, desde el fondo de la noche, aullar en las esquinas, silbar por las estrechas calles, bramar en plena carga por las anchas avenidas. Llegaba de golpe. Se recibía su puñetazo. Sin moverse, se atravesaba su espesor como una ola. Su último remolino al pasar golpeaba contra una pared y levantaba un árbol. Y ya, a lo lejos, se anunciaba la ráfaga siguiente.

Sobre la orilla sur del Sena hormigueaba una inmensa muchedumbre. La mitad de París miraba arder a la otra mitad. Durante la tarde los salvadores habían empujado al río parte de los autos detenidos sobre los puentes para romper las filas a lo largo de las que corría el fuego. Con la ayuda del viento, el incendio parecía haber evitado la orilla izquierda. Pero del otro lado, nada lo detenía. Las llamas se volcaban sobre la ciudad como unas gatas, se acostaban sobre las manzanas de casas, jugaban, ronroneaban, arqueaban el lomo; luego, de golpe furiosas, con el pelo erizado y las zarpas afuera, saltaban, escupiendo tinieblas hasta el techo.

En la multitud no había un hombre, no había una mujer que no tuviera un afecto o un interés dentro de esa hoguera. No había un solo parisino, ni siquiera un vagabundo, que no se sintiera abrumado de dolor viendo arder su ciudad y sus tesoros.

Pero el sentimiento que, más fuerte que el dolor y la lástima, animaba a ese pueblo era, a pesar de todo, la curiosidad. Ya que no se podía hacer otra cosa más que mirar, pues entonces a no sacarle los ojos de encima.

En la móvil cortina de fuego, el viento arremetía con la cabeza gacha y hacía a veces enormes agujeros a través de los cuales se divisaban, siempre más lejos, otras llamas. Un mar incandescente golpeaba a la Ciudad de Oro. Las llamas habían lamido, mordido su altiva masa. La multitud la había visto poco a poco ponerse roja, blanca, deformarse, doblarse, desplomarse, en gigantescos pedazos; al vidrio de las

paredes de su fachada hincharse y rodar en gotas lentas, colosales.

Los oídos se habían acostumbrado tanto al ruido, ininterrumpido crepitar, enorme rodar de granizo, que apenas oían ya, de tal modo era pleno, sin fisura. De tanto en tanto, un depósito de carburante saltaba, una manzana de casas se derrumbaba, sin hacer más ruido que un acantilado que cae al mar durante una tempestad. Bandas de iluminados, que anunciaban el fin del mundo, hacían sonar la campana mayor de Nôtre-Dame. Y su voz de desesperación, monótona, agregaba una nota humana, trágica, a ese fragor de la cólera de Dios.

A veces el viento amainaba, y entonces el calor del infierno cruzaba el Sena. De un solo golpe tocaba el rostro de toda la multitud que reflejaba cien mil veces, sobre sus sudorosas mejillas, la danza del fuego. La multitud gritaba y se retiraba hacia la noche, perseguida por el olor incandescente. Todo lo que ese pueblo conocía, lo que amaba, lo que tocaba, lo que comía, carne, paños, maderas, paredes, la tierra, el aire, todo, transformado en llama, en luz, estaba en ese olor. Un olor al que nadie podrá recordar, porque a nada es semejante, pero que nadie olvidará, porque ha quemado las narices, secado los pulmones. Era un olor de mundo que nace o que muere, un olor a estrella.

En todas las iglesias, cuyas campanas llamaban a los fieles a hacer penitencia, los sacerdotes se turnaban para decir misa, sin pausa, con todas las puertas abiertas, delante de una enorme asistencia, arrodillada hasta en la calle. Hombres y mujeres gritaron sus pecados delante de todos, clamaron porque el peso del castigo cayera sobre sus espaldas, con tal que Dios tuviera a bien detener esa calamidad que golpeaba a la ciudad.

Hacia la medianoche corrió el rumor de que el cardenal Boisselier iba a decir misa en la torre Eiffel. En la cima de la vieja torre, una suscripción pública había erigido un altar de oro en vísperas del año 2000. Desde allá arriba, en cada Navidad, el cardenal arzobispo bendecía la ciudad. La tradición siguió persistiendo aun cuando el Sagrado Corazón fue transportado a la terraza de la Ciudad Alta, arrebatando al altar de la torre el record de altitud. Destruído ahora el Sagrado Corazón, el altar de la torre Eiffel dominaba, otra vez, la capital herida.

De todas partes los creyentes, misteriosamente advertidos, acuden al Campo de Marte. Los sacerdotes llegan en sobrepelliz, empuñando la alta cruz, rodeados de monaguillos que balancean los incensarios, seguidos de todos los fieles de su parroquia, que cantan cánticos y aprietan en sus manos los cirios encendidos en la iglesia.

Los cortejos caminan por las calles, en una luz de oro, un olor a incienso y a sudor, un tronido de centenares de voces de hombres que traspasan las sopranos de las solteronas. Todas las ventanas se abren. Los indiferentes, los escépticos, sacudidos por el miedo, se sienten poseídos por la duda. Trastornados, se unen en lágrimas a la

multitud.

Largas orugas luminosas se estiran hacia la torre Eiffel, se encuentran y se confunden en un lago palpitante de cien mil llamaradas. El viento se ha calmado por completo, como para proteger los cirios. La multitud ve en ello una señal del Cielo, y redobra su fervor. Veinte cánticos diferentes, clamados todos por miles de fieles, componen un prodigioso coral que sube hacia las estrellas como la voz misma de la ciudad suplicante.

El venerable cardenal Boisselier, de ochenta y dos años, no ha querido que lo ayudaran a subir los peldaños de la Torre. Subió, solo, ciento veintitrés de ellos. En el ciento veinticuatro cayó fulminado por la emoción y el esfuerzo. Cuatro jóvenes sacerdotes que lo acompañaban pusieron su cuerpo sobre sus espaldas y continuaron la ascensión. Otros sacerdotes, otros más, los siguen por los angostos peldaños. El pueblo de los fieles ve una cinta de luz enroscarse poco a poco en la Torre, llegar por fin a la última plataforma. Un inmenso clamor asciende hacia los sacerdotes, los deja atrás, alcanza la nube de humo que se extiende sobre el cielo. El más joven de los cuatro abates comienza el oficio. Abajo, ahora es el silencio. Un gran movimiento hace ondular las llamas de los cirios. La multitud acaba de arrodillarse. Se calla. Escucha. No es más que una vasta oreja abierta hacia lo alto de la torre..., pero nada le llega de los ruidos de la misa. No oye más que el ronco bramido del incendio.

A orillas del Sena, un cura se yergue. Con toda la fuerza de sus pulmones grita la primera frase de la antigua oración: «Padre Nuestro que estás en los cielos»... Todas las bocas la repiten. Los brazos se tienden hacia el Padre enojado. Una después de otra, las frases ruedan sobre la plaza, como la ola de la marea creciente. Terminada la oración, la multitud la recomienza y se detiene en dos palabras: «¡Líbranos! ¡Líbranos!» Las repite, más y más, las grita, las salmodia, las canta, las vocifera. «¡Líbranos! ¡Líbranos!»

Del otro lado del Sena, un chorro de quintaesencia encendida llega, en el subsuelo desde el cuartel de Chaillot, ex Trocadero, al depósito de municiones y al laboratorio de investigaciones de las pólvoras. Una formidable explosión entreabre la colina. Paños de paredes, columnas, rocas, toneladas de escombros pasan por encima del río y caen sobre la multitud arrodillada que gime su adoración y su miedo: parten los cráneos, arrancan los miembros, quiebran los huesos. Un enorme bloque de tierra y de cemento aplasta de un solo golpe a la mitad de los fieles de la parroquia de la Gran Piedra.

En lo alto de la torre, un chorro de llamas arranca el ostensorio de las manos del sacerdote aterrorizado. Se cree maldito por Dios, rasga su sobrepelliz y grita sus pecados. Ha envidiado, cometido perjurio, fornicado. Es un prometido del infierno. Clama por Satán. Parte a su encuentro. Salta la balaustrada y se arroja al vacío. Se estrella sobre las vigas de hierro, rebota tres veces y llega al suelo en pedazos y en

lluvia.

Se levanta el viento. Un gran remolino abate al suelo una nube de humo ardiente poblado de lenguas rojas. Un loco terror sacude a la multitud. Es el infierno, son los demonios. Hay que huir. Un remolino apaga vociferando los últimos cirios. Dios no quiere perdonar.

Bajo las luces rojas del fuego y azules de la luna, seguidos de una rígida sombra y precedidos de una danzante sombra, Francisco y Pedro caminaban a zancadas hacia Montrouge. Pedro empujaba un cochecito de niño de altas ruedas, adornado con puntillas. Francisco se había armado con un caño de plomo, y llevaba unas cuerdas encontradas en el cajón del coche del jardinero.

Cuando llegaron a las proximidades de la usina vieron las puertas derribadas. Delante de ellas estaban apostados una media docena de guardias nacionales, sable en mano.

—¡Cuernos! Hemos llegado demasiado tarde —dijo Pedro—. ¡Los del barrio parece que se han servido en forma! Espérame aquí con los cien caballos, voy a tratar de tirarles de la lengua a esos guarda ruinas...

De lejos, Francisco vio a un guardia amenazar a Pedro con su hoja. Pero Pedro no se movió, el guardia bajó su arma y se inició la conversación. El joven mecánico volvió y rindió cuentas.

—¿Viste a ese tipo malo que quería pincharme? Lo ablandé diciéndole que yo era de la casa. Están ahí para cuidar el vacío. Todo ha sido barrido esta tarde.

—No nos queda más que irnos y tratar de encontrar otra fuente de abastecimiento.

—¡Espera un poco! Vamos a tratar de ver qué hay en las calderas de auxilio. La dirección de la usina había hecho bajar ahí toneladas de granos de soja que no tenían el calibre apto para la venta. Me extrañaría mucho que a los saqueadores se los hubiera ocurrido ir a rebuscar en la carbonera.

—Pero viejo, el carbón también es una mercadería preciosa, desde el momento que ya no hay más corriente para cocinar. Igualmente debe haber sido arrasado, y tu soja con él.

—De todos modos, podemos ir a ver...

—¡De acuerdo, vamos!

Enfilaron por una callecita de antediluvianos adoquines. Los techos puntiagudos de unos depósitos se recortaban en grandes sombras sobre el cielo rojo. Francisco empujaba el coche, que traqueteaba. Bajo la luna vieron brillar el uniforme metálico de un guardia nacional que rondaba la calle. Parecía muy incómodo con su arcaico sable. A veces dejaba descansar la hoja sobre su hombro, a veces se servía de ella como de un bastón.

—Sigamos caminando con cara de inocentes —susurró Francisco—. Toma el caño de plomo y espera mis órdenes.

Siguieron su camino. Francisco maniobró de manera de pasar muy cerca del guardia. Cuando estuvo a su altura, bruscamente soltó el coche y se tiró sobre el hombre. Lo agarró por la cintura con el brazo derecho, en tanto que le aplicaba la mano izquierda sobre la boca. El sable quedó aprisionado, inútil, entre los dos.

—Pedro, sácale el casco y desmáyalo.

El guardia se debatía, pero Francisco lo mantenía con su brazo de acero y, con la mano izquierda, le aplastaba la barbilla y la nariz. Pedro lo golpeó en la sien, con un tímido golpe.

—¡Más fuerte, viejo!

—¡Pero oye, porquería de trabajo!

Sonó el segundo golpe y el hombre se volvió blando entre los brazos del joven. Justo tuvo el tiempo de depositarlo en tierra para pescar a Pedro, que se tambaleaba. Lo sacudió como a un ciruelo.

—¡Maldita mujercita! ¡Pero qué modales! ¡Si no quieres reventar, tú y tu mujer, tendrás que meterte la sensibilidad en el bolsillo, viejo! Por otra parte, no lo has matado, tranquilízate. Ahora ayúdame a atarlo. Vamos, rápido.

También la puerta que cerraba el patio de la usina había sido derribada. Los dos muchachos depositaron al guardia atado y amordazado debajo de un barril vacío, en el patio, y cargaron el barril con un enorme bloque de hierro colado.

El edificio de la fábrica se levantaba frente a ellos. Sobre sus paredes bailaban los reflejos oscuros del incendio. Las puertas abiertas abrían en ellas unos agujeros negros.

—Ven —murmuró Pedro.

Entraron en el salón de las cubas. Desde el techo de vidrio, alto como el de una casa de diez pisos, caía la luz helada de la luna. Como unas escaleras para gigantes, las sucesivas cubas montaban de cada lado al asalto de las paredes. En el vacío del lugar resonaba el ligero chapoteo del agua que corría gota a gota, o en hilos. Un olor sofocante subía del agua desparramada que brillaba sobre el piso. Las fumarolas que se elevaban de esta capa tibia llenaban el sitio con una neblina que el viento, brotando de las puertas despanzurradas, desgarraba a veces y disipaba. Esta bruma olía a la vez a estiércol caliente, a agua de Javel y a una imitación de kirsch.

Pedro explicó el funcionamiento de la fábrica.

Habitualmente, un sistema de aireación impedía la formación de vapores y la condensación de la humedad. Ni una gota de agua en el suelo, por supuesto. Los saqueadores debieron volcar las cubas. Normalmente el agua química corría de la cuba más alta hacia la más baja, en lentos chorrillos. Una bomba automática la volvía a subir desde la más baja a la más alta, cuando sobrepasaba un cierto nivel. En esta agua, sobre rejillas de níquel puro, crecían las legumbres, los cereales, que se habían olvidado de la tierra. La temperatura del agua era modificada según su grado de

crecimiento. Ahí, la inclemencia del tiempo ya no era de temer. Y las simientes no perdían meses durmiendo bajo la nieve. En seis semanas, un grano de trigo seleccionado, de la famosa variedad forzada 712, rendía de veinte a treinta espigas maduras. Todos los días eran época de siembra y de cosecha.

Pedro hablaba en voz baja, mostrando con el dedo las diferentes cubas con papas, soja, trigo, lechuga, puerro... Pero toda esa instalación era de la época del diluvio. Era una de las más viejas fábricas agrícolas, y se había modernizado sin querer, sin embargo, sacrificar sus antiguas cadenas de cultivo en cubas. Poseía, en un galpón vecino, uno de los más recientes modelos de sembradora a radar. Pedro llevó ahí a Francisco. El lugar era una larga galería de aproximadamente doscientos metros de largo, en el eje de la cual estaba colocada una máquina. Presentaba el aspecto de un bloque de metal brillante, absolutamente uniforme, apenas más alta que una casa de dos pisos, ubicada en el piso todo a lo largo de la galería. Bajo la luz pálida de la luna, sus paredes brillaban, del todo lisas, sin una abertura, sin un bulón, sin una correa, sin un cuadrante, sin una rueda visibles. Los dos compañeros dominaban, desde lo alto de un balcón de plastec, su larga masa lívida, rígida, cuyo extremo se perdía casi en la noche. Bajo sus pies se abría la boca de la máquina: era una sencilla hendidura horizontal en la cual se introducía una plataforma rodante, ahora inmóvil. Pedro explicó:

—La plataforma lleva la semilla. Cada grano de trigo encerrado en un alvéolo de la plataforma, con el germen en el aire, en cuanto entra es bañado por juegos de ondas que lo hacen germinar, crecer...

—Sí, ya lo sé —dijo Francisco—; estudié eso en el colegio.

Nunca hasta entonces había visto una sembradora tan perfeccionada, pero había estudiado su funcionamiento en teoría. Aquí la planta no tenía necesidad de ningún alimento, ni siquiera líquido. Recibía de la máquina, bajo la forma de radiaciones, energía que transformaba en materia a su provecho, a una velocidad prodigiosa. El antiguo proceso de fotosíntesis, que durante tanto tiempo había intrigado a los sabios del siglo xx, el milagro viejo como el mundo gracias al cual las plantas asimilaban la energía solar, ya no era, para los industriales del año 2052, más que un viejo juego de niños superado desde largo tiempo atrás.

En esta máquina último modelo el trigo no tardaba más que unas pocas horas en germinar, crecer y madurar, sin la ayuda de un solo grano de polvo, de una gota de agua, ni de un rayo de sol. En el interior del aparato se sucedían en forma continuada la cosecha, la trilla, la molienda, el cernido y la panificación. El grano de trigo entraba en la sembradora, y salía por el otro extremo en forma de pan fresco. Al mismo tiempo, la máquina transformaba el afrecho, según las necesidades, en azúcar, en petróleo, en ladrillos de insonorización, en licor, en carbón radiactivo, o en diversos otros productos. Por su parte, la paja era transformada en lana ultraliviana y

tejida. Y la sembradora seleccionaba los mejores granos de la cosecha, que al punto eran dirigidos hacia la plataforma rodante de la entrada...

—Es un lindo pedazo de máquina —dijo Francisco—. ¿Qué daba como producto de transformación?

—Tabaco —dijo Pedro, con un suspiro—. ¡Y era una gran trabajadora! ¡Pavada de rendimiento! Cada grano de trigo daba un pan, un cigarro y una media...

Se dio vuelta un poco hacia la izquierda y señaló un pequeño escritorio de vidrio que avanzaba por encima de la máquina, más allá del balcón, como la nariz de un antiguo avión de bombardeo.

—Es el escritorio del subingeniero-conductor —dijo—. Está sólo para hacer funcionar la máquina. Y verdaderamente no tiene mucho que hacer. Las órdenes se dan oralmente ante la oreja radar. En principio hay toda una serie de maniobras, que son ordenadas por sonidos derivados de la letra D: da, di, do, du, dou, dé, o por palabras formadas por varias de esas sílabas. Pero él usa siempre las mismas, una para poner en marcha la máquina...

—¿Cuál?

—¡Dada!... y otra para pararla.

—¿Y es?

—¡Dodo! Todo el resto le sirve solamente en caso de avería, por la limpieza, o cuando el plan prevé un cambio de producto de transformación...

—¿Y si se equivoca?

—La máquina se para y se pone a silbar. Si silba más de tres veces en un mes el conductor tiene una multa, y cinco multas en el año lo ponen de patitas en la calle. Pero desde que trabajo ahí, nunca he oído el silbato. No puede equivocarse, tiene un tablero delante de los ojos. Y la mayor parte del tiempo no tiene más que decir dos palabras. Es un buen puesto, bien pagado, dada a la mañana, dado a la noche, pero hay que ser instruido...

Francisco sonrió pensando que le hubieran hecho falta casi diez años de estudios para obtener el diploma de subingeniero, y el derecho a decir «dodo» y «dada»...

Dio una suave palmada en la espalda de Pedrito.

—Viejo —dijo—, ahora tendríamos que ocuparnos de nuestra soja.

—Vamos, es en el subsuelo.

Como Francisco lo había previsto, la carbonera y la reserva de soja como combustible habían sido del todo saqueadas.

—Quizá no todo esté perdido —dijo Pedro—. Por supuesto, en tiempos normales las calderas no se usaban; las cubas eran calentadas al átomo. Pero el fogonero las tenía siempre llenas, listas a arder en cualquier momento en caso de avería. ¡Tal vez no se les habrá ocurrido revisar las calderas!

Se acercó a una pared en donde se encastraban enormes puertas de hierro y abrió

una.

—¡Aquí está! No tenemos más que servirnos —exclamó.

Francisco se reunió con él. A la luz de la vela vio un hogar de varios metros de largo, repleto de granos de soja.

—El fogonero lo rociaba con alcohol y lo prendía —explicó el mecánico—. Hay unos buenos quinientos kilos en cada hogar. Más de lo que nos hace falta.

Llenaron sus bolsos tiroleses y subieron a vaciarlos al cochecito. Después de tres viajes estuvo lleno. El guardia gemía en su escondite.

—El relevo lo liberará —dijo Francisco—. ¡Corramos!

Se enganchó al coche y, precedido de Pedro que inspeccionaba las esquinas, retomó el camino hacia Montparnasse.

Al norte, el cielo era un mar adonde rodaban olas de luz y de tinieblas. El humo a veces reflujaba hacia el sur, borraba grandes espacios de estrellas y pintarrajeaba la luna.

En una imprenta en donde las rotativas bruscamente paralizadas tenían aún entre los dientes las hojas de papel escupidas a medias, un equipo de tipógrafos había confeccionado durante toda la noche, en las prensas de pruebas, unos carteles hechos a mano.

Unos equipos de guardias nacionales los pegaron a la madrugada. Desde la mañana, muchos grupos se formaron delante de ellos. Estaban firmados por el alcalde del distrito xv, un tal Fortuné Pivain. Éste declaraba que mucho temía que todos los ministros, y el gobernador militar de París, hubieran perecido en el incendio que devastaba la orilla derecha. En esas trágicas circunstancias, y para evitar la anarquía, tomaba, él, Pivain, el poder, la responsabilidad del orden en la capital y del aprovisionamiento de sus habitantes. Se apoyaba sobre el coronel Gauthier, comandante del batallón 26 de la Guardia Nacional, acuartelado en Robinson. Pedía a cada uno que diera prueba de buena voluntad, de paciencia y de valor, y a todos ayudarse los unos a los otros.

Los parisinos no vieron en esta proclamación más que la confirmación de su temor. La peor de las desgracias que podía caer sobre los ciudadanos de un Estado organizado venía de abatirse sobre ellos. ¡No había más gobierno! A ese alcalde, oscuro funcionario, nadie lo conocía. ¿Cómo tenerle confianza? ¿Valía para algo más que para leer el código y hacer la colecta durante la celebración de los matrimonios? No era posible, razonablemente, esperar la salvación de parte de este inútil.

Desde la salida del sol, el calor y la violencia del viento aumentaban de concierto. Era preciso, sin embargo, ir a buscar agua, y mendigar algún alimento. Los almacenes que los saqueadores habían hasta entonces respetado, y los cafés perdidos en los barrios desiertos, sufrieron a su vez el asalto de las multitudes hambrientas.

En la calle Saint-Jacques, una banda armada de cuchillos y porras saqueó

sistemáticamente tres inmuebles y se llevó en unos carros con bárrales el contenido de todas las heladeras. Una vez derribadas las puertas de sus departamentos, los desgraciados que intentaron resistirse fueron degollados.

Esta banda existía antes de los acontecimientos que le habían permitido operar en pleno día. Su jefe, un tipo con antecedentes penales, de una inteligencia y de una brutalidad poco comunes, había sabido sacar inmediatamente partido de la situación.

Pero personas de hábitos honestos no tardaron en seguir su ejemplo. En los días subsiguientes, unos grupos, unas bandas, se formaron bajo la autoridad de un jefe que se había impuesto por su fuerza, o por su espíritu de decisión. Esas bandas vivieron robándoles a los más débiles y a los solitarios sus provisiones.

Sangrientos encuentros los enfrentaron con patrullas de agentes o de guardias nacionales. Como su número y sus efectivos aumentaban sin cesar, toda fuerza policial desapareció al punto y, en la capital asolada se puso a reinar sin coacción la ley del más fuerte.

No obstante las paredes dobles y el vacío, el frío acumulado había, poco a poco, dejado las habitaciones de los antepasados y abandonado a su destino de podredumbre a los muertos, tesoros de las familias.

Sus ojos habían perdido su brillo de hielo; sobre los globos turbios, los párpados se entornaban torcidos; la piel de los rostros se ablandaba; los dedos tendidos se iban cerrando.

Las articulaciones profundas fueron las que más tardaron en fallar. Despertada al alba por un siniestro ruido, una burguesa espantada buscaba en vano, en la penumbra, la silueta del abuelo que desde hacía veinte años se mantenía en pie al lado del piano, con una taza en la mano izquierda y una galletita entre el pulgar y el índice. Lo descubrió caído sobre el traste al lado del taburete, con la cabeza colgando y los brazos retorcidos. La puntilla se deslizaba de las manos flojas de la abuela, quien se hundía en su sillón abriendo una boca negra.

En todos los departamentos se representaba el mismo drama. Los antepasados abandonaban sus actitudes nobles o familiares, se ablandaban y caían unos sobre otros volteando el decorado. Los muertos se convertían en cadáveres.

Las familias, espantadas, cerraron con llave las herméticas puertas de las cámaras frías. Vieron, a través de las paredes transparentes, a sus parientes difuntos ponerse verdes, hincharse, desparramarse. Un olor horrible, primero débil, después soberano, invadió los departamentos. Los vivos trataron por todos los medios de desembarazarse de los venerados muertos convertidos en focos de infección. Tiraron algunos al Sena, pero el río traía tantos como llevaba. Flotaban lentamente en el agua gris, semidesnudos con los vientres hinchados; chocaban contra los pilares de los puentes, los rodeaban a tientas, se abandonaban a la perezosa corriente, soñaban despiertos a lo largo de las riberas. Las familias, en convoy, intentaron transportar a

sus antepasados hasta la enorme hoguera de la orilla derecha. El enorme calor del incendio les impidió llegar hasta las llamas. Tuvieron que abandonar sus cargas queridas y temidas en unas ruinas aún calientes, donde se pusieron a hervir.

Por fin, la gente se contentó con tirarlos a la calle por las ventanas. Los barrios ricos se convirtieron, en tres días, en hediondos montones de cadáveres que muchos dejaron por las ciudades obreras, ya superpobladas, donde los desgraciados se pusieron a matarse entre ellos por un bocado de comida o una gota de bebida.

En los conservatorios públicos se había producido como un rumor. Millones de muertos se habían empezado a mover al mismo tiempo. Tardaron un poco más en llegar al estadio de la podredumbre que los muertos de la superficie, y no la sufrieron del mismo modo. Un microscópico hongo azul se apoderó de ellos, cubrió con su musgo y sus filamentos carnes y ropas, y transformó en pocas horas cada cadáver caído en una masa fosforescente.

Las necrópolis subterráneas palpitaban con miríadas de fuegos fatuos que subieron hacia la superficie de la ciudad por las hendijas, ratoneras, hormigueros, por todos los tragaluces.

Las familias que se habían refugiado en los sótanos fueron echadas de ahí por esas llamas frías que se les subían por las pantorrillas y que después las corrieron por las escaleras.

La hediondez uniforme de la muerte había reemplazado, en la capital, los múltiples olores de la vida.

Francisco rápidamente había comprendido que sólo con Pedrito, con la carga de la joven embarazada y de Blanca convaleciente, no tenían ninguna posibilidad de salir de París sanos y salvos.

Buscó nuevos miembros para formar una pequeña comunidad. Se vio obligado a elegirlos en su barrio, por no saber dónde encontrar, en el trastornado París, a sus pocos amigos.

El primero fue Narciso, un escultor de ascendencia bretona, de unos cuarenta años, alto y barrigudo, que vivía en un taller cercano. Sus vecinos lo oían, generalmente, cantar mientras modelaba la arcilla. Usaba una barbita de dos puntas, rubia, dorada, de su color natural, pero lo más a menudo color arcilla, por la costumbre que tenía de limpiarse las manos en ella. Aceptó alegremente unirse a Francisco, y llegó, estruendoso, con su cama sobre la cabeza. Francisco igualmente reclutó al doctor Fauque y a su hija Colette. Ésta trajo al grupo a un estudiante de Derecho, de cabellos de tinta y de tez de penumbra, Bernard Teste. Ella era una real moza rubia, gorda, de pechos y miembros robustos, no especialmente linda, pero cuya pujante vitalidad atraía. El pequeño Teste giraba sin cesar alrededor de ella. Tenía el aspecto de un feto bailando bajo la bola de una máquina electrostática. Ella lo urgía, no le daba un segundo de tregua. Con las mejillas hundidas, la mirada

melancólica, él nadaba en felicidad.

Francisco tuvo la buena idea de reclutar igualmente a Georges Pelisson, ex corredor ciclista, que tenía, no lejos de ahí, un negocio de venta y reparación de bicicletas. Su negocio había sido saqueado. El mismo tenía un tajo en la mejilla. Sin embargo proveyó a la banda de cuatro bicicletas, una docena de ruedas, y una buena cantidad de gomas y de cámaras que estaban en su depósito y habían escapado a los asaltantes. Tenía unos treinta y cinco años. Apergaminado por el ciclismo, tenía largos miembros y un torso filiforme, apenas más grueso que sus muslos.

Por fin, el sobrino nieto de la señora Velin, Andrés Martin, peón de las Panaderías Parisinas, que había venido a ver a su tía abuela, la única parienta que tenía en París, y con quien Francisco se quedó. Era bajo y ancho, y fuerte como un toro. Tenía unos escasos veinte años, cabellos rubios, una cara de bueno, redonda y rosada, y unos ojos azules como la mañana.

Francisco hizo limpiar una cochera. El taller fue reservado a las mujeres. El doctor Fauque declaró que él se quedaría en su casa y se reuniría con el grupo en el momento de la partida. No quería, hasta ese momento, abandonar a sus enfermos.

El primer cuidado de Francisco fue armar a su tropa. Hizo fabricar unos rompecabezas. Cada uno se hizo su propia arma. La maza de Narciso pesaba más de diez kilos. En medio del patio se entrenó haciendo terribles molinetes y largando gritos guerreros. Asimismo adoptó un sable de coracero, descolgado de una panoplia del doctor.

Cuando todos estuvieron armados de cuchillos, hachas, espadas, sables y porras, Francisco dirigió dos nuevas expediciones contra la usina alimentaria de Montrouge. Nadie la vigilaba ya, y todo se realizó sin ningún incidente. Francisco encargó a Martin que encontrara un horno de panadero. Por más que el pan fuera todo fabricado en las usinas de las Panaderías Parisinas, Martin conocía un horno clandestino que servía, cada tanto, para cocer fraudulentamente pan de harina de trigo de tierra. Él era amigo del propietario. Se encontró con que todo el mundo se había ido y derribó la puerta.

Francisco hizo matar a Precioso. Deshuesado, cortado en tajadas, fue llevado al horno y su carne fue desecada. Al mismo tiempo, Pedrito dirigía la fabricación de dos vagonetas livianas pero amplias, movidas cada una por dos ruedas de bicicleta. Narciso y Bernard Teste, que no sabían andar en bicicleta, tomaron lecciones bajo la dirección de Pelisson.

Una mañana, Pelisson y Martin volvían de su tarea obligatoria de traer agua del Sena. Empujaban delante de ellos el cochecito de niño cargado de bidones llenos. Cinco ciclistas los dejaron atrás en trompa y se detuvieron delante del N° 20 bis de la calle Raymond-Magne.

Dos hombres se quedaron al lado de las bicicletas para vigilarlas, mientras que los

otros tres entraban en el pasillo, Pelisson y Martin oyeron ruidos de puertas rotas y gritos. Unos instantes más tarde, los tres hombres reaparecían con unas bolsas repletas colgadas a la espalda, saltaban sobre sus vehículos y huían en compañía de sus cómplices.

Pelisson largó una exclamación:

—¡Conozco a uno! ¡Lo he reconocido! ¡Sé quién es!

—¿Uno de los cinco?

—¡Sí! Quien hubiera creído eso de él... ¡Es mi sastre!

Se acercaron al inmueble en el que había tenido lugar el asalto. Ya el coro de los vecinos se lamentaba en el corredor. A través de la ventana de la planta baja, Pelisson vio a una mujer tendida en el piso, con la cabeza partida, y, tirado sobre ella, el cadáver de un chiquilín.

Esa misma noche, el doctor Fauque se fue derecho hacia la fragua y se puso a hervir una jeringa hipodérmica sobre unos carbones. Después de haberlo esperado durante mucho tiempo, Colette había declarado que había que empezar a comer y había servido la cena en el patio, alrededor de dos mesas redondas sacadas de un depósito de muebles. A su vez, el doctor vino a tomar su lugar en la silla que se le reservaba.

—Les voy a dar a todos una inyección de suero —dijo—. El cólera está en París.

Los tenedores cayeron a los lados de los platos. La señora Durillot lanzó un gritito y se llevó las dos manos al vientre.

—Es preferible —prosiguió el doctor Fauque— que interrumpan su comida. Esta inyección es casi inofensiva, pero es posible que les dé náuseas si tienen el estómago lleno. No es peligrosa más que para los desgraciados que ya han contraído el cólera. Este no ha hecho todavía grandes estragos. No he comprobado más que tres casos, pero antes de dos días la enfermedad se habrá extendido como una inundación. Es inevitable. Los muertos pudren a los vivos.

Se levantó, vació el agua de la cacerola, colocó una aguja en la jeringa, suspiró:

—¡Vamos a asistir a una terrible hecatombe! Enseguida me fui hasta la otra punta de París, al Instituto de los Sueros, adonde encontré al último preparador comiéndose los últimos cobayos. Me dio estas cajas de ampollas, las únicas lo suficientemente frescas para ser eficaces. Era un microbio cuyo cultivo casi había sido abandonado. Se creía a esa enfermedad desaparecida de la superficie del globo, y sus gérmenes exterminados. Es como para creer que en ciertas circunstancias nacen espontáneamente de la podredumbre...

»De todas maneras, tengo aquí lo suficiente como para preservar de su ataque a unas cincuenta personas. No más. Mi estimado Deschamps, si usted quiere, voy a comenzar por usted.

En una hora todo el mundo fue inyectado, incluso el mismo doctor Fauque, por su

hija. Pelisson y Martin contaron entonces la aventura de esa mañana. Francisco, muy interesado, encargó a Pellison que buscara el rastro del sastre asaltante.

—Tienen bicicletas, y con seguridad provisiones, es decir, exactamente lo que necesitamos...

Al día siguiente, a mediodía, Pelisson volvió con los datos requeridos.

—Están instalados en lo del carnicero. Debe ser el jefe de la banda. Es un gordo macizo, lo conozco muy bien. No quería ni darme un franco de fiado, el muy bruto. Ahí están una docena, todos comerciantes de mi barrio. Mientras que una partida sale de expedición, los otros se quedan para vigilar. Esta mañana vi que se iban cinco, volvieron, y luego salieron otros seis.

Francisco se hizo indicar el sitio, se fue allá, discretamente lo inspeccionó todo y, de vuelta al taller, dio sus instrucciones. Llevaría con él a Narciso, Teste y Martin. Los otros hombres se quedarían cuidando el campamento.

La carnicería, guarida de la banda del sastre, se encontraba en medio de una calle corta, la calle Catherine-Rènon, designada en los antiguos planos con el nombre de Fermat. Desembocaba en una de las puertas del estadio que reemplazó, en el año 2021, al cementerio de Montparnasse.

Francisco expuso su plan a los demás hombres del grupo, y los mandó acostar.

Al día siguiente, antes del alba, despertó a todo el mundo. Los cuatro hombres se deslizaron afuera en medio de la noche que palidecía. Cada uno disimulaba sus armas lo mejor que podía.

Narciso llevaba su pesada maza como un paquete, colgando de un cordel, envuelto en diarios viejos. Había deslizado su sable en la pierna de su mono. Francisco se había fabricado un arma de caballero: una lanza, formada por un puñal fijado en la punta de una sólida estaca. Envolvió la hoja con un inocente papel. Martin el panadero se había provisto de armas culinarias: un asador, al que había afilado la punta, y un cuchillo de trinchar que llevaba contra su pecho, con la hoja descubierta, lo que lo obligaba a caminar derecho, con la barbilla en alto.

Teste se había puesto verde en cuanto se enteró que formaría parte de la expedición. Rechinando los dientes, había partido la extremidad de una caña de junco e introducido en ella y amarrado bien una hoja de afeitar.

Francisco apostó a Narciso y a Teste en un extremo de la calle, y se fue a la otra en compañía de Martin.

A la primera hora del día, la cancela de hierro de la carnicería fue entreabierta, y dos ciclistas, que llevaban unas regaderas atadas al manubrio, salieron de ahí y partieron. Algunos instantes después, salieron otros cinco hombres más, de los cuales tres llevaban a la espalda unas bolsas vacías. Se montaron a sus bicicletas y partieron a su vez. Desde el umbral de la carnicería, un gordo rubio, de cabellos hirsutos y combinación desabrochada, los miró partir, alzó los ojos al cielo para ver el tiempo,

bostezó, se desperezó. No terminaba nunca de ahuyentar el sueño.

—¡Rápido! —susurró Francisco.

Dio vuelta la esquina de la calle y avanzó hacia el negocio, con su estaca al hombro. Detrás de él, llegaba Martín. Negligentemente hurgaba su pecho, parecía buscar con el dedo algún parásito. Su corazón latía contra sus dedos apretados sobre el mango del cuchillo.

Desde la otra punta de la calle, desembocó Narciso. Balanceaba su paquete al extremo de su mano derecha, y silbaba. Teste lo seguía, dos pasos atrás, elegante, con su claro bastón en la mano. Quien lo hubiera mirado de cerca habría visto temblar los músculos de su mandíbula. Tenía miedo. Pero se juraba a sí mismo comportarse de tal manera que no tuviera que pasar vergüenza delante de Colette.

Francisco caminaba por la calle, aproximadamente a dos metros de la vereda. Estaba decidido, sin cólera, sin miedo. Una vez llegado a la altura de la carnicería, con la lanza en ristre, apuntó adelante y se abalanzó. El hombre apenas tuvo tiempo de verlo venir. Cuando abría la boca para gritar, el puñal envuelto en papel blanco se hundió entero entre sus dientes y volvió a salir, desnudo, por entre los cabellos de la nuca. Francisco, con el impulso, entró en el negocio con el cadáver en la punta de su pica. Sus tres compañeros se habían precipitado detrás de él. Narciso, con un «ah» de alegría y de furor, lanzó su maza contra el pecho de un hombre que acababa de agarrar un cuchillo de carnicero. El bloque de hierro fundido lo aplastó contra un tabique. Con las costillas rotas cayó hacia adelante, la lengua entre los labios y los brazos muertos. Brotaban exclamaciones de una pieza vecina. Narciso desenvainó su sable, abrió una puerta y gritó:

—¡Ríndanse!

Le respondió un gruñido. Se encontró en un pasillo bastante estrecho. En la otra punta del pasillo, otra puerta acababa de abrirse, un coloso pelirrojo aparecía. Narciso reconoció al carnicero, el jefe de la banda, por la descripción que Pelisson había hecho de él. Tenía en la mano derecha una cuchilla afilada, tan larga como el sable del escultor, y en la mano izquierda una tapa de máquina de lavar a guisa de escudo. Los dos hombres —el coloso pelirrojo y el barbudo— se observaron durante una fracción de segundo, y lanzaron al mismo tiempo un gruñido de rabia que el estrecho pasillo amplificó. Narciso sentía nacer en él un furor de corsario. Corrió adelante con el sable blandido hasta el techo y abatió su hoja al voleo. El pelirrojo había levantado su tapa. El sable la cortó en dos, se abatió sobre el hombro y se detuvo en el hueso. El carnicero, rugiendo de rabia tanto como de dolor, se tiró hacia adelante. Su cuchilla apuntaba al vientre del escultor. Éste retrocedió de un salto, pero tropezó con Martín, y los dos rodaron por tierra.

El pelirrojo se inclinó, con el rostro haciendo gestos de odio. No tuvo tiempo de golpear. Teste, tembloroso, con cara de asco, le había pasado la punta de su bastón

por la barbilla. El coloso, sorprendido, se incorporó, se apoyó en la pared, trató de respirar, llevó sus manos al cuello por donde el aire entraba con un ruido de silbato mojado. La sangre le salpicó entre los dedos. Se dio cuenta de que se estaba muriendo. Sus ojos se agrandaron de horror, se velaron. Se deslizó a lo largo de la pared sobre sus plegadas rodillas. Narciso y Martín ya estaban de pie cuando él cayó.

Sin embargo, una mano había vuelto a cerrar la puerta en el extremo del pasillo. Narciso tiró su maza contra la puerta, que estalló. Francisco y sus camaradas se precipitaron y tuvieron justo el tiempo de pescar a dos hombres que huían por una ventana. Los ataron y los tiraron en la cámara frigorífica.

El departamento constaba de tres habitaciones más, de las cuales dos estaban repletas de provisiones de todas clases, y la tercera ocupada por dos filas de colchones en el suelo. Después de haberse asegurado que no quedaba ningún bandido en el interior, Francisco dio brevemente unas órdenes, e hizo preparar la trampa para los que no iban a tardar en volver. La cancela fue dejada apenas abierta, de manera que no pudiesen entrar más que de a uno en fondo. Detrás de la cancela, unos rojos cortinados estaban corridos. Por un agujero en el cortinado, Martín vigilaba la calle.

—Ahí vienen los que se encargan del agua —dijo.

Los dos hombres detuvieron sus bicicletas a lo largo de la vereda y descolgaron los bidones. Uno de ellos se adelantó con un recipiente al extremo de cada brazo. Entró en la penumbra de la carnicería, y cayó para adelante, con la cabeza partida. Sus regaderas rodaron por tierra.

—¡Maldito torpe de porquería! —espetó el hombre que estaba afuera—. Pero ¿qué cuernos has hecho?

Entró a su vez, y sufrió la misma suerte que el precedente. Francisco salió a buscar las bicicletas.

Los miembros de la banda que habían partido en expedición volvieron poco después. No eran más que cuatro, de los que uno llevaba al hombro la bicicleta del ausente. Sus bolsas parecían vacías. Habían debido chocar con una resistencia imprevista.

El primero que entró fue abatido sin ruido, pero el segundo, mal golpeado, dio un alarido. Los otros dos se abalanzaron sobre sus bicis. Narciso y Teste, que los acechaban desde la ventana, les saltaron encima. Francisco salió a su vez, seguido de Martín. Los dos muchachotes, derribados, fueron entrados a la carnicería con las cinco bicicletas.

En la calle, algunas ventanas se habían abierto y rápidamente cerrado. Dos transeúntes, testigos de la refriega sobre la vereda, huyeron. A nadie le preocupaba mezclarse en lo que aparentaba ser un ajuste de cuentas entre dos bandas rivales.

Francisco hizo el balance de la expedición: cantidades de conservas de todas clases, plata y alhajas que desdeñó, siete bicicletas en buen estado, cuatro hachas y

dos docenas de cuchillos grandes; cinco muertos, tres moribundos, un herido leve y dos prisioneros indemnes. Por último, metidos en cuatro cajones de sal, importantes cortes de carne con los sellos de las mejores usinas de París.

Narciso se frotaba las manos, y entonaba un canto bretón. Francisco tuvo que hacerlo callar.

—La humanidad nos ordena rematar a los moribundos antes que dejarlos sin cuidados —dijo entonces el escultor—. Pero ¿qué vamos a hacer con los prisioneros y el herido? Propongo encerrarlos aquí mientras no hayamos trasladado todo y después dejarlos que tientos suerte.

—Si los dejamos ir —contestó Francisco—, nos arriesgamos a que encuentren nuestras huellas, localicen nuestro campamento y amotinen contra nosotros al populacho denunciando nuestras provisiones. Sé que no tiene nada de agradable matar a gente indefensa, pero antes que nada tenemos que pensar en garantizar nuestra propia seguridad. Vivimos circunstancias excepcionales, que reclaman actos excepcionales. Los que saldrán de este infierno serán muy pocos. Si queremos ser de ellos, debemos negarnos toda piedad. —Se detuvo unos segundos y prosiguió mirando, uno después de otro, a los hombres que palidecían—. No dejaremos aquí a nadie vivo. Podría yo mismo hacer ese trabajo. Lo haría sin remordimientos. Pero en el interés de todos, es necesario que cada uno tome la costumbre de obedecerme sin discutir, sea lo que fuere que yo ordene...

Teste respiró hondo y tendió mano. Le había asombrado, en el ardor de la batalla, el no pensar más en tener miedo. Su victoria en el pasillo le había procurado un extraño placer. Ahora quería esa hacha. Se impacientaba. Francisco dijo que no, y suavemente se la pasó a quien parecía más impresionado. Era Martin.

El joven se puso blanco. Hizo un gesto para rechazar el arma, pero, ante la mirada de Francisco, se detuvo, empuñó el mango con una mano, se secó el sudor que perlaba en su frente, y se dirigió hacia la pieza donde los prisioneros atados, los heridos y los muertos yacían sobre los colchones.

Un chorro de alaridos brotó detrás del tabique. Choques sordos cortaron de cuajo un grito, luego un estertor. Sonó otro golpe, otra voz se calló. La última prolongaba una nota sobreaguda, bajo la presión del espanto. Un golpe de hacha la quebró en seco. Un silencio definitivo se estableció. La puerta se abrió lentamente. La silueta rechoncha de Martin apareció. El hacha le colgaba al extremo del brazo. Miraba a sus compañeros con una mirada fija, alucinada.

Francisco le dijo con un tono de suave reproche, como a un niño poco cuidadoso: —¡Vamos, tienes que limpiar tu hacha!

El panaderito se dio vuelta, entró de nuevo en la pieza. Lo oyeron desgarrar una tela. Volvió con un pedazo de camisa, con el que frotó cuidadosamente la hoja del arma.

Su rostro retomó, en esta tarea, su expresión normal. Pero su mirada seguía dura: había perdido todo resto de infancia.

Se acercó a Francisco, le devolvió el hacha brillante:

—Después de esto —dijo—, estoy listo para cualquier cosa...

Todas las mercaderías fueron trasladadas durante el mismo día y la noche subsiguiente. Los cortes de carne recibieron la misma preparación que el infortunado Precioso. Había que decidirse a partir. La vida en la capital se volvía imposible.

Por las calles, adonde las basuras se amontonaban, circulaban seres con las mejillas hundidas que intercambiaban miradas de lobo. Viejos, mujeres, niños, incapaces de conseguirse por la fuerza qué comer, registraban las basuras, las desparramaban en la calzada, encontraban ahí alimentos inmundos que devoraban al instante. A veces uno de ellos se tambaleaba, llevaba la mano a la cabeza, caía de golpe y rodaba por el suelo castañeteando los dientes, hasta que la inmovilidad de la muerte lo sorprendiera.

Los cadáveres se ennegrecían en contados minutos y se pudrían activamente bajo el tórrido sol. Los perros se los disputaban gruñendo. A la noche, las ratas les comían la cabeza. Los gatos se llevaban los pedazos a los techos. Una hediondez atroz bañaba a la ciudad. Sobre la orilla derecha, la pared rodante de llamas y de humo se alejaba hacia el norte, empujada por el viento.

Todo lo que podía caminar se había ido, huyendo de la muerte. Los fugitivos pensaban encontrar en otras ciudades más posibilidades de sobrevivir, o, en las malezas de los campos abandonados, con un aire más sano y agua potable, algo que comer. Sólo quedaban los débiles, los incapaces de arrastrarse por las calles, y algunos optimistas que fundaban sobre provisiones de conservas y de vino la esperanza de un retorno próximo a la vida normal.

Quedaban asimismo los asaltantes, los bandidos profesionales y también honestas personas que, habiendo reprimido durante toda una vida respetable la rencorosa envidia de los bienes ajenos, daban por fin libre curso a sus instintos. Entraban en los departamentos vacíos, revisaban los más pequeños cajones, leían las cartas, desplegaban la ropa blanca, se apoderaban de las alhajas, de las vestiduras y de los prensa-puré perfeccionados, amontonaban en estrechos cuartos sitiados por la muerte baratijas y fortunas inútiles sobre las que, un día, el cólera los derribaría.

Viejos, asaltantes, mujeres, enfermos, todos bebían del agua del Sena a la que esterilizaban según los medios de que dispusieran. Y el agua del Sena sembraba en ellos el mal negro. Día a día, se encontraban a lo largo de las veredas más muertos y menos vivos.

La agonía de la ciudad venía a golpear, sin hacerle mella, al islote formado por el campamento de Francisco y sus compañeros. Desde la aparición del cólera, el doctor Fauque hacía destilar dos veces el agua y exigía una rigurosa higiene.

A lo largo de las cajas embaladas fueron colgados un hacha y un sable con la vaina desnuda, listos a servir en todo instante. Blanca y la mujer de Pedrito arrastrarían un remolque, Colette y Teste arrastrarían el segundo. Los demás hombres formarían alrededor de ellos una vigilante guardia.

Al ordenar así la composición de la caravana, Francisco había comprendido esa costumbre de los negros de África o de los árabes, de las que hablaban los antiguos relatos de viajes. Sus autores, recordó, no ocultaban el desprecio por esos hombres fuertes que hacían llevar las cargas por sus mujeres, mientras ellos mismos caminaban a su lado, con las manos libres. La necesidad había ciertamente dictado esa manera de actuar. Esos pueblos, guerreros tanto como migratorios, tenían que mantenerse siempre listos para el combate durante el curso de sus desplazamientos. Las mujeres, más débiles, llevaban los equipajes de la tribu, en tanto que los hombres, en guardia, empuñaban sus armas, y reservaban sus fuerzas para la batalla.

La misma necesidad había inspirado a Francisco análogas medidas.

La víspera de la partida, decidió hacer un reconocimiento de los caminos que iban a tomar. Se hizo acompañar por Narciso. Armados, partieron en sus bicicletas al despuntar el día, y pronto llegaron a la autopista número 9, la que contaban tomar para alejarse hacia el sur.

Pero no pudieron ir lejos. La desaparición del flujo eléctrico había inmovilizado sobre la ruta una enorme corriente de vehículos. La muerte había luego golpeado a los fugitivos que se deslizaban entre los autos, para tratar de alejarse de la ciudad. Cadáveres retorcidos por la agonía, de carnes roídas por activos parásitos, yacían por todos lados, enganchados en los autos, caídos entre las ruedas, doblados los unos sobre los otros. Su descomposición era tan acelerada que parecían temblar bajo la luz, y el viento fétido traía a los oídos de los dos hombres el ruido del trabajo de su carne, parecido al de una inmensa caldera hirviendo en pequeñas burbujas a fuego lento.

Todas las autopistas, todas las rutas de gran circulación tenían que estar igualmente obstruidas por los cadáveres de autos y de hombres. Había que huir por caminos secundarios, si era posible.

De vuelta al campamento, Francisco consultó los mapas. Le enseñaron la magnífica red de autopistas, esqueleto alrededor del cual se redondeaba la carne de las ciudades soldadas unas con otras en un solo cuerpo. Pero entre esas ciudades, aparte de un cinturón de bosques y jardines atiborrados de casas de campo que se extendían a cincuenta kilómetros de París; aparte de la región meridional cortada por numerosas rutas; aparte de algunas ciudades de recreo en el corazón de la campaña, los mapas no enseñaban nada más que las manchas amarillas de la maleza que había reemplazado a los campos cultivados e invadido los caminos. Era a través de ese desierto que había que abrirse camino.

Francisco expuso la situación a sus compañeros.

—Saldremos mañana —dijo—, por unas antiguas rutas de las que encontré el trazado sobre mapas del siglo pasado. Tenemos víveres en abundancia. Dejaremos unos pocos a la señora Velin. No podemos llevarla; sucumbiría en las primeras etapas. Vamos a ir hasta la Provenza. Es el único lugar donde podemos esperar recibir ayuda para recomenzar nuestra vida. El viaje será largo, los obstáculos numerosos. Llegaremos. Basta con quererlo.

La primera parte del viaje, que debía conducir a la caravana hasta el linde de la maleza, a través de cien kilómetros de usinas, ciudades obreras, jardines y parques, se revelaba como la más peligrosa, si no la más penosa. La caravana tardó dos semanas en franquear esas veinticinco leguas. Fueron dos semanas de continuas batallas contra los vivos y contra los muertos. Había que apartar a los unos del camino, y defender su vida y sus provisiones contra los otros. Se viajaba de noche. Francisco y Narciso caminaban adelante, a pie, armados cada uno con una larga estaca, y empujaban de costado a los cadáveres, que se deshacían en pedazos. Después venían los dos remolques rodeados de los hombres, que agarraban con una mano su bicicleta y con la otra el arma. Llegado el día, Francisco elegía alguna casa abandonada en donde los remolques pudieran entrar, y la banda se parapetaba en ella. Volvía a partir ya caída la noche.

Una de esas noches, cuando el grupo se había internado en el arrabal negro, ahí donde se encontraban agrupadas todas las industrias de transformación del carbón, Martin, que marchaba en la vanguardia, llegó delante de una extraña casa. Hacía dos horas que había salido y no vio más que paredes sucias de las usinas, montones de hulla, filas de casas cuadradas, todas iguales, chorreando hollín, siniestramente aclaradas por la luna. Y he aquí que en el cruce de dos calles se erguía un edificio lleno de ornamentos, sobreviviente de principios del siglo xx, casa de campo burguesa alcanzada por la ciudad, y que se levantaba en medio de ella como una isla de blancura. La luz de la luna estallaba sobre sus paredes recientemente enlucidas, realzaba de sombra los mil detalles de su fachada, profundizaba los bajos de los balcones, barnizaba de azul pizarra sus cúpulas. Sus puertas y sus ventanas cerradas no conseguían contener la vida que ardía en el interior. Por todas las hendidias brotaba una viva luz, fragmentos de risas de mujeres, cantos de hombres, quejidos de amor.

Martin, impresionado, se detuvo, se acercó a una ventana, intentó ver lo que pasaba en la pieza, divisó, por una hendidia, zonas de desnudeces, la esquina de una mesa cargada de vituallas, un llameante ramo de ocho bujías, una mano de hombre levantando un vaso espumoso, puntillas, una cabellera de oro desplegada sobre el respaldo de un sillón.

Una mano de sombra se posó sobre su hombro. Se dio vuelta, el hacha levantada.

—No golpee, no mataría más que a un muerto —dijo una voz suave—. Mire. ¿Tengo el aspecto de un vivo?

Los ojos de Martin, todavía llenos de luz, retomaron la costumbre de la noche. Delante de él estaba un viejo con el rostro oculto bajo una barba blanca. Sus mangas rotas dejaban pasar los huesos de sus codos. Un gran agujero de su ropa descubría los arcos de sus costillas. Sobre sus pies desnudos, sus piernas, alrededor de las cuales flotaban harapos de paño, se parecían a unos palos. Se apoyaba sobre un arma hecha con un gran cuchillo curvo atado a una estaca. Se puso a reír, dulcemente, con una risa rechinante, siniestra. Martin se estremeció.

—Sí, hubiera podido desangrarlo antes de que me hubiera oído llegar —dijo—. Baje su hacha. No golpearía más que a una vieja bolsa de huesos. Hubiera podido matarlo mientras miraba por esa ventana. Usted ni se acordaba de cuidarse. Las personas que se acercan a este lugar pierden hasta la preocupación por su vida.

»Escuche, debe irse. Esta casa alberga a las siete hijas del almirante. Las conozco. Las he visto llegar una después de otra, cuando su padre las traía de las distintas partes del mundo adonde ellas han nacido. Llegaron siendo minúsculas, cada una en brazos de una nodriza de su color. Ahora la mayor tiene treinta años. Es una gorda rubia del norte, con ojos color de miel. La más joven tiene quince; es una amarilla del Oriente, de cabellos como el charol. Sus uñas son de color sangre. Su padre se ha ido a pescar perlas al Archipiélago. Les manda valijas llenas de ellas, que gastan al punto en toda clase de diversiones. Él no puede volver nunca. Tiene que seguir pescando siempre, para mandar nuevos tesoros a sus hijas a quienes no ha visto crecer.

»Los hombres más bellos de la ciudad han franqueado la puerta de esta casa, limpiado sus labios en las sábanas de puntilla de al menos una de las hijas del almirante. La peste, el hambre, las catástrofes, nada han cambiado ahí. Si usted es joven, bello, si llega con los brazos cargados de ricas vituallas, puede golpear, lo reconocerán, y la casa lo recibirá. Pero si viene con las manos vacías y las mejillas hundidas, si la edad o las penurias lo han marcado, ni oirán el ruido de sus puños en la puerta. En ese caso, es mejor que siga su camino. No hay que hacer como éstos...

Tendió la mano hacia la noche y Martín adivinó, en los rincones oscuros, unas siluetas de hambrientos que cercaban la casa con su avidez de lobos flacos.

—Ésos no pudieron volver a partir. Están retenidos aquí por la sed y el hambre de todo lo que se encuentra en esta casa. Yo quisiera impedirles que apaguen las luces. Son las últimas luces de alegría del mundo. Hasta ahora no han intentado nada. He conseguido que me tengan miedo. Pero esto no durará siempre. Llegan a no tenerle más miedo a la muerte.

El viejo se rió sarcásticamente, hizo un gran gesto de amenaza hacia la sombra con su hoja. Martin oyó crujir sus articulaciones, y adivinó en la noche retrocesos y huidas. Pero la oscuridad se repoblaba rápidamente, se ponía densa. Un rumor ascendía, hecho de pisoteos, de murmullos y de rechinar de dientes. El viejo se excitaba, bailaba en el mismo lugar, se reía, insultaba a los hambrientos, describía

grandes círculos con su guadaña. Su barba blanca flotaba a la luz de la luna. Parecía no pensar más en Martín. Éste se aprovechó de ello para alejarse. Conservaba en sus ojos el reflejo de los relámpagos de carne y de llamas llegados hasta él a través de la hendidura del postigo, y en los oídos los chirridos de la voz y de los huesos del viejo.

Se volvió con la caravana, la hizo detener y contó su aventura a Francisco. Éste se puso a reír.

—Pero... ¿no reconociste la casa? Todo parisino conoce esas tres cúpulas y los macarrones de su fachada. Es el Delta, el más famoso lupanar de la capital. Y tu viejo sin duda tenía el cerebro descompuesto por el hambre. Tal vez las mujeres ahora se hacen pagar en vituallas, esperando aguantar así hasta días mejores. Pero corren el riesgo de que les cueste caro. De todos modos, vamos a pasar de largo por ese sitio.

Martín recibió nuevas órdenes y salió hacia otra dirección. Apenas se había alejado unos pasos cuando un concierto de gritos salvajes se levantó en la noche. Los muertos de hambre se lanzaban al asalto de la casa blanca.

A la noche siguiente, unos diez hombres armados de cuchillos cayeron de improviso en la retaguardia de la columna. Los sables y las hachas hicieron terribles estragos, pero Pelisson fue muerto. Cuando los tres sobrevivientes del grupo agresor huían, Francisco los interpeló y les ofreció entrar en su grupo, a condición de que le juraran obediencia. Lo que hicieron enseguida con una gran satisfacción.

Se llamaban Filón, obrero impresor; Debecker, zapatero, y Leger, abogado. No habían comido desde hacía tres días, ni bebido desde el día anterior.

El grupo se agrandó además con cinco guardias nacionales a caballo, los últimos sobrevivientes de una compañía que había tratado de llegar a la campaña con sus furgones. El cólera, el miedo y los ataques de los devoradores que se tiraban sobre los caballos con el cuchillo en mano y les cortaban lonjas incluso antes de matarlos habían aniquilado la compañía en ocho días. El doctor Fauque les dio a los nuevos reclutas una inyección anticolérica. Debecker y un guardia sucumbieron, los sobrevivientes continuaron el camino.

Vivían en medio de un espeso olor a podrido. Ya ni le prestaban atención. Toda sensibilidad estaba abolida. Los instintos primitivos y las reglas primeras del clan eran los únicos que reinaban: salvar el pellejo, cuidar el de sus compañeros, obedecer al jefe.

Por último las casas se espaciaron y, una mañana, los primeros árboles de los parques del cinturón de París aparecieron. Pero... bajo los árboles de los parques, como hongos venenosos, más cadáveres, cadáveres negros, en racimos, se desparramaban sobre el pasto.

Amanecía cuando la caravana llegó a proximidad de un alto muro que parecía cerrar un parque muy vasto. Una puerta de bronce entreabierta dejaba ver, al fondo de una alameda sembrada de grava, una casa grande, de cuatro pisos, de estilo siglo XX,

que parecía deshabitada.

Francisco se aseguró de que la puerta del parque podía cerrarse desde el interior y pensó que sería un sitio ideal para acampar. Hizo entrar a sus compañeros y los vehículos, cerró la puerta, organizó una especie de pequeño campamento parapetado, adosado al muro del parque y, hacha en mano, se acercó a la casa, acompañado por el fiel Martín.

Una escalera de cemento conducía a una escalinata baja. Una pequeña placa de mármol negro atornillada al lado de la puerta tenía grabadas estas palabras: «Instituto de Electroterapia Mental N.º 149».

—¡Ah! —dijo Martín—. ¡Estamos en lo de los pinchados!

En efecto, todo el mundo conocía la existencia, en las afueras de París, de seiscientos diecisiete institutos iguales, donde los locos eran cuidados de acuerdo al método inventado por un alienista del siglo xx. Su procedimiento había sido mejorado, pero el principio seguía siendo el mismo. Sentado sobre una silla eléctrica, el paciente recibía una serie de descargas de corriente a alta tensión, de una intensidad cuidadosamente calculada. En un gran número de casos, el choque devolvía la memoria a los amnésicos, el optimismo a los deprimidos, la modestia a los megalómanos, la moderación a los erotómanos, y, a todos, esa manera particular de considerar el universo que los hombres llaman la razón. La proporción de los curados era de un ochenta por ciento.

Un ministro de Medicina, que tenía el predestinado apellido de Depincher, se había visto seducido por la eficacia de esa terapia y la había nacionalizado. Era a él a quien los parisinos debían la edificación, alrededor de la capital, de este cinturón de institutos encargados de defenderlos contra la locura por la aplicación del método del choque eléctrico.

Igualmente había dotado a todas las otras ciudades con institutos similares. El pueblo dio a la vez a los instrumentos y a los institutos que los albergaban el apellido del ministro. Éste, fugitivo titular de una cartera, estaba volviéndose a su vez tan célebre y no menos olvidado que el señor Quinqué o el señor Basural.

La usina, la radio y el alcohol reunidos descomponían un gran número de cerebros. La libreta de salud, que todo ciudadano recibía al nacer, y gracias a la cual le era imposible escapar a las doce vacunas y a las veintisiete inyecciones obligatorias, permitía vigilar el estado mental de la comunidad y de cada uno de sus miembros. En el 2026, una ola de nerviosismo y de pesimismo amenazó a la nación y provocó un enorme recrudecimiento de divorcios y de suicidios. Por advertencia del Gran Consejo Médico, el gobierno dictó entonces un decreto de urgencia. Toda la población pasó por la silla de choque. Hombres, mujeres, niños, viejos, cada uno recibió su golpe de Depincher.

El resultado fue tan convincente que una ley instituyó un examen mental anual

obligatorio para todo el mundo. De resultas de ese examen, cada primavera, un gran número de ciudadanos pasaban por el Depincher. Los simples nerviosos, ansiosos, con tics, los que hacen muecas, tartamudos, tímidos, aquellos que se ponen colorados por nada y los que se duermen parados, los desmemoriados, los que hablan de noche, los distraídos, los que tragan viento, los rechinadores de dientes, los temblorosos, los jactanciosos, los parlanchines, los boquiabiertas, los excitados, los blandos, los coléricos, los contritos, en resumidas cuentas, los pequeños perturbados recibían solamente una pequeña sacudida que los volvía a empujar por el camino recto del hombre medio del que intentaban apartarse.

La salud pública ganaba con ello, y la calidad de la mano de obra, manual e intelectual, lo mismo. Ciertas grandes empresas en donde el trabajo, particularmente penoso, excitaba una enormidad al consumo de los espirituosos, había hecho instalar unos depincheros en la misma usina, entre la cantina y el mingitorio. Cada obrero cuya producción bajaba, iba ahí a tomar un choque.

Para curar a los grandes alienados, los obesos, los idiotas, había que meterles un buen golpe que les envaraba los músculos, les revolvía la médula, y les hacía hervir un poco la materia gris. Muchos volvían a entrar en razón. Un tal que se había sentido Napoleón o Dios Padre se levantaba tornero sobre metales, empleado bancario o picador de billetes en el subterráneo, y siempre encantado, lo que demuestra que el hombre se contenta fácilmente con su suerte. Era, en todo caso, recuperado en tanto que ciudadano útil a la colectividad.

Los resistentes, aquellos que se aferraban a sus sueños, se crispaban sobre la silla con la espuma en los labios y los ojos saltados, que soportaban sacudidas como para matar seis asnos y hubieran hecho más bien reventar la máquina que aceptar que les pusieran el cerebro al derecho, eran objeto, desde hacía algunos meses, de una nueva tentativa. Un físico de Oslo acababa de descubrir un nuevo «rayo». La prensa había hablado largamente de sus trabajos. Sin describir en detalle su aparato, había dado a entender que estaba constituido por una ampolla de casco de oro que contenía un filamento de un metal nuevo obtenido por la desintegración parcial y dirigida de una aleación a base de cobre. Ese filamento, bañado en un gas raro que ya había sufrido un principio de desintegración, era atravesado por una corriente extremadamente poderosa. El sabio había comprobado que su aparato emitía entonces unos rayos a los cuales dio el nombre de su ciudad natal, y que poseían la particularidad de ser asimilables por los organismos enfermos, que encontraban en ellos con qué curarse.

Así, pues, había alimentado de rayos Oslo a varios animales que habían sido sometidos a contagios o a traumatismos. Un cobayo, en plena crisis de peste inoculada, había recuperado la salud en pocas horas. Los huesos fracturados de la pata de una vaca adulta se habían soldado en una noche. El físico había entonces intentado las más curiosas experiencias. Había desplumado una gallina viva, y

sometido a la volátil a la radiación de su lámpara. Las plumas habían vuelto a crecer ante sus ojos para alcanzar en dos días el tamaño de las que él había arrancado. Unos caracoles con la concha rota se habían hecho una nueva en menos de una hora. Las heridas de un perro al que él le había abierto todos los músculos y el vientre se habían cerrado y cicatrizado en noventa y siete minutos. Una docena de arenques habían vivido tres semanas fuera del agua y aumentado de peso.

Todo sucedía como si los rayos de Oslo pusieran a disposición del organismo una cantidad considerable de energía que éste movilizaba y empleaba en los puntos más amenazados, con tanta mayor rapidez cuanto la amenaza se revelara más seria.

Algunos inconvenientes, sobre los cuales los artículos de divulgación no se habían extendido, habían hasta ese momento impedido al sabio inventor aplicar en el hombre sus rayos asimilables.

París, siempre en la vanguardia del progreso y de la ciencia, se sintió en la obligación de tener esa audacia. Los institutos «depincheros» estaban dotados de una potente instalación eléctrica. Seis de entre ellos fueron equipados con aparatos Oslo: el Gran Consejo Médico decidió tratar ahí a los alienados incurables. No dudaba que la misteriosa energía iría a rastrear, en lo más recóndito del laberinto cerebral de esos desgraciados, la lesión a la cual debían su locura, y la remediaría. Un reportaje radiofónico había anunciado, con bombos y platillos, el inicio de la experiencia, pero nadie, desde entonces, había oído hablar más de ello. Los institutos en que se estaba aplicando, Francisco lo recordaba, eran los números del 147 al 152. Era en el parque uno de ellos donde la caravana acababa de entrar.

No se oía ningún ruido en el interior. El instituto parecía abandonado. Francisco mandó a Martin a buscar al doctor Fauque. Cuando los dos hombres estuvieron a su lado, llamó a la puerta. No hubo respuesta.

Giró el pomo. La puerta se abrió. Francisco entró el primero, con el hacha lista a golpear. Se encontró en un hall circular pintado de blanco, amueblado con dos canapés y una mesa redonda fijados al piso. Cuatro puertas daban sobre esta entrada. Tres llevaban respectivamente las inscripciones: Secretariado, Economato, Dirección. Los intrusos abrieron por empezar las dos primeras y se encontraron con piezas vacías en donde reinaba un ligero desorden. En la pieza cuya puerta estaba marcada «Dirección» había un escritorio, unos sillones antiguos y una gran biblioteca llena de preciosas encuadernaciones. Sobre el escritorio, un legajo parecía haber sido hojeado por el director del instituto justo antes de su partida. Su tapa llevaba este título: *Informe sobre las tentativas de cura de cinco mitómanos reputados incurables, por el método llamado de los rayos de Oslo.*

El doctor Fauque se apoderó de él y recorrió rápidamente las pocas hojas cubiertas con los finos caracteres de un gramófono, ese maravilloso instrumento que escribía al dictado. Muy interesado por algunas líneas leídas al pasar, hizo seña a

Francisco de que continuara sin él la ronda, se sentó en un sillón y se puso a leer todo el informe.

Éste, después de haber dado precisos detalles sobre los cinco enfermos y sobre el desarrollo de la cura, llegaba a una conclusión pesimista. No solamente los alienados no habían acusado ninguna tendencia hacia la curación, sino que, por el contrario, parecían extraer de la energía que les era prodigada un alimento nuevo para su locura. Esa energía, lejos de combatir el mal en el seno de su organismo, parecía ponerse a su servicio. Llegado a esta conclusión, el director del Instituto 149 había creído su deber detener la curación. El resultado fue catastrófico. Los enfermos tuvieron reacciones extremadamente violentas, que se tradujeron, en tres de ellos, en una materialización de la ilusión del enfermo, seguida de la muerte de éste. Pareciera como que la energía que habían acumulado se liberara bruscamente tomando el canal de su locura, y diera entonces a ésta una tal intensidad que la hacía pasar al dominio de lo real.

Al detenerse la cura, el loco número uno, que se creía Juana de Arco, había sido atacado por una afección que comenzó por un ataque general de urticaria, para tomar muy rápidamente un carácter más grave. La inflamación se transformó en profundas heridas, análogas a las producidas por graves quemaduras. Esas heridas se abrieron, en pocas horas, hasta llegar al esqueleto, mientras la piel tomaba un color negro, una apariencia carbonosa, y la carne se descomponía y esparcía un olor atroz a puerco asado. El rostro del enfermo, único respetado, expresaba una felicidad perfecta, la dicha total del hombre que por fin se identifica con su sueño. Incontestablemente, ese hombre había muerto quemado por una llama interior, por un fuego que su furiosa voluntad de ilusión, sin duda, había construido con la cantidad enorme de energía que había acumulado, y que de golpe acababa de liberarse.

El loco número cuatro murió en una hora, de una hemorragia nasal que nada pudo detener. Sus últimas palabras, pronunciadas con una alegría rayana en el éxtasis, fueron: «¡Me he derramado!» Ése se creía botella.

El número cinco, un alfeñique que se creía Hércules, había marcado, en la pesada, un prodigioso aumento de peso, por más que ni su volumen ni su aspecto hubieran sufrido ninguna modificación. La misma noche de la detención de la cura, pulverizó la puerta de su célula, aplastó a trompadas a los enfermeros que acudieron, y huyó. El director del Instituto se enteró en plena noche que su pensionista fugitivo, recomenzando al revés los trabajos del semidiós, se había introducido por rotura en una escuela femenina y había emprendido, en detrimento de las pensionistas, la reedición de su proeza número trece. Nadie había podido frenarlo. Sólo la huida salvó algunas virtudes, pero la mayoría de las jóvenes fueron presa de una extraña languidez que les quitó toda posibilidad de irse. Al menos, eso fue lo que declararon. La directora de la escuela, despertada por una de las víctimas, llamó a la policía que abatió al enloquecido en el camino del éxito.

El informe hacía notar que la intrusión de la policía era lamentable, y que era una pena para la ciencia que el número cinco no hubiera sido dejado en estado de proseguir la serie de sus hazañas.

Los otros dos enfermos habían podido ser salvados por la reanudación inmediata de la cura de rayos. Eran los números dos y tres, que respectivamente se creían Jesucristo y la Muerte.

El director del Instituto proseguía su informe pidiendo instrucciones al ministerio: «La experiencia», agregaba, «no ha sido inútil. Los resultados obtenidos, si bien son contrarios a los que se esperaban, permitirán quizá llevar alguna luz sobre el caso de ciertos “curados milagrosamente”. Tal vez, por otra parte, este método, aplicado con moderación sobre hombres de mentes sanas, permitiría obtener curaciones de malformaciones orgánicas, o capacidades de trabajo excepcionales aplicadas a una tarea específica».

«Sin embargo», agregaba el director del Instituto 149, «me permito dudar de ello, porque uno de los elementos de generación de los “milagros” a los que hemos asistido fue indudablemente la prodigiosa obstinación en la idea fija de los enfermos tratados. Es de temer que ningún hombre en su sano juicio sea capaz de tamaña fijación».

Y terminaba: «Después de que los números dos y tres han reanudado la cura, han acumulado casi dos veces más energía que los números cuatro y cinco. ¿Qué pasará cuando la interrumpamos? ¿Tengo que detener bruscamente la cura en interés de la ciencia y en detrimento de los pacientes, o tratar de salvar a estos últimos sometiéndolos a una especie de deselectrificación progresiva? Espero las instrucciones del señor ministro».

Francisco y Martin volvieron justo cuando el doctor Fauque terminaba la lectura del apasionante informe.

—Nadie en la planta baja ni en los pisos —dijo Francisco—. Todo el mundo ha debido irse después de la catástrofe: enfermos, enfermeros, médicos. Pero el subsuelo está cerrado por una puerta blindada de la que no he encontrado la llave. Antes de decidir si acampamos aquí, me gustaría mucho saber lo que tenemos debajo de los pies.

—Creo saberlo —contestó el doctor Fauque. Les resumió el informe que acababa de leer y les puso bajo los ojos las últimas páginas—. La puerta blindada que no pudo abrir debe ser la de las células de Oslo. Y seguro que éstas son las llaves.

Señalaba con el dedo, sobre el escritorio, al lado del gramófono, un manojito de llavecitas de níquel.

—¿Vamos a ver?

—¡Vamos! —asintió Francisco, interesado—. Tengo curiosidad de ver esa instalación.

Al fondo de una escalera invadida por la penumbra, brillaba la masa pulida de la puerta del subsuelo. Bajaron los contados escalones. El deslizamiento sigiloso de sus flexibles suelas sobre la alfombra de la escalera era el único ruido de la casa. El doctor Fauque paseó sus dedos por la fría superficie de la puerta, encontró la cerradura, probó la más grande de las llaves. Empujó con todo su cuerpo la pesada batiente, que abrió despacio, sin ruido. Detrás era la oscuridad total.

Francisco accionó su encendedor. La débil luz se multiplicó sobre los lisos tabiques de un corredor de paredes de metal. En las dos paredes, se veían diez puertas. Cada una llevaba un número. Del techo colgaban dos difusores de luz, por entonces apagados. Sobre las dos puertas más próximas, que se enfrentaban, el doctor Fauque, entrado el primero, leyó los números 1 y 10.

—Aquí están las famosas células —dijo.

Había bajado la voz. Poseía un espíritu a la vez científico y un poquitín escéptico, que lo preservaba de muchas emociones. En ese subsuelo blindado, donde cinco hombres habían recibido el extraño tratamiento que había llevado a tres de entre ellos al milagro, se sentía sin embargo invadido por una turbación poco común. ¿Era acaso el efecto del silencio total, de la oscuridad, o de ese extraño olor a azufre y a incienso mezclados, que los tres hombres habían percibido apenas la puerta fue abierta? Sentía, en todo caso, la curiosidad científica que lo impulsaba hacia adelante, frenada por una especie de temor. Su corazón latía como el día en que, siendo un joven interno, había por primera vez aplicado el escalpelo eléctrico sobre la carne de un enfermo.

Detrás de él, Francisco y Martín, menos conmovidos, estaban sin embargo impresionados, tanto por las vacilaciones del doctor como por el ambiente particular del lugar. Por último el médico se recobró, se irguió, empuñó su barba con la mano izquierda y con la derecha giró la manija de la puerta 10. Se abrió con facilidad. Los tres hombres entraron. El encendedor a quintaesencia de Francisco iluminó una pieza minúscula, de forma circular, cuyo diámetro no sobrepasaba con seguridad los dos metros. Los tabiques y el piso estaban hechos con el mismo metal pulido. El doctor Fauque accionó a su vez el encendedor y lo levantó todo lo que pudo. El techo, muy alto, se hundía en forma de espejo cóncavo. Del centro de ese espejo colgaba una bombilla de oro, la famosa emisora de las radiaciones asimilables.

—Esta célula nunca debe haber sido utilizada —dijo el doctor—. Veamos la del número uno, la del hombre que murió quemado...

La puerta de enfrente se abrió sin ninguna dificultad, pero el interior de la célula mostraba un aspecto muy diferente. El metal de los tabiques y del piso había perdido su bruñido. Examinándolo de cerca, los tres hombres vieron que estaba profundamente carcomido. Se había vuelto poroso y cedía bajo la presión del dedo, que se hundía hasta un centímetro. En el piso, una cucheta metálica, que cortaba en

dos la célula, se deshizo en polvo por una patada que le dio Martin. El techo parecía igualmente opaco, y había debido soportar el mismo ataque. Solamente la bombilla de oro brillaba débilmente.

—Salgamos rápido de aquí, muchachos —dijo el doctor Fauque—. Todavía vagan por esta pieza peligrosas radiaciones.

Francisco cerró la puerta y se fue directo al extremo del corredor, a la célula cinco, la del nuevo Hércules. La puerta, cuando la tocó, casi se le cae encima. Estaba a medias arrancada de sus goznes y portaba huellas de una extrema violencia. El interior de la célula ofrecía el mismo aspecto que el de la célula uno.

El doctor Fauque, por su parte, puso la mano en la manija de la célula dos, la del hombre que se creía el Hijo de Dios. Pero la manija se resistió, y la puerta se negó a abrirse.

—La puerta está cerrada —dijo con voz muy excitada—. Francisco, venga. ¡Tal vez haya alguien aquí adentro!

—De todos modos, no puede haber más que un muerto —contestó el joven, que había vuelto sobre sus pasos—. ¡Después de tanto tiempo! Esta casa, cien indicios me lo han probado, está abandonada desde hace mucho tiempo, tal vez desde el mismo día de la tragedia...

—¡Schtt! —cortó bruscamente el padre de Colette—. ¡Escuche!

Los tres hombres prestaron oídos. Al principio no oyeron nada, pero por fin percibieron algo así como un ruido de lluvia, lejano y muy suave. Pero provenía de la célula cinco, que Francisco había dejado abierta. Era sin duda producto del trabajo de disgregación del metal. Detrás de la puerta cerrada, la célula dos seguía silenciosa. De golpe, el doctor Fauque se puso a golpearla con el puño.

—¿Hay alguien ahí adentro? —gritó.

Nadie le respondió.

—Mire más bien si no tiene una llave que abra —dijo con calma Francisco.

—Tiene razón. ¿Adónde tengo la cabeza?

La primera llave que probó entró, pero no quiso girar. La segunda no entró. La tercera se atascó. No podía ni hacerla seguir adelante, ni retirarla. Se ponía nervioso, amenazaba con romperla. Francisco le sacó el manajo de las manos, consiguió sacar la llave y probó con la siguiente. Entró, giró. La manija cedió. Francisco tiró la puerta hacia él.

El doctor Fauque no se había equivocado: ¡Había alguien ahí dentro!

Los tres hombres, con el aliento cortado, miraban el extraño espectáculo que se ofrecía a sus ojos. Sobre el suelo, un hombre desnudo estaba tendido entre los escombros de su cucheta. Las plantas de sus pies, cercanas a la puerta, mostraban cada una una llaga redonda, embadurnada de sangre seca. Sus manos, cruzadas sobre su vientre, tenían los mismos estigmas. Una herida abría su flanco.

—Las llagas de Cristo —murmuró el doctor.

—¡Increíble! —contestó Francisco en voz baja.

Martin, totalmente turbado, castañeteaba los dientes. Se persignó repetidas veces y se apoyó al tabique del corredor. No quiso entrar en la célula.

El doctor Fauque, a quien le había vuelto la calma, se inclinó y puso su mano sobre el pecho del hombre. Lo encontró frío. El corazón ya no latía. Le levantó un párpado, le acercó a la pupila la llama de su encendedor, se incorporó. El hombre se quedó con un ojo abierto en dirección al techo. Una larguísima barba negra enmarcaba su mentón. Era calvo.

—No cabe ninguna duda de que está muerto —dijo por fin el médico—. Ha sobrepasado el estadio de la rigidez cadavérica, pero no ofrece ningún síntoma de descomposición. Tal vez ha sido conservado por esto...

Señalaba con el dedo un fino polvo gris, caído de las paredes metálicas carcomidas hasta la mampostería, y que recubrían el muerto y el piso.

—¿Se ha dado cuenta? No hay ni un grano de polvo ni sobre el rostro ni sobre las llagas.

—Sí, es muy extraño.

—Salgamos de aquí. Ya que acamparemos en el lugar, vendré a buscarlo cuando haya dormido un poco. Lo subiré a la luz y me daré el gusto de hacerle la autopsia.

Hizo pasar a Francisco delante de él. Cuando llegaban a la puerta de la célula, se detuvieron de golpe, con las piernas flojas y todos los pelos erizados de espanto.

Detrás de ellos, el muerto había suspirado. Se dieron vuelta lentamente. Tenían miedo de mirar.

El hombre había abierto su segundo ojo, se había incorporado y los miraba.

—Sin embargo —dijo el doctor Fauque con voz entrecortada—, sin embargo, no me había equivocado. ¡Estaba bien... muerto!

—¡Desde tal vez unos quince días ha estado encerrado ahí! —corroboró Francisco.

El miedo causado por la sorpresa había pasado. El placer de saberse el testigo de un acontecimiento poco común lo llenaba por completo. Lo que se producía ante sus ojos era lógico. Hubiera debido esperarlo, después de haber oído al doctor contarle los otros casos. El loco número dos, sustraído bruscamente a la cura por la desaparición de la electricidad, había reaccionado como los demás. Se había creado las llagas del Cristo, hasta se había creado su muerte, o tal vez una apariencia de muerte, y ahora...

El demente se había levantado con lentitud, se acercaba a los dos hombres. Alzó la mano, abrió la boca, habló:

—Hombres de poca fe —dijo con voz grave—. ¿Por qué ese asombro? ¿Acaso no he resucitado ya?

Su mano estaba casi bajo la nariz del doctor. En la llaga abierta de la palma, éste vio los tendones y los huesos. Empujó a Francisco al corredor, salió a su vez. El hombre les seguía los pasos. Dio vuelta la cabeza, miró a su alrededor:

—Qué oscuro está aquí —comentó. Después, alzando los brazos, agregó—: ¡Que la luz sea hecha!

—Le pido disculpas —acotó Francisco—, pero usted usurpa derechos. Eso le pertenece a Dios Padre.

—¿Acaso no somos uno, él y yo? —replicó, con un tono de suave reproche, el recién levantado.

De nuevo extendió sus manos perforadas, y los tres hombres, trastornados, se encontraron de golpe inundados de una luz azul como el azul de un cielo primaveral, que no salía de ninguna parte y no dejaba subsistir ninguna sombra. Los tabiques de los corredores empezaron a alejarse unos de los otros hasta el infinito, el piso se hundió, se fue a encontrar con el cielo del otro lado de la tierra, el techo subió más arriba que el del sol. El espacio había desaparecido, la materia no existía más, los pies no se posaban en ninguna parte, el ojo no veía ninguna forma, la piel no tocaba nada palpable; el oído, por último, escuchaba la música del silencio absoluto: la luz había penetrado y bebido sus carnes.

Eso duró el tiempo de un segundo de eternidad. La luz amainó. Los hombres sintieron nuevamente la presencia de su cuerpo. Retornó la oscuridad, total, en tanto que el talón del resucitado desaparecía en lo alto del último peldaño de la escalera.

Martin cayó de rodillas y se puso a sollozar, la cara entre las manos, conmovido por la pena de la felicidad perdida.

Francisco se sentía como exiliado. A medida que las fracciones de segundo pasaban, perdía el recuerdo preciso de la iluminación, como el de un sueño del que uno siente, al despertar, la radiante presencia detrás de la puerta de la conciencia, vuelta a cerrar. Pero quedaba en él la nostalgia. Bastaba ésta para colmarlo con la convicción de que él era torpe, imperfecto estúpido, inhábil, grosero, maloliente. Estaba seguro de que nunca jamás tendría ya, durante su vida, otra meta que la de tratar de volver a encontrar ese mundo de luz por el que acababa de pasar. Pero... ¿dónde? ¿Cómo? Sus pies estaban soldados al suelo.

—Peso una tonelada —dijo, y su voz chirrió a sus oídos como la de un sapo.

Por más penosos que fuesen sus pensamientos, lo llevaron, sin embargo, a la idea de que tal vez existiera un camino. Se había encontrado ya otra vez sobre la vía de la luz. Había tenido la presciencia de ello. Se había acercado, antes de ese día, al país de toda gloria. Y el rostro de Blanca apareció en el interior de su memoria. El azul de sus ojos era el mismo que el de la claridad milagrosa. Una ola de felicidad le llenó el corazón: sabía dónde encontrar su paraíso.

—Y bueno, muchachos... ¿qué me dicen? —sonó la voz maravillada del doctor

Fauque—. ¿Se dan cuenta de la energía fabulosa de que dispone ese ser? Cuando la haya disipado, caerá muerto, pero esta vez de verdad. Sin embargo, me gustaría mucho saber hasta dónde lo va a llevar. Vamos a dar una rápida ojeada a la célula tres y voy a correr detrás de ese impresionante y falso hijo de Dios.

Exultaba. Su espíritu crítico lo había vuelto inmediatamente al país de las realidades. No veía en la aventura más que un intercambio de fuerzas, manifestaciones extraordinarias, de una nueva forma de energía, pero que podían ser sometidas al examen de la razón.

Ya había probado dos llaves en la puerta tres. Francisco se precipitó y le tomó la mano.

—Doctor, piénselo antes de abrir. Lo que acabamos de pasar nos demuestra que unas fuerzas peligrosas están en juego aquí. ¿Qué vamos a encontrar en la célula del que se creía la Muerte?

—¡Bah! No le tengo miedo a nada. La aventura es demasiado bella como para que no la siga hasta el fin. ¡No se dirá de mí que he tenido miedo, cuando se me ofreció la ocasión de mirar a la Muerte de frente!

Francisco, preso él mismo de una intensa curiosidad, no insistió. Mientras hablaba, el doctor seguía probando las llaves. Se equivocaba, volvía a tomar las mismas. Francisco se alejó un paso, tomó por los hombros a Martin, siempre sollozando, pero que parecía calmarse un poco, y lo levantó. El doctor Fauque alzaba su encendedor, abría la puerta.

Un frío atroz invadió de un solo golpe el corredor. Los dos hombres vieron al doctor retroceder, dar vuelta hacia ellos su rostro convulso de horror, sus ojos casi arrancados de las órbitas por el espanto, mirando por la abertura de la puerta lo que ellos no alcanzan a ver y que debía ser lo abominable... El frío ya les ha helado todos los músculos superficiales. Tienen la piel dura como el hielo. No se pueden mover más. El frío se hunde en ellos, alcanza las costillas, los pulmones. El doctor cae contra la puerta. La puerta se cierra golpeando. El frío desaparece.

Pero... ¿acaso hizo frío? Francisco siente sus hombros un poco duros, y su piel muy sensible al tacto, como después de una quemadura de sol. Pero el doctor Fauque no se vuelve a levantar. Francisco lo recoge, lo alza, sube la escalera corriendo seguido de Martin, acuesta al doctor en el suelo, a la luz. El rostro del doctor conserva la huella de un abominable estupor. Su corazón no late más. Está muerto, y ya frío, terriblemente frío, como un pedazo de carne sacado de la heladera.

Francisco se incorpora. Se le ha ocurrido una idea, una idea loca. Pero... ¿acaso no están en plena locura, desde que han franqueado la puerta blindada?

De nuevo toma en sus brazos el cadáver, y he aquí que se pone a seguir las huellas de los ensangrentados pies. Va a buscar al falso Cristo, le va a pedir que resucite a ese muerto de entre los muertos, le va a pedir ese milagro.

Los pasos trágicos lo conducen a una puerta que se abre detrás de la casa. Se continúan afuera. En todas partes donde los pies se han posado, el pasto retorcido y amarillo por la sequía se ha erguido, ha reverdecido, se ha poblado de flores y de mariposas. Francisco ve en el parque, a doscientos metros, la silueta blanca que se pasea entre los árboles. Corre. Aprieta contra sí el cadáver que le hiela el pecho. Martin lo sigue, sofocado por la emoción.

Llegan delante del hombre. Sin decir palabra, Francisco pone una rodilla en tierra, posa en el pasto el cuerpo del doctor.

El hombre vuelve hacia ellos un rostro bañado de serenidad. Una paloma se posa en su hombro izquierdo. Un pichoncito de gorrión colgado de la barba con sus dos patas, pía y bate sus alitas. Arrendajos, mirlos, ruiseñores, currucas, gorriones, aguzanieves, cuervos, petirrojos, urracas, jilgueros, y hasta lechuzas y búhos giran alrededor de él, y cada uno larga su grito de alegría. Ve a los dos jóvenes arrodillados a sus pies, al lado de ese muerto. Comprende. ¿Acaso no ha resucitado a Lázaro? Sonríe. Está feliz de hacer un milagro. Esboza un gesto. Va a levantar la mano, extenderla sobre el cuerpo del desgraciado.

Martin se tapa los ojos. Francisco quisiera abrir los suyos todavía más grandes. Oye que sus sienas zumban, que su corazón galopa...

Cuando levantó la mano, el hombre hizo una mueca. Levantar la mano es una cosa difícil. Hace falta una enormidad de fuerza. Nunca tendría la suficiente. No le quedaba ni un poquito. Su mano, apenas alzada, volvió a caer a lo largo de su muslo. Sus piernas flaquearon. Se desplomó sobre el pasto. Los pájaros volvieron a las ramas altas.

Francisco saltó por encima del cuerpo del médico, se inclinó sobre el insensato, quiso sacudirlo. Sus manos se hundieron en la carroña. La hediondez lo hizo retroceder. Ya la carne viscosa resbalaba de los huesos, se deslizaba hacia la tierra. La piel del cráneo se partió y se escurrió. Los huesos de los dedos de los pies apuntaban hacia el follaje.

De lo alto de los árboles, tres cuervos volvieron a bajar.

Narciso, que cuidaba de la caravana, empezaba a inquietarse. Iba a partir a su vez hacia la casa en medio del parque, cuando Francisco desembocó de un camino que se internaba entre los árboles. Llegaba lentamente. Transportaba sobre un hombro al doctor Fauque muerto, y sobre el otro, a Martin desmayado.

Colette se echó sollozando sobre el cuerpo de su padre. Francisco contó en pocas palabras lo que había pasado. Martin, vuelto en sí, confirmó sus declaraciones. Se había desmayado cuando vio al loco fundirse en la podredumbre. Todavía estaba impresionado.

Una vez cumplidos los últimos deberes con el doctor, la caravana volvió a partir y se instaló para acampar bajo un grupo de árboles a los que la canícula había dejado

algunas hojas. A la noche, reemprendió su camino hacia el sur. Tuvo que cubrir todavía dos etapas antes de que pudiera avanzar unos pocos metros sin encontrar a un muerto entre sus ruedas.

La primera etapa de malezas fue franqueada sin incidentes. Al despuntar el día, habiendo Pedrito terminado sus dos horas de vanguardia, Francisco confió el turno siguiente a Leger, quien no hubiera querido encarar esa tarea en plena noche: el abogado era, en efecto, un poco miope, y parecía ser muy ingenuo en sus relaciones con el mundo real, por más que era de una viva inteligencia y de una extensa cultura. Montó a su vez el caballo de uno de los guardias. El tranquilo animal, al cual se agarraba como podía, llevó en la mañanita su alta y flaca silueta. Precedía a la caravana por una antigua ruta invadida por la maleza, en la que las bicicletas y los remolques podían todavía rodar sin demasiado trabajo.

Después de una hora de marcha, sus camaradas vieron al abogado volver al galope. Al llegar adonde estaban ellos, tiró con demasiada fuerza de las riendas para sujetar al caballo, por lo que éste se encabritó. Leger rodó por tierra y su montura estuvo a punto de caérsele encima, cuando ya el improvisado jinete se levantaba frotándose las costillas. Su largo rostro blanco, todavía más alargado por una rubia barba de estopa de tres semanas, reflejaba una anormal excitación. Agitaba sus largos brazos. No conseguía decir exactamente lo que había visto:

—Unos árboles extraordinarios, sin tronco, dispuestos regularmente sobre una llanura desnuda, y, alrededor de uno de esos árboles, extraños pájaros, unas especies de enormes gorriones que arañaban con las patas y picaban con su pico...

Se calmó por fin y tomó un tono de abogado de empresas que expone a un cliente el estado del proceso:

—La regularidad de la separación de esos vegetales me ha inducido a pensar que la mano del hombre no es extranjera a su disposición. Asimismo, la llanura no ofrece el aspecto desordenado de los lugares inhabitados. He pensado —dijo a Francisco— que sería conveniente que usted viniera a echar un vistazo en esos lugares antes de que la caravana cruzara por ahí.

Francisco siguió al abogado durante quinientos metros. En una vuelta del camino, vio a su vez el espectáculo que había provocado el retorno del abogado, y se puso a reír como no lo hacía desde hacía mucho tiempo.

—¿Sabe lo que son sus famosos árboles, mi querido maestro?

—No —dijo Leger, un poco molesto.

—¡Son parvas de trigo! Y sus gorriones, sus gordos gorriones... son gallinas.

—¿Gallinas? ¡No me diga! Me gustaría verlas de más cerca. ¿Acaso no es ése el animal que el rey Enrique IV quería que cada francés pusiera en una olla todos los domingos?

—Justamente.

—¡Qué ocurrencia! —murmuró el abogado.

Francisco quería a toda costa evitar un conflicto con los campesinos. Sabía que éstos, con sus tractores inmovilizados, se arriesgarían a cualquier cosa para apoderarse de los caballos de la caravana. Había pues que alejarse de la granja de la cual este campo denunciaba la existencia. Pero las gallinas le resultaban muy tentadoras al joven. Decidió intentar la aventura. De todas maneras, las construcciones de la granja debían estar bastante alejadas, puesto que no se las veía por ninguna parte. Cortó una rama de un árbol vecino y, palo en mano, se aproximó suavemente a la parva alrededor de la que la gente cacareante picoteaba. Cayó como el huracán en medio de las volátiles y mató a seis mientras las otras huían con gran alboroto.

Ató las seis víctimas por el cogote al extremo de su palo y volvió corriendo, muy contento con su caza.

Una hora después, la caravana, que se había bifurcado, se detuvo al lado de las construcciones de una granja abandonada desde mucho tiempo atrás.

—Voy a aclarar para usted el misterio de la gallina en la olla —le dijo Francisco a Leger, después de haber inspeccionado el lugar.

Descubrió una inmensa marmita que había servido para cocer las papas para los cerdos. La hizo limpiar, mientras que Blanca encontraba en el recinto de lo que había sido el jardín, legumbres vueltas al estado salvaje y a medias disecadas por el sol, pero que bastarían, a falta de algo mejor, para darle gusto al caldo.

—En resumidas cuentas... —preguntó la señora Durillot, que por empezar había mirado con desconfianza a esos animales emplumados que Francisco pretendía hacerles comer—. En resumidas cuentas, ¿ustedes quieren cocinar eso como si fuera el «puchero familiar», el que fabricaba la usina del bulevar Saint-Jacques, cerca de donde vivíamos?

—¡Exactamente!

—Bueno, yo me encargo —dijo la joven, que agregó con el orgullo de la buena ama de casa—. Era mi especialidad en casa. Pedrito se chupaba los dedos.

Y ya se ponía en actividad, feliz de demostrar sus cualidades de ama de casa. Francisco había decidido hacer ahí un alto de dos días. Apostó unos centinelas, tomó un pequeño rollo de alambre y una pinza que había tenido la precaución de traer de París, y se alejó del campamento. Quería poner unas trampas, para mejorar la comida del día siguiente. Blanca lo acompañó. Tal vez estuvieron ausentes más tiempo del necesario para la colocación de algunas trampas. Cuando volvieron, el primer cuidado de Francisco fue para sus gallinas en puchero. Colette y la señora Durillot mantenían el fuego de la marmita. Pequeños chorros de vapor brotaban bajo la tapa. Francisco miró a la señora Durillot con aire inquieto. La joven mujer no parecía estar muy tranquila. Alzó a la vez los hombros y las cejas.

—Hice todo lo que pude —dijo—, pero confieso que no parece que haya tenido mucho éxito. También, qué ocurrencia, querer comer semejantes animales...

Francisco hizo deslizar la tapa. Una exclamación de horror se le escapó.

Entre las burbujas de un caldo verdoso, flotaban los cadáveres erizados de las gallinas, a las que la señora Durillot había puesto a cocinar sin vaciar ni desplumar...

# TERCERA PARTE

## El camino de las cenizas

*« ...sé que tiene que hacer calor y reinar viento marino».*

Rabelais (Pantagruélico pronóstico).

A la mañana siguiente, antes de dar la orden de partida para una nueva etapa, Francisco quiso dar un último adiós a la ciudad.

Trepó a una colina próxima y subió a la cima de un roble que la dominaba. Se quedó unos largos minutos observando. Cuando volvió al campamento, tenía cara de preocupado. Reunió a la banda en el viejo patio de la granja.

—Amigos míos —dijo—, acabo de dar un último vistazo a París. Lo hemos abandonado a tiempo. París está ardiendo totalmente. Un nuevo incendio ha debido declararse en alguna parte, por el sur de la ciudad. Desde mi observatorio, veía unas llamas y una humareda gigantescas.

»Igualmente otros incendios han estallado en todas las autopistas que se ven desde la colina, y en las ciudades que las rodean. Los autos llenos de quintaesencia, y el calor tórrido que nos castiga son sin duda alguna el origen de esos incendios. Si el tiempo sigue así, el fuego va a devorarlo todo. Correrá a lo largo de las rutas, destruirá primero las ciudades, luego alcanzará la maleza, y el pasto tan seco arderá con la más mínima chispa. El fuego solamente se detendrá en el límite de los campos descortezados para el arado, en las partes donde quedan todavía. Es un diluvio de fuego lo que esta vez se extiende sobre el mundo.

»El único medio de escapar al fuego es llegar, con toda rapidez, a un curso de agua bastante importante. No lo suficiente, sin embargo, como para que haya podido convertirse en navegable, porque los cursos de agua navegables están entre ciudades que van a arder a pleno sol. No hay tiempo que perder. El día toca a su fin. Preparen todo para la partida. Saldremos dentro de una hora.

Todos se dedicaron a ello sin una palabra. La alegría que hacía pocos instantes reinaba en el campamento se había apagado bajo la ducha de la cruel noticia.

Aislados, esos hombres se hubieran entregado al descorazonamiento y al miedo. Agrupados, cada uno contó con los brazos de todos y se sintió listo a combatir de nuevo por sus compañeros. No tenían dudas de que saldrían vivos de la lucha que iban a iniciar.

Comenzó entonces una terrible carrera. El viento se había detenido, como agotado, pero el ardor del sol aumentaba cada día. Toda la vegetación moría. Los árboles perdían sus hojas apergaminadas. Las llamas brotaban por todos lados y, crepitantes, agrandaban su ronda al galope. Las noches ya no eran negras, sino rojas.

Los incendios devoraban el cielo en las cuatro esquinas del horizonte. Francisco no pronunciaba ya ni una palabra que no fuera una orden precisa. Montaba el más nervioso de los cinco caballos; los otros tiraban los remolques y llevaban a las mujeres. El joven jefe pasaba sus noches en sucesivos galopes para buscar los pasajes libres, para encontrar, entre esas paredes de llamas, la fisura, la grieta oscura hacia la cual dirigir a sus compañeros. Veinte veces por noche había que desenganchar los remolques y empuñarlos a mano para franquear unos montes bajos, unas extensiones erizadas de espinos a través de las cuales la caravana progresaba a un ritmo de oruga. Algún incendio más o menos cercano iluminaba lo suficiente para permitir evitar los obstáculos mayores.

Los hombres estaban extenuados. Francisco se había puesto flaco y duro como un tronco de vid. Por la mañana, terminada la etapa, cuando por fin había encontrado un sitio para acampar y dado las últimas consignas a los centinelas, se derrumbaba en un sueño de piedra. Blanca se inclinaba entonces sobre su rostro tenso, invadido por una barba gris de polvo. Le limpiaba la frente, besaba sus ojos que no pestañeaban, se tendía a su lado, tomaba su mano dura entre las suyas y, confiada, se dormía. Cuando, habiendo partido antes que los demás, tardaba demasiado en volver, a medida que pasaban los minutos ella sentía crecer en su corazón una angustia que le daba la medida de su amor. Apenas estaba de vuelta, mientras que él daba las indicaciones para el camino, Blanca se reprochaba su inquietud. Lo veía recortarse, centauro negro sobre el cielo rojo, y no dudaba ya que los llevara al puerto. Él parecía no prestarle más atención a ella. Una voluntad de acero, una clarividencia exasperada se le habían despertado ante el peligro. La muerte surgía por todos lados. El tenía que mantenerla a raya.

Una mañana, el campamento había sido instalado entre un grupo de árboles, cerca de un río no demasiado ancho, pero de una profundidad de varios metros. A primera hora de la tarde, el guardia nacional a quien le tocaba el turno de vigilancia se durmió, y fue el crepitar del incendio lo que despertó a Francisco. El fuego llegaba desde río arriba, por las dos orillas a la vez. Francisco sacudió al centinela dormido, le mostró con un gesto las llamas y lo abatió de un hachazo. Después se puso a gritar, con una voz que hizo saltar sobre sus pies a todos los durmientes. Los equipajes, los vehículos, los caballos estaban siempre listos. Menos de un minuto después de la alerta, la caravana salía a escape por la ruta que costaba el río.

Recorrió varios kilómetros tan rápidamente como lo permitía el estado del camino. Había que correr más que las llamas. La ruta trepaba en línea recta una eminencia que el río contorneaba. Cuando los fugitivos llegaron a la cumbre, vieron, justo frente a ellos, un horizonte de fuego. A la izquierda como a la derecha, el incendio ante el cual huían se juntaba con el que abrasaba todo río abajo. Se encontraban en el centro de un círculo de llamas.

Francisco se irguió sobre sus estribos. Buscaba con desesperación una salida. Pero todos, desde lo alto de la colina, podían ver tan claramente como él que no faltaba ningún eslabón en la cadena de fuego que cercaba a la caravana. Ahora, todo había acabado. Los que sabían nadar, tal vez, podrían intentar salvarse por el río, pero... ¿los demás? El infierno corría hacia ellos.

Teste estalló en sollozos y se echó, como un niño perdido, en brazos de Colette. Narciso se puso a maldecir en todos los lenguajes de Montparnasse. Descolgó el sable sujeto a su bicicleta, lo blandió y partió el aire con grandes molinetes, gritando:

—¿Quién quiere acabar enseguida? ¿Quién prefiere que le haga un agujero en las tripas? ¡Vamos, vamos, uno por vez! —Insultaba al fuego, a la naturaleza, al universo.

La señora Durillot, tirada sobre el cogote del caballo, gemía cada vez más fuerte, camino al ataque de nervios:

—Mi chiquito, mi bebé, mi hijo, mi querido, mi chiquito...

Francisco saltó de su caballo.

—¡Haz callar a tu mujer! —le gritó a Pedrito.

Y él mismo se abalanzó hacia Narciso, que seguía gesticulando, medio loco de rabia impotente. Le arrancó el arma, lo golpeó con la guarnición del sable en el estómago y lo hizo rodar por tierra, sin aliento.

El joven jefe se puso al punto a gritar órdenes e hizo abatir a hachazos dos álamos de regular grosor.

—El fuego estará aquí dentro de media hora. ¡Dentro de diez minutos los dos árboles tienen que estar en el suelo!

Antes de ese plazo, caían en medio de un gran estruendo de ramas magulladas. Narciso vino, avergonzado, a unir sus esfuerzos a los de sus compañeros.

Echados de todas partes por el fuego, los animales de la maleza llegaban. Los hombres atajaban con la cara perdices en vuelo. El pasto hormigueaba de lomos rojizos. Conejos, liebres, tejones, zorros, serpientes, sapos, ardillas, ratas huían ante los pasos o rodaban bajo las suelas. Algunas gallinas y un cordero atestiguaban que el fuego había, en alguna parte, aniquilado una granja. Leger se puso a correr ante una cabra que, nerviosa, lo topaba con la cabeza gacha.

Pedrito le hizo pasar vergüenza:

—¡Déle una patada! ¡No es malo, usted ve muy bien que es un burrito!

El abogado, tranquilizado, retomó su trabajo al lado de un lobo flaco, agotado, llegado de algún lugar remoto del mundo y al que tomaba por un perro.

Despojados de sus ramas, los dos árboles fueron empujados desde el pie de la colina hasta la ribera. Cada bicicleta, puesta de plano, fue atada por su horquilla delantera a uno de los troncos, por su horquilla trasera al otro. El conjunto formó una balsa bastante pesada, sobre la cual hombres y mujeres se apuraron a sujetar las

mercaderías más preciosas. Nubes de insectos llegaban desde todas direcciones. Todos los pájaros de vuelo bajo que no habían podido franquear la barrera de llamas caían en la orilla. Su creciente número denunciaba la cercanía del azote.

El aire se estaba poniendo sofocante, invadido por una ceniza ardiente que se pegaba en los orificios de la nariz. El fuego apareció en la cumbre de la colina. Los animales lanzaron sus gritos de socorro. Los caballos, enloquecidos por ese concierto de desesperación, paraban las orejas, danzaban en el mismo lugar.

—¡Tomen las riendas de sus caballos! —gritó Francisco a los guardias.

Uno de ellos se puso a dar coces con las cuatro patas, alcanzó a Leger en plena cara, le puso todos los sesos fuera del cráneo, se desbocó, arrastró al guardia sujeto a su rienda, se destripó al caer sobre un tocón, y se derrumbó sobre el hombre, en el límite de las llamas. Un árbol ardiendo se abatió sobre ellos. Las llamas devoraban la pendiente. Todo el mundo se afianzó sobre la balsa, que cayó al río en medio de una gran salpicadura.

El lobo saltó el primero, se enganchó una pata en los rayos de una bicicleta, se levantó y se sentó sobre el trasero, con las orejas gachas, mostrando los dientes. Todos los sobrevivientes de la caravana se tiraron al agua y se colgaron de la balsa. Los guardias empujaron sus caballos por la tibia corriente. Una lluvia de animales los siguió. Sobre las dos orillas, los árboles ardían.

Lentamente, arrastrada por la corriente, guiada por Francisco desde adelante y por Pedrito desde atrás, la balsa se puso en movimiento. Hombres y mujeres hundían sus rostros en el agua, no sacándolos más que para respirar. Ramas en fuego, cohetes de chispas, olas de llamaradas caían hasta la mitad del río. Bolas incandescentes se hundían silbando en el agua: eran codornices asadas.

El río se internaba en el corazón de la hoguera. Los troncos de los árboles estallaban en el fuego como huesos bajo el diente de un perro. El agua, tibia, se ponía caliente. Restos carbonosos de todas clases cubrían su superficie como una costra. Las cabezas erizadas de los jabalíes y los hocicos puntiagudos de los animales trazaban en ella caminos al instante vueltos a tapar. La balsa cruzó la cabeza de un ciervo que remontaba la corriente, con una rama ardiendo colgada de sus cuernos.

Por más lentamente que se deslizara la nave en el curso de la corriente, salió sin embargo del grueso del incendio. Desfiló por un bosque de troncos rojos que las llamas habían ya abandonado. El calor que de ahí se desprendía hacía humear el río. Los fugitivos se ahogaban en el agua caliente. Se ahogaban casi igual cuando respiraban el aire saturado de vapor y de cenizas. Cada tanto un tronco estallaba, se partía en dos, de abajo a arriba, su corazón encarnado, y se desplomaba en el río en medio de una mortaja de vapor.

Luego el calor se hizo menos feroz. A los árboles rojos sucedieron los árboles negros. Al fin fue posible mantener la cabeza fuera del agua. Martín pescó de los

pelos a Teste que se hundía. Lo izó a la balsa, se subió a su vez. Todos lo imitaron.

El lobo, con una oreja chamuscada, el bigote quemado y la cola como carbón, había perdido toda agresividad. Como la balsa se acercó a la orilla para pasar una curva, aprovechó para saltar a la ribera. Apenas aterrizado, se puso a bramar, saltó sacudiendo sus patas, gritó a más y mejor cuando volvió a tocar tierra, dio todavía dos o tres brincos en medio de una nube de cenizas, cayó, se retorció, gimió y se calló. Sobre el suelo, su cuerpo chisporroteaba.

Fue necesario dejarse llevar durante más de dos horas antes de poder bajar. Por fin la balsa tocó una tierra enfriada y fue amarrada a un tronco. Después de una rápida comida, los escapados se abandonaron a la fatiga y se durmieron en el mismo lugar mientras caía la noche.

A la mañana siguiente, los fugitivos, descansados, miraron a su alrededor con ojos que no enturbiaban más el espanto. Habían desembarcado en un país de cenizas. Muy lejos, al norte, se alejaba el humo del incendio. Hacia el sur, hacia el oeste, hacia el este, tan lejos como se extendiera la mirada, no se veía una huella de vida vegetal. Un olor a tierra cocida brotaba del suelo. Una ligera capa de cenizas lo cubría uniformemente. Los caprichos del aire, el más leve paso, las levantaba en nubes. Los negros muñones de los árboles trazaban sobre ese desierto retorcidos signos.

Puesto que era imposible encontrar en esos lugares un reparo contra el sol, Francisco decidió volver a emprender el viaje enseguida, por vía fluvial, hasta la noche. Cada uno se instaló lo más confortablemente que pudo sobre la balsa. La lenta navegación recomenzó.

Muy pronto el ardor del sol se hizo insoportable. Había que regarse con agua sin descanso o zambullirse en el río. Por las orillas se sucedía el desfile de ese país de silencio, negro y blanco, seco, inmóvil, sin una mata de pasto, sin un soplo animal, sin un vuelo de insecto.

Hacia el mediodía, la velocidad de la corriente se aceleró, al mismo tiempo que la profundidad del río disminuía. Pronto los caballos hicieron pie. La corriente se rompía sobre sus grupas. La balsa adquirió una velocidad peligrosa. Francisco saltó al agua, seguido de los demás hombres. Se colgaron de la cuerda de amarre, trataron de acercar la balsa a la orilla, pero la corriente, que corría ahora a una velocidad de rápido, los arrastró a continuación de la pesada nave. A su vez, las mujeres, enloquecidas, saltaron al agua.

Pedrito largó la cuerda para pescar a su mujer, que se ahogaba. Blanca y Colette consiguieron agarrarse a una roca, verde de limo, que la bajante del río descubría en medio de su lecho. Los hombres tuvieron que soltar todo para pensar en su propio salvataje. El agua se precipitaba con furia hacia una cascada próxima, de la que oían el ruido de trueno. La balsa salió como una flecha. Su parte trasera se levantó hacia el cielo, y desapareció.

Mientras que sus compañeros alcanzaban la orilla, Francisco saltó sobre su caballo, lo hizo salir del agua, y partió al galope en dirección hacia donde la balsa había sido arrastrada. Esperaba volverla a encontrar después de la cascada, en la corriente ya otra vez calma.

Estaba sorprendido. No sabía que existiera semejante cascada en un río de esa región de Francia. Cuando llegó a esa altura, tuvo la explicación del fenómeno.

La sequía y el incendio, o tal vez algún otro cataclismo, habían hecho resquebrajarse la tierra y abrir una grieta de varios metros de ancho en el suelo calcinado. Prolongaba su corte hacia los dos lados del horizonte. El río caía en ese abismo con un terrible estruendo. El suelo temblaba bajo los pies. Nubes de agua pulverizada brotaban de los labios del abismo.

Alcanzado por sus compañeros, Francisco les mostró la balsa, encajada entre dos paredes de la fisura, a unos diez metros de profundidad. El agua rompía sobre ella y arrancaba poco a poco todo lo que allí estaba atado.

—Vamos a tratar de todos modos de salvar algo —decidió el joven—. Pero no hay un segundo que perder.

Hizo desnudar a todos los hombres, romper en dos sus pantalones, atar cabo con cabo las tiras de trapo así obtenidas. Fijó la extremidad de esa cuerda improvisada a un tronco sobre el borde de la grieta y se dejó resbalar. Llegó a la altura de la balsa, se balanceó y tomó pie en ella. Recibió sobre sus espaldas el tremendo choque del agua. Se sofocaba, se apuró, estibó un abultado paquete a la cuerda, cortó las ataduras que lo fijaban a la balsa y lo hizo izar. Cuando le mandaron de vuelta la cuerda, tomó el mismo camino. Ya no podía más. Estaba roto. Cien campanas sonaban en su cabeza. Los músculos de sus espaldas y de su pecho le parecían aplastados. El agua le había arrancado la ropa interior. Emergió chorreante y desnudo del abismo. Se tendió en el suelo, se contenía para no gritar de dolor. Le hizo una seña a Martin:

—Tú ahora. Salva lo que puedas.

Martin empuñó la cuerda, alcanzó la balsa y se impuso la obligación de subir una bicicleta. El agua se partía sobre su ancha espalda. Sus compañeros lo miraban, sopesaban su esfuerzo. Narciso se preparaba a zambullirse a su vez. Teste se dio vuelta un instante, y se puso de golpe a gritar. La corriente traía, a toda velocidad, un enorme tronco medio calcinado, que debía pesar varias toneladas. Hombres y mujeres gritaron todos a la vez. Martin en medio del estruendo de la catarata, los escuchó, y vio a través del agua sus gestos trágicos. Tendió la mano hacia la cuerda. El tronco negro y marrón franqueó el borde de la grieta, volcó, cayó sobre él, lo aplastó, estrelló la balsa, desapareció con los restos en las profundidades del abismo. Nada cortaba ya la curva del agua.

Doblados por el horror y la sorpresa, los testigos del rápido drama conservaban los ojos fijos en el fondo del abismo, donde acababa de desaparecer el panadero.

Colette estalló en sollozos.

—Amigos míos —dijo Francisco—, no hay que pensar más en él. Todos lo queríamos mucho. Era un simpático compañero. No les pido que olviden a nuestros muertos, pero sí que piensen primero en ustedes y en sus compañeros vivos. Cuando hayamos llegado a la meta, volveremos a recordar a aquellos que han caído en el transcurso de la ruta. Tenemos que encontrar antes de la noche un pasaje por esa grieta. Nos cierra el camino del sur. Tenemos que pasarla o encontrarle el final.

Hizo hacer un inventario del paquete que había subido. Contenía conservas, herramientas, llantas de bicicleta y otros objetos ya inútiles. La cuerda de la ropa había sido cortada y arrastrada con la balsa.

Para estibar sobre el lomo de los caballos los bultos de conservas, Francisco les pidió a los hombres sus calzoncillos. Les hizo conservar sus camisas que les protegían el pecho, el vientre y la espalda del sol. Él mismo vació una bolsa de conservas, le hizo tres agujeros en el fondo, pasó por ahí la cabeza y los brazos. Eso le resultó como un taparrabos que le llegaba a mitad de los muslos.

Las tres mujeres se subieron cada una a su montura. Los hombres debían turnarse para la cuarta. Y la caravana volvió a partir, esta vez en dirección al este.

Avanzaban entre una nube de cenizas. Todos sostenían delante de sus narices un pedazo de paño para evitar respirar el fino polvo. El calor era terrible. El grupo gris, minúsculo en la inmensidad de la maleza incinerada, seguía el camino negro de la grieta. Del otro lado de ésta corría el linde de lo que había debido ser un frondoso bosque. Los troncos desnudos de los árboles devorados por el fuego se erguían innumerables hacia el cielo, de un azul de piedra.

Después de un poco más de una hora de trayecto, los fugitivos se encontraron por fin ante un estrangulamiento de la grieta. Sus dos bordes se acercaban en ese sitio hasta a menos de un metro. Hombres y caballos cruzaron fácilmente ese pasaje.

Siguiendo la recomendación de Francisco, sus compañeros habían bebido mucho antes de salir, bebido hasta saciarse, pero ya empezaban a sentir en su paladar el deseo del agua.

No perdieron ni un minuto y siguieron derecho hacia el sur. El sol les permitía orientarse sin esfuerzo. Volviendo a tomar la dirección abandonada por el río interrumpido, Francisco esperaba cortar el lecho de alguno de sus afluentes. Llegar rápidamente ahí era la única esperanza.

Después de unos pocos pasos, penetraban entre los primeros árboles del bosque muerto.

Antes del paso del fuego, se alzaba en ese sitio un bosque cuyo follaje tendía un techo entre el cielo y la tierra. En esta espesura de vida verde, levantada en el extremo de las ramas por cien millones de árboles hercúleos, pueblos de pájaros volaban, alborotaban, largaban sus cantos de todos los colores. Las ardillas roían

minúsculos frutos. Las hormigas, caravanas de esclavas negras, subían los montes y precipicios de las cortezas y llevaban hacia las cavernas de la tribu las cargas de los tesoros robadas a todo lo que vive, come y puede ser comido.

En el suelo hormigueaban los animales reptantes, corredores, furtivos, y los hongos llevaban adelante su vida apurada entre los lechos de hojas muertas. Unos jabalíes mal despiertos gruñían formando un círculo en los matorrales. Unas ciervas probaban los ramos nuevos.

La espléndida bóveda había disipado en el cielo toda la sangre del bosque, toda el agua que se condensaba, muy alto, en tropeles de ovejas blancas, en echarpes rosas, al punto absorbidos por el azur. Llegó el momento en que la tierra, a la que la lluvia ya no regaba más, no tuvo más savia para darle a las hojas. Éstas, todas a la vez, se retorcieron sobre sus pecíolos y dejaron entrar el sol. Al pie de los árboles, el musgo se puso áspero y se partió bajo los pasos de los gamos sofocados. Las hojas retorcidas cayeron al suelo con un ruido de papel viejo.

El fuego alcanzó la selva, la hizo arder de un solo golpe. Los pájaros, los mamíferos, los reptiles, los batracios, los insectos, los invisibles alimentaron la hoguera con sus almitas doradas. La punta de la llama atravesó el azul del cielo, turbó la noche eterna con un reflejo.

Siete hombres, tres mujeres, cuatro caballos se internaron en el cadáver del bosque. Cien millones de troncos, atravesando la capa de cenizas, alzaban sus columnas de mármol negro. La minúscula caravana se abrió camino entre ellos. Dejaba tras de ella una nube en forma de serpiente.

Los hombres se hundían en la ceniza hasta las rodillas. Cada paso la levantaba en abanico. Los cascos de los caballos la proyectaban hacia adelante. Envolvía a la caravana como en algodón. Los pedazos de paño apretados contra las narices detenían lo más grueso del polvo, pero los caballos no paraban de estornudar y de resoplar.

Nadie se atrevía a hablar de su sed. La saliva mezclada con la ceniza crujía bajo los dientes.

Caminaron durante horas. Cada tanto se sacudían la capa gris que los cubría. Caminaban derecho hacia el sur. No sabían qué los torturaba más, si su carne cocinada, sus pies sangrantes, sus paladares secos o sus ojos desollados.

A veces, el azar había sembrado a los árboles en líneas paralelas y la mirada se hundía entre dos filas infinitas de columnas de desesperación.

Los caballos daban señales de fatiga. El primero se vino abajo en la cuarta hora. Blanca, que lo montaba, rodó como una pelota por la ceniza. La caída del caballo y de su jinete levantó una explosión de polvo. Francisco levantó a la joven, la apretó suavemente contra él, para que sintiera su fuerza y fuera reconfortada. El aire blanco giraba alrededor de ellos en una lenta ronda. Francisco limpió con sus dedos el barro

que cubría la cara de Blanca y la besó. Olía a sudor y a carbón. Las lágrimas le lavaban las mejillas.

—Valor, Blanquita mía, saldremos de ésta, te lo prometo. Pero hay que conservar la confianza, y sonreír...

Ella alzó los ojos hacia él. Una barba espesa ocultaba su cuello, sus mejillas y su boca. Una masilla de ceniza le atiesaba las mechas. Pedazos de carbón se le quedaban pegados ahí. Una costra de mugre cubría su frente... Pero sus ojos brillaban con el mismo destello de vida que ella siempre le había conocido. Dejó de llorar, se apoyó con más fuerza contra él y sonrió.

La caravana no poseía más que una sola arma, la navaja de un guardia. Francisco la tomó, y sangró al caballo que agonizaba. La sangre dejó una mancha púrpura al pie de un árbol negro. Cuando el animal hubo muerto, el joven jefe hizo un tajo en su piel, descubrió la carne humeante, cortó en los músculos de la grupa y del lomo anchas tajadas, que distribuyó a sus compañeros.

—Coman, aunque les dé asco —ordenó.

Masticaron la carne tibia y blanda. Teste no podía resolverse a tragar ese alimento. Al tercer bocado, se puso a vomitar. Vomitaba ceniza y flemas, se apoyaba, agotado, a un árbol. El árbol crujió, cayeron sobre él enormes pedazos de liviano carbón. Colette lo sacó de los escombros, lo limpió, lo acunó. Él se puso rabioso. Él mismo se fue a cortar una tajada más gruesa que la primera, la desgarró con sus dedos y se la tragó sin siquiera masticarla.

Volvieron a partir, con el gznate un poco menos seco. Pero al poco tiempo la sed subió de nuevo del fondo de las entrañas, apergaminó los paladares, hinchó las lenguas. A veces un pie se hundía crujiendo en la osamenta de algún animal grande oculto bajo la ceniza, rompía las costillas de carbón, atravesaba un pecho cuyos pulmones no eran más que una frágil piedra pómez.

Un segundo caballo se desplomó. Los hombres masticaron otra vez su carne insípida. Escupían la fibra después de haber tragado el jugo, que olía a fatiga y a muerte. El sol bajaba en el horizonte. Su luz horizontal teñía de rojo el polvo levantado por la caminata. La sombra de los troncos la atravesaba con paredes negras.

Cayó la noche antes de que Francisco hubiera encontrado la más mínima huella de una corriente de agua o de un camino. Cuando el sol se hubo puesto, el calor, en lugar de caer del cielo, brotó de la tierra. La ceniza quemaba las piernas que se hundían en ella. La caravana tornaba las espaldas a la estrella polar. Los fugitivos andaban casi sin pensar. Hacia la segunda hora de la noche, llegaron al linde de un pequeño valle, en donde la selva petrificada descendía la pendiente.

Francisco, que caminaba al frente, se dejó llevar por la bajada. Chocó contra un tronco, rodó en medio de una lluvia de carbón, se levantó y siguió corriendo. Abajo, en el valle, seguramente tenía que haber una corriente de agua. Corrió más rápido.

Tragó la ceniza con la boca abierta. Quería sentir ya el agua alrededor de sus piernas. Detrás de él, sus compañeros llegaban en avalancha, llevados por la esperanza de una corriente que se imaginaban brincadora y sonriente, en la que ya se sentían metidos, con la boca abierta. Se acostarían adentro, beberían hasta que tuvieran el estómago redondo. Se lavarían como en una fuente la boca y la garganta, beberían con las manos, con el vientre y los muslos, con toda la piel limpia.

Se encontraron con un ancho arroyo, completamente seco.

Agotado su impulso, se dejaron caer, rodaron al azar por la arena y la ceniza, y no se levantaron más. Estaban al cabo de todas sus fuerzas. Ahora, iban a dejarse morir.

En medio del silencio que se había abatido sobre los cuerpos desplomados, un extraño ruido se oyó: Teste rechinaba los dientes. Colette lo hizo callar de una bofetada. Uno de los guardias, el gordo, se puso a llorar. Los dos caballos tendidos, con las patas rígidas, respiraban rápidamente.

Francisco se levantó. Mientras tuviera un adarme de vida, no renunciaría. Entre las provisiones que quedaban había dos latas de cinco kilos de granos de soja en salsa. Deshizo los paquetes. Sus exhaustos compañeros lo oyeron revolver las cajas. Por fin encontró lo que buscaba, agujereó las tapas, hizo la ronda de los gznates. Se inclinaba, sacudía una masa oscura, murmuraba: «¡Abre la boca!» buscaba el agujero de los labios y dejaba correr un hilo de precioso líquido. Reconoció, en la noche, la voz de Blanca que le dijo: «¡Gracias!» y a la señora Durillot al lado de su marido. Le acordó una ración más abundante a la joven embarazada. Cuando hubo terminado, abrió del todo las cajas y trató de comer, pero no lo consiguió.

Esas pocas gotas de bebida espesa parecían haber dado un poco de vida a sus camaradas. Seguro de que todo el mundo lo oía, se dirigió a Pedro en voz alta:

—Pedrito, vas a montar el caballo que todavía puede tenerse en pie y partir a la búsqueda de agua. Estoy seguro de que tú, tú volverás por tu mujer y el hijo que lleva. Bajarás al lecho del arroyo. Te va a conducir al del río. Tal vez haya recibido un afluente sobre la otra orilla, y ahí encontrarás agua. Si no, lo seguirás hacia el sur. Lo seguirás hasta que encuentres agua, si es necesario hasta algún río en el que tenga que desembocar. Llevarás estas dos latas vacías. Si no encuentras otro recipiente más práctico, tráenos aquí lo que puedas.

»Nosotros, después de dormir algunas horas, caminaremos sobre tus huellas. Caminaremos todo lo que podamos. Toda nuestra esperanza estará en verte volver. Nuestras vidas dependen de ti. Abraza a tu mujer, y parte.

Francisco llama con una voz dulce:

—¿Blanquita, adonde estás?

—Aquí...

Viene a acostarse a su lado. Suspira. Siente ahora las heridas que el sol le ha hecho. Apenas acostado, la fiebre de la insolación lo agarra. Se abandona a ella,

después de haber recomendado a Blanca no asustarse.

—Dentro de una hora o dos se me habrá pasado.

El guardia se ha puesto a llorar de nuevo, con sollozos nerviosos, que no pueden parar más. El caballo que queda está en un estertor. Un árbol cruje, después otro. Los hombres acostados ven la grada de los árboles desnudos subir al cielo en medio de las estrellas. El calor se disipa, el carbón se contrae, los troncos se parten. El crepitar de la selva se acelera, puebla la noche. Una brisa se pasea por entre las columnas disecadas, salta en ligeros brincos de una cima a la otra, pasa cantando a través de una hendidura, levanta de la tierra un fantasma de cenizas, lo empuja hasta el valle. Millares de árboles muertos estiran sus huesos.

Por entre sus chirriantes esqueletos pasa un vuelo de terciopelos, luego otro. Alas silenciosas, en multitudes, rozan sus cortezas endurecidas. El valle se llena de vuelos rotos. Colette lanza un grito. Un murciélago se ha abatido sobre su cara.

En un segundo, un manto gris cubre hombres y caballo. Éste, enloquecido, se yergue sobre sus patas, se pone a dar brincos y patadas, en medio de un enjambre zigzagueante. Hombres y mujeres se levantan. Francisco, que tiembla de fiebre, hace un esfuerzo sobrehumano para recuperar el dominio de su cuerpo y de su mente. Resguardados del fuego por sus profundas grutas, los murciélagos están desde hace varios días sin alimento. No encuentran más insectos para cazar en el aire de la noche. La hambruna empuja al ataque a estos animales inofensivos.

De todo el país quemado acuden a ese sitio, en donde subsisten seres vivos. El aire palpita con sus vuelos en espiral. Su bandada obscurece el cielo, oculta las estrellas, llena el valle de un horrible estruendo. Gritan como ratas, muerden la piel, la nariz, las orejas. Los fugitivos se los arrancan de la carne, se debaten entre un espesor de alas, de garras, de puntiagudos hocicos, aplastan bandadas enteras con cada impulso del brazo. Francisco abre las dos hojas del cuchillo que había atado a su muñeca, traza grandes círculos alrededor de él y de Blanca. Una lluvia de animales destripados, cortados en dos, decapitados, cae a sus pies, al punto recubierto por un agitado tropel que chupa sus cadáveres.

Una coz del caballo pasa a dos dedos del pecho de Blanca, hace un gran agujero en el espesor de los innobles animales. Francisco se abre camino hacia el cuadrúpedo, lo agarra por los ollares, le hunde su cuchillo en el ojo hasta los sesos. Le clava veinte cuchilladas al desgraciado caballo muerto. Son tantas fuentes de sangre sobre las que se precipitan las ratas voladoras. Alrededor de los hombres, su bandada se hace menos espesa.

Francisco reúne a su gente. El guardia llorón ha sucumbido. No es sobre el suelo más que una masa hormigueante agitada de sobresaltos. Francisco ordena huir hacia el río. Los que hace un momento estaban muertos de cansancio corren ahora. El miedo les da nuevas fuerzas. En cuanto se detienen, los blandos vuelos de nuevo les

abofetean las mejillas. La noche está llena de ellos. Fillon cae. Una sábana moviente se abate sobre él. Francisco aplasta los animales, levanta al hombre, lo sacude. Fillon hace un gesto de renunciamento, se deja caer de nuevo.

Colette, la primera que ha sido mordida, tiene la oreja derecha agujereada. Tiembla de horror. No ha recuperado su valor. Un ala la golpea en el rostro. Se detiene, grita, se envuelve la cabeza entre los brazos. Teste la toma de la mano y la arrastra de nuevo. Se resiste, no quiere huir, el peligro está tanto adelante como atrás, en todos lados adonde el aire trasporta a los voraces animales. Colette quiere esconderse. Se sienta en el suelo, se encierra sobre sí misma en un montón, la cara entre las rodillas. Unas garras le hurgan los cabellos. Grita, se quita la combinación para envolver su cabeza. Los animales se tiran sobre su suave pecho, muerden, arrancan. Todo su vuelo ebrio chupa la sangre. Colette pega alaridos, clama a la muerte, se revuelca por el suelo. Teste grita: «¡El cuchillo!» Francisco encuentra su mano en la noche, y se lo da. Teste se tira al suelo, aparta el hormigueo, busca el pecho herido, y hunde en él la hoja y la paz.

A su vez, Francisco se inclina. Teste no se ha incorporado. Sobre el cuerpo de aquella que ama, se ha atravesado el corazón. Francisco arranca el cuchillo de sus costillas. El cuchillo es demasiado necesario, para defenderse hasta el alba, o para morir.

Pedrito golpea con sus talones los flancos de su caballo. El agotado animal trota diez metros, vuelve a tomar el paso, se para. Pedrito se despierta, gruñe, golpea de nuevo a su montura, que vuelve a encontrar la fuerza de un pequeño impulso. Las latas vacías bailan sobre su grupa con un gran, después un pequeño ruido. Pedrito cae de narices sobre el cuello del caballo, se despierta maldiciendo. Cuando se incorpora, su cintura chirría como una puerta vieja.

El curso del río ha debido cambiar de dirección, inclinarse ligeramente hacia el este, porque lo alcanza más rápido de lo que había esperado. Pero no encuentra ni la más mínima gota de agua. Su sed redobla, su lengua se hincha en su boca, le llena toda la cabeza, se convierte en pavesa.

Su cerebro es de ceniza, su cráneo de carbón. La montura le quema las nalgas. Un atizador rojo le revuelve los riñones. Una forja ronca en su estómago. Sus pulmones soplan llamas. Sus manos crepitan de chispas. Quisiera tirarse de ese caballo incandescente que camina, trota, lo lleva en la noche de fuego. No puede. Las llamas los han soldado. Galopan cada vez más rápido, como la tempestad, con todas sus patas, doce, veinte, cien, en medio de un gran ruido de cacerolas, de martillos sobre unos yunques, unos martillos pilones, mil acerías en pleno trabajo sobre hierro rojo. Arrastran una cola de llamas como un cometa.

El caballo se paró en seco. Pedrito rodó por tierra, cayó de cabeza al agua y no se levantó hasta después de un cuarto de hora.

Dio tres pasos, vaciló, volvió atrás, se acostó de nuevo, se volvió a hacer la esponja. Retomaba su peso de hombre. Sintió el agua bajar poco a poco hasta sus pies, su carne volver a tomar volumen. Escupió, sudó, lloró, orinó. El agua le había llegado a todos lados.

Cuando hubo bebido hasta el hartazgo, se asombró de su gusto. Estaba tibia. Olía a puchero. ¿En qué gigantesca marmita había podido hervir? Provenía de un río que se juntaba con el primero en un ángulo agudo. En medio de los guijarros, corría por un canal de un paso de ancho y una mano de profundidad.

En la confluencia de las dos corrientes de agua se extendía una isla sobre la que vagamente se distinguía la silueta de una construcción casi en ruinas, sin duda una antigua pesquería. Ya el caballo había trepado al talud de la isla y pacía el césped seco. Por milagro, el incendio había salvado ese rincón de tierra.

Pedrito fue a hacer un reconocimiento de la casa. Se componía de cuatro habitaciones, de las cuales dos habían perdido su techo. Buscó algún utensilio más adecuado para trasportar el agua que sus latas sin tapas, pero no encontró nada que no estuviera herrumbrado ni agujereado.

Arrancó al caballo de su festín de pasto, estibó lo mejor que pudo los recipientes, bebió un último trago y volvió a partir.

El alba ponía un barniz rosa sobre los troncos negros cuando volvió a encontrar a los sobrevivientes del grupo. Estaban tendidos, desparramados sobre unos trescientos metros de arena revuelta. Pedrito encontró primero a su mujer. Fue ella la que encontró fuerzas para llegar más lejos hacia él, su amor. Su rostro estaba lleno de arañazos, sus uñas llenas de sangre. Pero respiraba. La sentó, la hizo beber. Ella abrió los ojos, lo reconoció, lanzó un suspiro de felicidad, dejó de beber para besarlo, volvió a tomar con sus dos manos la lata por la cual corrían las lágrimas.

En los recipientes quedaba aproximadamente un litro de agua para cada sobreviviente. Les devolvió la vida y el habla.

Por fin Pedrito pudo obtener explicaciones. Francisco dobló vivamente los brazos y gritó de dolor. Al más mínimo movimiento su piel quemada sangraba. Le contó el ataque de los murciélagos. Pero Pedrito no encontró ni la más mínima huella de ellos, ni un solo cadáver, ni una marca, ni un rastro de mordisco. Los rostros arañados lo habían sido por las uñas. El caballo no mostraba más que la marca del cuchillo, Colette tenía aún las uñas hundidas en sus flancos. Los cadáveres de Fillon y del guardia estaban libres de toda herida.

—Hemos soñado entonces —dijo Blanca, pasmada.

—Sí, han sido víctimas de una abominable pesadilla...

—Pero, los muertos... —preguntó el último guardia—. ¿De qué se murieron, los muertos?

—Hemos sufrido una alucinación colectiva —propuso Narciso—; fue Colette la

que gritó primero. El cansancio, la sed provocaron en ella un ataque de histeria. Tal vez vio realmente un murciélago. Imaginó los otros. Todos estábamos tan cerca como ella del agotamiento y de la locura. Despertados en sobresalto por sus gritos, todo lo que ella nos describió lo hemos visto...

—Nos hemos peleado contra nosotros mismos, contra el miedo, contra nada. Teste, loco, mató a Colette que no lo estaba menos, y se suicidó.

—Pero los muertos, los otros dos muertos, ¿de qué se murieron? —se obstinó el guardia.

—Están muertos —dijo Francisco— por haber renunciado. En plena lucha, con toda su energía movilizada contra un enemigo imaginario, se dejaron vencer, aceptaron la muerte, y la muerte llegó.

El guardia gruñó. No comprendía muy bien. Miraba al cuerpo de su camarada con aire hostil, el semblante terco. Se inclinó y a duras penas le sacó la camisa.

El caballo abatido fue despedazado, y su carne trasportada a la isla. Pero los hombres sobrevivientes, cubiertos apenas por jirones de camisa, no habían conservado sobre ellos ningún objeto, ni un solo fósforo, ni un encendedor. Francisco eligió dos silex entre las piedras del río, los rompió para conseguir aristas filosas, y le mostró a Narciso cómo había que hacer para sacar chispas de esas piedras. Los brazos le dolían demasiado como para que él mismo pudiera encargarse de esa tarea.

En efecto, Narciso se pasó medio día en infructuosos esfuerzos, mil veces chocó las dos piedras entre sí, con gran acompañamiento de vociferaciones, antes de conseguir un resultado. Cuando por fin vio un hilo de humo elevarse, delgado y recto como un tallo de gramínea, del montoncito de musgo seco sobre el que se empeñaba, lanzó un bramido de triunfo. Un gran fuego ardió al punto en una chimenea de la casa en ruinas y, ese día, los seis sobrevivientes de la caravana comieron carne cocida.

Se quedaron en ese sitio cuatro días. La carne del caballo fue a medias ahumada, luego expuesta al sol. En tres horas, éste secó completamente las tajadas extendidas sobre el pasto.

Francisco se había puesto la camisa de Fillon. Los brazos le dolían menos. Pedrito se maravillaba de ver a su mujer llevar sin accidente al hijo en gestación.

—¡Será un buen mozo! —decía con orgullo.

El único caballo sobreviviente fue cargado con la carne de su compañero y un gran fardo de pasto seco. La caravana se puso en marcha por el río, siguiendo el curso de la angosta corriente. Era más fácil caminar sobre las piedras que por las cenizas. Y el murmullo del agua deslizándose sobre los guijarros acariciaba los oídos como el canto mismo de la vida.

El río seguía internándose en el bosque de carbón. El ruido de los pasos del caballo resonaba hasta el infinito.

Al alba de la tercera noche, los compañeros se aprestaban a acampar en un lugar

en donde el río, encajonado, les ofrecía el abrigo de sus ribazos contra el sol, cuando un ligero viento se puso a soplar.

Los hombres se habían acostado, retiraban las piedras que les lastimaban los riñones, cavaban en la grava un hoyo con sus nalgas, disponían sobre su vientre los jirones de la camisa, volvían a encontrar el gesto de protección de sus antepasados de las cavernas para cerrar, antes de dormirse, las manos como concha alrededor de su sexo.

El viento llegó con el día. Venía de otro rincón del mundo, y trajo con él las cenizas del Oriente. Primero hubo en el aire como una bruma apenas visible, pero que penetró en los orificios de la nariz y bajo los párpados. Largos chales más densos subieron del suelo, arrollaron sus arabescos alrededor de los árboles. La velocidad del viento aumentó, la bruma se volvió neblina.

Los fugitivos se pegaron contra el ribazo, los hombres se levantaron la camisa hasta la cara. Las dos mujeres se sacaron la combinación y se la enrollaron en la cabeza.

En pocos instantes la brisa se ha hecho viento, luego tempestad. Cava enormes olas en la capa de cenizas, las dispersa en el aire, las pulveriza, las tira al cielo, las abandona, sin aliento, muy alto, en preciosas atmósferas, adonde continúan subiendo lentamente, en diáfanos velos, sin peso, en pequeñas nubes redondas, teñidas de rosa, angelicales.

A ras del suelo, el huracán gris arrastra una mezcla de cenizas y restos de carbón tan espesa que parece no contener más aire. Con la boca abierta bajo la ropa que les protege el rostro a hombres y mujeres, les cuesta mucho trabajo encontrar dentro de ese puré con qué llenar sus ardientes pulmones. Jadean, el sudor pega el paño a sus narices, a sus mejillas. La ceniza más fina penetra a través de la tela, les llena la boca. Quisieran escupir y beber. No pueden hacer otra cosa que tragar su saliva arenosa. Francisco les ha gritado que no se muevan, pase lo que pase, hasta el fin de la tempestad.

Los troncos, segados, caen por millares, lanzan al viento su estrépito de vajilla. Los que resisten roncan como sirenas, suenan como cajones ante el choque de enormes pedazos de carbón que les tira el huracán. Una lluvia de menudos desechos los raspa al pasar con un ruido de papel de lija, cae a tierra, vuelve a partir silbando.

Francisco tiene una mano sobre Blanca. Guarda a la joven apretada a su lado, le grita palabras de aliento, y cuando la querida voz atraviesa la pared movediza de cenizas, su propio valor se fortalece.

Pedro Durillot ha puesto su rostro sobre el vientre de su mujer, y la tiene abrazada. Siente contra su mejilla mover a su hijo.

El guardia tiene sed. La tempestad dura desde hace horas, desde hace una eternidad, le parece a él. Su sed ha crecido sin cesar. Lo ocupa ahora totalmente. El

agua está tan cerca, a pocos metros... Recuerda el canto de la corriente sobre las piedras. Lo oye. Justamente el viento parece calmarse. ¿Por qué privarse de beber? Bastaría con correr unos pasos y tirarse al suelo, meter la nariz en el agua... La precisión de la imagen lo arranca al abrigo del ribazo. Se levanta. El huracán lo envuelve, lo golpea con sus mil puños. Los pedazos de carbón se parten sobre él. La ceniza, detenida en su curso por ese obstáculo, corre a lo largo de su cuerpo. Se abalanza, baja la camisa que le protegía la cara, abre los ojos, los cierra enseguida, llenos de polvo y de lágrimas. En un segundo, ha visto delante de él, al ras de sus pupilas, un gris opaco, un espesor que lo tocaba. Se sentía como un morillo encajado en una pared.

Se agacha, busca con sus manos la corriente, encuentra una capa de cenizas. Sus narices ya están medio tapadas. Estornuda, escupe. Le duelen los ojos. Avanza un poco, a cuatro patas. Se ahoga. Escupe otra vez, se suena con la camisa, de nuevo se la envuelve alrededor de la cabeza, da la espalda al vendaval, retoma aliento, vuelve a partir en cuatro patas. Bajo la ceniza, siente los duros guijarros. Pero con lo que ya anduvo hubiera debido encontrar la corriente, llegar a la otra orilla. Arranca en ángulo recto. Al cabo de unos pasos, vuelve a encontrar la ribera. Rabia. Lágrimas de sangre brotan de sus ojos. Se incorpora, se adosa al talud, sale en línea recta, entre el ulular del viento que trata de voltearlo. La corriente debe de estar ahí. Se arranca la camisa, se agacha, hunde sus dedos en un barro espeso. No hay más agua, no hay más que una especie de cemento, de masilla tibia. Abre la boca para gritar su atroz decepción, alertar a sus compañeros, a su jefe. La tempestad le hunde en la garganta una mordaza seca. Tose, no puede toser más, tiene un estertor, se pone violeta; abre más grande la boca para encontrar el aire que le falta. La ceniza la llena, entra por los orificios de la nariz, obstruye los bronquios. El guardia cae, crispa sus dos manos sobre la garganta. Sus pulmones bloqueados ya no reciben ni un soplo de aire. Cada uno de sus esfuerzos hace penetrar más el tapón de cemento. Se revuelca, se retuerce, se araña el cuello.

Por fin sus manos se distienden, sus piernas se estiran, su cuerpo se achata. Su sufrimiento se ha calmado. Su espanto se apaga.

Tiene tiempo para pensar que era muy ridículo el tener tanta sed. Ya no necesita nada.

Francisco se levantó el primero cuando la tempestad, al promediar el día, se hubo calmado. Amainado el viento, el aire seguía polvoriento, la vista obnubilada. El sol apenas se adivinaba, bajo el aspecto de un pálido disco. Era posible conservar los ojos abiertos, pero para respirar Francisco se hizo un velo con su camisa envolviendo la parte baja del rostro. A su llamado, sus compañeros se levantaron. El caballo y el guardia habían desaparecido. Este último fue encontrado a algunos metros de allí, bajo un delgado túmulo de cenizas. La pérdida más grave era la del agua.

Los tres hombres sacaron la ceniza seca con la palma de la mano, encontraron barro, lo tiraron en los bordes, llegaron a la arena húmeda, la cavaron unos treinta centímetros de profundidad. Al agujero así practicado, el agua llegó lentamente, al principio turbia, después clara. Primero las mujeres, y los hombres después, pudieron beber hasta hartarse. El paquete de víveres fue retirado de su mortaja gris y, después de una breve comida, los cinco supervivientes se durmieron.

Cuando despertaron, hacia el fin del día, la ceniza había caído casi totalmente ya. Los fugitivos miraron a su alrededor con asombro. El bosque calcinado, en el seno del cual desfilaban desde hacía días de días, había desaparecido.

Los frágiles troncos, segados por la tempestad, se habían desmenuzado al caer. La ceniza había recubierto sus fragmentos con una sábana gris abollada. El leve cabrilleo de la capa de polvo se extendía hasta el infinito, por todos lados, hacia los chatos horizontes, jalonado por algunos troncos más gruesos, de corazón sólido, que habían resistido al viento y alzaban, por aquí y por allá, sus tristes siluetas tocadas con bonetes grises.

El sol bajo, a medias velado, parecía un fanal que quema su última gota de aceite.

Francisco señaló con el dedo el sur. El horizonte parecía ahí menos rectilíneo, más recortado.

—Estamos sobre el buen camino —dijo—. Lo que vemos allá, hasta donde da la vista, son sin duda las ruinas de las ciudades del Loira. El río nos lleva ahí derecho...

Todos tuvieron que sacrificar lo que les quedaba de sus harapos para atarse a la espalda algunas tajadas de carne desecada. Y los cinco compañeros volvieron a partir hacia el sur cuando la noche caía.

No pudieron continuar por el lecho del río. El viento había acumulado allí las cenizas, en algunos lugares, en varios metros de espesor. Desde los primeros pasos, Pedrito se había hundido hasta el cuello en un agujero, y hubiera tal vez desaparecido si no se hubiera colgado de la pierna de Narciso, que caminaba a su lado.

Siguieron la ribera oriental, la más alta, que el viento había limpiado. Avanzaban desnudos en la noche casi blanca de ceniza y de luna, flacos, hirsutos, sucios, obstinados. Al promediar la etapa, tuvieron que alejarse del río. Éste atravesaba un pequeño valle, en medio de dos colinas, y la ceniza se había acumulado entre ellas hasta sus cumbres. Contornearon la colina del este y encontraron su vertiente casi limpia de cenizas. A lo largo de la cuesta, pequeñas siluetas negras, atormentadas, se aferraban al suelo. Cuando las alcanzaron, los fugitivos reconocieron unos cadáveres humanos, carbonizados. Había unos treinta. Estaban acostados, retorcidos todavía en su último sufrimiento. El viento había llenado de cenizas los vientres negros reventados y las bocas abiertas. Cada tanto una costilla, un omoplato lívido, agujereaba un pecho de tinieblas. Una tibia tendía su largo hueso quemado. Una cara de carbón mostraba los dientes a la luna.

A menos de un kilómetro se alzaban las ruinas de las primeras casas. Su última etapa había llevado a los fugitivos al límite de los parques que separaban a la ciudad de la maleza. Nada distinguía ya a esos parques del resto de la extensión gris, si no fuera por el lecho de cemento que los hombres le habían construido al río para conducir sus aguas hacia las piscinas y los pequeños canales decorativos.

Habían arribado allí antes de que la noche llegara a su fin. Francisco había decidido no seguir más lejos, porque no había que contar con encontrar agua entre los ribazos de cemento llenos de cenizas.

Habían hecho un agujero en la arena gruesa, bebido, comido y dormido. El sol se había levantado después, pero no se movieron. Esperaron, para volver a partir, la salida de la luna.

Desde los primeros pasos a través de los antiguos cuadros de césped del parque, sus pies tropezaron con los cadáveres ocultos bajo la ceniza. A medida que avanzaban, se internaban en el olor de la ciudad incendiada, más denso a cada minuto. Era un olor enfriado de carne tostada, de hollín, de trapos viejos alimentando el fuego, de goma quemada, de pintura chamuscada, de plastec derretido.

Encontraron primero algunas casas aisladas. Los techos habían caído entre las paredes sucias por el humo. Las puertas y las ventanas estaban abiertas. Cruzaron las ruinas de una ciudad obrera de casas sobreelevadas. Con sus pedúnculos retorcidos, rotos, las casas se habían pulverizado en el suelo. Bloques de cemento, restos de fustes de inmuebles emergían por algunas partes de la capa de cenizas.

Desde la ciudad, una larga calle se internaba derecho hacia el río a través de las paredes recortadas de los depósitos y de las fábricas. Estaba atestada de desechos de todas clases, chatarra de auto, fragmentos de paredes enguatadas por la capa universal de polvo.

—Ni una huella de pasos, ni un ruido —dijo Narciso, angustiado—. ¿No habrá quedado aquí, entonces, ni un solo hombre vivo?

—El cólera y el fuego tal vez lo han exterminado todo —contestó Francisco, cuya voz traicionaba la misma emoción.

Avanzaban lentamente, pasaban por arriba o contorneaban los obstáculos, miraban sin parar a su alrededor. Francisco temía una sorpresa. Blanca lo seguía tan de cerca como le era posible. Ponía sus piecitos desnudos en las anchas huellas de los pasos de su amigo. La luz de la luna ahondaba en medio de las ruinas unas sombras extravagantes, unas profundas simas de tinieblas. Amainado el viento, la leve ceniza se había depositado como nieve en la cúspide de cada pared ennegrecida. Orlaban de gris pálido todo lo que todavía quedaba en pie. La señora Durillot caminaba detrás de Blanca. Se había hecho, con restos de las ropas, una especie de cinturón que le pasaba por debajo del vientre y le daba la sensación de sostenérselo. Precedía a su marido, que no le sacaba los ojos de encima. Narciso cerraba la marcha.

La calle desembocaba en un puente. Se internaron en él. Un rumor ascendía del río. No era solamente el ruido pelado de la corriente, sino algo más complejo. Al cabo de unos pasos, se inclinaron sobre el parapeto.

El agua estaba extremadamente baja. Las gabarras, las chalanas a motor, remolcadores, barcas livianas habían encallado. Sobre el puente de esas embarcaciones se arrastraban algunos seres humanos, demasiado agotados como para sostenerse sobre sus piernas, sobrevivientes del infierno y de la peste negra, la mayoría desnudos, todos esqueléticos, al cabo de sus fuerzas, semicadáveres en espera de la muerte. Algunos estaban tendidos al lado del agua, o en el agua misma. Algunos ya no se movían, dormidos o muertos. Otros se agrupaban alrededor de un cadáver, lo despedazaban con los dientes y las uñas, pedían un prolongamiento de vida a los restos de carne de aquel a quien la vida acababa de abandonar.

De ese hormigueo que la luna pintaba con una luz sin relieve no se elevaba ni un grito, ni una palabra que hiciera recordar que esas larvas habían sido unos hombres; pero sí un concierto sordo de gruñidos, de sonos inconclusos, murmurados, ruidos de bocas que mastican y beben, salpicaduras de agua, y manos, nalgas, vientres desnudos que se arrastran. Un olor a cieno, a pez reventado, a carroña y a excrementos subía hasta las narices de los cinco compañeros alucinados, que no conseguían arrancarse a ese espectáculo. Comparaban su propia miseria a ese horror. Desnudos, pero en pie; flacos, hambrientos, cansados, pero decididos a la lucha, estaban lejos de esa caducidad atroz. Ellos no habían renunciado. Eran todavía unos hombres.

—Vamos, hijos míos, hay que alejarse de aquí lo más rápidamente posible —dijo Francisco.

Prosiguieron la marcha a lo largo del puente atestado. Se preguntaban lo que iban a encontrar sobre la otra orilla, qué nuevas pruebas les esperaban, qué obstáculos tendrían aún que franquear antes de alcanzar esa Provenza donde tal vez les fuera posible recomenzar a vivir.

Francisco se sentía pleno de una nueva energía. Sus músculos adelgazados le obedecían perfectamente, su mente seguía clara, su corazón derramaba a través de su cuerpo tanto valor como sangre.

Sus compañeros lo seguían con una confianza acrecida. Llegaron al extremo del puente. Francisco puso el pie sobre el dique sur del Loira.

El Arco iris 29, uno de los pequeños aviones de carga de la casa Levert y Cía., que trasportaba de la usina de París a la de Argel doce toneladas de semillas de flores y de legumbres, se encontraba sobre el Macizo Central, a dieciocho mil setecientos doce metros coma treinta y tres de altitud, exactamente, cuando sus motores se detuvieron. El compartimiento del paracaídas no se abrió. El avión siguió su recorrido, se tambaleó, hizo piruetas, se salió de su trayectoria y cayó sobre el flanco

escarpado de una montaña de la cadena de las Margerides. Se hizo polvo. Las semillas se desparramaron por todo el valle. Esas semillas seleccionadas provenían de plantas activadas artificialmente. La usina de África del Norte a la cual estaban destinadas tenía que hacerlas germinar y crecer en una atmósfera sobrecalentada. Sembradas por el accidente en este valle muy encajonado en el que subsistía alguna humedad, se acomodaron muy bien a las circunstancias, echaron raíces, reverdecieron y florecieron.

Después de los desiertos de cenizas, las ciudades quemadas, los ríos en seco, los cinco compañeros habían atravesado otros desiertos de cenizas, otras ciudades aniquiladas, otras extensiones de maleza y de bosque salvados del fuego pero destruidos por la sequía. Iban subiendo hacia el alto valle del Allier.

Francisco contaba con oblicuar al este antes de llegar al monte Gerbier-de-Joncs, cruzar los montes del Velley en el mismo sitio en que se encuentran con los del Vivarais, y alcanzar detrás de ellos el valle del Ardèche. En ese momento estimaría que las mayores dificultades habrían terminado.

Remontaban lentamente el valle, en el fondo del cual no corría más que un hilo de agua sobre los guijarros del torrente; se alimentaban de peces pescados con la mano en los pozos de agua.

Los tres hombres se habían puesto flacos y duros, Blanca había perdido todas sus redondeces de mujer. Su cuerpo desnudo parecía el de una chica alta en el que la carne no ha crecido tan pronto como los huesos.

La desgraciada mujer de Pedrito empujaba delante de ella un vientre tostado que la delgadez de sus miembros hacían parecer más enorme todavía. Bajo la piel que brillaba, de tal modo estaba tensa, el niño a veces se desplazaba, y la futura mamá acariciaba con amor alguna protuberancia bruscamente surgida al este, al oeste, o al sur de su ombligo.

Una mañana franquearon una curva del valle y se detuvieron estupefactos. El sol, al que todavía no veían, comenzaba a morder las cumbres desnudas de los montes de la Margeride, pero más abajo, delante de ellos, ahí, a unos pocos pasos, todo el fondo del valle y la mitad de las pendientes estaba tapizado de una exuberante vegetación. Sobre el verde profundo de las carnosas hojas, mil clases de flores salpicaban de manchas de colores suaves o violentos. Un perfume de paraíso descendía a lo largo de la corriente.

La señora Durillot avanzó unos pasos, se agachó, recogió una violeta tan grande, tan linda, que pudo esconder en ella todo el rostro. Alzó los brazos al cielo en un gesto de gratitud, luego cruzó sus manos bajo el vientre y se puso a correr, a dar brincos sobre la hierba espesa.

Las fuerzas de la alegría agotadas, se acostó suavemente sobre un lecho de margaritas grandes como platos. Su marido se inclinó sobre ella. El rostro de la joven

estaba inundado de lágrimas. Le dijo dulcemente:

—Mi querido, mi Pedrito, tuve mucho coraje, ¿no es cierto? ¿Lo viste? Me he contenido mientras pude. Ahora, ahora, no lo voy a llevar más lejos...

Unas pocas horas después, el valle resonaba con los gritos del parto.

Justo en el momento en que el sol llegaba a sus cabellos la joven, calmada, juntó sus cansados muslos. Con el cuchillo que había cumplido tantas tareas útiles o trágicas, Francisco cortó el cordón del recién nacido. Era un varón, flaco y rojo como un gato desollado. Al tercer segundo, se puso a gritar con una energía que hizo huir a su padre y colmó de alegría el corazón de su madre. Las cumbres reseca de las montañas devolvieron todo alrededor de ellas, en el país desierto, ardido a muerte, el eco de la voz nueva.

En un valle vecino, se encontraron orejas humanas para oírlo. Dos viejos habitaban ahí, la última pareja de una muy antigua raza de pastores. El hombre tenía cerca de ochenta años, y la mujer no muchos menos. Habitaban en las ruinas de una antigua granja de techos bajos, en compañía de algunas ovejas, de cuatro cabras, un macho cabrío, un morueco y un perro peludo. Se alimentaban con la leche y el queso de sus animales, y se cubrían con sus pieles. Estaban muy arrugados y muy sucios. No hablaban casi nunca. De vez en cuando, algunas palabras a sus ovejas o a sus cabras testarudas. Entre ellos hacía ya mucho tiempo que todo había sido dicho. Continuaban su vieja vida, sin pensar en la muerte. Sabían que ella los llevaría a los dos a la misma hora, y que la montaña recogería a sus animales. Mejor que el ruido de su propio cuerpo, conocían todos los murmullos y las cien formas del silencio de los torrentes, de los árboles y de las rocas de su universo.

El viejo estaba ordeñando una oveja cuando el grito de mujer llegó hasta sus oídos. Se enderezó sin apuro y se fue en busca de su vieja. Ella estaba cortando briznas de una gavilla seca para encender el fuego del mediodía. Escuchó. Abandonó su tarea para ir a buscar a su viejo. Se encontraron en el umbral de la cocina. Se miraron. El tendió el brazo en dirección hacia donde venía el grito renovado. Ella meneó la cabeza. Había reconocido muy bien ese grito, el que lanzan todas las madres cuando se parten por la mitad para que la vida continúe. Ella misma había tenido tres hijos. El último los había dejado desde hacía mucho para bajar hacia el mundo. Ella en esa época todavía tenía los cabellos negros y algunos dientes.

No lo había vuelto a ver nunca más, a él ni a ningún otro hombre.

Ella tomó un bol de madera, lo limpió con el codo, cerró la cocina. Él ató al perro, puso la barra en la puerta del establo, después de haber hecho salir de ahí a una cabra blanca y negra. Empujó delante de él al animal con un palo. La vieja siguió a su viejo. Empezaron los tres a trepar hacia el cuello que franqueaba la voz de mujer. La cabra trotaba adelante, se paraba para esperar al hombre, agarraba con sus largos dientes la espiga de una gramínea. El viejo seguía al animal, al paso lento del

montañés que nunca se equivoca cuando pone el pie. La vieja venía atrás. Comenzaba a sofocarse. Era de emoción. Porque a la voz de la mujer sucedía el llanto vigoroso de un niño.

Llegaron en mitad de la tarde. Encontraron entre las flores a tres hombres desnudos, una especie de chica alta que se parecía a su cabra, y una mujer aún sangrante. Al lado de ella, un niño desnudo, con los ojos y los puños cerrados, dormía sobre los ranúnculos.

Los supervivientes los habían visto venir de lejos. Primero, se habían preparado para la defensa. Luego el asombro, por fin la alegría, a la vista de la chiva, habían cedido lugar a la desconfianza.

Francisco quiso contar su historia a esos dos viejos que aún no habían dicho ni una palabra. Comenzó:

—Somos sobrevivientes de la catástrofe...

La vieja no lo oyó. Hincada al lado de la parturienta, estaba ocupada en ordeñar la cabra en el bol de madera. Había unido sus manos con lástima al ver a la joven madre tan desnuda y tan flaca.

El viejo alzó hacia el alto Francisco su rostro todo negro de mugre y de arrugas, abrió la boca, se aclaró la garganta, hizo un gran esfuerzo y chirrió:

—¿Cuál catástrofe?

Cuando la caravana volvió a partir, estaba acrecentada por un recién nacido, una cabra y unas pesadas alforjas llenas de quesos secos.

En el curso de las etapas, el pequeño Víctor Pedro, envuelto en un viejo lienzo para quesos y un cuadrado de lana blanca tejido a mano, pasaba sucesivamente por los brazos de los tres hombres y de Blanca. La joven madre no tenía derecho a alzarlo más que en los altos. Tenía que cuidar sus fuerzas lo mejor posible, porque tenía un poco de leche, y alimentaba a su hijo en concierto con la cabra.

Por último el paso más alto fue alcanzado, y el descenso por el valle del Ardèche comenzó. Sobre las pendientes de las Cevenas empezaba el cultivo de los árboles frutales y de la vid. Numerosas explotaciones habían sido saqueadas. Unas familias se habían agrupado para defender las granjas subsistentes. Los perros hacían un batuque infernal en cuanto los fugitivos trataban de acercarse a alguna habitación. Unos hombres, armados de horquillas y de hoces, aparecían y les hacían señas de que siguieran de largo. Una vez, sin embargo, la vista del recién nacido enterneció a un campesino, cuya propia mujer acababa de parir. Hizo entrar a las dos mujeres, y dejó a los hombres afuera, bajo la guardia de dos criados armados de horquillas.

Dio de comer a la joven madre, la vistió, igual que a Blanca, les regaló algunas ropas usadas para que distribuyeran a los hombres y las puso afuera deseándoles buena suerte.

Al día siguiente, el grupo llegaba al Ródano, y se veía obligado a cruzarlo por una

vieja pasarela casi en ruinas, después de haber encontrado tres puentes custodiados por hombres en armas.

Fue tres días después, al final de una última etapa prolongada casi hasta el promediar la tarde, cuando los supervivientes llegaron a avistar Vaux.

Francisco hizo detener a sus compañeros, y avanzó solo hasta el burgo. El fuego lo había respetado, pero la vista de los campos yermos, de las cosechas perdidas en pie, apretaba el corazón del muchacho. El cólera había debido castigar duramente.

Oía a lo lejos a las gallinas que cacareaban al huevo. La primera granja de la aldea era la de los Bonnet; mostraba su techo rosa por encima de los lomos grises de los olivares. Cuando Francisco se acercó, vio el patio desierto, los postigos cerrados. Entonces se puso a correr hacia la casa, cuya imagen conservaba en los ojos desde su partida de París; hacia el abrigo, que había venido a buscar desde tan lejos. Cortó a campo traviesa, por los senderos que conocía piedra por piedra. Evitaba con un pie acostumbrado los mismos agujeros, las mismas madrigueras.

Jadeaba de angustia, toda su sangre fría perdida por primera vez desde la noche del cataclismo. Reconocía al pasar el olor del tomillo caliente de los taludes expuestos al sol, el ronroneo de las colmenas detrás del muro del vergel. El terreno del San Julián había sido cosechado, pero la soja de la Ladera Roja perdía sus granos en el mismo lugar, y los últimos racimos de la vid terminaban de pudrirse. Corrió más rápido, se paró en seco en la vuelta que conocía, dio aún tres pasos lentos, y descubrió la granja de piedras doradas entre los dos cipreses, de los cuales el más alto retorció de vejez la punta de su dedo. Un hilo de humo salía de la chimenea.

Le faltaban algunos pasos por hacer. No se atrevía a avanzar más. León, el perro ovejero, se estrangulaba de alegría, trataba de saltar por encima de la verja. Francisco temblaba.

Una mujer vestida de negro apareció en la puerta de la sala común, en lo alto de los tres peldaños gastados. La voz del perro la había arrancado de su tarea, anunciándole lo que no se atrevía ya a esperar. La mujer vio, adosado a la vieja morera, en la curva del camino, a un vagabundo vestido con un pantalón hecho jirones; su torso desnudo era de una flacura terrible. Una larga y sucia barba le ocultaba el cuello, y unas lágrimas rodaban por su rostro. Estuvieron a punto de doblársele las piernas. Quiso hablar. No pudo. Ella abrió sus brazos. Él se precipitó, empujó la cancela de una patada, cerró los ojos mientras ella lo apretaba sobre su corazón. Él reencontró su voz de amor puro, su voz nocturna de niño para murmurar:

—¡Mamá! Mi mamá...

El padre de Francisco había muerto, los padres de Blanca habían sucumbido ambos. Pero los jóvenes no tuvieron tiempo libre como para abandonarse a su pena. Había que preservar y continuar la vida, amenazada por todas partes. El cólera se había llevado las tres cuartas partes de la población de la aldea, casi no había dejado

más que mujeres. Las cosechas se habían perdido en la mayor parte, por falta de brazos. La sequía había destruido los frutos en los árboles.

Bandas de asaltantes venidos de las ciudades recorrían las campiñas, mataban a los campesinos y comían ahí mismo sus provisiones. Francisco decidió, antes que nada, fortificar la granja materna. Con la ayuda de Pedrito y de Narciso, sobrealzó la pared del recinto y duplicó su espesor.

Los tres hombres entraron lo que pudieron salvar de las cosechas de la granja de los Deschamps y de las granjas vecinas vaciadas por la peste. Los graneros casi se llenaron. Trabajaban bajo un sol tórrido. A fines de octubre hacía casi más calor que en agosto. El verano parecía querer prolongarse interminablemente.

Una tarde, en la era de su granja, Francisco se ocupaba de apisonar el último trigo que había entrado. Un pequeño remolino de viento llegó del sur, recogió tres hojas bajo la morera, acarició la cara de Francisco, jugó con la cola de la mula y saltó por encima del techo.

Francisco levantó la cabeza. Ese viento tenía olor a tierra mojada. En el horizonte, una nube negra orlada de fuego, una nube de un espesor extraordinario, surgía de las montañas.

El muchacho lanzó un grito de alegría, llamó a su madre. Con la ayuda de la vigorosa campesina recogió las gavillas, barrió la era, puso todo al abrigo.

La nube había invadido ya la mitad del cielo. El azul de la otra mitad se tornaba violeta. Una cortina de lluvia cayó rodando por la pendiente de la montaña y atravesó el valle. Los árboles se curvaban bajo su peso, y se dejaban arrancar las últimas hojas muertas. Francisco extendió sus brazos, ofreció su cara al cielo. Sus mejillas, sus ojos, su frente y la tierra reseca recibieron las primeras gotas, enormes, con la misma felicidad. Las oyó picar las hojas secas, estallar en estrellas sobre las tejas. Su crepitación se aceleró, se soldó, se convirtió en un ruido inmenso que llenaba el valle, el mundo y los sesos. Un potente olor subió del suelo enamorado a la búsqueda del diluvio.

Narciso, Pedrito y su mujer, que trabajaban en el campo bajo la dirección de Blanca, llegaron empapados y sonrientes. León corría como un loco a través de la era, rodaba por la tierra, chapoteaba, empezaba de nuevo a correr, ladraba de alegría.

La señora Durillot se fue a buscar a su chiquitito, lo desnudó y, entre sus dos brazos, lo ofreció a la bienvenida lluvia. Se le metió agua en los ojos y se puso a gritar. Su madre riendo besó sus carnecitas que chorreaban, lo frotó, lo dio vueltas en todo sentido bajo la ducha tibia, luego corrió a envolverlo en ropas secas.

—Como el cólera, como el fuego, la ira de Dios acaba de apagarse —dijo Francisco.

La lluvia se calmó un poco y siguió cayendo, más fina, durante dos días y dos noches. No se cansaban de oírla, de verla correr por las paredes, por los arroyos,

llenar los charcos, hinchar el vecino torrente. La tierra humeaba, el pasto se erguía, los árboles cantaban. El verde renacía.

Al tercer día la tormenta sin rayos se detuvo y reapareció el sol, pero había perdido su terrible ardor. Los hombres volvieron a encontrar en él al amigo de siempre.

Francisco convocó a los jefes de todas las familias de la aldea.

A la noche, unos veinte se reunieron en la gran cocina de la granja. Algunas lámparas a aceite de pico puntiagudo colgaban del techo, hacían bailar redondeles amarillos por las vigas y rodeaban los perfiles con una luz de oro.

Los Deschamps eran estimados y respetados. Hombres y mujeres escucharon con atención al último de ese apellido cuando expuso sus ideas sobre la organización de la aldea.

Dijo que había que poner en común los medios de trabajo y defensa, repartir las cosechas, distribuir las semillas y la mano de obra. Los jóvenes, los hombres supervivientes debían ayudar a los ancianos y a las mujeres solas. No había que sembrar cualquier cosa en cualquier lugar, sino consagrar las mejores tierras a las cosechas más necesarias. Todo el mundo tenía que entrenarse en el manejo de la horquilla, del sable y del hacha. Incluso había que aprender rápidamente a fabricar arcos y a usarlos, para poseer un arma de largo alcance. Una mujer estaría sin cesar, durante el día, apostada en lo alto del campanario, para tocar a rebato en caso de que se acercara un grupo sospechoso. A la noche, centinelas vigilarían las vías de acceso al territorio de la aldea.

Todos aprobaron esas sugerencias, y otras más. Francisco fue nombrado jefe de la aldea. Se adjuntó tres consejeros, los más sabios campesinos del lugar. El burgo comenzó a organizarse para el invierno.

Francisco se casó con Blanca antes de Navidad. Ordenó a todos los hombres viudos y solteros a elegir una mujer, y les aconsejó que rápidamente hicieran hijos. Harían falta brazos para remover toda la tierra abandonada.

La aldea recibía, por los que pasaban por ahí, noticias del mundo.

Un poco por todos lados, grupos parecidos al de Vaux se organizaban con mayor o menor fortuna. Unas tropas armadas habían sido dispersadas. Otras continuaban sus fechorías. Una de ellas asolaba el bajo valle del Aygues, y remontaba lentamente hacia Vaux.

Ante ese peligro, Francisco hizo llegar mensajes a los burgos más cercanos. Según su propuesta, un plan común de defensa fue establecido. Una noche, un fuego se encendió en la cumbre de una montaña, enseguida multiplicado sobre los montes vecinos. Los asaltantes, cercados en el fondo del valle por las tropas que acudieron de todas partes, fueron hechos pedazos.

Al día siguiente, los jefes de las aldeas, reunidos, dieron a Francisco autoridad

sobre todo el valle.

# CUARTA PARTE

## El patriarca

«Yo era pastor, tenía más de mil ovejas»

Maurice de Guérin

Muchos años han pasado; Blanca le ha dado a Francisco diecisiete hijos.

Se había convertido en una encantadora viejecita. Durante las veladas invernales, cuando con cortas llamas ardía el fuego en la chimenea de la sala común, el fuego de tocones de olivo, seguía cantando, con un hilo de voz que se había conservado clara, canciones de su juventud a chicos y chicas. Ellos escuchaban con la boca abierta en la penumbra, esos cantos misteriosos llenos de palabras de las que no entendían el sentido: *Mi avión rojo, Por fin tengo un auto, o Tomando el subterráneo con usted...*

Se extinguió a una edad muy avanzada. Se había puesto muy vieja. Se había encogido. Ya no podía hacer nada. No sabía hacer otra cosa que sonreír.

A los ciento veintinueve años, Francisco acaba de reemplazar su séptima mujer por una chiquilina de dieciocho años quien, cinco meses después de la boda, ha usado con orgullo el vestido rojo de las mujeres embarazadas.

La autoridad del patriarca se extiende ahora sobre toda la región limitada al oeste y al norte por el Ródano, al este por los Alpes y por el Mediterráneo al sur. Una de las leyes básicas del nuevo Estado es la que hace que la poligamia sea obligatoria. El cólera, el incendio, la hambruna han dejado muy pocos supervivientes. Y de entre ellos se contaban más o menos cuatro mujeres por cada hombre. La misma proporción subsistió en los nacimientos que siguieron a la catástrofe. La Naturaleza, para repoblar el mundo, había multiplicado los fértiles terrenos de cultivo. Previa que nunca iba a faltar semilla.

Para hacer aceptar la nueva ley a los que, como él, habían conocido las leyes de tiempos pasados, Francisco se había dirigido a las mujeres de su valle. Las había reunido a todas, en la noche de San Juan que siguió al gran incendio, en la llanura del Aygues, cerca de las ruinas de Nyons. Las hogueras de San Juan mandaban, desde las cuatro esquinas de la noche, su mensaje de esperanza hacia el cielo tachonado de estrellas. La primavera inflaba las blusas.

De pie sobre una carreta, el rostro iluminado por un fuego próximo, Francisco adivinaba en la oscuridad los ardientes ojos de cientos de rostros vueltos hacia él. Alzó los brazos, hizo callar los murmullos, y expuso la situación:

—Ustedes son numerosas. Nosotros somos pocos. Ustedes son como campos de rica tierra que esperan al labrador. Es necesario que cada parcela de esta buena tierra conozca la reja del arado. Ustedes no tienen derecho a quedar sin cultivar. Nosotros no tenemos derecho a descuidar a la menos bella de entre ustedes. El mundo tiene

necesidad de brazos. El destino de nuestro país depende de la decisión que vamos a tomar juntos esta noche, ustedes y yo. Toda mujer en edad de tener hijos debe ser puesta en la posibilidad de cumplir con su deber respecto de la raza humana y del mundo vivo...

Las mujeres ya un poco maduras fueron las primeras en aclamarlo, y también las bizcas, las flacas, las desheredadas. La noche cómplice les permitió gritar su alegría sin tener que avergonzarse de ello ante sus vecinas. Las muchachas siguieron, hasta las bonitas que poseían ya su galán. Estas eran menos arrastradas por sus deseos inconfesados que por el sentido del deber que la viril autoridad del joven jefe acababa de despertar en ellas. Las mujeres a quienes el cataclismo les había dejado su marido no se atrevieron a protestar contra el reparto que les era propuesto. Eran las menos.

Cuando hubo obtenido el consentimiento de las mujeres, Francisco impuso su voluntad a los hombres. Éstos se encontraron muy a gusto, por otra parte, al recibir a la vez brazos nuevos para trabajar sus dominios, y alguna variedad para las noches por venir. Los más blandos tuvieron que adquirir carácter para hacer reinar la paz entre sus mujeres.

Cada aldea del valle envió a Francisco su hija más linda, rogándole la aceptara como mujer. Eligió a las cuatro de carnes más firmes, de mirada más clara, y, para dar el ejemplo, les agregó una bigotuda y una renga.

Blanca, la bienamada, que llevaba ya el fruto de las bodas, instaló ella misma a las recién llegadas en su casa. Si fue celosa, apenas lo demostró. Sabía muy bien que, de entre las siete, ella seguía siendo la primera. Como hombre de orden, el joven jefe atribuyó un día de la semana a cada una de sus mujeres. El domingo era para Blanca. La bigotuda se afeitaba todos los viernes a la noche.

La retahíla de niños que trotó muy pronto por la vasta granja hizo desaparecer entre sus habitantes todo resto de melancolía o de irritación. Ese desborde de vida no dejaba lugar en los corazones más que para la felicidad y el amor.

Las nuevas generaciones han aceptado la poligamia como una cosa natural. Ese pequeño rincón del mundo entre el gran río, la montaña y el mar, se repobló a un ritmo rápido. Desde el tercer mes de embarazo, las mujeres usan un vestido rojo, símbolo a la vez de su felicidad y de sus sufrimientos, que les merece todas las atenciones y el afecto de la multitud.

Las aldeas se vieron muy pronto pobladas con sobreabundancia.

Francisco ha decretado:

—¡Que los valientes se vayan! Vayan a conquistar su tierra en el bosque, en la maleza, en los desiertos de ceniza. El Mundo está vacío. ¡Vayan a construir su casa en un lugar despoblado, vayan a fundar otras aldeas!

Caravanas de varones y de fuertes muchachas partieron cantando, han desbrozado, roturado, poblado nuevos valles, nuevas provincias, han combatido con

los salvajes de las selvas de la Auvernia y de los desiertos del Loira, se han dispersado por toda Francia, en Europa, en África, han impuesto en todas partes en que se han instalado, las sabias leyes del jefe Francisco. Dos de las más importantes son las que prohíben a un hombre poseer más tierra que aquella a la que pueda dar la vuelta a pie desde la salida a la puesta del sol, en el día más largo del verano, y la que prohíbe que más de quinientas familias vivan juntas en el mismo burgo.

Nada se vende en el mundo nuevo, que no conoce el sentido de la palabra «vendedor». Cada familia teje e hila el lino, el cáñamo, la lana, curte el cuero, talla la madera y la piedra, según sus necesidades. Las herramientas y enseres de menaje son distribuidos por los jefes de aldea. Ya no son más de hierro o acero, sino de bronce. El hierro se ha vuelto frágil desde el cataclismo. Cuando es calentado al rojo, se hace polvo bajo el martillo.

Desde los primeros tiempos de su reinado, Francisco ha hecho destruir los alambiques y colgar a los hombres que quisieron disimularlos. Cada familia cultiva un poco de vid y hace fermentar la uva. Pero el vino no se bebe más que con moderación. La humanidad ha reemplazado el culto del espeso tinto por el del agua. Los viejos, los que alrededor de ellos vieron al mundo a punto de perecer por falta de agua, han transmitido a sus hijos el respeto y el amor por ese puro elemento.

Francisco ha restablecido una religión basada en el amor a Dios, a la familia y a la verdad, y el respeto al vecino. Es a la vez su jefe temporal y espiritual. Delega su doble autoridad en los jefes de valles, jefes de aldeas, jefes de granjas. Vigila con firmeza el desarrollo de la nueva civilización y reprime sin piedad todo atentado a la dulzura de las costumbres.

La gran catástrofe ha dejado el recuerdo espantado, transmitido por tradición oral, de un diluvio de fuego y de un mal sin piedad, manifestaciones del enojo divino contra el orgullo de los hombres. Lo que ha quedado de las ruinas desaparece poco a poco, bajo el lento trabajo del viento, del hielo, de las semillas y de las manos humanas, que vienen a tomar de ahí materiales para construir casas en las asoleadas aldeas.

Francisco se encuentra una vez por año con los otros jefes de provincia, para comparar los resultados de las cosechas, decidir los trueques, fijar las ferias. Su edad, su sabiduría, su prestigio de único sobreviviente del mundo desaparecido le da sobre los otros jefes una indiscutible soberanía.

Una de las primeras medidas que les hizo adoptar fue la destrucción de los libros. Organizó equipos de búsqueda, que hurgan en las ruinas durante todo el año. Los libros encontrados durante los doce meses son quemados solemnemente durante la noche del último día de primavera, sobre las plazas de las aldeas. A la luz de las llamas, los jefes de aldea explican a los jóvenes reunidos que queman ahí al mismo espíritu del mal.

Para facilitar la enseñanza de la escritura, Francisco ha hecho conservar algunos libros de poesía:

—Estos son —dijo— libros que no fueron peligrosos más que para sus autores.

El arte de la escritura está reservado a la privilegiada clase de los jefes de aldea. La escritura permite la especulación de pensamiento, el desarrollo de los razonamientos, el vuelo de las teorías, la multiplicación de los errores. Francisco quiere que su pueblo siga atado a las sólidas realidades. Para evaluar sus cosechas, y contar sus hijos y sus animales, el campesino no necesita alinear cifras en tres columnas.

El jefe de la aldea es a la vez sacerdote, juez y capitán. El cargo no se adquiere por herencia. Cada año, después de la cosecha, los muchachos de cada burgo se enfrentan en duras pruebas que les permiten hacer valer las cualidades de su espíritu, de su corazón y de sus músculos.

Los resultados de esas justas, y su habitual manera de vivir permiten fácilmente reconocer al mejor de entre ellos. Cuando llega el momento, la asamblea de los jefes de familia lo designa. Un concurso supremo pone frente a frente, si ello se revela necesario, a los varones cuyos méritos parecen iguales. El jefe de valle, a veces el mismo patriarca, interviene para imponer una prueba sutil que descubrirá el oro más puro entre las más finas aleaciones.

El jefe de la aldea lleva a su lado al varón elegido, y le enseña poco a poco los deberes y las cargas de la autoridad, lo pone al corriente de la historia de la aldea, le hace aprovechar de su experiencia y de la de sus predecesores, y luego, a los cincuenta años, le cede el lugar y se queda con él como consejero.

Cada burgo está pues dirigido por un hombre en la plenitud de la vida, asistido por un hombre experimentado. Y todos sus actos sirven de enseñanza a un joven que un día los sustituirá.

Los jefes de valles son elegidos de la misma manera entre los jefes de aldea. El mismo Francisco ha elegido su sucesor.

Lo que le ha valido al patriarca el respeto de las poblaciones, tanto como su gran sabiduría, y la larga y clara vida que Dios le ha acordado, es que entre los doscientos veintiocho hijos nacidos de sus mujeres respectivas, no ha tenido más que una hija. Y además le llegó cuando había ya sobrepasado los cien años. En esta milagrosa abundancia de varones, los campesinos simples han reconocido el favor otorgado por el Cielo a una raza de amos, y de ello se han regocijado.

Francisco educa a sus hijos con amor y rudeza. Alza delante de ellos, a medida que crecen, obstáculos que los obligan a agrandarse para franquearlos. A la edad de hombre, cuando los estima capaces de defenderse y de conquistar, los pone en la puerta de la casa paterna, con estas palabras:

—El mundo es grande. Que tu valor también lo sea.

A su única hija, su tesoro, Francisco le ha puesto el nombre de Blanca, en recuerdo de su primera mujer tan tiernamente amada. Educada por su madre, mimada por todas las otras mujeres de la casa, adorada y zarandeada por una multitud de hermanos de todas las edades, ha crecido en sabiduría, en travesura y en belleza hasta sus veinte años, que todo el país se apresta a festejar.

El día de sus veinte años será el de su boda. Su padre la casa con el hombre a quien ha elegido como su sucesor. Es un muchacho de treinta años; se llama Pablo. Por sus venas corre la sangre bretona de Narciso, el compañero de epopeya del patriarca. Este último se había fijado en él por su bravura, su generosidad y su inteligencia, en ocasión de un concurso entre los mejores adolescentes de varias aldeas. Pablo tenía entonces quince años.

El anciano lo instaló a su lado, le dio poco a poco responsabilidades y lo enteró de los temibles secretos del pasado. Sin que nadie supiera nada, desde hacía varios años se hizo a un lado, dejándole tomar las decisiones más importantes. Sabe que él llega al término de su misión, que Dios va a retirarle esa juventud tan largamente prolongada para la felicidad de su pueblo. Se siente cansado cuando llega la noche y, a veces, sorprende a sus manos temblando.

Al hombre que ha formado le va a transmitir mañana todas sus cargas, todo su poder, al mismo tiempo que le hará don de su hija.

Todos los valles se preparan para la fiesta. Vaux está completamente engalanada. Banderolas de follajes y de flores ponen techos movedizos en las calles, a través de cuyos agujeros se balancea el cielo. Cada familia ha invitado a sus primos lejanos. Delegaciones han llegado desde los puntos más distantes del país a traer sus votos de felicidad a los esposos y la promesa de fidelidad al nuevo jefe. Las casas están llenas hasta en sus desvanes. Carros, pesadas carretas están al abrigo en todos los patios, en las eras, en los vergeles, se extienden en filas interminables sobre las cuatro rutas que llevan al burgo. Las camas, esta noche, no bastarán. Los invitados se acostarán sobre la paja o sobre el pasto.

Pollos, conejos, patos, gansos, pavos, corderos, han sufrido el asalto de los cuchillos de cocina. Las carnes se asan ante los fuegos de leña, se cuecen a fuego lento en las parrillas, los jugos chorrean, los olores invaden las calles, se arremolinan sobre los techos.

El día se acerca a su fin. Sobre la plaza de la aldea, un alto tilo se yergue. Ya era muy viejo cuando Francisco no era más que un niño. Su copa sobrepasa las casas. A su tronco se adosa una fuente de piedra. Su chorrito de agua cae en un largo lebrillo adonde vienen a abrevarse, a la vuelta de los campos, los animales de la aldea.

Al lado de la fuente, bajo el alto tilo, el patriarca y Pablo, con sus cabellos rubios, están sentados sobre un banco de madera recubierto de pieles de oveja. Reciben a las últimas delegaciones, aquellas que vienen de muy lejos y que han llegado tarde.

Pablo escucha y no dice nada. Recién mañana tomará la palabra. Está vestido con un calzón de cuero y una chaqueta de lana roja sin mangas. Sus brazos desnudos tienen el mismo color cálido que el cuero que cubre sus muslos. Cuando hace un movimiento, sus músculos ruedan bajo la piel como las olas adormecidas bajo un mar calmo. Su barba y sus cabellos enrulados ponen una luz de oro alrededor de su rostro. Sus ojos azules miran francamente a aquellos que lo miran.

El patriarca está vestido con un pantalón de lino y una blusa de fina lana blanca, ajustada en la cintura por un cinturón de cuero trenzado. Con el busto muy derecho escucha las palabras simples de los campesinos:

—Padre, venimos de Die-sur-la-Drôme. Te traemos una torta y un queso de nuestras cabras. Todos, allá, te hacen decir que las cosechas son buenas, y que te quieren mucho.

—Padre, venimos de Hyères, sobre el mar. Te traemos sal fina y pescados secos. Todos, allá, te hacen decir que la pesca es buena y que te quieren.

—Padre, venimos de Rives, cerca del Isère. Te traemos tres hojas de papel. La más liviana, la más sólida y la más blanca de las que los hombres de allá han fabricado este año. Te hacen decir que están contentos y que te quieren...

El jefe contesta, interroga, da unos consejos y unas órdenes. Su barba está desplegada sobre su pecho. Es blanca como la nieve más alta de la montaña. Y sus cabellos son como los lirios y las margaritas. En sus ojos brillan las luces de la sabiduría y de la bondad. Los que se acercan a él, y que reciben sus palabras y su mirada, se retiran temblando de amor.

El día toca a su fin. El sol se hunde, lejos, en el oeste, entre las brumas del Ródano. Las golondrinas vienen a buscar a ras del suelo los insectos nocturnos que se despiertan. Lanzan grititos de victoria, remontan como flechas hacia el azur, con reflejos rosas sobre sus alas.

Ya sobre la plaza, la gente se dispersa. En las casas, se sienta alrededor de las mesas humeantes. El patriarca va a poner fin a sus audiencias. Las retomará mañana por la mañana.

Pero un gran ruido, un ruido de galope tendido, llega desde la ruta del valle. ¿Quién llega pues con tanto apuro? Ante los cascos del caballo, en las estrechas calles, las mujeres se apartan apretándose las polleras, los niños huyen. Es un pesado caballo de tiro, un caballo gris, humeante, cubierto de espuma. Un joven campesino lo monta, lo empuja, lo golpea para que vaya más rápido todavía. El jinete detiene su montura en medio de la plaza, salta a tierra, corre hacia el banco del patriarca. Sus cabellos están erizados. Su rostro lleva la marca de un indecible horror. Cae de rodillas, junta las manos:

—Padre, padre... —dice.

No puede continuar. Lleva una mano a su garganta contraída por el miedo. Con la

otra, muestra ese rincón del horizonte de donde viene corrido por alguna visión espantosa, y rueda por tierra desmayado.

Los comensales han dejado sus platos. Por las puertas abiertas salen los aromas de los alimentos abandonados. En las calles, la gente angustiada se apiña.

—¿Qué pasa?

En la plaza, un círculo se estrecha alrededor del muchacho desmayado y del patriarca. El anciano dice algunas palabras a Pablo. Éste se agacha, recoge al joven labrador, lo levanta como a una pluma, lo lleva entre sus potentes brazos hacia la casa del jefe. Francisco se pone de pie, hace señas de que se callen. Hace un signo con los dos brazos: «¡Cállense!» El silencio hiela la plaza, alcanza a las calles, petrifica a los hombres, a las mujeres, a los niños como abofeteados.

Entonces todos pueden escuchar lo que los oídos del patriarca habían ya escuchado, por encima del rumor de la muchedumbre: es un estruendo sordo, irregular, como jadeante, que viene del oeste. Es un ruido que nunca ninguno de los que están ahí ha escuchado. Se acerca, crece. Está a las puertas de la aldea. Es como un ruido de batalla entre un perro rabioso y un gato encolerizado, ambos del tamaño de veinte caballos. El perro gruñe entre sus colmillos, el gato escupe y rechina los dientes.

Los hombres palidecen. Sienten que sus pelos se erizan a todo lo largo de la piel. Las mujeres se muerden los puños, las madres amontonan a sus hijos alrededor de sus piernas. El estrépito aumenta. El suelo tiembla. Un monstruo abominable entra en la calle principal de la aldea. Los que lo han visto de frente caen tendidos a lo largo de las paredes o de rodillas, enloquecidos de espanto, y no teniendo ya más esperanza que en Dios.

Aquellos que no han hecho más que entreverlo huyen. Huyen derecho delante de ellos, nada podría detenerlos. Los que los ven pasar con semejante expresión sienten la sangre caer hasta los muslos de un solo golpe, y sin preguntar más, se ponen a disparar a la misma velocidad. Hombres, mujeres, niños, viejos, todo lo que puede correr huye hacia la montaña, se agarra a los pastos, a los zarzales, a los troncos de los pinos, se apura hacia la cima.

En la aldea abandonada, el animal prosigue su camino. A su paso las casas tiemblan, las gallinas vuelan por encima de los muros de los gallineros, los caballos cocean en los establos. En el lugar por donde ha pasado, el suelo humea. Su vientre rojo escupe chorros de llamas en todas direcciones.

El patriarca no ha hecho nada para detener el pánico. Se ha quedado de pie en medio de la plaza. Espera. La máquina se detiene delante de él, sobre sus seis ruedas de bronce macizo. Sigue sobresaltándose y temblando al ritmo de los pistones. Detrás de la caldera de cobre giran grandes ruedas dentadas. Una nube de vapor sube, sobrepasa el centenario tilo, se encuentra con la luz del sol poniente, y allí se tiñe de

rojo.

Un hombre salta a tierra. Su barba negra está tostada. Su piel humea. Huele a sudor y fuego. Pone una rodilla en tierra, baja la cabeza en signo de sumisión, luego alza hacia el anciano su rostro de carbón, en el que brillan unos ojos orgullosos.

—Padre —dice—, he aquí lo que te traigo. Hoy nadie te habrá hecho semejante regalo.

Francisco lo mira sin asombro ni alegría. Sus ojos son de hielo.

—Te reconozco —dice—. Eres Denis, jefe de la forja de Monté-Ventoux.

—Sí, padre.

—Levántate. ¿Eres tú quien ha construido esa máquina?

—Sí, padre. Trabajo en secreto en ella desde hace diez años. Mis compañeros me han ayudado a forjar sus piezas, una a una, pero sin saber para qué iban a servir. La he montado completamente solo, en un cobertizo bien cerrado, y trabajé en ella todas mis noches. Te quería dar la sorpresa.

La noche cae sobre la aldea. Detrás del herrero en pie, la máquina se pone roja y jadea. Está construida con enormes vigas de madera, una gran caldera de cobre, y con ruedas y pistones y otros mecanismos de bronce. Salpica un vapor, que gira alrededor de ella.

La barba del patriarca brilla suavemente en la penumbra.

—¿Cómo se te ocurrió la idea de construir esta máquina? ¿Lo aprendiste en algún libro? Yo creía que no sabías leer.

—No, padre, no sé leer y la idea no la saqué de ningún libro, sino observando una marmita sobre el fuego. El agua que hervía en ella levantaba la tapa. Quise utilizar la fuerza del agua hirviente. Primero construí un aparato que hacía girar la rueda de mi carretilla por medio de una ligadura de cuero chato. Luego quise hacerlo en grande. Conseguí lo que me proponía, padre, ya lo ves, y te traigo mi máquina. Eres muy viejo y muy sabio. Con tus consejos, espero convertirla en más fuerte todavía y en más útil, y construir otras que ahorrarán a los hombres, mis hermanos, muchas de sus penurias de cada día...

El herrero tiende sus dos manos hacia adelante, en gesto de dádiva. Está orgulloso de haber construido esa maravilla. Está contento de dársela a aquel cuya sabiduría hace la felicidad de todos. Su corazón está colmado de amor y de alegría.

Pero retrocede de golpe. En la noche, la voz del patriarca brama más fuerte que la de la máquina, y le hace llegar palabras de una terrible cólera:

—¡Insensato —grita el anciano—! ¿Acaso el cataclismo que estuvo a punto de hacer perecer al mundo está ya tan lejos, que un hombre de tu edad haya podido olvidar la lección de ello? ¿Acaso no sabes, no se los he enseñado a todos, que los hombres se perdieron justamente porque habían querido ahorrarse penurias? Habían fabricado mil clases de máquinas. Cada una de ellas reemplazaba uno de sus gestos,

uno de sus esfuerzos. Trabajaban, caminaban, miraban, escuchaban por ellas. Ya no sabían usar sus manos. Ya no sabían hacer un esfuerzo, ni ver, ni escuchar. Alrededor de sus huesos, su carne inútil se había derretido. En sus cerebros, todo el conocimiento del mundo se reducía a la conducta de esas máquinas. Cuando ellas se detuvieron, todas a la vez, por voluntad del Cielo, los hombres se encontraron como ostras arrancadas de sus conchas. No les quedaba más que morir...

—Padre, padre... —repite el hombre enloquecido.

—¡Cállate! No te dejaré internar de nuevo, y a tus hermanos tras de ti, en ese camino de desgracia. Esta máquina será destruida. Y... ¡qué pena! Es necesario que también sea destruido el cerebro que la ha concebido.

El espanto se apodera del herrero, luego la cólera lo asalta a su vez. No ha querido hacer mal. Es inocente. Es puro. Está seguro de tener razón. Quiere hacer más fácil la tarea de los hombres, y no su desgracia. El anciano divaga.

Y así se lo grita. Dice que no permitirá que nadie toque su obra maestra. Salta sobre su máquina, se apodera de una pesada barra de bronce. El fuego pone reflejos de llamarada en su barba, ilumina las ventanas de sus narices y la cuenca de sus furiosos ojos.

Lentamente, el patriarca va hacia él. Ha sacado de su cinturón su cuchillo de bronce. Está decidido a salvar la obra a la que ha consagrado más de cien años de su vida. Hay que destruir el mal desde su nacimiento. Esa decisión moviliza todo lo que en él queda de fuerzas. Se agacha, recoge una pesada piedra y la lanza. Alcanza a Denis en el rostro.

De la nariz aplastada, de la partida piel de la frente, la sangre corre y barniza sus mejillas y su barba con un destello de fuego. El herrero ruge de dolor, levanta su barra con las dos manos y la abate sobre Francisco, que acaba de saltar sobre la máquina. La maza golpea la cabeza blanca, la hace estallar como una nuez. El anciano cae hacia atrás, sin un grito, en la noche que lo absorbe.

Un gran viento se levanta. Del fondo del valle llega rugiendo, cierra las puertas que se golpean, lleva hacia la montaña el olor y el humo de la máquina. Los árboles gimen, el agua del torrente hierve. Un velo negro invade el cielo, borra las estrellas. La tierra brama, los montes tiemblan sobre sus raíces.

Los hombres aferrados a los troncos de los árboles castañetean los dientes. Las mujeres lloran, los niños gritan. Torrentes de agua caen del cielo negro, parten las ramas, asolan las tierras. El río inflado ruge como un mar.

Denis ha saltado a tierra. Se inclina sobre el cuerpo del anciano. La lluvia corre por sus espaldas. Solloza de remordimiento y de terror. Con sus manos busca el cuerpo venerable, la bella cabeza blanca. En la punta de los dedos siente los pedazos de hueso, y los sesos mezclados a los cabellos, y la sangre más espesa que la lluvia. Se incorpora, va a huir, no sabe adónde, lejos de esos lugares testigos del parricidio.

Avanza algunos pasos. Una rama del tilo lo agarra por la garganta. La noche se cierra como un muro. Grita, retrocede hacia su máquina. Ella lo defenderá. Se abrirá con ella un camino a través de las tinieblas, a través de las murallas y de la tempestad.

Pero se queda petrificado en el lugar. La máquina se ha movido. Escupe llamas, brama con todos sus miembros. Los pistones jadean, las ruedas dentadas giran, chirrían. La masa enorme avanza hacia él, aplasta la noche, la lluvia, el barro, las rocas. Llega, lo alcanza, lo aplasta, lo hunde en la tierra, toma el camino que baja hacia el río. El camino baja, cada vez más. La máquina se embala, salta los taludes, arrolla los obstáculos, corre como una avalancha. Un hombre rubio está en los comandos, y la conduce hacia el abismo. Salta a tierra, rueda en el pasto y el barro. La enorme masa de metal y de fuego se hunde en el agua rugiente. Sus carbones silban como serpientes. El torrente la arrastra, la hace rodar, la disloca, la destruye, la reduce a pedazos diminutos, tornillo por aquí, tornillo por allá, mezclados a los guijarros y a las orillas arrastradas, a los fardos de pasto, a los puercos ahogados cuyas rígidas patas salen del agua negra al aire negro.

El viento se ha calmado. La lluvia cae ahora bien derecha, calma y lenta como lágrimas. Pablo remonta, cabeza gacha, el camino por el que ha hecho descender al monstruo. Su corazón está de luto. Llegó demasiado tarde.

Llevó al joven campesino desmayado a la casa del jefe, la casa que el patriarca había hecho agrandar para alojar ahí a sus ministros, al lado de sus mujeres y de sus labradores. Y fue retenido por el pánico. Tuvo que tranquilizar a todo el mundo, impedir a las mujeres y a los niños y a los hombres huir, antes de correr de nuevo a encontrarse con Francisco. Su corazón está lleno de dolor. Ha llegado demasiado tarde; ha llegado para ver al anciano caer debajo de la enorme máquina, del aparato parecido a tantos de aquellos otros que el padre del mundo nuevo les había descrito. Saltó sobre el monstruo. Quiso romperlo. Golpeó, movió palancas y volantes. La máquina partió escupiendo. Agarró una barra que se hundía delante de él en las entrañas de bronce. Condujo a la máquina a la muerte.

Cuando el sol ascendió en el cielo puro, los hombres volvieron a bajar de la montaña. Sobre la plaza de la aldea, encontraron al tilo abatido por la tempestad, y a su nuevo jefe de rodillas, en oración, al lado del cuerpo del patriarca.

El jefe rubio se levantó, hizo vaciar el lebrillo de piedra. En el pesado ataúd, los restos mortales lavados por el agua del cielo fueron depositados. Veinte campesinos lo pusieron sobre sus espaldas, y avanzaron hacia la casa del insigne anciano muerto. Detrás de ellos, toda la gente de la aldea, y los que habían venido de muy lejos, lloraban su duelo de huérfanos.

Toda la noche, Blanca había velado, esperado la vuelta de su padre y de su esposo. Cuando oyó el rumor, fue a abrir la verja. Al pasar al lado de los rosales, cortó una rosa y la puso en sus cabellos.

París, 6 de septiembre de 1942

# Notas

[1] Una de las grandes tiendas populares <<